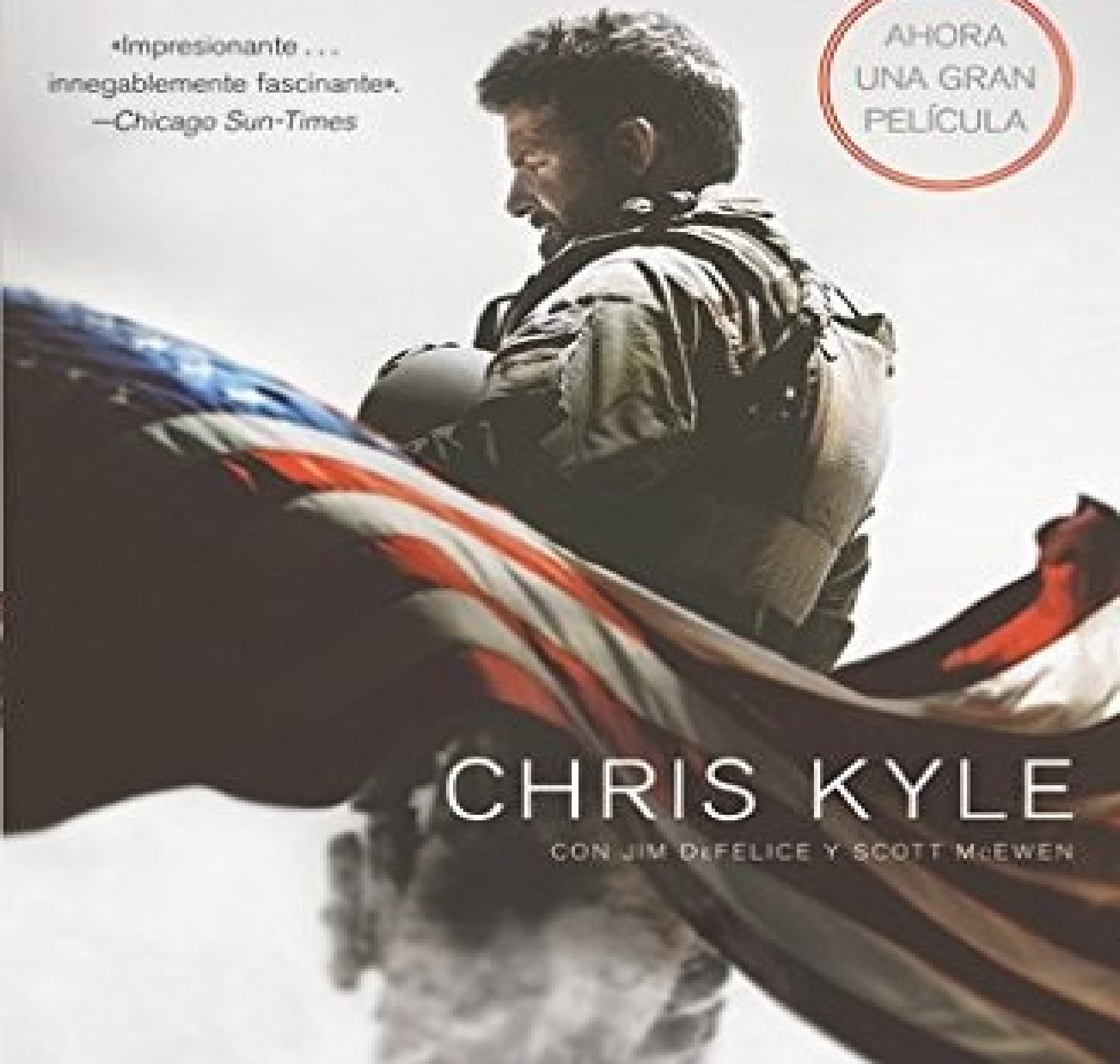
BEST SELLER #1 DEL NEW YORK TIMES

FRANCOTIRADOR

LA AUTOBIOGRAFÍA DEL FRANCOTIRADOR MÁS LETAL EN LA HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

«Impresionante . . . innegablemente fascinante».
—*Chicago Sun-Times*

AHORA UNA GRAN PELÍCULA



CHRIS KYLE

CON JIM DEFELICE Y SCOTT MCEWEN

Índice

Portada
Dedicatoria
Nota del autor
Mapa
Prólogo. El mal en el punto de mira
1. La doma de potros y otros modos de pasarlo bien
2. Tiritones
3. Asaltos
4. Cinco minutos de vida
5. Francotirador
6. Sembrando muerte
7. Con la mierda al cuello
8. Conflictos familiares
9. «Los Castigadores»
10. «El Diablo de Ramadi»
11. Nos han dado
12. Tiempos difíciles
13. Mortalidad
14. Evacuado y licenciado
Agradecimientos
Opiniones, entrevistas & más
Sobre el autor
Notas

Créditos

A SIDO COMPRADO POR MAKANO, JOSELIN68, MAKANO77

SUBIDO POR MAKANO

Dedico este libro a mi mujer, Taya, y a mis hijos, por aguantar el tirón. Gracias por haber estado siempre ahí cuando volvía a casa.

También quisiera dedicarlo a la memoria de Marc y Ryan, hermanos míos de los SEAL, por el valiente servicio que prestaron a nuestra nación y por la amistad inagotable que compartieron conmigo. Lloraré su muerte el resto de mi vida.

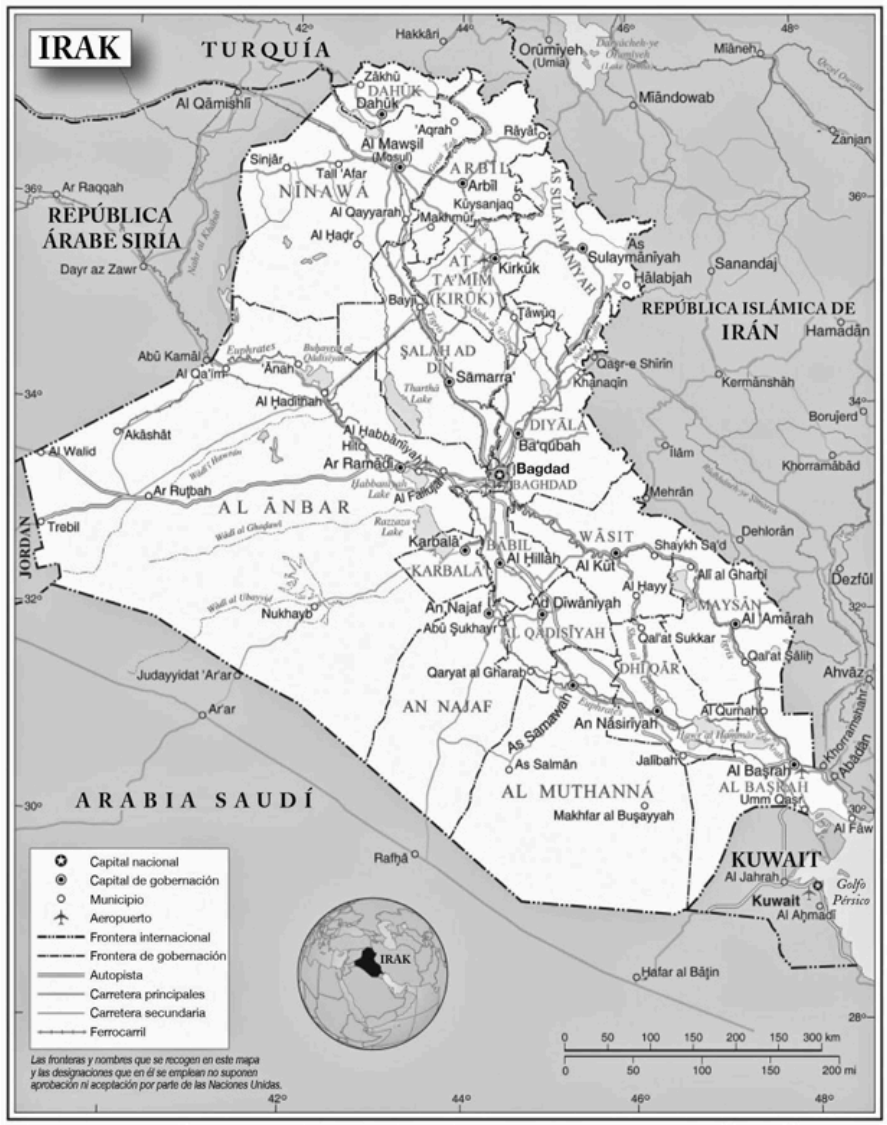
Nota del autor

Todo lo que se cuenta en este libro sucedió de veras y está narrado hasta donde alcanzan mis recuerdos. Hemos reconstruido de memoria los diálogos, y eso significa que pueden no ser literales. Sin embargo, se ha mantenido fielmente la esencia de lo que se dijo en cada momento.

Durante mi carrera profesional he participado en una serie de operaciones que siguen sin desclasificar por motivos de seguridad. Por eso no se incluyen en estas páginas, para cuya redacción no se ha empleado información reservada alguna.

Muchas de las personas con las que he servido siguen en activo en los SEAL, y hay otras que desempeñan diversas funciones para el gobierno. Tanto unas como otras pueden, como yo, contarse entre los enemigos de los enemigos de nuestro país. Esto explica que no se revele por completo su identidad en este libro. Ellos saben quiénes son, y espero que sepan también que tienen mi gratitud.

C. K.


IRAK
TURQUÍA
REPÚBLICA ÁRABE SIRIA
IRÁN
REPÚBLICA ISLÁMICA DE
ARABIA SAUDÍ
KUWAIT
JORDAN
Hakkâri
Orūmīyeh (Umia)
Miāneh
Miāndowab
Zanjan
Zākhū
DAHŪK
Dahūk
Al Qāmishlī
'Aqrah
Rāyāt
Al Mawṣil (Mosul)
Sinjār
Tall 'Afar
NINAWÁ
ARBIL
Arbil
Kūysanjaq
Makhmūr
Al Qayyarah
Al Ḥaḍr
Ar Raqqah
Dayr az Zawr
AT TA'MIM (KIRŪK)
Kirkūk
As Sulaymānīyah
Ḥalabjah
Sanandaj
Bayjī
Tāwūq
Hamadān
Abū Kamāl
Al Qa'im
'Anah
ṢALĀḤ AD DĪN
Sāmarrā'
Qaṣr-e Shīrīn
Khānaqīn
Kermānshāh
Al Ḥadīthah
DIYĀLA
Ba'qūbah
Borujerd
Akāshāt
Al Walid
Al Habbānīyah
Hīt
Ar Ramādī
Bagdad
BAGHDAD
Īlām
Khorramābād
Ar Ruṭbah
AL ĀNBAR
Al Fallūjah
Mehrān
Trebil
Karbalā'
BĀBIL
Al Ḥillah
WĀSIT
Al Kūt
Shaykh Sa'd
Dehlorān
KARBALĀ'
Ali al Gharbi
Dezfūl
Al Ḥayy
Nukhayb
An Najaf
Ad Dīwānīyah
MAYSĀN
Al Amārah
Abū Ṣukhayr
AL QĀDISĪYAH
Qal'at Sukkar
Qal'at Ṣāliḥ
Ahvāz
DHĪQĀR
Judayyidat 'Ar'ar
Qaryat al Gharab
Ar'ar
AN NAJAF
Al Qurnah
An Nāṣirīyah
As Samāwah
Khorramshahr
Abadān
As Salmān
Jalībah
Al Baṣrah
AL BAṢRAH
AL MUTHANNÁ
Umm Qaṣr
Makhfar al Buṣayyah
Al Fāw
Rafḥā
Al Jahrah
Kuwait
Al Aḥmadī
Golfo Pérsico
Ḥafar al Bāṭin
Capital nacional
Capital de gobernación
Municipio
Aeropuerto
Frontera internacional
Frontera de gobernación
Autopista
Carretera principales
Carretera secundaria
Ferrocarril
0 50 100 150 200 150 300 km
0 50 100 150 200 mi
Las fronteras y nombres que se recogen en este mapa y las designaciones que en él se emplean no suponen aprobación ni aceptación por parte de las Naciones Unidas.

Prólogo

El mal en el punto de mira

Finales de marzo de 2003, Nasiriya (Irak)

Recorrí a través de la mira de mi fusil de precisión la carretera de aquella diminuta ciudad iraquí. A cincuenta metros, una mujer abrió la puerta de una vivienda modesta y salió con una criatura.

La calle estaba desierta por lo demás: los habitantes se habían refugiado en el interior, muertos de miedo casi todos, y detrás de las cortinas se asomaban algunos curiosos. Oían el ruido de la unidad estadounidense que se acercaba. Los de la infantería de marina inundaban la carretera mientras avanzaban hacia el norte para liberar al país de Sadam Husein.

Yo tenía la misión de protegerlos. Mi sección había ocupado el edificio aquel mismo día, y había tomado a hurtadillas posiciones desde las que «sobrevigilar», es decir, evitar que el enemigo tendiera una emboscada a nuestros soldados mientras atravesaban la población.

No parecía una labor demasiado complicada, y, en cualquier caso, me alegraba de encontrarme en el lado de los marines: conocía la potencia de sus armas, y no me habría gustado nada contarme entre quienes tenían que hacerles frente. El ejército iraquí estaba acabado, y, de hecho, todo indicaba que a esas alturas había abandonado la región.

La guerra había empezado poco menos de dos semanas antes. Mi sección, Charlie (y más tarde Cadillac), del Equipo SEAL Tres, había ayudado a iniciarla la madrugada del 20 de marzo, cuando desembarcamos

en la península de Al-Faw para hacernos con las instalaciones petroleras de allí y evitar que Sadam las incendiase como había hecho durante la primera guerra del Golfo, y ahora nos habían encomendado la misión de cubrir la marcha hacia Bagdad de la infantería de marina.

Yo formaba parte de los SEAL, comandos de la Armada adiestrados en operaciones especiales. El nombre procede de *SEa, Air, Land* («mar, tierra y aire»), y describe muy bien la variedad de terrenos en que operamos. En este caso nos encontrábamos bien adentrados en el continente, en un entorno mucho más interior que aquellos en los que actuaban tradicionalmente los SEAL, aunque acabaría por ser habitual a medida que se prolongara la guerra contra el terrorismo. Había pasado poco menos de tres años adiestrándome y aprendiendo a combatir, y estaba listo para afrontar aquella guerra; o, al menos, tan listo como cualquier otro.

El fusil que sostenía era un 7,62 largo, un arma de precisión de cerrojo para francotiradores que pertenecía al jefe de mi sección. Él llevaba un buen rato vigilando la calle y necesitaba descansar. Demostró tener una gran confianza en mí al elegirme para relevarlo con su propia arma. Yo estaba todavía muy verde; no era más que un novato en los SEAL, en los que alguien con mi experiencia no podía considerarse, ni mucho menos, fogueado.

Además, no había recibido la formación propia de un francotirador de los SEAL. Estaba deseándolo, pero aún tenía mucho trecho por delante. La de darme el fusil aquella mañana fue la manera que tuvo mi jefe de hacerme comprobar si estaba hecho de la pasta necesaria.

Estábamos en la cubierta de aquel edificio viejo y ruinoso situado en la periferia de la ciudad que debían atravesar los de la infantería de marina. El viento arrastraba polvo y papeles por la carretera maltrecha que teníamos a nuestros pies, y todo aquel lugar apestaba a cloaca. El hedor de Irak fue una de las cosas a las que jamás llegué a acostumbrarme.

—Ya llegan los marines —anunció mi jefe cuando empezó a temblar el edificio—. No bajes la guardia.

Observé por la mira: lo único que se movía eran la mujer y quizá un niño o dos.

Vi a los nuestros detenerse. De los vehículos salieron diez soldados jóvenes y orgullosos, vestidos de uniforme, que se reunieron para patrullar a pie los alrededores. Mientras se organizaban, la mujer sacó algo de debajo de las vestiduras y le dio un tirón.

Acababa de activar una granada, aunque al principio no me di cuenta.

—Parece amarillo. —Describí a mi jefe lo que veía, aunque él también estaba observando la escena—. Es amarillo; el cuerpo...

—Lleva una granada —dijo él—. Es una granada china.

—¡Mierda!

—Dispara.

—Pero...

—Dispara. Dale a la granada. Los marines...

Dudé. Estábamos tratando de comunicarnos por radio con los soldados de abajo, pero no lo conseguíamos, y ellos habían echado a andar y se dirigían hacia donde estaba la mujer.

—¡Dispara! —repitió mi jefe.

Apreté el gatillo con el dedo. La bala salió despedida. Había disparado. La granada cayó al suelo. Volví a hacer fuego al mismo tiempo que estallaba el artefacto.

Aquella fue la primera vez que maté a alguien con el fusil de francotirador; y la primera —y única— en Irak que maté a una persona que no fuera un combatiente varón.

Disparar era mi deber, y no lo lamento. La mujer ya estaba muerta: lo único que hice yo fue asegurarme de que no arrastraba consigo a ninguno de los marines.

Saltaba a la vista que no solo quería matarlos, sino que le daba igual que la granada o el tiroteo posterior pudieran haber hecho volar por los aires o

abatido a cuantos se encontraban en los alrededores: los niños de la calle, la gente que esperaba en sus casas, tal vez su propio hijo...

El mal la había cegado demasiado para que pudiese tenerlos en cuenta: solo quería matar americanos, a cualquier precio.

Mis disparos salvaron la vida de varios estadounidenses, que valía más, sin duda, que el alma perversa de aquella mujer. Puedo responder ante Dios con la conciencia tranquila por haber hecho mi trabajo; pero odié de veras en lo más hondo el mal que poseía aquella mujer. Aún lo odio.

El mal más brutal y despreciable: contra eso combatíamos en Irak. Por eso muchos, incluido yo mismo, llamaban *salvajes* a nuestros enemigos. Lo que vimos allí no puede describirse de otro modo.

Siempre hay quien me pregunta:

—¿A cuántas personas has matado?

Y yo respondo:

—¿La respuesta me hace más hombre o menos?

El número me es indiferente: ojalá hubiese matado a más; no por ponerme medallas, sino porque creo que el mundo está mejor sin salvajes sueltos dedicados a quitar vidas estadounidenses. Nunca he disparado en Irak a nadie que no estuviese intentando hacer daño a americanos o a iraquíes leales al nuevo gobierno.

Como integrante de los SEAL, tenía una misión que cumplir: abatir al enemigo, a un enemigo al que veía conspirar a diario para matar a mis compatriotas. Me atormentan sus victorias: fueron pocas, pero un solo americano caído representa una pérdida demasiado valiosa.

Tanto me da lo que piensen otros de mí. Esa es una de las cosas que más admiré de mi padre cuando me hice mayor. A él le importaba un bledo lo que opinaran los demás: era quien era, y esa es una de las cualidades que me han permitido conservar la cordura.

Aun después de dar este libro a la imprenta me siento algo incómodo ante la idea de publicar la historia de mi vida. En primer lugar, siempre he

creído que quien quiera saber lo que significa pertenecer a los SEAL debería salir a ganarse su propio Tridente, nuestra insignia, el símbolo de lo que somos; soportar nuestro adiestramiento y hacer los sacrificios físicos y mentales que conlleva. No hay otro modo de saberlo.

En segundo lugar, y más importante: ¿a quién le importa mi vida? Yo no tengo nada que no tengan otros. He acertado a verme en alguna que otra situación peliaguda, y hay quien me ha dicho que eso es interesante. Yo no lo veo así. También hablan de escribir libros sobre mi vida, o sobre algunas de las cosas que he hecho. Me parece raro, pero también estoy convencido de que, dado que son mi vida y mi historia, soy yo el que mejor puede confiar al papel la forma en que ocurrieron de verdad.

Además, hay muchos otros que merecen reconocimiento, y tengo miedo de que, de no ser yo quien escriba esta historia, los pasen por alto. Y esta idea no me gusta en absoluto: mis muchachos merecen más elogio que yo mismo.

La Armada me atribuye más muertes en servicio de francotirador que a ningún otro soldado estadounidense del pasado o el presente. Supongo que es cierto. El número aumenta o disminuye por semanas. Una semana es de 160 —que es la cantidad «oficial» en el momento de escribir estas líneas, por si sirve de algo al lector—; a la siguiente, mucho mayor, y poco después baja hasta quedarse en una cifra intermedia. Quien desee conocer una cifra al respecto puede pedírsela a los de la Armada, y hasta puede que dé con la verdad si los pilla en un día bueno.

Todo el mundo quiere una cantidad concreta, pero aunque me lo permitiera la Armada, no pienso ofrecer ninguna. No soy hombre de números. Los SEAL son combatientes mudos, y yo soy uno de ellos hasta el tuétano. Si quieres conocer toda la historia, gánate un Tridente, y si quieres comprobar si lo que digo es cierto, pregúntaselo a un SEAL. Si quieres conocer lo que no me importa compartir, y hasta algunas cosas que me resulta incómodo revelar, sigue leyendo.

Siempre he dicho que no he sido el mejor tirador ni tampoco siquiera el mejor francotirador de la historia. No estoy menospreciando mis

capacidades, ya que he sudado mucho para perfeccionarlas. He tenido la suerte de contar con algunos instructores excelentes a los que hay que atribuir no poco mérito; y mis muchachos —los soldados de los SEAL, los de la infantería de marina y los del ejército que combatieron a mi lado y me ayudaron a cumplir con mi misión— han contribuido de forma decisiva a mi éxito. Sin embargo, mi marca y lo que llaman mi «leyenda» tienen mucho que ver con el hecho de haberme visto tantas veces con la mierda al cuello.

Por decirlo de otro modo: he tenido más papeletas que la mayoría. He participado en una misión tras otra desde poco antes del principio de la guerra de Irak hasta el momento en que me retiré, en 2009, y he tenido la suerte de que me apostaran donde estaba la acción.

Otra de las preguntas que me hacen mucho es:

—¿No te sentías mal al matar a tantas personas en Irak?

Yo les digo:

—No.

Y lo digo de veras. La primera vez que disparas a alguien te pones algo nervioso. Piensas: ¿de verdad puedo abatir a ese tipo? ¿De veras está bien? Sin embargo, después de matar al enemigo, te das cuenta de que es así, y te dices: «Mola».

Vuelves a hacerlo, una vez y otra. Lo haces para que el enemigo no acabe contigo ni con tus compatriotas. Y sigues haciéndolo hasta que no queda nadie a quien matar.

Así es la guerra.

Me encantaba lo que hacía. Y me encanta. En otras circunstancias —si mi familia no me necesitara a su lado—, ya estaría otra vez allí. No miento ni exagero cuando digo que me lo pasé bien. Me he divertido muchísimo sirviendo en los SEAL.

Han tratado de clasificarme dentro de distintas categorías: camorrista, sudista, capullo, francotirador, SEAL y quizá otras menos apropiadas para dar a la imprenta. Tal vez todo esto sea cierto dependiendo del momento. Al

fin y al cabo, mi historia, tanto en Irak como después, no va solo de matar gente ni aun de luchar por mi país.

Va, más bien, de ser un hombre; y también de amor, igual que de odio.

1
La doma de potros y otros modos de pasarlo bien

Corazón de vaquero y nada más

Toda historia tiene un comienzo.

El de la mía se encuentra en el centro y el norte de Texas. Crecí en ciudades pequeñas en las que aprendí la importancia que poseen los valores familiares y tradicionales como el patriotismo, la autosuficiencia y la salvaguardia de la familia y los vecinos de uno. Me enorgullece decir que sigo tratando de vivir conforme a esos valores. Tengo un sentido de la justicia muy marcado, muy en blanco y negro: no veo demasiados grises. Me parece importante proteger a otros. No me importa el trabajo duro, aunque también me gusta divertirme. La vida es demasiado corta para no hacerlo.

Me criaron en la fe cristiana, y sigo creyendo en ella. Si tuviese que enumerar por orden mis prioridades, estas serían: Dios, mi patria y mi familia. La posición de estas dos últimas no es indiscutible: últimamente he llegado a creer que la familia podría superar a la patria en determinadas circunstancias, pero es verdad que la suya es una competición muy reñida.

Siempre me han gustado las armas; me encanta cazar, y, de alguna manera, pienso que puede decirse que soy vaquero desde pequeño. Cuando aprendí a andar, ya montaba a caballo. Hoy no podría considerarme un vaquero de verdad, ya que ha pasado mucho desde los tiempos en que trabajé en un rancho, y probablemente he perdido buena parte de la

habilidad que tenía con la silla. Aun así, en lo más hondo de mi alma no soy un SEAL, sino un vaquero. O, al menos, debería serlo. El problema es que no es fácil ganarse la vida así cuando se tiene familia.

No recuerdo cuándo empecé a cazar, aunque debió de ser de muy pequeño. Mi familia tenía un arrendamiento cinegético a unos cuantos kilómetros de donde vivíamos, y no había invierno que no fuésemos de cacería. (Para el que no lo sepa, un arrendamiento cinegético es una propiedad cuyo propietario concede permisos de montería para una cantidad de tiempo concreta: uno paga y tiene derecho a salir allí a cazar. No sé si el lector tendrá en su tierra otra clase de transacción para lo mismo, pero aquí es muy frecuente hacerlo así.) Además de venados, cobramos pavos, palomos y codornices, según la temporada. Me refiero a mi madre, mi padre y mi hermano, cuatro años menor que yo. Pasábamos los fines de semana en una vieja caravana. No tenía mucho espacio, pero éramos pocos y estábamos muy unidos, y nos lo pasábamos en grande.

Mi padre trabajaba en la Southwestern Bell y en la AT&T —las dos empresas se separaron y volvieron a unirse en lo que duró su trayectoria profesional—. Era gerente, y cada vez que lo ascendían teníamos que mudarnos; así que puede decirse que me crié en toda Texas.

A pesar del éxito, odiaba su trabajo. Lo que no soportaba no era su cometido en sí, en realidad, sino lo que traía consigo: la burocracia, el tener que trabajar en una oficina. Le repateaba de veras tener que llevar traje y corbata a diario.

—¿Qué más da el dinero que ganes? —me decía—. No sirve para nada si no eres feliz.

Fue el consejo más valioso que me dio jamás: en la vida, haz lo que quieres hacer. Hasta la fecha he intentado mantenerme fiel a esta doctrina.

Mi padre fue en muchos sentidos el mejor amigo que tuve mientras crecía, pero también supo combinarlo con una buena dosis de disciplina paterna. Había entre estos dos aspectos una línea divisoria que nunca quise cruzar. Me llevé alguna que otra zurra cuando me la merecía, aunque sin pasarse y nunca con saña. Cuando se ponía furioso, se daba unos minutos

para calmarse antes de darnos una tunda moderada... y un abrazo a continuación.

Según mi hermano, los dos nos pasábamos el día agarrados uno al pescuezo del otro. No sé si será cierto, pero sí que tuvimos nuestras peleas. Él era más pequeño de edad y de tamaño, pero repartía como el que más y nunca se rendía. Tiene un carácter muy fuerte, y hasta la fecha es uno de mis mejores amigos. Andábamos siempre a la gresca, pero también lo pasábamos en grande, y ninguno de nosotros dudaba de que podía contar con el otro.

En el vestíbulo de nuestro instituto había una estatua de una pantera, y todos los años era tradición que los veteranos tratasen de sentar en lo alto a los recién llegados como novatada. Estos, claro, se resistían. Yo ya me había graduado cuando mi hermano entró en el instituto, y, sin embargo, el primer día de clase fui allí para ofrecer cien dólares a quien se atreviera a montarlo en la estatua.

Todavía conservo aquel billete.

Aunque acababa metido en un montón de peleas, la mayoría no las empezaba yo. Mi padre me había dejado claro que me llevaría una zurra si se enteraba de que lo había hecho. Se suponía que nosotros pasábamos de eso.

Lo de defenderme era otra cosa muy distinta, y proteger a mi hermano era mejor incluso. Si alguien quería vérselas con él, le daba lo suyo: yo era el único que tenía derecho a cascarle.

En un momento dado empecé a defender a chavales más pequeños cuando se metían con ellos. Me daba la sensación de que tenía que protegerlos, y lo convertí en mi deber.

A lo mejor empezó todo como una excusa para pelearme sin que me castigaran, pero creo que hubo algo más. El sentido de la justicia y del juego limpio que tenía mi padre debió de influirme más de lo que fui capaz de ver entonces, y hasta más de lo que puedo decir de adulto. Fuera cual

fuese el motivo, aquella actitud me dio ocasiones de sobra para meterme en peleas.

Mi familia tenía una gran fe en Dios. Mi padre era diácono, y mi madre, catequista de una escuela dominical. Siendo yo joven, hubo una época en la que íbamos a la iglesia el domingo por la mañana y por la noche, y el viernes por la tarde, todas las semanas. Sin embargo, no nos teníamos por personas excesivamente religiosas, sino solo por gente de bien que creía en Dios y participaba en su parroquia. Y la verdad es que en aquellos tiempos no me gustaba mucho ir a misa.

Mi padre trabajaba mucho. Sospecho que lo llevaba en la sangre, porque su padre había sido granjero en Kansas, y esa gente se afana muchísimo. Nunca le bastó con tener un trabajo: llevó una tienda de pienso durante un tiempo en mi adolescencia, y además teníamos un rancho no muy grande que ayudábamos a mantener entre todos. Ahora, que oficialmente está jubilado, es fácil encontrarlo asistiendo a un veterinario vecino cuando no está cuidando de su ranchito.

Mi madre también se deslomaba. Cuando mi hermano y yo tuvimos edad suficiente para que nos dejaran solos, trabajó de terapeuta en un reformatorio. La de pasarse el día bregando con muchachos tan difíciles no era labor fácil, y al final acabó por buscar otra cosa. También se ha jubilado ya, aunque se ocupa en trabajos a tiempo parcial y en cuidar a sus nietos.

Las faenas del rancho ayudaron a completar mis días de colegio. Mi hermano y yo teníamos distintas tareas tras las clases y durante el fin de semana: dar de comer a los caballos, cuidarlos y vigilar con ellos el ganado, supervisar el cercado...

Las vacas no dejan nunca de darte problemas. Yo he recibido coces en las piernas, en el pecho y, sí, en salva sea la parte. Eso sí: nunca en la cabeza. Igual eso me habría enderezado.

De adolescente crié cabestros y vaquillas para la Future Farmers of America (lo que hoy es oficialmente The National FFA Organization). Me encantaba la FFA, y pasé mucho tiempo allí, cuidando del ganado y

enseñándoselo a otros, aunque tratar con esas bestias puede ser muy frustrante. Me cabreaba con ellas, y creo que me sentía el rey del mundo. Cuando fallaba todo lo demás, me conocían por los golpes que les daba en esa cabezota dura que tenían para hacer que entraran en razón. Así me rompí dos veces la mano. Como ya he dicho, quizá una buena coz en el cráneo habría servido para enmendarme.

Con las armas no era tan loco, aunque me apasionaban de todos modos. Mi primera escopeta, como la de otros muchos chavales, fue una carabina de aire comprimido Daisy BB, de repetición —cuanto más le dieras a la palanca, mayor era la potencia del disparo—. Más tarde tuve un revólver de aire comprimido que se parecía al viejo Colt Peacemaker de 1860. Desde entonces he sentido predilección por las armas de fuego del Oeste, y después de dejar las fuerzas armadas empecé a coleccionar alguna que otra réplica de gran calidad. Mi preferida es la de un Colt modelo 1861 Navy fabricada a la antigua. El primer fusil de verdad me lo dieron con siete u ocho años. Era un fusil de cerrojo de 7,62, un arma cabal de tío mayor; tanto, que al principio ni me atrevía a dispararla. Me encantaba, aunque recuerdo que la que de veras ansiaba tener era la Marlin 336 de mi hermano, un rifle accionado por palanca, al estilo de los vaqueros.

Sí: ese ya fue un claro antecedente.

La doma de potros cerriles

Uno no es un vaquero hecho y derecho hasta que es capaz de dominar a un caballo. Yo empecé a aprender estando en el instituto. Al principio no sabía de la misa la media. Las instrucciones que nos daban eran: «Súbete de un salto, móntalos hasta que dejen de corcovear e intenta no caerte».

Aunque aprendí mucho más cuando crecí, la mayor parte de aquella primera formación fue llegando sobre la marcha, o por así decirlo, sobre el caballo: si él hacía tal cosa, yo tenía que hacer tal otra. Al final, acabábamos por entendernos. Quizá lo más importante que aprendí entonces fue a tener

paciencia. Yo no soy paciente por naturaleza, y tuve que desarrollar ese don bregando con caballos. Después de todo, me resultó valiosísimo para hacer de francotirador, y hasta para cortejar a mi mujer.

A diferencia de las vacas, los caballos no me han dado jamás motivo alguno para darles una zurra. Cabalgarlos hasta agotarlos, sí. Mantenerme sobre ellos hasta enseñarles quién mandaba, por supuesto; pero ¿pegar a un caballo? Nunca me han dado motivos. Son más listos que las vacas. Con tiempo y paciencia es posible hacer que un caballo colabore.

No sé si tenía o no talento para domar potros, pero estar con ellos alimentaba mi pasión por todo lo que tenía que ver con los vaqueros. Volviendo la vista atrás, no resulta sorprendente que estuviera compitiendo en rodeos antes de acabar la escuela. En la secundaria hacía deporte —béisbol y fútbol americano—, pero nada podía compararse a la emoción de un rodeo.

Todo el mundo tiene su camarilla en el instituto: los deportistas, los empollones... Yo me juntaba con los «laceros». Llevábamos botas y tejanos, y en general teníamos pinta de vaqueros y actuábamos como ellos. Yo no era un lacero de los de verdad —en aquella época no habría sido capaz de echar el lazo al becerro más escuchimizado—, pero eso no me impidió participar en rodeos con dieciséis años.

Comencé montando toros y potros en un recinto pequeño en el que pagabas veinte pavos por el tiempo que pudieses aguantar a lomos del animal. Cada uno tenía que llevar sus propios arreos: espuelas, zahones, aparejos... No había refinamiento alguno: montabas, te caías y volvías a montar. Cada vez aguantaba más, hasta que adquirí la confianza suficiente para participar en unos cuantos rodeos locales de escasa importancia.

Doblegar a una res no es exactamente igual que domar un caballo. Tiene la piel mucho más suelta, de modo que cuando cabecea hacia delante no solo corres peligro de salir despedido en esa dirección, sino que también te escurres hacia los lados. Además, los toros giran con una fuerza tremenda. No es nada fácil permanecer sobre sus lomos.

Estuve un año más o menos montando toros, hasta que escarmenté y me pasé a los caballos, y acabé por especializarme en la doma de potros con silla, espectáculo clásico en el que no solo hay que permanecer ocho segundos montado, sino hacerlo con estilo y con gracia. No sé por qué, pero en esta modalidad me daba mucho más arte que en cualquier otra. Por eso estuve mucho tiempo dedicado a ella, lo que me supuso no pocas hebillas y alguna que otra silla de las buenas. No es que fuese un campeón, ni mucho menos, pero se me daba lo bastante bien para poder invitar a unos y a otros en el bar con el dinero de los premios.

También conseguí que se fijaran en mí las *buckle bunnies*, las *groupies* de los rodeos. Aquello era insuperable: disfrutaba viajando de ciudad en ciudad, yendo de fiesta en fiesta y montando.

Digamos que llevaba el estilo de vida de un vaquero de verdad.

Seguí montando tras superar la secundaria en 1992 y matricularme en la Universidad Estatal de Tarleton, situada en Stephenville (Texas). Para quienes no lo sepan, se fundó en 1899 y se unió en 1917 al Sistema Universitario Texas A&M. Es la tercera en importancia de las universidades de agronomía no adscritas a la ley de concesión de tierras del país, y tiene fama de formar excelentes capataces de rancho y granja y profesores de ciencias agrarias.

En aquellos tiempos quería ser ranchero, aunque es verdad que antes de matricularme había acariciado la idea de hacer la carrera militar. Mi abuelo materno había sido piloto de las fuerzas aéreas, y hubo un tiempo en que quise ser piloto. Luego pensé en hacerme marine, pues quería estar donde hubiese acción. Me hacía gracia la idea de combatir. También había oído hablar de las operaciones especiales, y me planteé la posibilidad de entrar en los batallones de reconocimiento, que es la unidad especial de élite de la infantería de marina; pero mi familia, y sobre todo mi madre, quería que fuese a la universidad. Al final se salieron con la suya: decidí graduarme primero y sentar plaza después en las fuerzas armadas. «¡Qué leche! —

pensé—. Así puedo divertirme de lo lindo antes de ponerme a trabajar en serio.»

Seguía compitiendo en los rodeos, y cada vez se me daba mejor. Sin embargo, se fue todo al garete a finales de mi primer curso, cuando un caballo salvaje dio una vuelta de campana conmigo encima. Cayó de tal manera que mis ayudantes no pudieron abrir el chiquero y tuvieron que darle la vuelta al animal haciéndolo pasar sobre mí. Se me había quedado un pie en el estribo, y me vi arrastrado y golpeado con tanta fuerza, que perdí el conocimiento. Volví en mí en el helicóptero de emergencia que me trasladó al hospital. Acabé con clavos en las muñecas, un hombro dislocado, varias costillas rotas y contusiones en un pulmón y un riñón.

Quizá la peor parte de mi recuperación fueron los condenados clavos, que no eran otra cosa que tornillos enormes de un centímetro y medio de grosor, que sobresalían unos cuantos centímetros por encima de la piel y me hacían parecer Frankenstein. Picaban y tenían un aspecto muy poco agradable, pero me sujetaron las manos a los brazos.

Unas semanas después de la lesión decidí que había llegado el momento de llamar a una muchacha con la que llevaba un tiempo queriendo salir. No iba a permitir que los clavos me fastidiaran la diversión. Iba conduciendo con ella a mi lado, y uno de aquellos clavos de metal no paraba de accionar el intermitente al mover yo el brazo. Harto de aguantarlo, acabé por partirlo casi a la altura de la piel. A ella aquel espectáculo no le produjo precisamente una buena impresión, y la cita terminó pronto.

Tuve que dejar los rodeos, aunque seguí yéndome de parranda como cuando salíamos de gira. No tardé en gastar todo lo que tenía, y tuve que buscar trabajo después de las clases. Encontré uno de repartidor en un almacén de madera que distribuía materiales diversos.

Trabajaba bien, y creo que eso dio sus frutos. Un día entró un tipo y nos pusimos a hablar.

—Conozco a un ranchero que está buscando a alguien que le eche una mano —me dijo—. ¿Te interesa?

—¡Hombre! —le respondí yo—. Ahora mismo estoy allí.

Y así fue como entré a trabajar en un rancho, como un vaquero de verdad, aunque seguía yendo a clases a tiempo completo.

La vida de vaquero

Empecé a trabajar a las órdenes de David Landrum en el condado de Hood, y me di cuenta enseguida de que no era ni la mitad de vaquero de lo que pensaba. David se encargó de dejármelo claro. Me enseñó cuanto hay que saber para llevar un rancho, y más aún. Era un tipo duro. Te ponía verde de arriba abajo, y luego de abajo arriba, aunque cuando lo hacías bien no decía ni pío. Con todo, acabé por cogerle cariño.

Trabajar en un rancho es estar en el cielo.

La de allí no es una vida fácil, y el trabajo te desloma. Sin embargo, al mismo tiempo resulta todo sencillísimo. Pasas casi todo el tiempo fuera. La mayoría de los días estás solo con los animales. No tienes que tratar con gente, ni meterte en una oficina ni lidiar con pamplinas sin importancia: te limitas a hacer tu trabajo.

La hacienda de David ocupaba cuatro mil hectáreas. Era un rancho en toda regla, de los antiguos, y hasta teníamos una carreta de provisiones de las de antes para cuando reuníamos el ganado por primavera.

Tengo que decir que aquel era un lugar muy hermoso, poblado de suaves colinas y atravesado por un par de riachuelos: un campo abierto que hacía que uno se sintiera vivo con solo mirarlo. El corazón del rancho era una casa antigua que tuvo que ser una estación de paso (una fonda, para los norteños) en el siglo XIX: una construcción majestuosa con porches resguardados tanto delante como detrás, habitaciones amplias y un hogar de grandes dimensiones en el que hacer entrar en calor tanto el alma como el cuerpo.

Como jornalero, claro, a mí me correspondía un alojamiento algo más primitivo: una barraca que apenas contaba con el espacio suficiente para albergar un catre. Debía de medir unos dos metros por poco menos de

cuatro, ocupados en buena parte por mi cama. Ni siquiera cabía ningún mueble que pudiera tener cajones, lo que me obligaba a colgar toda mi ropa, incluida la interior, en una percha.

Las paredes no tenían aislamiento. La región central de Texas puede llegar a ser muy fría en invierno, y ni siquiera poniendo al máximo la estufa de gas y un calefactor eléctrico al lado de la cama podía quitarme la ropa para dormir. Aun así, lo peor de todo era la falta de cimientos como está mandado bajo el suelo de madera, que me obligaba a pelear sin descanso con los mapaches y armadillos que hacían madriguera bajo la cama. Los segundos tenían un humor de mil demonios y no conocían el miedo: debí de matar a una veintena antes de que entendieran que no eran bienvenidos bajo mi techo.

Empecé conduciendo tractores y plantando trigo para el ganado en invierno, y más adelante repartiendo pienso; hasta que David consideró probable que me quedara y empezó a darme más responsabilidades, además de aumentarme el sueldo a cuatrocientos dólares mensuales.

Cuando acababan las clases, a la una o las dos de la tarde, me dirigía al rancho para trabajar hasta que se ponía el sol, tras lo cual estudiaba un rato y me iba a la cama. A primera hora de la mañana, daba de comer a todas las monturas y me iba a la universidad. El verano era lo mejor, porque lo pasaba a lomos de caballo desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche.

Al cumplir, al fin, dos años en el rancho, comencé a adiestrar a los caballos vaqueros —los que se emplean para apartar a una res del resto de la manada— y a prepararlos para la subasta. Estos animales cumplen una función importantísima en el rancho, y uno de calidad puede llegar a venderse por una cantidad considerable de dinero.

Fue entonces cuando aprendí de veras a bregar con caballos, y cuando me volví mucho más paciente que antes. Perder los nervios con uno de ellos puede arruinarlo de por vida. Así que no tuve más remedio que aprender a tomarme el tiempo necesario y ser amable con ellos.

Los caballos son animales inteligentes en extremo, y aprenden con gran rapidez si se les adiestra bien. Hay que enseñarles algo muy sencillo, parar y volver a hacerlo a continuación. Se entusiasman cuando aprenden, y a mí me gustaba aprovechar ese momento: acababa la sesión cuando había alcanzado algún logro, y la retomaba al día siguiente.

Evidentemente, me costó un tiempo aprender todo esto. Mi jefe no pasaba por alto ninguna metedura de pata: arremetía contra mí de inmediato y me trataba de mierdecilla despreciable. Sin embargo, yo nunca me cabreaba con David; me limitaba a pensar: «Sé hacerlo mejor, y voy a demostrártelo».

Y resulta que esa es precisamente la actitud que necesitas para servir en los SEAL.

El rechazo de la Armada

En el campo tenía mucho tiempo y espacio de sobra para pensar qué rumbo tomar. Los estudios y las clases no eran lo mío. Las puertas del rodeo también se me habían cerrado; así que decidí dejar la universidad y la ganadería y volver a mi plan original: alistarme de soldado en el ejército. Dado que era aquello lo que de verdad quería hacer, no tenía sentido seguir esperando.

Por eso, un día de 1996 me dirigí al banderín de enganche decidido a sentar plaza.

La oficina parecía un centro comercial en miniatura, con secciones para el ejército de tierra, la Armada, la infantería de marina y las fuerzas aéreas dispuestas una detrás de otra en una fila no muy amplia. Desde cada una de ellas te observaban al entrar. Competían entre ellas, y la rivalidad que se tenían no parecía amistosa.

Fui primero a la puerta de los marines, pero habían salido a almorzar, y ya me había dado la vuelta para salir por donde había entrado cuando me llamó el del ejército de tierra.

—Oye —me dijo—, ¿y si te vienes con nosotros?

«¿Por qué no?», pensé. Y entré.

—¿Qué te interesa hacer en las fuerzas armadas? —quiso saber.

Le dije que me gustaba la idea de las operaciones especiales, y que lo que había oído de las fuerzas especiales me había llevado a querer servir en ellas... si es que entraba en el ejército. (Las fuerzas especiales son una unidad selecta a la que se confían las misiones más delicadas. Aunque a veces se emplea incorrectamente la denominación para designar en general a los soldados de operaciones especiales, aquí me refiero siempre a este cuerpo concreto.)

En aquellos tiempos, había que ser E-5[1] en el ejército de tierra (o sea, cabo primero) para aspirar a formar parte de las fuerzas especiales, y a mí no me hacía ninguna gracia la idea de tener que esperar tanto tiempo para empezar a disfrutar de lo bueno.

—¿Y si te haces *ranger*? —propuso el de la oficina de recluta.

Yo no sabía mucho de aquel cuerpo, pero lo que me contó me resultó muy tentador: saltar en paracaídas, asaltar objetivos, hacerme experto en armas portátiles... El reclutador me sedujo con todas las posibilidades que se me presentaban, aunque no llegó a cerrar el alistamiento.

—Voy a pensármelo —respondí mientras me levantaba para irme.

Y a punto estaba de salir cuando me llamó desde su puesto el de la Armada.

—¡Oye, tú! —dijo—. Ven aquí.

Y eso hice.

—¿De qué estabais hablando? —me preguntó.

—Estaba pensando en entrar en las fuerzas especiales —le contesté—, pero tienes que ser OR-5; así que me estaban informando sobre los Rangers.

—¡No me digas! ¿Y has oído hablar de los SEAL?

En aquella época no se conocían demasiado. Yo había oído algo al respecto, pero tampoco sabía mucho de ellos. Creo recordar que me encogí de hombros.

—Anda, ¿por qué no entras —me dijo el marine— y te lo cuento todo?

Empezó hablándome de la fase BUD/S, o adiestramiento en Demolición Subacuática Básica de los SEAL, que es la instrucción preliminar que debe recibir todo aquel que quiera servir en este cuerpo. Hoy hay cientos de libros y películas sobre estos y aquel, y hasta una entrada extensa en la Wikipedia sobre la formación que recibimos; pero en aquellos tiempos, el BUD/S era todo un misterio, al menos para mí. Cuando supe lo difícil que era, la tralla que daban los instructores y que el índice de aprobados no llegaba al 10 % del curso, me quedé impresionado: solo para superar el proceso de adiestramiento tenías que ser un cabroncete duro de pelar.

Me gustaba esa clase de retos.

Luego, el del banderín de enganche me habló de las misiones que habían llevado a cabo los SEAL y sus predecesores, los UDT (los Equipos de Demolición Subacuática, submarinistas encargados de explorar playas enemigas y de otros cometidos especiales desde la segunda guerra mundial). Me contó que los combatientes habían nadado entre los obstáculos dispuestos en las costas caídas en manos de los japoneses y habían sostenido batallas horripilantes tras las líneas dispuestas en Vietnam. Todo eso parecía de lo más intenso, y cuando salí de allí no quería otra cosa que entrar en los SEAL.

Entre los reclutadores, y sobre todo entre los buenos, hay más de uno que tiene mucho de ladrón; y este no era distinto. Cuando volví para firmar los papeles, me dijo que tenía que renunciar al premio de enganche si quería asegurarme un puesto en los SEAL.

Así lo hice.

Era mentira, claro. Lo de rebajar la remuneración que reciben por alistarse los nuevos reclutas debió de ponerlo en muy buen lugar. Seguro que tiene un futuro inmejorable como vendedor de coches de segunda mano.

La Armada no me prometía que fuese a formar parte de los SEAL: eso era un privilegio que tenía que ganarme. Sin embargo, sí que me

garantizaba la ocasión de intentarlo. A mí eso me bastaba, porque no estaba dispuesto a fracasar.

El único problema es que ni siquiera me dieron la oportunidad de fallar: la Armada me rechazó cuando el examen físico reveló los clavos que tenía en el brazo por el accidente que había sufrido en el rodeo. Por más que supliqué, me declararon no apto. Hasta me ofrecí a firmar un descargo que exonerase a la Armada de cuanto pudiese pasarme.

Me respondieron con un *no* rotundo.

Y yo di por sentado que allí acababa mi trayectoria militar.

Llamada a filas

Descartada la idea de hacerme soldado, me centré en el proyecto de dedicar mi vida a la profesión de vaquero. Como ya tenía un buen puesto en un rancho, pensé que no tenía mucho sentido seguir estudiando. Así que lo dejé, aunque me faltaban menos de sesenta créditos para graduarme.

David me dobló la paga y me asignó más responsabilidades. Las ofertas, más generosas, que recibí de diversos capataces me atrajeron a otros ranchos, aunque por distintos motivos siempre acababa volviendo al de David. Al final, poco antes del invierno de 1997-1998, me vi mudándome a Colorado.

Acepté el trabajo con los ojos cerrados, y resultó ser un gran error. Pensé que después de pasar todo aquel tiempo en las llanuras de Texas no me iba a venir nada mal cambiarlas por un paisaje de montaña.

Y ¿qué pasó? Pues que el rancho en el que me contrataron estaba en la única región de Colorado que es más llana todavía que Texas. Y muchísimo más fría. No tardé mucho en llamar por teléfono a David para preguntarle si necesitaba ayuda.

—Vuelve —me dijo.

Me puse a hacer las maletas enseguida, pero antes de prepararlo todo para la mudanza recibí la llamada de un reclutador de la Armada.

—¿Todavía sigues interesado en servir en los SEAL? —me preguntó.
—¿Por qué?
—Porque te queremos en nuestro equipo —respondió él.
—¿Con clavos en el brazo y todo?
—No te preocupes por eso.
No me preocupé: empecé a disponerlo todo de inmediato.

2
Tiritones

Bienvenido al BUD/S

—¡Al suelo! ¡Cien flexiones! ¡Ya!

Más de doscientos tipos se echaron al asfalto y empezaron a subir y bajar todo el cuerpo con la fuerza de sus brazos. Todos llevábamos uniforme de camuflaje y un casco recién pintado de verde. Aquel era el principio del BUD/S, y estábamos dispuestos a todo, emocionados y nerviosos como mil demonios.

Estaban a punto de bajarnos los humos... y lo estábamos disfrutando de lo lindo.

El instructor ni siquiera se había molestado en salir del despacho que tenía en el interior del edificio situado a escasa distancia de nosotros: su voz, profunda y algo sádica, llegaba con facilidad al patio en que nos habían reunido.

—¡Más flexiones! ¡Ahora quiero cuarenta! ¡Cuarentaaa!

Todavía no había empezado a sentir que me ardían los brazos cuando oí un silbido extraño y levanté la mirada para ver de qué se trataba.

Me llevé un chorro de agua en la cara. Habían aparecido otros instructores con mangueras para regar a cualquiera que fuese lo bastante estúpido para alzar la vista.

Bienvenido al BUD/S.

—A aletear marines, ¡vamos!

BUD/S significa Basic Underwater Demolition/SEAL (Demolición Subacuática Básica de los SEAL) y es el curso introductorio que tienen que aprobar quienes pretenden formar parte de dicho cuerpo. Se da en el Centro Naval de Combate Especial de Colorado (California), y comienza con el adoctrinamiento, o *adoc*, destinado a informar a los aspirantes de lo que se espera de ellos. Las tres fases que lo siguen son la de instrucción física, la de buceo y la de combate terrestre. Con los años se ha publicado cierto número de historias y de documentales acerca del BUD/S y de su rigor, y casi todo lo que cuentan es cierto (o al menos en su mayoría: la Armada y los instructores lo suavizan para hacerlo apto para el consumidor nacional de *reality shows* y otros programas). En esencia, los monitores te dan para el pelo, y, a continuación, te dan para el pelo un poco más. Entonces, te patean el culo, y si queda algo de ti después de todo, te vuelven a vapulear. Con eso basta para hacerse una idea.

A mí me encantaba. Lo odiaba, me asqueaba y lo maldecía, pero me encantaba.

De mal en peor

Tardé buena parte de un año en llegar a este punto. Me había alistado en la Armada y me había presentado para recibir la instrucción esencial en febrero de 1999. El campo de entrenamiento no era nada del otro mundo. Recuerdo que una vez hablé con mi padre y le dije que lo básico era fácil en comparación con el trabajo del rancho. Aquello no me hacía ninguna gracia: me había enganchado para formar parte de los SEAL y superarme a mí mismo, y en lugar de eso estaba ganando peso y perdiendo tono muscular.

En realidad, el adiestramiento básico tiene por objeto prepararlo a uno para sentarse en la cubierta de un barco. Te enseñan un montón sobre la Armada, y eso está bien; pero yo esperaba algo más parecido a la instrucción básica de los marines: un reto físico. Mi hermano estuvo en la

infantería de marina, y volvió del campamento encallecido y con una condición física inmejorable. Yo, sin embargo, habría suspendido casi con seguridad el BUD/S si me hubiera presentado después de salir de allí. Desde entonces han cambiado el procedimiento, y ahora hay un adiestramiento preliminar específico para el BUD/S que hace más hincapié en la forma física.

El BUD/S dura más de medio año y es agotador tanto física como mentalmente. Como ya he dicho, la tasa de abandono puede ser del 90 %. La parte que tiene peor fama es la Semana Infernal: 132 horas seguidas de ejercicio y actividad física. Algunas de las actividades se han cambiado y ensayado con los años, y es de suponer que seguirán evolucionando. Sin embargo, en conjunto no ha dejado de ser la prueba más dura, y probablemente será siempre uno de los momentos culminantes del proceso —o de los más deprimentes, según la perspectiva de cada uno—. En mis tiempos, la Semana Infernal se daba al final de la primera fase. Pero de eso hablaremos más adelante.

Por suerte, yo no fui directamente al BUD/S: antes tuve que superar otra instrucción. Además, la falta de instructores me libró —a mí y a muchos otros— de un hostigamiento excesivo.

Conforme al reglamento de la Armada, tenía que elegir una especialidad (lo que se conoce allí como MOS, Military Occupation Specialty) por si no pasaba el BUD/S y, por lo tanto, no demostraba ser apto para los SEAL. Elegí el servicio secreto, pensando que acabaría convertido en algo semejante a un James Bond. Aquí puede reírse el lector.

Sin embargo, fue durante aquel adiestramiento cuando empecé a ejercitarme más en serio. Pasé tres meses aprendiendo las nociones básicas de las especialidades del espionaje naval, y lo que es más importante, poniéndome en forma. En la base coincidí con un montón de SEAL de verdad que me inspiraron para meterme en el gimnasio y trabajar cada una de las partes fundamentales de mi cuerpo: piernas, pectorales, tríceps, bíceps, etc. También empecé a correr tres veces a la semana, entre seis y doce kilómetros al día, aumentando tres kilómetros en cada sesión.

Odiaba correr, pero estaba empezando a desarrollar la actitud correcta: la de hacer cuanto fuera necesario.

También fue entonces cuando aprendí a nadar, o al menos a nadar bien.

La parte de Texas de la que procedo cae lejos del agua. Entre otras cosas, tuve que dominar la natación de costado, estilo de vital importancia para los SEAL.

Cuando acabé la formación para el servicio secreto había mejorado mi forma física, aunque no lo suficiente para estar listo para el BUD/S. En aquel momento no lo pensé, pero tuve suerte de que la falta de instructores hubiese provocado una masificación de alumnos poco habitual. La Armada decidió destinarme unas semanas a ayudar al personal aposentador —nombre que reciben en los SEAL quienes cumplen una función similar a la de los recursos humanos de las grandes empresas— hasta que hubiera una vacante.

Trabajaba con ellos la mitad del día, de las ocho al mediodía o del mediodía a las cuatro de la tarde, y dedicaba el resto del tiempo a entrenarme con otros aspirantes. Pasábamos dos horas haciendo lo que los maestros de gimnasia de la vieja escuela llamaban *calistenia*: abdominales, flexiones, sentadillas...

Nada de pesas: no se trataba de ponerse como un toro, sino de adquirir fuerza sin perder flexibilidad.

Los martes y los jueves practicábamos el «agotamiento natatorio», que consiste, básicamente, en nadar hasta hundirse; y los viernes, carreras de entre quince y veinte kilómetros. Era duro, pero en el BUD/S hay que hacer medias maratones.

Mis padres recuerdan aún la conversación que tuvimos por aquellas fechas. Yo quería prepararlos para lo que pudiese venir, y tal vez el que no supieran gran cosa de los SEAL era positivo. Alguien había mencionado que podían hacer desaparecer mi identidad de todo documento oficial, y,

cuando se lo dije, no les sentó del todo bien. Les pregunté si contaba con su aprobación, aunque supongo que no tenían más opción que resignarse.

—No pasa nada —insistió mi padre.

Mi madre recibió la noticia en silencio. Estaban bastante preocupados, pero trataron de ocultarlo, y jamás dijeron nada que pudiera desalentarme.

Al final, después de unos seis meses de espera, de ejercicio y más espera, llegaron las órdenes de trasladarme al BUD/S.

Vapuleado

Salí del asiento trasero del taxi y me alisé el uniforme de representación. Saqué el petate del vehículo y, después de respirar hondo, enfilé el camino del edificio de mando, en el que tenía que presentarme. Tenía veinticuatro años y estaba a punto de ver cumplido mi sueño. Y de acabar machacado.

Había oscurecido, aunque no era demasiado tarde —debían de haber dado las cinco o las seis—. Imaginaba que iban a caer sobre mí en el instante en que cruzara la puerta. Uno oye rumores sobre lo duro que es el BUD/S, pero nunca puede suponer hasta qué extremo. La expectación lo empeora aún más.

Vi a un fulano sentado tras un escritorio, y me acerqué para presentarme. Él tomó nota de mis datos, me asignó una habitación y metió mano a todas las chorradas administrativas que tenían que cursarse. Yo no hacía más que pensar: «Pues no es tan duro como parece», y también: «De un momento a otro, me asaltan».

Por supuesto, me costó dormirme. No dejaba de pensar en que iban a entrar los instructores a darme una paliza. Estaba emocionado, pero también preocupado.

Amaneció sin que hubiese sufrido el menor contratiempo. Entonces me di cuenta de que todavía no estaba de verdad en el BUD/S, al menos oficialmente; sino en la fase que llaman *adoc*, o de adoctrinamiento. Con ella se pretende preparar al aspirante para el BUD/S. Si este fuera una

bicicleta, el *adoc* sería algo así como los ruedines, si es que en los SEAL puede haber algo semejante.

El *adoc* duró un mes, y aunque es verdad que nos gritaron de lo lindo, no tiene nada que ver con lo que viviríamos en el BUD/S. Pasamos un tiempo aprendiendo lo más básico de lo que se esperaba de nosotros, como completar la pista de obstáculos. Se trataba de que supiéramos velar por nuestra seguridad cuando la cosa se pusiese seria. También pasamos mucho tiempo echando una mano de distintas maneras mientras se adiestraban otras clases.

El *adoc* resultó divertido. A mí me encantaba la faceta física: lo de poner a prueba mi cuerpo y pulir mis capacidades. Al mismo tiempo, pude ver cómo trataban a los aspirantes en el BUD/S, y me decía: «¡Joder! Más me vale tomármelo en serio y hacer más ejercicio».

Y entonces, antes de que me diese cuenta, comenzó la primera fase. Ahora la instrucción era de verdad, y de verdad nos estaban vapuleando, a diario y con mucha pasión.

Esto me lleva al momento con el que hemos empezado el capítulo: el del manguerazo en la cara. Llevaba meses haciendo ejercicio, y, sin embargo, lo que nos pedían entonces era mucho peor. Lo curioso es que, aunque sabía más o menos lo que iba a pasar, no acababa de hacerme a la idea de lo difícil que iba a resultar. No conoces algo hasta que lo vives en tus propias carnes.

Aquella mañana llegué a pensar: «¡Me cago en...! Estos tíos van a matarme. ¿A que se me caen los brazos y me desintegro en el suelo?».

No sé cómo, pero logré seguir adelante.

La primera vez que me regaron, aparté la cara; y eso hizo que se fijaran en mí. Mal hecho.

—¡No te vuelvas! —me gritó el instructor antes de añadir un par de comentarios escogidos acerca de mi falta de carácter y de habilidad—. Mira para acá y te aguantas.

Eso hice. No sé cuántos cientos de flexiones y de otros ejercicios hicimos, aunque sí puedo decir que me invadía la sensación de ir de cabeza

al fracaso. Y eso fue lo que me hizo sobreponerme: no quería suspender.

Todos los días —algunos varias veces— tuve que hacer frente al mismo temor y llegar a la misma conclusión.

Muchos me preguntan sobre la dureza de aquellos ejercicios; sobre cuántas flexiones o abdominales teníamos que hacer. La respuesta es que eran cien de cada una, aunque el número concreto casi era lo de menos. Por lo que yo recuerdo, a nadie le costaba hacer un centenar de flexiones o de cualquier otro ejercicio: eran las repeticiones y la tensión constante, los abusos que se daban en las sesiones, lo que hacía tan difícil soportar el BUD/S. No es fácil explicárselo a quien no lo haya vivido.

El público se equivoca al pensar que todos los SEAL son fulanos enormes con una condición física inmejorable. Aunque esto último es cierto en general —en los equipos no hay nadie que no esté en forma—, hay SEAL de todos los tamaños. Yo me encontraba entre los de más de un metro ochenta y cinco y ochenta kilos; pero los que servían conmigo medían entre el metro setenta y los dos metros. Lo que todos teníamos en común no eran músculos, sino la voluntad de hacer cuanto hiciera falta.

La de superar el BUD/S y entrar en los SEAL es más una cuestión de fortaleza mental. La clave del éxito radica en la tenacidad y en la capacidad para no claudicar. De un modo u otro, yo había topado con la fórmula ganadora.

Ser invisible

Aquella primera semana traté de pasar lo más inadvertido posible. Era malo llamar la atención. Durante los ejercicios físicos, durante las maniobras o hasta en formación, lo más insignificante podía convertirlo a uno en el centro de todas las miradas. Si estabas en la fila ligeramente encorvado, te señalabas de inmediato. Cuando los instructores nos mandaban hacer algo,

yo intentaba ser el primero. Si lo hacía bien —y ya lo creo que lo intentaba —, pasaban de mí e iban a fijarse en otro.

Aun así, me resultó imposible hacerme invisible por completo: por más que me deslomara con la instrucción, con el ejercicio físico y con todo lo demás, seguía teniendo dificultades con las flexiones en barra fija.

Seguro que el lector sabe de lo que le hablo: se trata de subir los brazos hasta agarrar la barra y levantar con ellos el cuerpo para después volverlo a bajar, y repetir el proceso una y otra vez, una y otra vez.

En el BUD/S teníamos que colgarnos y esperar hasta que el instructor nos diera la orden de empezar. Pues bien: durante la primera clase, resultó que se encontraba justo a mi lado.

—¡Vamos! —dijo.

—¡Hmmm! —gemí yo mientras me alzaba.

Craso error: de inmediato me tacharon de flojo.

De entrada, me resultaba imposible hacer todos los levantamientos que nos pedían: media docena, que es de hecho lo que se exige. Y encima, con todas las miradas fijas en mí, no podía limitarme a cubrir el expediente: tenía que hacer el ejercicio *perfecto*, y muchas veces. Los instructores me destacaron de los demás, me obligaron a hacer más y me pusieron ejercicio extra hasta hartarme.

Aquello funcionó: el de la barra acabó por ser uno de mis ejercicios estrella. Al final fui capaz de hacer treinta sin gran esfuerzo. No fui el primero de la clase, pero tampoco podían avergonzarse de mí.

¡Y la natación...! Todo lo que había hecho antes de llegar al BUD/S comenzó a dar sus frutos. De hecho, aquella fue la disciplina en la que más destaqué. Si no el que más, fui uno de los nadadores más rápidos de la clase.

Tampoco aquí dice gran cosa el hablar de distancias mínimas. Para aprobar hay que nadar poco menos de mil metros en el mar; pero cuando acabas el BUD/S, mil metros no te parecen gran cosa. No paras de nadar, y las sesiones de tres mil metros se convierten en el pan nuestro de cada día.

Una vez, nos sacaron en embarcaciones y nos soltaron a varias millas de la playa.

—Si queréis volver a casa, chavales —nos dijeron los instructores—, ya podéis empezar a nadar.

De un rancho a otro

Todo el que ha oído hablar de los SEAL sabrá probablemente lo que es la Semana Infernal: cinco días y medio de paliza continua concebida para comprobar si tienes la resistencia y la voluntad que necesita un combatiente extremo.

Cada uno de los SEAL tiene una historia diferente que contar sobre esta experiencia. La mía, en realidad, comienza un día o dos antes de la Semana, en unas rocas azotadas por las olas. Estaba con unos compañeros a bordo de una IBS (barca hinchable pequeña: la lancha neumática básica, con cabida para seis personas), tratando de salvar aquellos peñascos para llegar a la costa. Yo era el que más responsabilidad tenía, ya que me correspondía poner pie en tierra y tener firme la IBS mientras saltaban los demás para sacarla del agua.

Pues bien: cuando estaba en ello, llegó una ola enorme que arrastró la barca y me la lanzó contra el pie. Me dolió una barbaridad, y enseguida lo noté entumecido.

Opté por no hacerle caso, aunque al final tuve que vendármelo. Cuando acabó la jornada, fui a ver a un colega que era hijo de médico para que le echase un ojo. Su padre me hizo una radiografía y vio que lo tenía partido.

Por supuesto, quiso escayolármelo, pero yo me negué: si me presentaba así en el BUD/S iban a aplazar mi instrucción. Hacerlo antes de la Semana Infernal significaba tener que empezar desde el principio, y yo no estaba dispuesto a volver a afrontar lo que había tenido que soportar hasta entonces. (Hasta estando en el BUD/S lo dejan a uno ausentarse de la base con permiso durante el tiempo libre. Y claro, no iba a ir a un médico de la

Armada para que me examinara el pie, porque me habría echado para atrás de inmediato.)

La noche en que se suponía que tenía que empezar la Semana Infernal nos llevaron a una sala de grandes dimensiones, nos dieron *pizza* y nos obsequiaron con una maratón de cine: *Black Hawk derribado*, *Cuando éramos soldados* y *Braveheart*. Nos distendíamos de un modo muy poco relajante, porque sabíamos que estaba a punto de empezar la Semana. Era como asistir a una fiesta a bordo del *Titanic*: estábamos concentrados en las películas, pero sabíamos que ahí fuera, agazapado en la oscuridad, esperaba el iceberg.

Una vez más, la imaginación me llevó a ponerme nervioso. Sabía que en cualquier momento iba a irrumpir por la puerta un instructor con una ametralladora M-60 disparando balas de fogueo y nos iba a obligar a salir para formar en la «machacadera» (la zona de asfalto en que hacíamos los ejercicios); pero no tenía ni idea de cuándo iba a ser.

Cada minuto que pasaba hacía que se me revolviera más el estómago. Estaba sentado diciéndome: «¡Dios!», una y otra vez, en un tono muy elocuente y profundo. Traté de dar una cabezada, pero no era capaz de conciliar el sueño.

Al final, entró alguien y se puso a disparar.

¡Gracias a Dios!

Dudo que me haya sentido en la vida tan feliz de que vinieran a jorobarme. Salí corriendo al exterior. Los instructores estaban lanzando granadas aturdidoras y tenían las mangueras abiertas a tope. (Las llamamos granadas de *flash-crash* y de *flash-bang*, porque provocan un fogonazo intenso [*flash*] y un ruido tremendo [*crash/bang*] al estallar; pero por lo demás son inofensivas. Aunque técnicamente estos nombres designan dos tipos distintos de granada empleados por el ejército de tierra y la Armada estadounidenses, lo normal es que usemos los dos indistintamente.)

Yo no veía la hora de empezar con lo que algunos consideran la prueba extrema de los aspirantes a SEAL, pero al mismo tiempo pensaba: «¿Qué coño está pasando aquí?». Porque aunque lo sabía todo de la Semana

Infernal —o al menos eso creía—, al no haberla vivido nunca en carne propia, no acababa de hacerme a la idea de cómo sería.

Nos dividieron y nos llevaron a distintos puestos para ponernos a hacer flexiones, patadas, saltos de tijera... Después, nos pusieron a todos a correr juntos. ¿Mi pie? Fue lo que menos me dolió. Nadamos, hicimos gimnasia, echamos las barcas a la mar... Sobre todo, no paramos de movernos. Uno de mis compañeros estaba tan reventado, que confundió la canoa que se acercó a nuestras barcas para inspeccionarnos con un tiburón y se puso a gritar como un condenado para ponernos a todos sobre aviso (en realidad era nuestro comandante, y no tengo claro que no lo tomase como un cumplido).

Antes de empezar el BUD/S, alguien me dijo que el mejor modo de superarlo consiste en ir de un rancho a otro: entregarte al máximo hasta la siguiente comida. Dado que el rancho te lo dan cada seis horas, como un reloj, me centré en eso: la salvación no podía tardar nunca más de cinco horas y cincuenta y nueve minutos.

Aun así, hubo varias veces en las que me convencí de que no iba a lograrlo. Tentado estuve de levantarme y echar a correr hacia la campana que pondría punto final a mi tortura. A quien la toca, lo llevan adentro y le dan un café y un dónut. Y adiós, muy buenas; porque el hecho de hacerla sonar (o hasta el de ponerse en pie y decir: «Lo dejo») significa que, para ti, se acabó el programa.

Aunque parezca mentira, el pie fracturado empezó a dolerme menos de forma gradual a medida que avanzaba la Semana. Puede ser que me acostumbrara tanto a la sensación, que comenzara a parecerme normal. Lo que no soportaba era el frío. Lo de tener que quedarme tumbado en la playa con el oleaje, desnudo y con el culo congelado era lo que peor llevaba. Con los brazos entrelazados con los de los compañeros que tenía a uno y otro lado, me pasaba el rato «haciendo el martillo neumático» sin poder dominar los violentos tiritones. En esos momentos, rezaba por que a alguien se le ocurriera mearse encima de mí.

Sé que a todos les pasaba lo mismo: la orina era el único material caliente que teníamos a nuestra disposición a esas alturas. Si uno levanta la

vista por encima de las olas durante una clase del BUD/S y ve a un grupo de colegas apiñados, puede estar seguro de que uno de ellos está vaciándose la vejiga y los demás están aprovechando la situación.

Si la campanita hubiese estado un poco más cerca, no habría dudado en ponerme de pie y echar mano de ella para tomarme mi café calentito y mi dónut. Sin embargo, no lo hice. Que decida el lector si fue por ser demasiado tozudo para rendirme o demasiado vago para levantarme.

No me faltaban motivaciones de toda clase para seguir adelante. Recordaba a cada una de las personas que me habían dicho que iba a acabar por dejar el BUD/S a medias. Probar que podía con ello era demostrarles que se equivocaban. Y la visión de todas las embarcaciones que había en el mar en ese momento era otro incentivo: me preguntaba si quería acabar allí.

¡Ni de coña!

Si mi Semana Infernal empezó un domingo por la noche, llegado el miércoles, empecé a tener la impresión de que iba a superarla. A esas alturas, apenas tenía otro objetivo que el de mantenerme despierto (en todo ese tiempo había dormido unas dos horas, y no seguidas). Ya había pasado buena parte del vapuleo, y se trataba más de un reto mental que de otra cosa. Muchos instructores aseguran que un 90 % de la prueba es psicológico, y tienen razón. Uno tiene que demostrar que posee la firmeza de carácter necesaria para seguir con una misión a pesar de estar agotado. De eso trata, en realidad, la prueba.

Sin lugar a dudas es un modo muy eficaz de hacer limpieza entre los aspirantes. Tengo que reconocer que en aquel momento no lo entendí: necesité verme en el campo de batalla para comprenderlo. Cuando te están disparando de verdad, no tienes la ocasión de salir corriendo y tocar una campana para que te devuelvan a tu casa. No puedes decir: «Dadme la taza de café y el dónut que me prometisteis». Si abandonas, morís tú y algunos de los tuyos. Los instructores que tuve en el BUD/S estaban diciendo siempre cosas como: «Si creéis que aquí lo estáis pasando mal, esperad a

estar en los SEAL: allí vais a pasar más frío y más sueño». Cuando los oía tumbado en el oleaje pensaba que estaban exagerando. Poco me imaginaba entonces que unos años más tarde la Semana Infernal me iba a parecer un camino de rosas.

El frío se convirtió para mí en una verdadera pesadilla. Literalmente: después de superar la prueba, me desperté tiritando muchas noches. Ya podía ponerme todas las mantas del mundo, que iba a seguir estando helado por revivirlo una y otra vez en mi cabeza.

Se han publicado tantos libros y vídeos sobre la Semana Infernal que no voy a hacer perder más tiempo al lector con los detalles. Solo voy a decir una última cosa: vivirla es mucho peor que leer sobre ella.

En el limbo

La semana que sigue a la Infernal es una breve fase de recuperación llamada «del paseo». A esas alturas te han apaleado tanto, que notas el cuerpo magullado e hinchado de forma permanente. Llevas puesto siempre calzado deportivo y no corres: caminas a paso ligero a todas partes. Semejante privilegio, sin embargo, no dura mucho: después de unos días vuelven a lloverte palos de todos lados.

—¡Os aguantáis —gritaban los instructores—, que ya os habéis recuperado!

Ellos determinan cuándo le duele a uno y cuándo no.

Tras superar la Semana Infernal, pensé que estaba fuera de peligro. Cambié la camiseta blanca por una parda y comencé la segunda parte del BUD/S: la fase de buceo. Por desgracia, en algún momento del proceso había sufrido una infección. Poco después del principio de aquella segunda etapa, me encontraba en la torre de inmersión, el edificio especial de adiestramiento en que se simulan zambullidas submarinas. Estaba

practicando un ejercicio con la campana de buceo consistente en hacer una ascensión de emergencia sin perder el equilibrio entre la presión del oído interno y del externo. Entre los diversos métodos que hay de hacer esto, uno de los más comunes consiste en cerrar la boca, taparse la nariz y soplar con suavidad por esta. Si no se hace de un modo adecuado, puede haber problemas...

Aunque me lo habían dicho, la infección me había impedido pillarlo, y dado que estaba formándome y carecía de experiencia, decidí aspirar y aguantar. Fue lo peor que pudo ocurrírseme: seguí descendiendo y acabé por perforarme el tímpano. Cuando salí a la superficie me salía sangre de las orejas, la nariz y los ojos. Recibí atención médica allí mismo y me mandaron a que me examinaran bien los oídos. Esta complicación hizo que me echaran para atrás y me asignasen un curso posterior una vez recuperado.

En un caso así, uno se encuentra en una especie de limbo: como ya había superado la Semana Infernal, no tuve que empezar de cero —gracias a Dios, uno no tiene que repetir la prueba—, pero tampoco podía quedarme con el culo pegado al asiento en espera de la clase siguiente. En cuanto me fue posible, me puse a ayudar a los instructores, a hacer ejercicio físico diario y a correr con un grupo de camisetas blancas (es decir: de reclutas de la primera fase) mientras se partían el pecho.

Tengo que decir que me encanta mascar tabaco. Me aficioné siendo adolescente, y mi padre me pilló tomándolo cuando estaba en el instituto. Como no era amigo de este hábito, decidió cortármelo de raíz haciendo que me tragase una lata entera de tabaco con sabor a menta. Desde entonces, no he sido capaz de usar ni siquiera pasta de dientes mentolada.

Sin embargo, los de otros sabores son harina de otro costal. Hoy, mi tabaco favorito es el de marca Copenhagen. En el BUD/S no está permitido su uso por parte de los aspirantes, pero como yo era casi veterano, pensé que podría permitírmelo. Un día, por lo tanto, me metí un pellizco de

Copenhagen en la boca y me sumé a la formación de los que estaban a punto de salir a correr. Por la posición que ocupaba entre los demás, supuse que nadie iba a fijarse en mí. Y me equivoqué.

Tuve la mala pata de que uno de los instructores se quedara atrás y comenzase a charlar conmigo. En cuanto le respondí, se dio cuenta de que estaba chupando tabaco.

—¡Fuera! —me ordenó.

Salí de la formación y me coloqué en posición para hacer flexiones.

—¿Dónde está la lata? —quiso saber.

—La llevo en el calcetín.

—Sácala.

Tenía que obedecer, claro está, sin abandonar la posición que había adoptado; así que alargué la mano para dársela. Él la abrió y la colocó delante de mí.

—Cómetela.

Con cada flexión tuve que tomar un buen bocado de Copenhagen y tragármelo. Como había chupado tabaco desde los quince y normalmente me lo tragaba después, aquello no fue tan desagradable como podría suponerse, o como había querido el instructor; aunque si la lata hubiese tenido sabor a menta, otro gallo habría cantado. Tanto le jodió que no vomitase, que me tuvo varias horas haciendo ejercicios sin parar. Y lo cierto es que estuve a un paso de echar hasta la papilla, pero no por el Copenhagen, sino de extenuación.

Al final, me dejó en paz. Después de aquello hemos tenido muy buena relación. Resultó que a él también le gustaba el tabaco de mascar. A él y a otro instructor de Texas les caí en gracia poco antes de acabar el BUD/S, y de los dos aprendí un montón durante mi formación.

Hay muchos que se sorprenden cuando oyen decir que las lesiones no tienen por qué ser un obstáculo para entrar en los SEAL, siempre que no sean lo bastante graves para poner fin a la carrera de uno en la Armada. En

realidad, tiene mucho sentido, ya que el formar parte de los equipos especiales está más ligado a la fortaleza mental que a la capacidad física: quien tenga la suficiente entereza psicológica para recuperarse de una lesión y completar el programa tendrá muchas probabilidades de ser un buen SEAL. Yo conozco a uno que se rompió la cadera de tal modo durante la instrucción que tuvieron que sustituírsela. Pasó un año y medio en el banquillo, y sin embargo, al volver, superó el BUD/S.

He oído a algunos decir que los expulsaron del adiestramiento por haberse peleado con el instructor y haber acabado a leches con él. Mienten como bellacos: nadie se enzarza con los instructores. A nadie se le pasaría siquiera por la cabeza. Si a alguien se le ocurriera hacer una cosa así, ellos se juntarían para dejarle el culo tan molido que jamás pudiera volver a caminar.

Marcus

Uno confraterniza con sus compañeros del BUD/S, pero intenta no tomarles demasiado cariño hasta después de la Semana Infernal. Durante esta prueba es cuando se producen más abandonos. De mi curso se graduaron unas dos docenas de chavales: menos del 10 % de los que habíamos empezado. Yo era uno de ellos. Había comenzado mi formación en la clase número 231, pero la baja hizo que me graduase con la 233.

Después del BUD/S, los SEAL pasan a hacer un programa de instrucción avanzada, conocido oficialmente como SQT o Adiestramiento de Capacitación de los SEAL. Allí volví a encontrarme con Marcus Luttrell, un amigo al que había conocido en el BUD/S. Nos caímos bien desde el principio, como no podía ser de otro modo siendo texanos los dos.

Supongo que quien no sea de Texas no entenderá esto último, pero lo cierto es que parece haber una unión especial entre los que somos del estado. No sé si serán las experiencias compartidas o algo que pueda tener el agua —o quizá la cerveza—: los texanos suelen llevarse bien, y en este

caso la amistad surgió de manera instantánea. Tal vez no sea ningún misterio: al cabo, compartíamos un montón de vivencias comunes, incluidos nuestra pasión por la caza, nuestro ingreso en la Armada y la superación de los rigores del BUD/S.

Marcus terminó antes que yo, pero estuvo una temporada de adiestramiento avanzado especial antes de volver al SQT. Había recibido formación de médico militar, y fue él quien me examinó cuando sufrí mi primer golpe de O2 mientras buceaba. (Así es como llamamos nosotros a la hiperoxia, el exceso de oxígeno en el torrente sanguíneo, que ocurre a veces durante la inmersión. Puede deberse a diversos factores, y en ocasiones llega a ser gravísimo. Mi caso fue muy leve.)

Otra vez a zambullirse. Yo siempre digo que no soy de los SEAL, sino de suelo. Lo mío es la tierra firme: el mar y el aire los pueden guardar para otro. El día que ocurrió el incidente, estaba nadando con un teniente que estaba resuelto, como yo, a hacerse con la aleta de oro del día (o sea: el premio que se concede a la inmersión más cojonuda de cada jornada). El ejercicio consistía, entre otras cosas, en bucear bajo una embarcación y sembrarla de minas lapa (una carga especial que se coloca en el casco de un barco y que por lo general lleva un mecanismo temporizador).

Lo estábamos haciendo de maravilla cuando, de repente, estando bajo el casco, sentí vértigo y se me quedó el cerebro como un vegetal. Conseguí agarrarme a un pilote y quedarme abrazado a él. El teniente me tendió una mina, y al ver que no la cogía, trató de hacerme señas. Yo me quedé con la mirada perdida en el océano, hasta que, al final, se me despejó la cabeza y pude continuar. Aquel día no hubo aleta de oro para nosotros. Cuando regresé a la superficie me encontraba bien, y tanto Marcus como los instructores me dieron por recuperado.

Aunque acabamos en equipos diferentes, Marcus y yo seguimos en contacto con el paso de los años. Daba la impresión de que, cada vez que yo volvía de una misión de combate, entraba él para sustituirme. Comíamos juntos y hacíamos intercambio distendido de información.

Estábamos acabando el SQT cuando recibimos órdenes acerca del equipo de los SEAL al que nos habían adscrito. Pese a habernos graduado en el BUD/S, todavía no nos considerábamos SEAL en toda regla: lo haríamos cuando entráramos a formar parte de un grupo y nos dieran la insignia del Tridente, y aun entonces, todavía teníamos que demostrar que lo merecíamos. (El Tridente —conocido también como «Budweiser»— es el «cacharro» o insignia de metal que llevan los SEAL, y que incluye un águila y un ancla además del arpón de Neptuno.) En aquel momento había seis equipos, lo que suponía tres opciones para la Costa Este y otros tres para la Costa Oeste. Yo preferí el Equipo Tres, apostado sobre Coronado (California), porque había combatido ya en Oriente Medio y tenía todas las papeletas para volver a la región. Yo quería meterme en faena cuanto antes, y creo que los demás también.

Los dos equipos siguientes que había puesto en mis preferencias eran de la Costa Este, porque conocía Virginia, que era donde tenían el cuartel general. No es que sea un gran forofo de este estado, pero me gustaba mucho más que California. San Diego, ciudad cercana a Coronado, tenía un clima excelente, aunque California del Sur es la tierra de los zumbados, y yo quería vivir en un sitio con más cordura.

El de asignación con el que había trabajado me había dicho que iba a asegurarse de que me dieran la misión que yo eligiese, y aunque yo no las tenía todas conmigo de que fuera a hacerlo, en aquel momento hubiese aceptado cualquiera que me hubiesen ofrecido (es evidente, ya que poco podía influir mi opinión en el resultado final). El modo como nos comunicaron la adscripción definitiva no fue precisamente espectacular: nos llevaron a un aula gigantesca y nos dieron un papel con nuestras órdenes. Me mandaron adonde yo había elegido en primer lugar: el Equipo Tres.

Amor

Aquella primavera me ocurrió otra cosa que influyó de manera colosal no solo en mi carrera militar, sino en toda mi vida: me enamoré.

No sé si creerá el lector en el amor a primera vista. Yo diría que solo a partir de la noche de abril de 2001 en que vi por primera vez a Taya de pie en la barra de cierto club de San Diego, hablando con uno de mis amigos. En ella, los pantalones negros de cuero se hacían extremadamente sensuales y elegantes al mismo tiempo, y la combinación me encantó.

Acababa de incorporarme al Equipo Tres; todavía no habíamos empezado la instrucción, y estaba disfrutando de algo semejante a una semana de permiso antes de meterme en faena con la seria empresa de convertirme en SEAL y hacerme merecedor de un lugar en mi equipo.

Taya trabajaba de representante de una compañía farmacéutica cuando nos conocimos. Había nacido en Oregón, pero había estudiado la carrera en Wisconsin y se había mudado a la costa hacía un par de años. Mi primera impresión fue que estaba enfadada por algo, aunque eso no le restaba una pizca de belleza. Cuando nos pusimos a hablar, descubrí que era inteligente y tenía un gran sentido del humor. Enseguida me di cuenta de que era de la clase de persona capaz de seguir mi ritmo.

Sin embargo, tal vez sea mejor que sea ella quien cuente la historia, pues su versión suena mejor que la mía:

Taya:

Recuerdo la noche que nos conocimos, o al menos parte de ella. Yo no pensaba salir. Estaba pasando un bache. Pasaba los días dedicada a un trabajo que no me gustaba. No hacía mucho que había llegado a la ciudad, y todavía no tenía amigas en las que pudiese confiar. De cuando en cuando quedaba con chicos, aunque sin mucho éxito. Con los años, había tenido alguna que otra relación aceptable, un par de ellas lamentables y unas cuantas citas entre medias. Recuerdo que antes de conocer a Chris había estado rezando a Dios, literalmente, para que me mandase a un buen tipo. Lo demás me daba igual: solo pedía alguien agradable y con buen fondo.

Aquel día me llamó una amiga y me propuso ir a San Diego. Yo vivía en Long Beach, a unos ciento cincuenta kilómetros de allí, y aunque no tenía intención de ir, ella acabó por convencerme.

Estábamos dando una vuelta y pasamos por un local llamado Maloney's. Estaban poniendo a todo volumen «Down under» de Men at Work. Mi amiga quería entrar, pero la entrada costaba un riñón: diez o quince dólares, creo recordar.

—Yo no pienso pagar eso —le dije—, y menos para entrar a un sitio en el que ponen a los Men at Work.

—¡Calla ya! —me respondió ella.

Pagó la entrada, y entramos.

Dentro, yo estaba bebiendo con cara de pocos amigos cuando se acercó a mí aquel muchacho alto y guapo a darme conversación. Yo había estado charlando con un amigo suyo, que parecía un poco capullo. Seguía con un humor de perros, pero él tenía algo que me llamó la atención. Me dijo su nombre, Chris, y yo le dije el mío.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté.

—Llevo un camión de helados.

—Te estás quedando conmigo —le dije—: salta a la vista que eres militar.

—¡No, qué va! —protestó, y me soltó un montón de faroles más.

Los SEAL casi nunca reconocen ante un extraño lo que hacen en realidad, y Chris tiene guardados algunos de los mejores cuentos que he oído en mi vida, como el de que trabaja dando cera a los delfines, pues a los que viven en cautividad hay que encerarlos para que no se les desintegre la piel. Es algo que resulta muy convincente... para una chica joven e ingenua que ha bebido algo más de la cuenta.

Por suerte, conmigo no probó esa historia concreta, espero que porque pensó que no me la iba a tragar. También había convencido a más de una de que lleva un cajero automático: se sienta dentro y reparte dinero a los que meten la tarjeta. Yo no era tan tonta ni estaba tan bebida para que probara con esa.

Con solo mirarlo podías decir que era soldado. Estaba cuadrado y llevaba el pelo corto, y su acento cantaba a forastero. Al final reconoció que estaba en las fuerzas armadas.

—¿Y qué haces allí? —le pregunté.

Después de otro puñado de trolas, me dijo la verdad:

—Acabo de aprobar el BUD/S.

—O sea, que estás en los SEAL.

—Sí.

—De eso sí estoy muy informada.

Mi hermana acababa de divorciarse, y su marido había querido pertenecer a los SEAL, y había hecho parte del adiestramiento. Así que yo sabía (o eso pensaba) de qué iba todo aquello. Se lo dije.

—Eres arrogante, egocéntrico y vanidoso —añadí—. Mientes y te crees que puedes hacer lo que te venga en gana.

Sí: aquella noche estaba encantadora. Sin embargo, él respondió de un modo muy interesante. En lugar de sonreír con aire de superioridad, hacerse el listo o mostrarse siquiera ofendido, puso cara... de desconcierto.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber con aire de sincera inocencia.

Le hablé de mi cuñado.

—Yo daría mi vida por mi país —me respondió—. ¿Eso es ser egocéntrico? Yo diría que es lo contrario.

Tenía una actitud tan idealista y romántica acerca de cosas como el patriotismo y el servicio a la nación, que no pude sino pensar que me decía la verdad.

Estuvimos charlando un rato más antes de que llegase mi amiga. Yo me puse a hablar con ella, y Chris anunció que se iba a casa.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Acabas de decir que nunca quedarías con un SEAL ni saldrías con él.

—No: he dicho que nunca me casaría con él; pero de salir no he dicho nada.

Se le iluminó la cara.

—En ese caso —respondió con esa sonrisita astuta suya—, todavía tengo posibilidades de que me des tu teléfono.

Se quedó, y yo me quedé también. De hecho, seguíamos allí cuando anunciaron que iban a cerrar. Cuando nos levantamos todos para irnos, alguien de entre la multitud me empujó hacia él. Estaba duro como una piedra, y olía bien; así que le di un beso en la mejilla. Seguimos caminando y nos llevó al aparcamiento... y entonces yo me puse a vomitar como una descosida todo el whisky con hielo que había bebido.

¿Cómo no va a enamorarse uno de una chica que pierde los estribos el día que la conoces? Desde el primer momento supe que quería pasar mucho tiempo con ella; pero eso no fue posible al principio. A la mañana siguiente la llamé para asegurarme de que se encontraba bien. Estuvimos hablando y también nos reímos, y después de eso, la telefoneé varias veces y le dejé mensajes en el contestador; pero no me respondió.

Los de mi equipo empezaron a meterse conmigo y a hacer apuestas sobre si me llamaría. En realidad, llegamos a hablar un par de veces, aunque solo cuando llamaba yo y ella cogía el teléfono pensando quizá que se trataba de otra persona. Pasado un tiempo, hasta yo me había dado cuenta de que ella nunca daba el primer paso.

Entonces cambió la cosa. Recuerdo la primera vez que fue ella quien llamó. Estábamos de instrucción en la Costa Este. Después de colgar, corrí al dormitorio y me puse a dar saltos en las camas de mis compañeros de equipo. Entendí aquella llamada como una señal de que de verdad le interesaba, y me alegraba compartirlo con aquella panda de escépticos.

Taya:

Chris fue siempre muy consciente de lo que yo sentía. Es una persona extremadamente observadora en general, y en todo momento sabe cuáles son mis emociones. No necesita decir mucho: con una simple pregunta o una apreciación informal deja claro que conoce al 100 %

mis sentimientos. Sin ser de las personas a las que les encanta hablar de estas cosas, parece intuir cuándo hay que sacar afuera cosas que yo pretendía guardar para mí.

Me di cuenta de esto al principio de nuestra relación. Hablando conmigo por teléfono estaba siempre muy solícito. Aunque en muchos aspectos somos almas opuestas, parece que congeniamos de inmediato. Un día, hablando con él por teléfono, me preguntó qué creía que era lo que hacía que fuésemos compatibles, y decidí contarle alguna de las cosas que me atraían de él.

—Creo que eres muy buena persona —le dije—; mucho. Y muy sensible.

—¡¿Sensible?! —Le chocó muchísimo, y parecía ofendido—. ¿Qué quieres decir?

—¿No sabes lo que significa ser sensible*?*

—¿Quieres decir que soy de los que lloran en el cine y todo eso?

Me reí. Le expliqué que me refería a que siempre daba la impresión de saber cómo me encontraba yo, a veces antes que yo misma. Y que me dejaba expresar mis emociones y, sobre todo, me dejaba mi propio espacio.

No creo que sea esa la imagen que tiene de los SEAL la mayoría, pero así era, y así es. Al menos, en su caso.

11 de septiembre de 2001

A medida que se estrechó nuestra relación, Taya y yo fuimos pasando más tiempo juntos, hasta que al final empezamos a pasar la noche en el apartamento de uno de los dos, en Long Beach o en San Diego.

Una mañana me despertó gritando:

—¡Chris! ¡Chris! ¡Levántate y ven a ver esto!

Llegué tambaleándome a la sala de estar. Taya tenía la televisión puesta y subió el volumen. Vi salir humo del World Trade Center de Nueva York.

No entendía lo que estaba pasando: parte de mí seguía durmiendo todavía.

Entonces apareció un avión que fue a estrellarse contra una de las caras de la segunda torre.

—¡Hijos de puta! —murmuré.

Tenía la mirada clavada en la pantalla, furioso y confundido, sin tener muy claro que todo fuese real.

De pronto recordé que había dejado apagado el móvil, y al encenderlo vi que me había perdido un buen número de mensajes. En resumidas cuentas, todos venían a decir lo mismo: «Kyle: mueve el culo y plántate en la base, ¡ya!».

Cogí el todoterreno de Taya —porque tenía el depósito lleno, y el mío no— y eché a correr hacia la base. No recuerdo exactamente a qué velocidad iba —puede ser que superara los ciento cincuenta por hora—, pero sí que aceleré mucho.

A la altura de San Juan Capistrano, miré por el retrovisor y vi las luces rojas de la poli. Paré. El agente que se acercó echaba chispas.

—¿Conduce a esta velocidad por algún motivo? —me preguntó.

—Sí, señor —le respondí yo—. Le pido disculpas: soy militar, y me acaban de pedir que vuelva a mi puesto. Entiendo que tenga que multarme. Sé que no he hecho lo correcto, pero, con todos mis respetos, ¿podría darse prisa con la multa para que pueda incorporarme cuanto antes?

—¿A qué cuerpo pertenece?

«¿Será cabrón? —pensé—. Pues ¿no te acabo de decir que tengo que presentarme ante mis superiores? ¿Tanto te cuesta limitarte a darme la puñetera multa?» Sin embargo, supe mantener la calma.

—Sirvo en la Armada —le dije.

—¿Y qué hace en la Armada?

A esas alturas había comenzado a crisparme.

—Estoy en los SEAL.

Al oírlo cerró el talonario.

—Lo acompaño al límite urbano —anunció, y añadió a continuación—: Haga el favor de vengarnos ante esos cabrones.

Volvió a poner las luces y se situó delante de mí, y aunque fue más lento de lo que había ido yo antes de que me pillara, seguía superando de sobra el límite de velocidad. Me llevó hasta donde le permitía su jurisdicción, o quizá algo más allá, y se despidió de mí levantando el brazo.

El adiestramiento

Nos pusieron en alerta, pero al final resultó que en aquel preciso momento no se nos necesitaba en Afganistán ni en ningún otro sitio. A mi sección le quedaba aún un año de espera antes de entrar en acción, y, cuando lo hizo, fue contra Sadam Husein, y no contra Osama bin Laden.

Entre el paisanaje hay mucha confusión acerca de los SEAL y de cuál es nuestra misión. La mayoría piensa que somos comandos marítimos estrictamente; que siempre operamos desde embarcaciones y contra objetivos situados en el agua o en la costa. Y la verdad es que buena parte de nuestro trabajo está relacionado con el mar. Al fin y al cabo, pertenecemos a la Armada, y desde el punto de vista histórico, tal como he dicho antes de pasada, los SEAL tienen su origen en los UDT, o Equipos de Demolición Subacuática. Estos se crearon durante la segunda guerra mundial, y sus hombres rana tenían por cometido el reconocimiento de las playas antes de un ataque. Además, estaban adiestrados para llevar a cabo otras labores marítimas, como la de inflitrarse en un puerto o la de colocar minas lapa en embarcaciones enemigas. Eran los submarinistas de combate encallecidos de la segunda guerra mundial y del período de posguerra, y los SEAL se enorgullecen de haber seguido su huella.

Sin embargo, cuando se extendieron las misiones de los UDT, la Armada tuvo que reconocer que la necesidad de operaciones especiales no acababa en la línea costera. Para este nuevo cometido se formaron y adiestraron nuevas unidades llamadas SEAL, que fueron a sustituir a las antiguas de los UDT.

Aunque la de tierra (*land*) sea la última de las palabras que conforman el acrónimo, no puede decirse precisamente que designe el medio en que menos operamos. Cada una de las unidades de operaciones especiales de las fuerzas armadas estadounidenses tiene su propia especialidad. Nuestra instrucción se solapa a menudo, y el alcance de nuestras misiones es similar en muchos aspectos. Sin embargo, cada cuerpo se especializa en un aspecto diferente. Las fuerzas especiales llevan a cabo una labor excelente adiestrando unidades extranjeras tanto en formas de combate convencionales como en otras menos tradicionales. La de los Rangers del ejército de tierra constituye una fuerza de asalto nutrida, ideal para objetivos de gran envergadura, como, por ejemplo, un campo de aviación. Los grupos especiales de la fuerza aérea, los PJ, zapadores rescatadores paracaidistas, son unos ases a la hora de sacar a otros de la mierda.

Entre nuestros especialistas, se encuentran los de «golpes de mano». Sus misiones consisten en ataques breves, muy rápidos, a un objetivo pequeño pero muy valioso. Vienen a ser como una intervención quirúrgica contra el enemigo. En la práctica pueden encargarse de operaciones que van desde un asalto a algún puente de importancia vital situado tras las líneas enemigas hasta una incursión en la guarida de un grupo terrorista con el objetivo de arrestar al que fabrica los explosivos: un aquí te pillo, aquí te mato, que lo llaman algunos. Por diferentes que sean estas misiones, la idea es la misma: golpear con fuerza antes de que el enemigo pueda darse cuenta de lo que ocurre.

Después del 11-S, los SEAL comenzaron a adiestrarse para operar en los lugares en los que más probabilidades había de dar con los terroristas islámicos: Afganistán, sobre todo, y luego el resto de Oriente Medio, Oriente Próximo y África. Seguíamos haciendo todo lo que se le supone a los SEAL —buceo, salto en paracaídas, toma de embarcaciones...—, pero nos centrábamos más que nunca en los ejercicios de combate terrestre.

En los puestos superiores del escalafón se debatió mucho este cambio. Había quien quería limitar las operaciones de los SEAL a un máximo de quince kilómetros de la costa, y aunque nadie pidió mi opinión, a mi

entender no debería haber restricciones en este sentido. Es verdad que yo estoy más a gusto fuera del agua, pero no es esa la cuestión: lo que importa es que nos dejen hacer lo que nos han enseñado a hacer allí donde se necesite.

La formación que recibimos, o al menos la mayor parte, resultó divertida hasta cuando te pateaba el hígado. Nos pusieron a bucear, a hacer instrucción en el desierto y a trabajar en las montañas, y hasta nos sometieron a tormento de toca y nos gasearon. Nadie se libra de que lo torturen durante la instrucción vertiéndole agua sobre un trapo puesto en la cara. Con eso pretenden preparar al soldado por si lo apresan. Los instructores no se contenían: nos atacaban y nos golpeaban con todas sus fuerzas casi hasta causarnos daños permanentes. Dicen que todos tenemos un límite, y que los prisioneros acaban por ceder. Aun así, yo habría hecho cuanto estuviera en mis manos por hacer que me mataran antes de revelar ningún secreto.

La instrucción NBQ tampoco era plato de gusto. Consistía, básicamente, en rociarte con CS y hacer que siguieras con tus maniobras pese a él. El CS no es otra cosa que gas lacrimógeno, cuyo principio activo es, para los más duchos en química, el clorobenzilideno malononitrilo. Nosotros lo llamábamos «tose y escupe», porque ese es el mejor modo de hacerle frente. Durante la instrucción aprendes a dejar que te lloren los ojos: lo peor que puedes hacer es frotártelos. Moqueas, toses y lloras, pero puedes seguir disparando y combatiendo; y en eso consiste el ejercicio.

Nos trasladaron a Kodiak (Alaska) para darnos un curso de orientación terrestre. Aunque nos libramos de lo peor del invierno, había tanta nieve en el suelo que teníamos que usar raquetas. Comenzamos con la instrucción básica acerca de cómo mantener el calor corporal —elegir las distintas capas de abrigo, etc.— o construir refugios en la nieve. Una de las cosas más importantes que aprendimos durante este adiestramiento, y que es aplicable a cualquier terreno, fue la selección del material dependiendo de la operación: cómo determinar si es preferible llevar menos carga y tener

más movilidad o sacrificar esta por disponer de más munición y protección corporal.

Yo me inclino por ir más ligero y ser más rápido. Cuando salgo, cuento mi equipo de combate en gramos y no en kilos. Cuanto menos peso llevas, más movilidad adquieres. Los cabrones de ahí fuera son más rápidos que el demonio, y necesitas aprovechar cualquier ventaja que puedas tener sobre ellos.

Había mucho pique en la instrucción. En cierto momento nos informaron de que a la mejor sección del equipo la iban a enviar a Afganistán, y desde entonces aumentó el nivel. La rivalidad era brutal no solo entre la tropa, sino también entre los oficiales, que no dudaban en apuñalarse por la espalda a la primera ocasión. Iban al oficial al mando para chivarse unos de otros: «¿Ha visto el papelón que han hecho esos en el campo de maniobras? No valen...».

Al final, la rivalidad se redujo a nuestra sección y a otra más, y nosotros quedamos segundos. Así que a ellos les tocó ir a la guerra, y a nosotros, quedarnos en casita. Esa es una de las peores suertes que pueda imaginar un SEAL.

La amenaza inminente del conflicto iraquí volvió a cambiar las prioridades. Nos adiestramos para combatir en el desierto y en las ciudades, y aunque sudábamos la gota gorda, siempre había momentos de más esparcimiento.

Recuerdo una vez que estábamos de RUT (*real urban training* o combate en población). De cuando en cuando, nuestro mando daba con un municipio cuyas autoridades estaban dispuestas a dejarnos entrar y tomar un edificio concreto —un almacén vacío, por ejemplo, o una casa: algo un tanto más realista de lo que cabría encontrar en una base militar—. En este ejercicio concreto, se trataba de un edificio de viviendas. Se había organizado todo al detalle con la comisaría de policía local, y se había contratado a unos cuantos figurantes para que hiciesen determinados papeles durante el simulacro.

Yo tenía que encargarme de vigilar el exterior. Corté el paso al tráfico e indiqué con gestos a los vehículos que se alejaran de la zona mientras los policías municipales observaban desde una posición discreta.

Estando yo allí pistola en mano y con aspecto no muy amigable, apareció por la manzana un fulano que se dirigió hacia mí. Yo seguí en mi papel: primero traté de detenerlo con un gesto de la mano, y al ver que seguía andando, lo alumbré. Él siguió andando. Lo apunté con el láser, pero no se paraba. Claro está que, cuanto más se acercaba, más me convencía yo de que era uno de los actores y de que lo habían enviado para ponerme a prueba. Repasé mentalmente mis «reglas de enfrentamiento» (ROE) a fin de tener claro cómo debía actuar.

—¿Qué eres? ¿Un madero? —me preguntó alargando el cuello hacia mí en actitud desafiante.

La palabra *madero*, empleada por los maleantes para referirse a la policía, no figuraba en las reglas de enfrentamiento; pero di por hecho que debía de estar improvisando. Lo siguiente que debía hacer era reducirle, y eso fue lo que hice. Hizo ademán de resistirse, y echó mano a algo que tenía bajo la chaqueta y que supuse que sería un arma, pues es lo que podía esperarse de cualquier SEAL que estuviera haciendo de malo. Por lo tanto, actué como el bueno de los SEAL: le hice morder el polvo y le sacudí de lo lindo.

Lo que llevaba bajo la chaqueta se rompió, fuera lo que fuese, e hizo que se desparramara el líquido que contenía. Él no dejaba de maldecir ni de liar la de Dios es Cristo; pero yo ni siquiera me paré a pensar qué podía estar pasando en realidad. Cuando dejó de resistirse, lo esposé y miré a mi alrededor. Al ver que los agentes de la policía, que me observaban desde los asientos del coche que habían aparcado en los alrededores, se estaban partiendo de risa, me acerqué para ver qué ocurría.

—Ese tipo es Fulanito —me dijeron—, uno de los mayores traficantes de la ciudad. Ojalá hubiésemos podido darle nosotros la que le acabas de dar tú.

Parece ser que el señor Madero había pasado por alto todas las señales y se había colado en pleno simulacro pensando que podía comportarse como tenía por costumbre. En todas partes hay idiotas, aunque yo diría que eso explica que este acabara en el negocio de las drogas.

Novatadas y boda

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas estuvo varios meses presionando a Irak para que acatase las resoluciones de la organización, y sobre todo las referentes a inspecciones de las armas de destrucción masiva que se le suponían y de ciertos lugares relacionados con ellas. No tenía por qué haber habido guerra: Sadam Husein podía haber obedecido y haber enseñado a los inspectores cuanto querían ver. Sin embargo, la mayoría de nosotros sabía que no lo iba a hacer. Así que, cuando nos dijeron que iban a enviarnos a Kuwait, todos estábamos entusiasmados, porque sabíamos que íbamos a la guerra.

Allí, de un modo u otro, había mucho que hacer: además de vigilar la frontera de Irak y proteger a la mayoría kurda, que había sido víctima en el pasado de los ataques químicos y las matanzas de Sadam, el estadounidense tenía que hacer cumplir las restricciones que se habían impuesto al tráfico aéreo en el norte y el sur. Sadam estaba exportando e importando petróleo y otros productos pese a las sanciones de la ONU, y Estados Unidos y sus aliados habían intensificado las operaciones destinadas a evitarlo.

Antes de que nos trasladaran, Taya y yo quisimos casarnos. La decisión nos sorprendió a los dos: un buen día, hablando en el coche, llegamos juntos a la conclusión de que teníamos que ser marido y mujer. Yo me quedé de piedra en ese mismo instante. Estaba de acuerdo; de hecho, me parecía totalmente lógico. Estábamos enamorados sin lugar a dudas. Yo sabía que ella era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida, y, sin embargo, por algún motivo, estaba convencido de que nuestro matrimonio no iba a durar mucho.

Los dos conocíamos la alta tasa de divorcios que se da en los SEAL. Por lo que tengo entendido, los abogados matrimonialistas dicen que se acerca al 95 %, y no me extraña. Así que tal vez era eso lo que me preocupaba. Puede ser que una parte de mí no estuviera demasiado dispuesta a pensar en un compromiso de por vida. Además, por supuesto, tenía claro lo exigente que iba a ser mi trabajo una vez que nos mandaran a la guerra. Me resulta imposible explicar todas estas contradicciones.

Lo que sí sé es que estaba enamorado a más no poder, y que ella también me quería. Por lo tanto, para bien o para mal, en la paz o en la guerra, el próximo paso que debíamos dar juntos era el del matrimonio. Y ahora podemos decir que hemos superado todos los obstáculos y estamos felizmente casados.

Hay algo que debe decirse de los SEAL: los recién llegados se reciben con novatadas. Las secciones son grupos muy compactos, y a «los nuevos», como los llaman, se las hacen pasar canutas hasta que demuestran que pueden pertenecer a ellos; cosa que generalmente no ocurre hasta la primera misión de guerra, cuando no más tarde. Se les asignan las tareas menos agradables, se les pone constantemente a prueba y siempre se les trata a mamporro limpio.

Es como una novatada prolongada que adopta muchas formas. Por ejemplo: te deslomas durante las maniobras; los instructores te vapulean a más no poder, y al final del día, la sección sale de parranda. Cuando estamos de maniobras, lo normal es que nos movamos en furgonetas grandes de doce pasajeros, que siempre conduce un novato. Eso quiere decir, claro, que tiene que aguantarse sin beber en los bares; al menos sin beber tanto como suelen los SEAL.

Esta es la forma más suave de novatada; tanto, de hecho, que no puede considerarse una verdadera novatada. Asfixiarlo mientras conduce sí lo es.

Una noche, poco después de haberme unido yo a mi sección, salimos a dar una vuelta tras hacer nuestros ejercicios. Al dejar el bar, los demás

corrieron a ocupar los asientos de atrás. Yo no conducía, pero tampoco me importó, porque me gusta ir delante. Llevábamos un rato a gran velocidad cuando de repente dijo alguien: «Uno, dos, tres, ¡guerra sin cuartel!». Un instante después, me molieron a golpes. Estas palizas en la furgoneta abren la temporada de caza del novato. Yo salí de aquella con las costillas magulladas y un ojo morado, si no los dos. En lo que duraron las novatadas, debieron de partirme el labio una docena de veces.

Tengo que decir que las guerras de novatadas son diferentes de las peleas de bares, otro clásico de los SEAL. Estos se han ganado una reputación nada envidiable por su afición a esta clase de broncas, y yo no he sido ninguna excepción. Me han arrestado más de una vez en todos estos años, aunque por norma general no llegan a formularse cargos formales o se sobreseían.

¿Por qué se pelean tanto los SEAL? Sin haber hecho ningún estudio científico al respecto, yo diría que es cosa de la agresividad reprimida. Nos adiestran para salir al campo de batalla a matar gente, y encima, nos enseñan a pensar que somos superhombres. Una combinación explosiva. Cuando entras en un local, siempre hay alguien que te da con el hombro o hace cualquier otra cosa para que lo acabes mandando a la mierda. Ocurre en todos los bares del mundo. La mayoría pasa y ahí se acaba todo, pero si se te ocurre hacérselo a un SEAL, ten por seguro que te vamos a dar lo tuyo.

Lo que sí es verdad es que, aunque rematamos muchas broncas, lo normal es que no las empecemos. Por lo general, empiezan por envidia o porque algún capullo necesita poner a prueba su masculinidad y ganarse el derecho a fanfarronear sobre que se las ha visto con un SEAL. Cuando entramos en un bar, no agachamos la cabeza en un rincón ni nos estamos calladitos. Somos los más gallitos del mundo. Puede ser que gritemos, y como somos jóvenes casi todos y estamos en forma, lo normal es que se fijen en nosotros. Las nenas se arremolinan a nuestro alrededor, y a lo mejor eso pone celosos a sus novios. También puede ser que los tíos quieran

demostrar algo por cualquier otro motivo. El caso es que la cosa sube de tono, y al final se monta la pelea.

Pero no estaba hablando de peleas de bar, sino de las novatadas. Y de mi boda.

Estábamos en los montes de Nevada. Hacía frío; tanto, que estaba nevando. Me habían dado unos días de permiso para casarme. Tenía que irme por la mañana, y el resto de la sección todavía tenía cosas que hacer. Volvimos por la noche a nuestra base provisional y entramos en la sala de planificación. El jefe nos propuso relajarnos y tomar unas cervezas mientras organizábamos la operación de los días siguientes. Entonces se volvió hacia mí.

—Tú, el nuevo —me dijo—. Ve por la priva a la furgoneta.

Me levanté de un salto y me fui.

Al volver, se habían sentado todos en círculo y quedaba solo una silla, en medio de las demás. Yo no le di mucha importancia y me senté.

—Vale. Esto es lo que vamos a hacer —dijo mi jefe, poniéndose de pie y colocándose ante la pizarra blanca que presidía la sala—. La operación va a ser una emboscada, y el objetivo estará en el centro. Vamos a rodearlo por completo.

No me pareció muy inteligente. «Si atacamos desde todas direcciones —pensé—, vamos a dispararnos unos a otros.» Normalmente planeamos las emboscadas en forma de *L* precisamente para evitar eso. Miré al jefe, y él me miró a mí. De pronto, cambió su expresión seria por una sonrisa de choteo.

A esa señal, se me echó encima de golpe el resto de la sección. Un segundo después me tenían en el suelo. Me esposaron a una silla, y entonces comenzó mi tribunal popular. Presentaron un montón de cargos contra mí, y el primero de ellos fue que había dejado caer que quería ser francotirador.

—El nuevo es un desagradecido —tronó el fiscal—. No quiere hacer su trabajo, porque se cree mejor que todos nosotros.

Traté de protestar, pero el juez —que no era otro que mi jefe— dictaminó enseguida que no procedía. Me volví hacia mi abogado.

—¿Y qué esperan de él? —dijo—. Si la criatura apenas ha pasado de la secundaria...

—¡Culpable! —fue el fallo del juez—. ¡Siguiente cargo!

—Señoría, el acusado no tiene respeto por nada —siguió diciendo el fiscal—. El otro día mandó a tomar por culo al oficial del equipo.

—¡Protesto! —terció mi abogado—. Mandó a tomar por culo al oficial *al mando.*

La diferencia era abismal, en todos los casos menos en aquel.

—¡Culpable! ¡Siguiente cargo!

Por cada delito por el que se me condenaba, me obligaban a beber Jack Daniel’s con Coca-Cola, y me daban además un lingotazo de whisky solo. Así que cuando llegamos a los de mayor gravedad me tenían ya borracho perdido. En un momento dado, me desnudaron y me llenaron de hielo los calzoncillos. Al final, perdí el conocimiento.

Luego, me rociaron con pintura, y bien rociado. Me pintaron conejitos de Playboy en el pecho y en la espalda con un rotulador. ¿Qué mejor adorno corporal puede uno pedir para su luna de miel? Parece que en algún momento se empezaron a preocupar de repente por mi salud; así que me ataron con cinta adhesiva a una tabla de inmovilización espinal totalmente desnudo, me llevaron afuera y me colocaron de pie en la nieve. Me dejaron allí un buen rato, hasta que recuperé un tanto el sentido. A esas alturas estaba tiritando con la fuerza necesaria para hacer un agujero en el techo de un búnker. Me pusieron suero intravenoso —la solución salina ayuda a rebajar el alcohol del organismo—, y por fin me llevaron de vuelta al hotel, todavía atado a la tabla.

Lo único que recuerdo del resto de la noche es que me hicieron subir un tramo de escaleras, supongo que para dejarme en mi habitación. Debía de

haber algún que otro espectador, porque mis compañeros iban gritando a voz en cuello: «¡Aquí no hay nada que ver! ¡No hay nada que ver!».

Por más que me lavó Taya para quitarme la pintura y los conejitos cuando nos vimos al día siguiente, todavía se transparentaban algunos bajo la camisa. Durante la ceremonia no me desabroché un solo botón de la chaqueta. A esas alturas apenas tenía ya la cara hinchada, y los puntos de sutura de la ceja (recuerdo de una pelea amistosa que habíamos tenido entre compañeros unas semanas antes) estaban también casi curados. Aunque podrá no ser el sueño de toda novia que su futuro esposo se presente pintado de arriba abajo y magullado por todas partes, Taya parecía muy feliz.

El del tiempo que nos dieron para disfrutar de nuestra luna de miel sí fue un tema espinoso. El equipo tuvo el detalle de concederme tres días para escaparme a celebrar la luna de miel. Como nuevo que era, agradecí el permiso; pero mi mujer no se mostró tan comprensiva, y me lo dejó muy claro. La boda y la luna de miel pasaron en un santiamén, y acto seguido tuve que volver al trabajo.

3
Asaltos

Al arma

—¡Arriba, que tenemos un petrolero!

Me desperté en el costado de la embarcación en la que había estado descansando lo que me habían permitido el viento frío y las aguas agitadas. Estaba empapado por el agua propulsada por el motor. Pese a ser el nuevo y estar en mi primera misión, ya dominaba el arte de dormir en toda clase de condiciones (un don de los SEAL al que se presta poca atención, pero que reviste una importancia fundamental).

Ante nosotros había asomado un buque de transporte de petróleo. Lo había avistado un helicóptero mientras trataba de salir a hurtadillas del Golfo después de cargar de forma ilegal en Irak, y nosotros teníamos la misión de abordarlo, inspeccionar los papeles y, si era verdad, como sospechábamos, que estaba violando las sanciones de la ONU, mandarlo a los marines o a otra autoridad competente para que lo juzgasen.

Me puse en pie a la carrera para prepararme. Nuestro RHIB (lancha neumática, empleada en diversas misiones de los SEAL) parecía un cruce entre un bote de salvamento de goma y una lancha motora de carreras con dos motores gigantescos en la popa. Con diez metros de eslora, puede alojar a ocho combatientes y superar los 45 nudos con el mar en calma.

Los gases de escape del motor doble se alzaban por encima del bote y se mezclaban con el agua propulsada a medida que ganábamos velocidad.

Andábamos a buen ritmo, siguiendo las aguas del petrolero para que no nos detectara el radar. Puse manos a la obra y tomé una escalera elástica para abordaje. Nuestra embarcación perdió velocidad cuando se situó borda con borda, hasta casi igualar su marcha. Los motores del buque iraní latían en el agua con tanta fuerza que ahogaban a los nuestros propios.

Seguimos navegando a su costado, y yo levanté la escalera de abordaje, tratando de enganchar el garfio de la escalera a la barandilla. Cuando lo logré, tiré de ella hacia abajo. ¡Lo tengo! La escalera se desplegó al soltar una goma elástica y de este pendía una escala hecha con cable de acero. Alguien agarró la parte inferior y la sostuvo mientras el que iba en cabeza se encaramaba al costado del buque. Tanto es el peso de un petrolero cargado y lo que baja el casco, que a veces no hay más que agarrar la barandilla y saltar al interior; pero este no era el caso: entre nuestra lancha y la borda había una distancia considerable. Aunque no me apasionan las alturas, si no pienso demasiado en lo que estoy haciendo, apenas tengo problemas al respecto.

La escala no dejaba de sacudirse con el movimiento del barco y el viento. Me impulsé hacia arriba con tanta rapidez como me fue posible, y entonces mis músculos recordaron todas las flexiones de barra que había hecho durante la fase BUD/S. Cuando llegué a cubierta, los primeros habían echado ya a correr hacia la cámara del timonel y el puente del buque; así que eché a correr para alcanzarlos.

De pronto, el petrolero empezó a acelerar. El capitán, que se había dado cuenta demasiado tarde del abordaje, trataba de arrumbar a aguas de Irán, pues si lograba alcanzarlas, nos obligaría a saltar (las órdenes recibidas nos prohibían terminantemente abordar ninguna embarcación fuera de aguas internacionales).

Llegué a la cabeza del equipo en el momento mismo en que se plantaban a la puerta del puente. Uno de los tripulantes consiguió alcanzarla a la vez, y trató de cerrarla a cal y canto; pero no fue lo bastante rápido... o lo bastante fuerte: uno de los de la unidad de abordaje pateó la puerta y la abrió de un golpe.

Yo corrí adentro, con el arma preparada. Habíamos hecho docenas de operaciones similares los días anteriores, y raras veces nos había opuesto nadie resistencia. Sin embargo, el patrón de aquel buque era peleón, y por más que estaba desarmado, no tenía intención de rendirse.

Echó a correr hacia mí. Menuda estupidez: en primer lugar, no solo era yo más corpulento que él, sino que tenía el chaleco antibalas; por no hablar ya del subfusil que llevaba en la mano. De un culatazo tiré al suelo a aquel idiota. Y no sé cómo, yo también caí detrás, y mi codo casualmente fue a golpearse con su cara un par de veces. Eso lo hizo desistir. Le di la vuelta y lo esposé.

El abordaje y registro de embarcaciones —conocido oficialmente como VBSS (visitar, abordar, registrar y apresar)— es una de las misiones habituales de los SEAL. Si la Armada «regular» tiene marinos especialmente adiestrados para llevar a cabo esta labor en tiempos de paz, a nosotros nos instruye para efectuar los registros en lugares en los que es probable topar con resistencia. Y en el invierno que precedió a la guerra (el de 2002-2003), ninguno mejor que las aguas del golfo Pérsico cercanas a Irak. La ONU calculó después que de este país se sacaron en contra de las prohibiciones internacionales miles de millones de dólares en petróleo y otros productos, cuyo importe fue a parar a las arcas del régimen de Sadam.

Este escamoteo adoptaba toda clase de formas. No era raro encontrar crudo en buques de transporte de trigo, escondido en bidones; aunque lo más normal era que los petroleros llevaran miles y miles de litros más de lo que les permitía el programa de Petróleo por Alimentos de la ONU. Y el contrabando no se limitaba a este género: una de las mayores remesas de contrabando con que topamos aquel invierno era de dátiles. Al parecer, podían alcanzar un precio considerable en el mercado mundial.

Fue durante los primeros meses de aquella primera misión mía cuando conocí al Wojskowa Formacja Specjalna GROM im. Cichociemnych Spadochroniarzy Armii Krajowej («Formación Militar Especial GROM [Grupo de Respuesta de Maniobra Operativa] de los Paracaidistas Invisibles y Mudos del Ejército Polaco»), más conocidos por GROM. Son la versión polaca de las fuerzas especiales, y se han ganado una reputación excelente en operaciones delicadas. Trabajamos juntos en los asaltos.

Por lo general operábamos a bordo de una embarcación de gran porte, que nos servía de base flotante para nuestras lanchas RHIB. La mitad de la sección salía para hacer un turno de veinticuatro horas. Nos dirigíamos al punto señalado y pasábamos la noche a la espera, dejándonos llevar por las corrientes. Con suerte, un helicóptero o un barco nos informaba por radio de la salida de Irak de una embarcación con el casco muy hundido en el agua. Teníamos que abordar e inspeccionar todas las que llevasen cargamento de cualquier clase; así que nos dirigíamos a ellas y las asaltábamos.

Alguna que otra vez usamos un Mk-V, embarcación de operaciones especiales que hay quien compara con la lancha torpedera de tiempos de la segunda guerra mundial. Parece una lancha motora blindada, y tiene la función de llevar a los SEAL lo antes posible allí donde esté el peligro. Está hecho de aluminio, y puede ir echando leches —dicen que llega a alcanzar los 65 nudos—; pero lo que más nos gustaba de ellos era la cubierta plana que tenían por debajo de la superestructura. Normalmente estaba ocupada por dos Zodiac, pero como estas no hacían falta, era frecuente que subiese a bordo toda la compañía procedente de las RHIB y aprovechara el espacio para tumbarse y echar una cabezadita hasta que se avistara un barco. Eso era muchísimo mejor que dormir sentado o enroscado en la amurada.

El de asaltar barcos en el Golfo acabó por convertirse en un trabajo rutinario. Había noches que hacíamos docenas de abordajes. Sin embargo, el mayor de todos no lo hicimos en Irak, sino a unas mil quinientas millas de allí: sobre la costa de África.

Misiles Scud

A finales del otoño, una sección de los SEAL destinada en Filipinas se colocó sin ser vista al costado de un carguero. Desde ese momento, aquel buque norcoreano podía considerarse objetivo señalado.

Aquel barco de tres mil quinientas toneladas tenía un historial interesante de importación y exportación de géneros a Corea del Norte y desde allí. Según cierto rumor, había estado transportando productos químicos que podían usarse para fabricar gas nervioso; aunque en este caso sus papeles declaraban que llevaba cemento. En realidad, iba cargado de misiles Scud. Lo habían seguido por las aguas del Cuerno de África mientras el gobierno de Bush decidía qué hacer con él, y al final el presidente ordenó que había que abordarlo y registrarlo: la clase de trabajo que mejor se le da a los SEAL.

Teníamos una sección en Yibuti, que estaba muchísimo más cerca que nosotros del barco; pero por los vericuetos de la cadena de mando —aquella unidad resultó estar trabajando para la infantería de marina, cuando la nuestra respondía directamente ante la Armada— nos tocó a nosotros asaltarlo.

Es fácil hacerse una idea de la alegría con que nos recibieron los de nuestra sección hermana cuando desembarcamos en Yibuti, teniendo en cuenta que les habíamos «robado» una misión que consideraban suya y que, además, tenían que sufrir la humillación de ayudarnos a descargar y a prepararnos para entrar en acción.

En cuanto salí del avión, vi a un colega y le dije:

—¡Eh!

—Vete a la mierda —fue su repuesta.

—¿Qué pasa?

—Que te den.

Hasta ahí llegó su acogida. Y lo entendí: a mí en su lugar también me habrían llevado todos los demonios. Al final, se suavizó la cosa: lo que los

cabreaba no éramos nosotros, sino la situación. A regañadientes, nos ayudaron a disponerlo todo para la misión; nos montaron en el helicóptero de correo y aprovisionamiento del USS *Nassau*, embarcación anfibia de asalto destinada en el océano Índico. Los *anfis*, como los llamamos, son barcos de asalto de gran porte que llevan soldados y helicópteros, y a veces hasta Harrier de ataque de la infantería de marina. Parecen portaaviones antiguos con cubiertas de vuelo corridas. Son muy grandes, y tienen instalaciones de mando y control que pueden servir de puestos avanzados de planificación durante las operaciones de asalto.

Hay varias maneras de abordar un barco, según las condiciones y el objetivo. Aunque podíamos haber usado helicópteros para acceder al carguero norcoreano, vimos por las fotos que teníamos de él que por encima de la cubierta había tendidos cables que iban a impedir el aterrizaje, y consideramos que para quitarlos íbamos a tener que alargar demasiado la operación. Además, como queríamos sacar provecho del factor sorpresa, decidimos que sería mejor usar las RHIB. Estuvimos practicando sobre el costado del *Nassau* con botes que había llevado una unidad especial de embarque (estas unidades son como el servicio de taxis de los SEAL: se encargan de las RHIB, los Mk-V y otras embarcaciones de las que usamos, y, entre otras cosas, están equipadas y adiestradas para hacer frente a los fuegos enemigos mientras meten a los SEAL en toda clase de aprietos y los sacan de ellos).

El carguero, mientras, seguía navegando hacia nosotros. Nos aviamos al ver que iba quedando a nuestro alcance, dispuestos a atacarlo. Sin embargo, no habíamos tenido tiempo de embarcar en los botes cuando nos llamaron para decirnos que teníamos que esperar; que habían entrado en escena los españoles.

¡¿Qué?!

Pues sí: la fragata *Navarra* se había enfrentado al buque norcoreano, que no había logrado engañar a nadie con lo de navegar sin bandera y con el nombre tapado. Por lo que nos dijeron luego, los soldados españoles de la UOE (Unidad de Operaciones Especiales) habían abordado al carguero al

ver que no obedecía a sus órdenes de detenerse. Por supuesto, habían llegado en helicóptero, y tal como habíamos supuesto, los retrasó el tener que romper los cables que cruzaban de un lado a otro el barco. Por lo que he oído, el capitán del barco tuvo tiempo de deshacerse de los papeles y de otras pruebas que lo incriminaban, y creo que lo hizo.

Claro está que entre bastidores pasaban muchas cosas de las que no sabíamos nada. De todo. Nuestra misión cambió enseguida, y en vez de asaltar el buque, nos tocó subir a bordo, despejarlo... y destapar lo de los misiles Scud.

Nadie diría que pudiera ser difícil encontrar misiles en un barco. Sin embargo, en este caso no se veían por ningún lado. La bodega estaba llena de sacos de cemento; cientos de miles de sacos de treinta kilos de cemento, y los Scud solo podían estar en un lugar: comenzamos a mover cemento, saco a saco. Así estuvimos veinticuatro horas. Sin dormir: mover sacos y más sacos de cemento. Yo debí de cambiar de sitio miles de ellos. Un trabajo deprimente. Estaba cubierto de polvo, y no quería ni pensar en cómo debía de tener los pulmones. Al final, encontramos una serie de contenedores bajo la carga. Sacamos linternas y sierras.

Yo tenía lo que llamamos una *rápida*. Es parecida a una motosierra con un disco de radial en el extremo. Lo corta casi todo, incluidos los contenedores de Scud. Así descubrimos que bajo los sacos de cemento se ocultaban quince misiles Scud. Yo nunca había visto uno de cerca y, a decir verdad, me parecieron chulísimos. Hicimos fotos, y llamamos a los chavales de desactivación de explosivos (los del EOD, Explosive Odenance Disposal), para que se aseguraran de que no estaban activados.

A esas alturas, los de la sección estábamos cubiertos de arriba abajo de polvo de cemento. Algunos de los nuestros subieron a cubierta a limpiarse. Yo no: dada mi experiencia de buceador, ni se me ocurría arriesgarme sin necesidad. Además, con tanto cemento encima, ¿quién leche sabe lo que puede pasar al llegar al agua?

Entregamos el carguero a los marines y volvimos a bordo del USS *Nassau*. El mando hizo llegar órdenes de sacarnos de allí y enviarnos de nuevo a Kuwait «con la misma prontitud con la que han sido transportados».

Todo era mentira, claro: nos dejaron dos semanas en el *Nassau*. Por lo que sea, a la Armada no se le ocurría cómo liberar uno de los tropecientos helicópteros que tenía muertos de asco en la cubierta de vuelo para trasladarnos a Yibuti. Así que tuvimos que pasar el tiempo jugando a las maquinitas y levantando pesas mientras esperábamos. Y durmiendo, claro. Por desgracia, el único juego electrónico que teníamos era el *John Madden Football*, de fútbol americano. Me hice todo un campeón. Yo, que hasta entonces no me había sentido muy atraído por los videojuegos, soy ya un experto en ellos, y sobre todo en el *Madden*. Creo que fue entonces cuando me enganché; por lo menos, mi mujer sigue achacándolo a las dos semanas que pasé a bordo del *Nassau*.

Un paréntesis acerca de los Scud: los misiles iban destinados al Yemen, o al menos eso es lo que dijeron en el Yemen. Se han oído rumores de que formaban parte de alguna clase de trato con Libia que incluía el pago en especie por exiliar a Sadam Husein; pero no tengo ni idea de si será o no verdad. En cualquier caso, los Scud acabaron en el Yemen, Sadam se quedó en Irak y nosotros volvimos a Kuwait a prepararnos para la guerra.

Navidad

Aquel mes de diciembre fue el primero que viví lejos de los míos, y me resultó un poco deprimente. La Nochebuena vino y se fue sin ninguna celebración digna de ser recordada.

Sí recuerdo los regalos que envió aquel año la familia de Taya. Eran Hummer teledirigidos: una gozada de juguetitos manejados por radiocontrol. Algunos de los iraquíes que servían en la base daban la impresión de no haber visto nunca nada parecido. Si les mandabas uno, se apartaban de un salto gritando. No sé si pensaban que sería un mísil guiado o algo así. El caso es que me partía al oírlos chillar y correr en dirección opuesta. Aquellas distracciones tontas no tenían precio en Irak.

De quienes trabajaban para nosotros había muchos a los que no habían escogido precisamente entre lo mejorcito, y, además, no todos les tenían demasiado aprecio a los norteamericanos. Una vez pillaron a uno haciéndose una paja encima de nuestra comida. Lo echaron de la base enseguida con escolta, porque nuestros mandos sabían que lo más seguro es que alguien tratara de matarlo cuando se supiera lo que había hecho.

En Kuwait estuvimos alojados en dos campamentos diferentes: el de Alí al-Sálem y el de Doha; y las instalaciones de que disponíamos en los dos dejaban mucho que desear.

La de Doha era una base militar estadounidense de grandes dimensiones, y tuvo una función importante en la primera guerra del Golfo y en la que estaba a punto de ser la segunda. Nos dieron un almacén, y gracias a unos cuantos *seabees* —zapadores de combate de la Armada—, dormitorios delimitados con estructuras de madera. En el futuro contamos con los del batallón de construcción (CB, o *seabees*) para trabajos similares.

Alí al-Sálem era aún más primitivo, al menos en lo que respecta a nuestro alojamiento: teníamos una tienda modular, unas cuantas estanterías y poco más. Supongo que las autoridades dieron por sentado que los SEAL no necesitábamos gran cosa.

Estaba en Kuwait cuando vi mi primera tormenta de arena en el desierto. El día se hizo noche de repente. Por todas partes se arremolinaba la arena, y a lo lejos veías una nube gigantesca de color marrón anaranjado que avanzaba

hacia ti. Entonces, de pronto, se pone todo negro y tienes la impresión de estar en el centro de un pozo minero que no deja de dar vueltas, o en el programa de aclarado de una lavadora extraña que usa arena en vez de agua.

Recuerdo que estaba en un hangar, y que el aire se había llenado de una cantidad increíble de arena aunque las puertas estaban cerradas. Era un polvo fino que daba la impresión de no ir a salir nunca si se te metía en los ojos. Nos dimos cuenta enseguida de que había que usar gafas cerradas para protegerse, porque las de sol no servían.

Sesentero

Al ser nuevo, me tocaba ejercer de sesentero. Quiero decir, como sabrán muchos, que estaba equipado con una ametralladora M-60 de uso general, un arma alimentada mediante cinta de munición que lleva varias décadas sirviendo en el ejército estadounidense en una u otra versión.

Se desarrolló en la década de 1950. Dispara balas de 7,62 milímetros, y tiene un diseño tan flexible que puede usarse como base tanto para una ametralladora coaxial en vehículos blindados y helicópteros, como de arma portátil de soldado de pelotón. En la guerra del Vietnam fue una de las herramientas esenciales de los machacas, que la apodaron «la Cerda» y se quejaban a menudo de la temperatura del cañón, que había que cambiar con guantes de amianto después de unos cuantos cientos de disparos (lo que no resulta precisamente adecuado en pleno combate).

La Armada ha introducido mejoras sustanciales en la M-60 con los años, y la verdad es que sigue siendo un arma potente. El último modelo, de hecho, está tan avanzado que recibe un nombre diferente: en la marina se llama Mk-43 Mod. 0. (Hay quien defiende que tendría que considerarse un arma totalmente distinta, y yo no voy a entrar en ese debate.) Es relativamente ligera (ronda los diez kilos), y tiene el cañón corto en

comparación con otras. Además, está provista de un riel que permite acoplar miras telescópicas y otros accesorios.

También siguen usándose la serie M-240, la M-249 y la Mk-46, variante de la M-249. Por regla general, las ametralladoras que usaban los tiradores de mi sección recibían el nombre de *sesentas* aunque fueran, en realidad, otra cosa, como la Mk-48. Esta última tuvo cada vez más uso cuando estuve en Irak, pero a no ser que sea significativo por alguna razón, yo hablo de sesentas, y que se encarguen otros de descifrar la letra pequeña.

También subsiste el viejo apodo de «Cerda», que hace que muchos de los sesenteros reciban también el mal nombre de *cerdas*, o cualquier otra variante creativa. En nuestra sección se quedó con el remoquete mi amigo Bob. A mí no me ocurrió nunca: me llamaban «Tex», que es uno de los apelativos más aceptables socialmente que he recibido.

Cuando la guerra se fue haciendo inevitable, empezamos a patrullar la frontera de Kuwait para asegurarnos de que no la cruzaban los iraquíes en un ataque preventivo. También empezamos a adiestrarnos para participar en las hostilidades.

Esto comportaba pasar muy buenos ratos en los todoterrenos DPV, conocidos también como «los *buguis* de los SEAL». Estos vehículos de patrulla del desierto (nombre al que deben las siglas) se ven chulísimos desde lo lejos y están mucho mejor equipados que los cuadriciclos comunes. Tienen delante una ametralladora de 12,7 milímetros y un lanzagranadas Mk-19, y detrás, una M-60. Además dispone de lanzamisiles LAW, armas contracarro ligeras que pueden considerarse hijas espirituales del bazuca y el *Panzerfaust* de la segunda guerra mundial. Van montados en soportes especiales en las barras de la estructura superior. Para hacerlo más molón todavía, tiene en todo lo alto una antena de radio y otra de satélite que parece un paraguas.

En casi todas las fotografías que se ven de un DPV aparece haciendo un caballito chulísimo mientras salta por encima de una duna. La imagen que

ofrece es la repera, pero por desgracia no es más que eso: una imagen, y no la realidad.

Por lo que tengo entendido, los DPV están basados en un diseño empleado en las carreras de Baja California. Sin accesorios, eran guapos a más no poder. El problema es que nosotros no los conducíamos así, y todos los pertrechos que llevábamos pesaban lo suyo. Además de nuestros equipos, transportábamos agua y alimento para subsistir varios días en el desierto, y combustible extra, por no hablar ya de tres soldados totalmente dotados: el conductor, el acompañante y el tirador para la ametralladora (y en nuestro caso, una bandera de Texas ondeando en la parte de atrás: mi jefe y yo éramos de allí, y eso lo convertía en accesorio obligado).

Todo este peso se notaba. Los vehículos usaban un motorcillo Volkswagen que, por lo que yo puedo decir, era una porquería. Lo más seguro es que estuviese bien para un coche o hasta para un *bugui* que no tuviera que pisar un campo de combate; pero en nuestro caso, cuando salíamos dos o tres días con un DPV, a la vuelta teníamos que pasar casi siempre el mismo tiempo arreglándolo. No había salida en que no fallara un cojinete o algo por el estilo. El mantenimiento lo teníamos que hacer nosotros mismos, aunque por suerte, en nuestra sección había un mecánico titulado que se encargaba de tener siempre a punto los vehículos.

Aun así, el mayor inconveniente que presentaban era que solo tenían tracción en dos ruedas: un verdadero problema a poco que el terreno no fuese del todo duro. En marcha no solía pasar nada, pero en el momento que parábamos, teníamos complicaciones. En Kuwait nos pasábamos el día cavando para sacarlos de las dunas.

En funcionamiento eran el desmadre. Al ser yo el tirador, ocupaba un asiento elevado detrás del conductor y el copiloto. Llevaba gafas cerradas, un casco parecido a los de los pilotos de helicóptero y un cinturón de seguridad con cinco puntos de anclaje, y tenía que sujetarme mientras recorríamos el desierto a más de cien por hora. Disparaba unas cuantas ráfagas con la ametralladora de 12,70; luego, tiraba de la palanca que tenía en el lateral del asiento y giraba hacia la parte de atrás para agarrar la M-60

y descargaba algunas más. Si hacíamos como que nos estaban atacando por el lado durante la marcha, podía disparar en esa dirección con el fusil M-4 que llevaba. ¡Hacer fuego con la ametralladora pesada sí que era divertido!

Apuntar con la muy hija de perra mientras botábamos por el desierto ya era otra cosa. Puedes moverla hacia arriba o hacia abajo para intentar que no se aparte del objetivo; pero olvídate de la precisión: lo más que vas a lograr va a ser disparar lo suficiente para poder salir de allí.

Además de nuestros DPV de tres plazas, teníamos dos de seis. Eran, eso sí, la versión sin extras de aquellos: tres filas de dos asientos, y una ametralladora pelada en la parte de delante. Los usábamos como vehículo de mando y control. Era muy aburrido: como viajar en el monovolumen con mamá cuando papá se ha llevado el deportivo.

Estuvimos varias semanas adiestrándonos. Hicimos muchos ejercicios de orientación, construimos puestos de observación y vigilancia a lo largo de la frontera. Excavábamos, cubríamos los vehículos con malla de camuflaje y tratábamos de hacerlos desaparecer en la arena; cosa nada fácil de conseguir con un DPV, que siempre parecía un DPV intentando pasar inadvertido en medio del desierto. También aprendimos a bajar con ellos de los helicópteros, y a poner en tierra el eje trasero cuando tocaban el suelo con el delantero: un verdadero rodeo sobre ruedas.

Cuando llegaba a su fin el mes de enero empezamos a preocuparnos, no porque fuera a estallar la guerra, sino porque pudiese empezar sin nosotros. En aquella época, lo normal era que las misiones de los SEAL duraran seis meses. Nosotros habíamos llegado en septiembre, y quedaban semanas para el siguiente reemplazo.

Yo quería combatir; quería hacer aquello para lo que me habían adiestrado. El contribuyente estadounidense había invertido una cantidad considerable de dólares en mi formación como SEAL. Quería defender a mi país, cumplir con mi deber y hacer mi trabajo.

Por encima de todo, quería vivir la emoción del campo de batalla, aunque Taya veía las cosas de un modo muy diferente.

Taya:

Yo veía aterrada que se acercaba la guerra. Aunque todavía no se había declarado oficialmente, sabía que estaban participando en operaciones peligrosas. Siempre que actúan los SEAL existe un peligro u otro. Chris trataba de quitar importancia a la situación para que no me preocupara; pero yo era muy consciente de lo que ocurría, y no me resultaba difícil leer entre líneas. Mi inquietud daba la cara de formas diferentes: estaba nerviosa, y me imaginaba lo que no era. No podía dormir si no tenía todas las luces encendidas, y todas las noches tenía que leer hasta que se me cerraban los ojos. Hacía cuanto podía para evitar estar sola o tener demasiado tiempo para pensar.

Chris me habló dos veces de accidentes de helicóptero que había vivido. Ninguno había tenido la menor importancia, pero le preocupaba que me enterase por otro lado y me asustara.

—Si sale en las noticias —me decía—, que sepas que el helicóptero ha tenido un percance menor y que estoy bien.

Un día me dijo que tenía que ir otra vez de maniobras con el helicóptero, y a la mañana siguiente anunció la televisión que se había estrellado uno cerca de la frontera y habían muerto todos sus ocupantes. El presentador dijo que iba lleno de soldados de las fuerzas especiales.

En el ejército, cuando hablan de «fuerzas especiales» se refieren a los soldados de operaciones especiales, pero en las noticias tienen cierta tendencia a usar la expresión para hablar de los SEAL, y saqué enseguida mis propias conclusiones.

Aquel día no tuve noticias suyas, aunque había prometido llamarme. Me dije a mí misma que no debía preocuparme; que no podía ser él. Me entregué en cuerpo y alma a mi trabajo. Aquella noche, al no saber tampoco de él, empecé a ponerme más nerviosa, hasta que al final me subía por las paredes. No podía dormir, aunque estaba reventada por el

trabajo y por reprimir las lágrimas que no dejaban de amenazar con mandar con viento fresco la calma que trataba de fingir.

Alrededor de la una había empezado ya a desmoronarme, y cuando sonó el teléfono, corrí a responder de un salto.

—¡Hola, nena! —me dijo él, más feliz que nunca.

Yo me puse a chillar, y cuando él quiso saber qué me ocurría, ni siquiera fui capaz de pronunciar palabra para expresarme. El miedo y el alivio se me convirtieron en sollozos ininteligibles.

Después de aquello, me prometí no volver a ver las noticias.

4
Cinco minutos de vida

Los *buguis* y el barro no casan

Yo estaba en tensión en el asiento del tirador del DPV, listo y atado, a la caída de la tarde del 20 de marzo de 2003, momento en que se alzó de la pista de despegue un helicóptero Sikorsky MH-53 Pave Low de la fuerza aérea destinada en Kuwait. El vehículo estaba montado en la parte trasera que nos transportaba a la misión para la que habíamos estado adiestrándonos las últimas semanas. La espera estaba a punto de concluir: había empezado la Operación Libertad Iraquí.

Por fin había llegado mi guerra.

Estaba sudando, y no era solo de emoción. Como ignorábamos qué podía tenernos reservado exactamente Sadam, habíamos recibido órdenes de colocarnos el traje NBQ. Te protege frente a ataques químicos, pero es tan cómodo como un pijama de goma, y la máscara de NBQ que lo remata es peor todavía.

—¡Pies mojados! —dijo alguien por la radio; eran las palabras clave que daban comienzo a la operación.

Comprobé mis armas. Estaban listas, incluida la ametralladora 12,70. Lo único que tenía que hacer era tirar hacia atrás de la palanca de montar y cargar.

Nuestro vehículo estaba orientado hacia la parte trasera del helicóptero, y dado que la rampa no estaba del todo subida, me era posible ver el

exterior envuelto en la oscuridad de la noche. De pronto, la franja negra que observaba por encima de la rampa comenzó a verse salpicado de rojo: los iraquíes habían sacado los radares y cañones antiaéreos que nuestros servicios de información habían asegurado que no tenían, y nuestros pilotos se pusieron a accionar las contramedidas aéreas para evitar que nos dieran, bengalas IR y señuelos contra radar.

Entonces llegó el turno de la munición trazadora, y vi las ráfagas arquearse a través del estrecho rectángulo negro. «¡Me cago en...! —pensé —. ¿A que nos derriban antes de que pueda pegarle un tiro a nadie?» No sé cómo, pero los iraquíes se las arreglaron para fallar. El helicóptero descendió en picado hacia tierra.

—¡Pies secos! —dijeron por la radio: estábamos aterrizando.

Se había desatado el infierno. Nosotros formábamos parte de un equipo encargado de hacerse con los recursos petroleros de Irak antes de que los de allí tuvieran tiempo de volarlos o incendiarlos como habían hecho en 1991 durante la Operación Tormenta del Desierto. Los SEAL y el GROM estaban atacando las plataformas de gas y petróleo (GOPLAT, de *gas and oil platforms*) del Golfo, así como las refinerías de tierra y las zonas portuarias.

A doce de nosotros nos habían asignado el objetivo de adentrarnos en tierra, en las refinerías de la región de Al-Faw. Los minutos de más que tardamos en llegar se tradujeron en un verdadero infierno de fuego de artillería, y en el momento en que aterrizamos nos vimos metidos hasta el cuello en la mierda. La rampa se abrió, y el conductor de nuestro DPV aceleró. Yo tiré hacia atrás de la palanca y cargué, listo para disparar mientras descendíamos tomando velocidad. El coche salió corriendo en cuanto tocó aquella tierra blanda... y poco después se atascó.

—¡Hijo de puta!

El conductor se puso a revolucionar el motor, y a mover de un lado a otro la palanca de la caja de cambios para ver si podía liberarnos. Por lo menos nosotros habíamos salido del helicóptero: otro de los DPV se había quedado atascado cuando todavía no había salido del todo de la rampa. Su

MH-53 daba tirones hacia arriba intentando desesperado desengancharse y salir de allí, porque a los pilotos les repatea que les disparen.

A esas alturas pude oír por la radio a las distintas unidades de DPV informando de su estado. Casi todos estaban embarrados en aquel suelo empapado de petróleo. La especialista del servicio de información nos había asegurado que la tierra estaría compacta en el lugar en que íbamos a aterrizar. Pero claro, también nos habían dicho, ella y sus colegas, que los iraquíes no tenían armamento antiaéreo. Como suele decirse, lo de «inteligencia militar» es una contradicción.

—¡Nos hemos quedado atascados! —anunció nuestro jefe.

—Nosotros también —dijo el teniente.

—Estamos atascados —repitió alguien más.

—¡Mierda! ¡Hay que salir de aquí!

—Vale. Que todo el mundo salga de los vehículos y tome posiciones —ordenó el jefe.

Yo desabroché los cinco puntos del cinturón, saqué la ametralladora de la parte de atrás y me dirigí con el cuerpo encogido a la cerca que rodeaba la instalación petrolera. Nuestra misión consistía en proteger la entrada, y el que no pudiéramos llegar sobre ruedas no iba a impedirnos llevarla a cabo.

Encontré un montón de escombros desde el que se veía la puerta y monté allí la sesenta. Al lado se me puso un pavo con un Carl Gustav. Esta arma, que técnicamente es un cañón sin retroceso, dispara un cohete de la leche capaz de mandar con viento fresco un carro de combate o agujerear un edificio. Está claro que por aquella entrada no iba a pasar nadie sin nuestro permiso.

Los iraquíes habían establecido un perímetro defensivo en el exterior de la refinería; su único problema era que nosotros habíamos aterrizado dentro de él. Estábamos entre ellos y la instalación; o sea, detrás de sus posiciones. Aquello no les hizo mucha gracia; así que se dieron la vuelta y empezaron a dispararnos.

En cuanto vi que no nos iban a gasear, me quité la máscara NBQ. Cuando me puse a responder a sus fuegos con la sesenta, me di cuenta de

que tenía blancos de sobra. Demasiados, de hecho, porque ellos eran muchísimos más. Sin embargo, aquello no suponía, en realidad, ningún problema: pedimos apoyo aéreo, y minutos después, teníamos sobre la cabeza toda clase de aeroplanos: F/A-18, F-16, A-10A y hasta un cañonero AC-130.

Los A-10, más conocidos como *Warthogs*, «los jabalíes verrugosos», son la pera. Se trata de un birreactor de movimiento lento, aunque esto es intencionado: están destinados a volar bajo y despacio para lanzar el mayor número de proyectiles a sus objetivos terrestres. Además de llevar bombas y misiles, están equipados con un cañón rotativo de 30 milímetros, y esos rotativos dejaron al enemigo para el arrastre aquella noche. Los iraquíes sacaron de la ciudad sus vehículos blindados para alcanzarnos, pero ni siquiera lograron acercarse. Entonces llegó el momento en que se dieron cuenta de que estaban bien jodidos, e intentaron huir.

Grave error, porque lo único que consiguieron fue hacerse ver con más facilidad. Los aviones no dejaban de pasar ni de fundirlos. En cuanto los tenían en el punto de mira, los quitaban de la vista. Oías los disparos pasar por encima (*rrrrrrrrr...*), y luego oías el eco (*rr-rrr-rr...*), y a renglón seguido, las explosiones secundarias o lo que fuese que hicieran además aquellas municiones.

«¡Joder! —me decía yo—. Esto es la caña: ¡me encanta! Es emocionante y te deja los nervios hechos mierda. ¡Me encanta!»

Con gas, por favor

Por la mañana aterrizó una unidad británica. A esas alturas, la batalla había terminado y, por supuesto, no pudimos resistirnos a la tentación de pinchar a sus soldados.

—¡Ya podéis venir, que se ha acabado el combate! —les decíamos—. Ha pasado el peligro.

No creo que les hiciera mucha gracia, aunque la verdad es que tampoco era fácil decirlo. Hablan un inglés muy chistoso. Agotados, entramos en el recinto y nos fuimos a una casa que había quedado destruida casi por completo durante el tiroteo. Nos metimos en lo que quedaba de ella, nos dejamos caer entre los escombros y nos quedamos dormidos.

Yo me levanté unas horas después, y la mayor parte de los de mi compañía también se estaban despertando. Salimos y nos pusimos a comprobar el perímetro de los campos petrolíferos. Vimos unas cuantas de esas defensas aéreas que no tenían los iraquíes. De todos modos, no hizo falta actualizar los datos del servicio de información, porque ninguna de ellas estaba ya en condiciones de importunar a nadie.

Había muertos por todas partes. Vimos a un tipo al que le habían reventado literalmente el culo. Se había desangrado, pero no sin antes tratar de arrastrarse hasta ponerse a salvo de los aviones, tal como indicaba el reguero de sangre que había sobre la tierra. Estábamos organizando todo aquello cuando vi a lo lejos una Toyota *pick-up*. Tomó la carretera y se detuvo a poco menos de dos mil metros de nosotros. Era normal que los militares iraquíes usaran todoterrenos blancos civiles, generalmente uno de los distintos modelos de la compacta Toyota Hilux (la gama que nosotros conocíamos como SR-5, que dejó de fabricarse en Estados Unidos, aunque se sigue vendiendo en el extranjero). Sin saber con exactitud qué podía estar pasando, nos quedamos mirando unos instantes hasta que oímos un *¡uooop!*

A unos metros de nosotros cayó algo con un *¡plaf!* Habían disparado un mortero desde el cajón de atrás, y la granada había ido a hundirse en el barro aceitoso sin hacer ningún daño.

—¡Menos mal que no ha estallado! —dijo alguien—. Si no, ya estaríamos muertos.

Del agujero que había hecho el proyectil empezó a salir humo blanco.

—¡Gas! —gritó uno.

Empezamos a correr a toda velocidad hacia la entrada, pero justo antes de que llegásemos, los guardias británicos que la vigilaban la cerraron en nuestras narices y se negaron a abrir.

—No podéis entrar —anunció uno de ellos alzando la voz—: os acaban de gasear.

Con los helicópteros Cobra de los marines volando sobre nuestras cabezas para hacerse cargo de los morteros, nos preguntábamos si no sería aquel nuestro final.

Al ver que minutos después seguíamos respirando, nos dimos cuenta de que el humo no había sido sino eso: humo. Tal vez fuese vapor del barro. Es igual; había sido solo un chisporroteo: ni explosiones, ni gases tóxicos. Lo cual fue todo un alivio.

Shat al-Arab

Tomado Al-Faw, preparamos dos de nuestros DPV y nos echamos a la carretera. Pusimos rumbo al norte, hacia Shat al-Arab, el río que separa Irán de Irak y desemboca en el Golfo. Teníamos que buscar embarcaciones suicidas y minadores que se dirigieran allí corriente abajo. Encontramos un puesto fronterizo abandonado por los iraquíes y establecimos allí nuestro centro de observación.

Las reglas de enfrentamiento que se nos dieron al empezar la guerra eran muy sencillas: si ves algún varón de entre dieciséis y sesenta y cinco años, mátalo; mata a todo varón que veas. Oficialmente estaba expresado de otra manera, aunque la idea era la misma. Sin embargo, ahora que estábamos vigilando Irán, teníamos órdenes estrictas de no disparar, por lo menos en suelo iraní. No había noche en la que no nos disparase alguien desde la otra orilla del río. En esos casos, informábamos como estaba mandado a nuestros superiores y solicitábamos permiso para responder. Y siempre nos contestaban con un *¡No!* muy alto y claro.

La verdad es que, si uno lo analiza hoy, aquello tenía mucho sentido: las armas más pesadas que teníamos eran un Carl Gustav y dos sesentas. Los iraníes tenían artillería de sobra, y habían tomado nota de nuestra posición. No les habría costado nada alcanzarnos y, de hecho, lo más seguro es que

estuvieran intentando provocarnos y tener así una excusa para matarnos. De todos modos, nos tocaba las narices: si alguien te dispara, lo que quieres es devolverle el tiro.

Después del subidón de los primeros días de la guerra, habían empezado a decaer los ánimos. Nos pasábamos el día sentados sin hacer nada. Uno tenía una cámara, y nos pusimos a hacer un vídeo para mofarnos de la situación. No había muchas más ocupaciones. Encontramos unas cuantas armas iraquíes, y las apilamos para destruirlas. Y poco más: ni los de Irak mandaban embarcaciones río abajo, ni los de Irán hacían otra cosa que disparar una sola vez y agacharse a esperar a que reaccionásemos. Lo más entretenido que podíamos hacer era meternos en el agua y mear en su dirección.

Estuvimos una semana montando guardia por turnos —dos vigilaban y cuatro descansaban—, pendientes de la radio y observando el agua, y luego nos relevó otro grupo de SEAL y volvimos a Kuwait.

Marcha hacia Bagdad

A esas alturas había empezado ya la llamada «marcha hacia Bagdad». Las unidades estadounidenses y aliadas cruzaban la frontera a raudales y hacían a diario avances considerables.

Nosotros pasamos unos días de espera en el campamento de Kuwait mientras nos asignaban una misión. Si servir en el puesto fronterizo resultaba frustrante, aquello fue peor. Queríamos entrar en acción, y había un montón de cosas que podíamos hacer —como, por ejemplo, eliminar algunas de aquellas defensas antiaéreas «inexistentes» en el interior de Irak —; pero daba la impresión de que los mandos no querían tirar de nosotros.

Nos habían ampliado el tiempo de servicio para que pudiésemos participar en el principio de la guerra; pero ya había empezado a correr el rumor de que iban a devolvernos a Estados Unidos y a reemplazarnos por el Equipo Cinco, y como nadie quería dejar Irak ahora que se estaba poniendo

interesante la situación, teníamos la moral por los suelos. Estábamos bien jodidos.

Para colmo, los iraquíes habían mandado unos cuantos Scud poco antes de empezar la guerra, y aunque los misiles Patriot se habían encargado de la mayoría, uno logró cruzar la frontera. Y ¿dónde diríais que acabó? Pues fue a ventilarse el Starbucks en el que pasábamos el rato durante nuestro adiestramiento anterior al conflicto. Muy bajuno, lo de cargarse una cafetería; aunque supongo que podía haber sido peor: podría haber caído en un Dunkin' Donuts.

Lo gracioso es que el presidente Bush no declaró la guerra hasta que atacaron el Starbucks: meteos con la ONU cuanto os venga en gana, pero si ya empezáis a poner en peligro nuestro derecho a recibir la dosis necesaria de cafeína, va siendo hora de que empiecen a rodar cabezas.

Estuvimos allí tres o cuatro días, protestando por todo y siempre deprimidos; y al final, nos unimos al avance de los marines en el sector de Nasiriya. Volvíamos a la guerra.

Alrededores de Nasiriya

Nasiriya es una población del sur de Irak situada a orillas del Éufrates, a unos doscientos kilómetros al noroeste de Kuwait. La ciudad en sí la tomaron los marines el 31 de marzo, aunque la región estuvo en conflicto algún tiempo más por los grupitos de soldados iraquíes y fedayines que seguían resistiendo y atacando a los americanos. Fue allí cerca donde secuestraron y retuvieron a Jessica Lynch durante los primeros días de la guerra.

Algunos historiadores consideran que los enfrentamientos que se sostuvieron en aquella zona fueron los más implacables que conocieron los

marines durante la guerra, y los comparan con los combates más violentos de Vietnam y, más adelante, de Faluya. Además de la ciudad en sí, los de la infantería de marina se hicieron con el aeropuerto de Yaliba, varios puentes del Éufrates, y carreteras y ciudades que les permitieron llegar a Bagdad en las primeras fases de la guerra. De camino, fueron topando con la clase de insurgentes fanáticos que iban a caracterizar aquella guerra tras la caída de la capital.

Allí pintamos muy poquito en el conflicto: participamos en alguna que otra batalla de gran intensidad; pero de lo gordo de la acción se encargaron los marines. Obviamente, no puedo escribir gran cosa de aquello, porque lo que vi de la contienda en general fue como lo que se distingue al mirar por una pajita la imagen de un paisaje enorme.

Cuando uno trabaja con unidades del ejército de tierra y de la Armada nota enseguida la diferencia. El primero es un cuerpo potente, pero su actuación depende muchas veces de la unidad en cuestión. Algunas son excelentes: les sobran las medallas y los combatientes de primera; y también hay unas cuantas que no pueden ser peores. Sin embargo, la mayoría está en un punto intermedio.

Por lo que yo conozco, los marines son siempre los más entusiastas: luchan a muerte; no piensan en otra cosa que en salir a matar. Son tíos duros que van a saco y no frenan ante nada.

Nos introdujimos en el desierto a mitad de la noche con dos DPV de tres plazas. Nos dejó allí un MH-53, y el suelo era lo bastante firme para no atascarse.

Íbamos detrás de la vanguardia estadounidense y no había unidades enemigas en los alrededores. Recorrimos el desierto hasta llegar a un campamento base del ejército. Después de descansar unas horas con ellos, salimos a hacer labores de reconocimiento por delante de los marines.

El desierto no estaba vacío por completo: aunque había largas extensiones de terreno deshabitado, se veían también ciudades y asentamientos diminutos dispersos a lo lejos. En general, eludíamos las ciudades y nos limitábamos a observarlas desde cierta distancia. Nuestra misión consistía en hacernos una idea de dónde estaban los focos de resistencia del enemigo e informar por radio a los marines para que ellos decidieran si los atacaban o los evitaban. Aquí y allá llegábamos a un lugar elevado, nos deteníamos un rato y echábamos un vistazo.

Aquel día solo tuvimos un encuentro reseñable. Pasábamos al lado de una ciudad, y obviamente nos acercamos demasiado, porque empezaron a dispararnos. Yo respondí con la 12,70, y luego me di la vuelta para agarrar la ametralladora M-60 mientras salíamos echando chispas de allí.

En todo el día debíamos de haber recorrido cientos de kilómetros. Avanzada la tarde, paramos un rato, descansamos un poco y volvimos a ponernos en marcha después de oscurecer. Cuando aquella noche empezaron a dispararnos, nos cambiaron las órdenes: los jefazos nos hicieron volver y se encargaron de que nos recogieran de nuevo los helicópteros.

Podría pensarse que nuestro trabajo allí consistía precisamente en hacer que nos disparasen, porque así se delataba el enemigo. Podría pensarse que el hecho de que nos hubiésemos acercado lo bastante para que nos atacaran quería decir que habíamos descubierto un grupo de resistencia importante que antes se desconocía. Podría pensarse que eso significaba que lo estábamos haciendo bien.

Puede que sí, pero nuestro oficial en jefe no opinaba lo mismo: él no quería que nos atacasen; no quería aventurarse a sufrir bajas, aunque eso nos impidiera cumplir con nuestra misión como estaba mandado. (Tal vez deba añadir, por cierto, que pese al tiroteo y a los encuentros anteriores no habíamos sufrido ninguna baja.)

Aquello nos jorobó, porque habíamos salido con la intención de pasarnos una semana explorando. Teníamos combustible, agua y víveres de

sobra, y ya habíamos pensado cómo repostar en caso necesario. ¡Dios! Podríamos haber atravesado Bagdad entero, que seguía en manos iraquíes.

Nos presentamos en la base, quemados.

Nuestra guerra no se acababa allí, aunque aquello fue un mal agüero de lo que nos esperaba.

Entiéndame el lector: ningún SEAL quiere morir. El objetivo de la guerra, tal como dijo Patton, es hacer morir al otro bastardo. Sin embargo, también queremos combatir. Parte de esto es personal. Es algo parecido a lo que les pasa a los atletas: un atleta quiere competir a lo grande, en la pista o en el cuadrilátero. Pero también hay otra parte —más gorda, creo— de patriotismo. Aunque se trata de una de esas cosas que si tienen que explicártela es porque no la vas a entender de todos modos, creo que lo siguiente puede ayudar.

Una noche, algo después de aquello, estábamos en medio de un tiroteo agotador. Diez de nosotros llevábamos unas cuarenta y ocho horas en la segunda planta de un edificio abandonado de ladrillo, combatiendo a cuarenta grados y con todo el equipo puesto. Las balas que nos disparaban iban desgastando casi sin descanso las paredes que nos rodeaban, y si parábamos unos instantes era solo para recargar.

Al final, al salir el sol por la mañana, paró el sonido de los disparos y las balas que daban contra el ladrillo. El combate había acabado, y el silencio resultaba espeluznante. Cuando entraron los marines a por nosotros nos encontraron desplomados contra la pared o tirados en el suelo, curándonos las heridas o, sencillamente, intentando asimilar la situación. Uno de ellos tomó una bandera americana y la levantó por encima de nuestras posiciones. Otro hizo sonar el himno nacional. No sé de dónde venía la música, pero su simbolismo y la manera que tenía de hablarte justo al corazón me resultaron abrumadores. Este no ha dejado nunca de ser uno de los recuerdos más poderosos que tengo.

No hubo ninguno de los soldados, por extenuado que estuviese, que no se levantara y fuese a saludar a la ventana. La letra del himno resonó en cada uno de nosotros mientras observábamos las barras y las estrellas ondear precisamente «con las luces del alba».[2] El recuerdo de todo aquello por lo que estábamos luchando hizo que, además de sangre y sudor, todos los presentes derramásemos lágrimas sin freno.

Yo he vivido el significado literal de «la tierra de la libertad y el hogar de los valientes»; para mí no son palabras sensibleras: yo las siento en el corazón; las siento en el pecho. Hasta en los partidos me repatea que haya gente que hable o no se quite el sombrero cuando está sonando el himno. Y tampoco soy de los que se guardan su opinión en esos casos.

Para mí y para los SEAL con los que estaba, el patriotismo está íntimamente ligado al ardor guerrero. Aun así, lo que puede llegar a dar una unidad como la nuestra depende mucho de las dotes de mando de los jefes que nos encabezan. Entre los oficiales de los SEAL hay de todo: unos son buenos, y otros, malos. Y hasta los hay que son unos caguetas. Puede que sean tipos duros, pero hace falta algo más que entereza personal para ser un buen líder. Los métodos y los fines tienen que ir de la mano de la dureza.

El alto mando quería de nosotros un 100 % de éxito con cero bajas. Puede parecer admirable: ¿quién no quiere salir victorioso?, ¿quién quiere que nadie se haga daño? Sin embargo, estos objetivos son incompatibles y muy poco realistas en la guerra. Quien pretenda un un éxito completo sin ninguna baja va a tener que emprender muy pocas operaciones. No va a poder asumir riesgo ninguno, sea o no realista.

Lo ideal habría sido supervisar o apoyar con francotiradores y emprender misiones de reconocimiento para los marines por toda Nasiriya. Podríamos haber participado mucho más en el avance de los marines, y haber salvado unas cuantas vidas entre sus filas. Queríamos salir de noche y actuar en la ciudad o el pueblo por los que fuera a pasar a continuación la infantería de marina, allanarles el camino matando al mayor número posible de malos. Es verdad que hicimos unas cuantas misiones así, pero fueron, sin duda, muchas menos de las que podríamos haber hecho.

El mal

Nunca he sabido mucho del islam. Me han criado cristiano y, obviamente, sabía que se han dado conflictos religiosos a lo largo de los siglos. Conocía las cruzadas, y sabía que siempre ha habido luchas y atrocidades. Sin embargo, también sabía que el cristianismo ha evolucionado desde la Edad Media. Nosotros no matamos a las personas por tener una religión diferente.

Las gentes a las que combatimos en Irak tras la huida o la derrota del ejército de Sadam eran fanáticos. Nos odiaban porque no éramos musulmanes. Acabábamos de darle la patada a su dictador, y ellos querían matarnos porque practicábamos una religión diferente de la suya.

¿No se supone que la religión te enseña a ser tolerante?

Dicen que para matar a tu enemigo tienes que distanciarte de él. Si eso es cierto, los insurgentes de Irak lo ponían tremendamente fácil. Lo que he contado antes de lo que estaba haciendo aquella madre con su criatura al quitarle la anilla a la granada es solo un ejemplo espantoso de esto.

Los fanáticos contra los que luchábamos no valoraban otra cosa que su retorcida interpretación de la religión. Y en realidad, la mitad de las veces se limitaban a asegurar que la valoraban, porque la mayoría ni siquiera rezaba. Muchos de ellos estaban drogados para poder luchar contra nosotros.

Muchos de los insurgentes no eran más que cobardes: se drogaban a diario para avivar su coraje. Sin lo que se metían no eran nada. Tengo por ahí una cinta en la que aparecen un padre con su hija en una casa que estamos registrando. Ellos estaban abajo, y, por lo que fuera, en la planta de arriba estalló una granada de fogueo. En el vídeo se ve al padre esconderse detrás de la niña, dispuesto a sacrificarla por miedo a morir él.

Cadáveres escondidos

Puede que fuesen cobardes, pero está claro que sabían matar. A los insurgentes no les preocupaban las reglas de enfrentamiento ni los consejos de guerra: si tenían ventaja, mataban a cualquier occidental que pudiesen encontrar, fuera o no combatiente.

Un día nos mandaron a una casa en la que, por lo que habíamos oído, podía haber prisioneros estadounidenses. En el edificio no dimos con nadie, pero en el sótano había signos evidentes de que habían removido la tierra; así que iluminamos aquello y nos pusimos a cavar. No tardamos en encontrar una pernera, y luego un cuerpo completo, recién enterrado. Un soldado americano, del ejército de tierra. A su lado había otro, y otro más; este, con uniforme de marine.

Mi hermano había sentado plaza en los marines poco antes del 11-S. No sabía nada de él, aunque creía que lo habían destinado a Irak. Por la razón que fuese, mientras ayudaba a sacar aquel cadáver, me convencí de que era él.

No era. Recé para mí y seguimos cavando.

Otro cuerpo, también de marine. Me agaché y me obligué a mirar.

No era él. Sin embargo, en adelante, cada vez que sacábamos a un soldado de aquella fosa —y había bastantes—, me empeñaba en pensar que iba a encontrar a mi hermano. Se me había encogido el estómago. Seguía cavando. Tenía ganas de vomitar.

Al final acabamos con aquello, y él no estaba. Sentí un momento de alivio, y hasta de euforia: ninguno de los cadáveres era de mi hermano. Luego me invadió una tristeza tremenda por los jóvenes asesinados que acabábamos de desenterrar.

Cuando al final supe de mi hermano, descubrí que, aunque sí servía en Irak, ni siquiera había estado cerca del lugar en que había visto aquellos

cadáveres. También había tenido lo suyo, seguro, y las estaría pasando canutas; pero solo oír su voz hizo que me sintiera mucho mejor.

Yo seguía siendo su hermano mayor y quería protegerlo. No es que él lo necesitara: se había hecho marine, y de los duros; pero supongo que ese es un instinto que nunca desaparece.

En otro lugar encontramos bidones de productos que pensaban usar como armas bioquímicas. Cuando la gente dice que no había armas de destrucción masiva en Irak, supongo que se refieren a bombas nucleares hechas y derechas, y no a las numerosas armas químicas mortales —o sus componentes— que tenía Sadam almacenadas. A lo mejor no se hablaba de eso porque las etiquetas de los bidones dejaban claro que aquel material procedía de Francia y Alemania, que en teoría eran nuestros aliados occidentales.

Lo que siempre me he preguntado es cuánto consiguió esconder Sadam antes de que lo invadiésemos. Le habíamos hecho tantas advertencias, que tuvo que tener tiempo de trasladar y enterrar toneladas de material. Adónde fue; dónde aparecerá; qué puede envenenar... Creo que todas esas son preguntas muy interesantes que nunca ha contestado nadie.

Un día vimos algo en el desierto y pensamos que eran artefactos explosivos improvisados (IED) ocultos bajo la arena. Llamamos a los artificieros, y allí que fueron. Y lo que encontraron, damas y caballeros, no era una bomba, sino... ¡un avión!

Sadam había enterrado unos cuantos de sus cazas, los había tapado con plástico y había intentado ocultarlos. Debió de suponer que pasaríamos por allí como hicimos durante la Operación Tormenta del Desierto: atacaríamos con rapidez y nos iríamos.

Se equivocaba.

«Vamos a morir»

Seguimos trabajando con los marines mientras marchaban hacia el norte. Lo normal era que fuésemos de avanzadilla, reconociendo el terreno en busca de focos de resistencia. Aunque los servicios de información nos habían advertido de la presencia de soldados enemigos en la zona, en teoría no había ninguna unidad numerosa.

A esas alturas, efectuaba las operaciones la sección al completo: estábamos los dieciséis. Llegamos a un grupo de edificios no muy grande, y, estando allí, empezaron a hacernos fuego. El tiroteo subió de tono con rapidez, y minutos después nos dimos cuenta de que nos habían rodeado: una fuerza de varios centenares de iraquíes nos había cortado toda vía de escape.

Me puse —nos pusimos todos— a matar iraquíes en abundancia; pero parecía que por cada uno que abatíamos se materializaban cuatro o cinco para ocupar su lugar. Así estuvimos varias horas, en las que el combate se intensificaba y decaía a ratos.

En Irak, la mayoría de las refriegas eran esporádicas: se ponían muy violentas durante unos minutos, quizá incluso durante una hora o más; pero al final los iraquíes acababan por retirarse. Cuando no nos retirábamos nosotros.

En esta ocasión no fue así: seguimos batallando por oleadas toda la noche. Ellos sabían que eran muchos más y nos tenían rodeados, y no tenían intención de abandonar. Poco a poco se fueron acercando, hasta que se hizo evidente que iban a vencernos.

Estábamos acabados; íbamos a morir, o lo que es peor, nos iban a hacer prisioneros. Pensé en mi familia y en lo horrible que podría llegar a ser la situación, y resolví que antes que eso prefería morir. Seguí disparando, pero cada vez estaban más cerca. Empecé a pensar lo que iba a hacer si caían sobre nosotros: usaría la pistola, el cuchillo y hasta las manos si hacía falta.

Para después morir. Pensé en Taya y en cuánto la quería. Intenté no distraerme con nada: concentrarme en el combate. Los iraquíes no dejaban de aproximarse: calculamos que nos quedaban cinco minutos de vida. Empecé a hacer la cuenta atrás de cabeza.

No me había dado tiempo a descontar mucho cuando empezó a chirriar la radio de la compañía para anunciarnos: «¡Estamos aquí, a las seis en punto!».

Se acercaban tropas amigas. ¡Llegaba la caballería!

De hecho, eran los marines: no íbamos a morir. Quizá sí, pero por lo menos íbamos a durar más de cinco minutos. ¡Gracias a Dios!

Adiós al campo de batalla

Aquel resultó ser nuestro último encuentro de consideración durante aquel período de servicio. Nuestro jefe nos hizo volver a la base.

Menudo desperdicio de recursos: los marines entraban en Nasiriya una noche tras otra, tratando de despejar la ciudad mientras la insurgencia se ponía las botas. Podían habernos dado un sector que patrullar. Podíamos haber participado para quitar de en medio a los malos; pero el oficial al mando no nos dejó.

Nos enteramos en las bases avanzadas y en los campamentos en los que nos tenían esperando de brazos cruzados una ocupación real. Los del GROM —las fuerzas especiales polacas— no paraban de trabajar. Nos decían que éramos leones comandados por perros.

Los marines, sin embargo, no se andaban con delicadezas. Cada vez que volvían de sus misiones nocturnas, nos pinchaban:

—¿A cuántos habéis matado esta noche? ¡Huy, es verdad! ¡Si no habéis salido!

¡Los muy cabrones! Pero ellos no tenían la culpa si nuestros jefazos eran una panda de nenazas.

Habíamos empezado a realizar maniobras simuladas para tomar la presa de Mukarayin, al noreste de Bagdad. Aquella construcción era importante no solo por la energía hidroeléctrica que proporcionaba, sino porque podía usarse para crear riadas que habrían frenado a las fuerzas militares encargadas de atacar a los iraquíes de aquella zona. Sin embargo, la misión no hacía más que posponerse, y al final se la asignaron al Equipo Cinco cuando llegó al Golfo poco antes de que nos fuéramos nosotros. (La misión, que seguía a grandes rasgos el plan que habíamos trazado nosotros, fue todo un éxito.)

Podíamos haber hecho muchas cosas, aunque no tengo la menor idea de cuál habría sido nuestro impacto en la guerra. Sin lugar a dudas podíamos haber salvado unas cuantas vidas aquí y allá, y tal vez haber restado un día o más de duración a algunos enfrentamientos. En vez de eso, nos dijeron que nos preparásemos para volver a casa: se había acabado nuestro período de servicio.

Estuve en la base otro par de semanas sin nada que hacer, sintiéndome como un puto cobarde mientras jugaba a videojuegos y esperaba mi embarque. Me jorobó mucho. Tan cabreado estaba, que me faltó muy poco para dejar la Armada y los SEAL.

5
Francotirador

Taya:

Cuando volvió la primera vez, Chris estaba indignado de veras con todo, y sobre todo con América.

De regreso a casa pusimos la radio del coche. Nadie hablaba de la guerra: la vida transcurría como si en Irak no estuviese ocurriendo nada.

—Hablan de gilipolleces —dijo él—. Nosotros allí, luchando por el país, y aquí no le importa una mierda a nadie.

Al principio de la guerra ya se había sentido decepcionado. Estando en Kuwait había oído en televisión voces críticas con las fuerzas armadas, y había llamado para decirme:

—¿Sabes qué? Si eso es lo que piensan, que les den. Yo estoy aquí, dispuesto a dar la vida, y ellos, con sus gilipolleces.

Tuve que decirle que había un montón de personas a las que sí les importaban no solo los soldados en general, sino también él. Me tenía a mí, a los amigos de San Diego y de Texas, y a su familia.

De todos modos, le resultó difícil adaptarse a su regreso. Se despertaba dando puñetazos. Siempre había sido nervioso, pero ahora, si me levantaba por la noche, tenía que llamarlo por su nombre antes de volver a acostarme: lo espabilaba antes de meterme otra vez en la cama para asegurarme de no sufrir las consecuencias de ese reflejo que tenía.

Una vez me sacó del sueño agarrándome el brazo con las dos manos: una en el antebrazo, y la otra, justo encima del codo. Estaba dormido como un tronco, y parecía dispuesto a partirme el brazo en dos. Me quedé tan quieta como pude y me puse a repetir su nombre, cada vez un poco más alto. No quería sobresaltarlo, pero tenía que impedir que me hiciera daño. Al final, se despertó y me soltó.

Poco a poco nos fuimos haciendo a una serie de hábitos nuevos. Nos fuimos aclimatando.

Cicatrices

No dejé los SEAL.

Podía haberlo hecho, si no fuese, claro, porque a mi contrato le quedaba aún mucho tiempo de vigencia. Tal vez podría haberme ido a la infantería de marina, pero semejante idea estaba descartada. Todavía no había perdido todas las esperanzas: cuando el equipo vuelve a casa después de una misión, reestructuran los mandos y te ponen jefes nuevos. Y siempre cabe la esperanza de que sean mejores que los anteriores.

Hablé con Taya y le hice ver lo fastidiado que estaba. Ella, por supuesto, lo veía de otro modo: estaba contenta de tenerme en casa, vivo y enterito. Mientras, los jefazos recibían ascensos y felicitaciones por su participación en la guerra. Toda la gloria para ellos.

Vaya un cachondeo de gloria; una gloria de coña por una guerra en la que no habían combatido y en la que se habían portado como cobardes. Su miedo costó vidas que podríamos haber salvado si nos hubieran dejado hacer nuestro trabajo; pero, señores, así es la política: un puñado de amantes de los juegos de estrategia que se sientan a darse palmaditas en la espalda bajo cubierto mientras fuera se están perdiendo vidas reales.

Cada vez que volvía a casa de una misión, ya desde entonces, me pasaba una semana sin salir de casa. Me quedaba allí, sin más. Normalmente nos daban un mes de permiso después de traernos y organizar nuestro equipo y demás cosas. Pues bien: yo la primera semana me quedaba en casa con Taya y no mantenía ningún contacto social. Pasado ese tiempo, empezaba a ver a familiares y amigos. No me asaltaban imágenes del campo de batalla ni sufría ningún otro efecto traumático: necesitaba estar solo, y se acabó.

Sí sentí una vez, después de regresar de mi primera misión, algo *parecido* a la reproducción repentina de un recuerdo de guerra, aunque apenas duró unos segundos. Estaba sentado en la sala que usábamos de despacho en nuestra casa de Alpine, cerca de San Diego. Teníamos instalado un sistema de alarma antirrobo, y al llegar Taya de la calle, no sé por qué, lo hizo saltar accidentalmente. El sobresalto que sentí me heló hasta el tuétano y me transportó de repente a Kuwait. Me escondí de un salto bajo la mesa, convencido de que nos estaban atacando con misiles Scud. Ahora nos reímos al recordarlo, pero durante aquel instante me asusté más aún que cuando estaba en Kuwait con aquellos proyectiles volando de veras por encima de mi cabeza.

Las alarmas antirrobo me han proporcionado más anécdotas de las que soy capaz de recordar. Un día que me levanté después de que Taya se hubiera ido a trabajar, saltó cuando apenas había tenido tiempo de poner un pie en el suelo. Esta tenía sistema de aviso por voz, que me anunció con deje electrónico:

—*¡Alarma, intruso! ¡Intruso en la casa! ¡Alarma, intruso!...*

Cogí la pistola y me fui a enfrentarme con el asaltante. No pensaba dejar que ningún cabronazo allanase mi casa y viviera para contarlo.

—*¡Intruso en la sala de estar!...*

Me dirigí allí con sumo cuidado y puse en práctica todas mis dotes de SEAL para despejar la habitación. Nadie: un tipo listo, este delincuente.

Entonces fui a la entrada.

—*¡Intruso en la cocina!*...

¡Hijo de la gran puta!

No sabría decir cuánto tiempo tardé en darme cuenta de que el allanador era yo: el aparato aquel me estaba rastreando a mí. Taya había configurado la alarma de tal manera que el sistema entendía que la casa estaba vacía y, por lo tanto, había activado los detectores de movimiento.

Ríase el lector cuanto le plazca. Pero conmigo, no de mí, ¿eh?

Siempre me sentía más vulnerable en casa. Cada vez que volvía de una misión me pasaba algo, normalmente durante el adiestramiento: me partía un dedo de un pie o de la mano, me hacía heridas de toda clase... En cambio, en ultramar, cuando servía en el campo de batalla, parecía invencible.

—Cada vez que vuelves te quitas la capa de superhéroe —bromeaba Taya.

Después de un tiempo, empecé a pensar que debía de tener razón.

Mis padres se habían mostrado intranquilos durante todo el tiempo que había estado ausente. Cuando llegué a casa estaban deseando verme, y creo que la necesidad de estar solo que sentía yo en aquel momento les dolió más de lo que estarían dispuestos a reconocer. Aun así, el día que por fin nos vimos fue un momento muy feliz.

Mi padre llevó muy mal que me enviasen al extranjero, y exteriorizó su inquietud mucho más que mi madre. Resulta curioso que, a veces, sean los más fuertes quienes peor lo pasan cuando se escapan los acontecimientos a su control y no pueden estar presentes para proteger a los seres queridos. A mí me ha ocurrido.

El patrón se repetía cada vez que me destinaban a ultramar: mi madre lo tomaba estoicamente, y mi padre, que normalmente era el estoico, se convertía en el aprensivo de la familia.

Vuelta al cole

Renuncié a parte de mi permiso y me presenté en la base una semana antes para formarme como francotirador. Habría renunciado a mucho más por semejante oportunidad.

A los francotiradores de la infantería de marina se les ha prestado mucha atención desde hace años con razón, y su programa de adiestramiento sigue considerándose uno de los mejores del mundo. De hecho, es el que seguían antes los SEAL. Sin embargo, hoy estamos más avanzados y hemos creado nuestra propia escuela. Los métodos que se siguen en ella adaptan buena parte de lo que hacen los marines, pero añaden lo que necesitan nuestros francotiradores en sus misiones. Por eso nuestra formación tarda algo más del doble que la suya.

Junto con el BUD/S, la de francotirador es la escuela más dura a la que he asistido. Los instructores no paraban de taladrarnos la cabeza. Nos acostaban tarde y nos levantaban temprano, y nos tenían siempre corriendo cuando no nos agobiaban de cualquier otro modo. Era una parte fundamental del adiestramiento: como no pueden dispararte, te meten tanta presión como les es posible imaginar. Por lo que tengo entendido, solo aprueba la mitad de los SEAL que se presentan, y no me extraña.

En las primeras clases nos enseñan a usar los ordenadores y las cámaras que forman parte de nuestro trabajo. Los francotiradores de los SEAL no se limitan a disparar su fusil. De hecho, esta no es más que una porción pequeña de su cometido; una porción importante, vital, pero no, ni mucho menos, la única.

Al francotirador de los SEAL lo adiestran para observar. Esta es una competencia fundamental. Puede ser que lo destaquen para avanzar por delante de la fuerza principal y revelar cuanto le sea posible acerca del enemigo. Hasta cuando tiene la misión de tomar posiciones y abatir un objetivo de gran valor, lo primero que tiene que saber hacer es observar los

alrededores. Necesita saber usar herramientas modernas de navegación como GPS y ser capaz de interpretar la información obtenida, y por lo tanto, es aquí precisamente donde empieza su formación.

En la siguiente parte del curso, la más dura en muchos sentidos, se enseña al aspirante a aproximarse. En esta fase es donde se da el mayor número de abandonos. *Aproximarse* significa aquí tomar posiciones sin ser visto —cosa que se dice pronto—, moverse lentamente, con sigilo, hasta llegar al punto exacto en el que llevar a cabo la misión. Lograrlo no es cuestión de paciencia —o no es solo cuestión de paciencia—, sino de disciplina profesional.

Yo no soy paciente, pero he aprendido que para hacer una buena aproximación, uno tiene que tomarse su tiempo. Si sé que tengo que matar a alguien, puedo esperar un día, una semana o dos semanas. Hazlo, que yo he esperado. Estoy dispuesto a lo que haga falta, y digamos que en una misión así tampoco es posible parar para ir al baño.

En uno de los ejercicios nos mandaron cruzar un henar sin ser detectados. Me pasé horas poniéndole briznas de hierba y cañas de heno en el traje *ghillie*. Se trata de una vestimenta de arpillera que sirve de base para que se camuflen los francotiradores durante las misiones de aproximación. Puedes añadirle heno, hierba o cualquier otra cosa que te ayude a confundirte con el entorno. La arpillera le da volumen para romper la silueta y que no parezcas un tío que está atravesando el campo con un puñado de cañas asomándole por el culo. Con él puesto, tienes todo el aspecto de un arbusto.

Sin embargo, con él también se suda una barbaridad, y, además, no te hace invisible: cuando llegas a un terreno diferente, tienes que pararte a cambiar de camuflaje para parecerte a lo que quiera que tengas entonces alrededor.

Recuerdo una ocasión en la que me estaba abriendo camino muyyy lentameeente cuando oí de pronto con claridad el cascabel de una serpiente que al parecer estaba interesada en comprar el terreno que tenía que cruzar yo. Lo de desear con todas mis fuerzas que se fuera de allí no funcionó, y

como no quería revelar mi posición al instructor que me evaluaba, me aparté con cuidado y cambié mi ruta: hay enemigos a los que no vale la pena enfrentarse.

La nota de aquella fase del adiestramiento no depende del primer disparo, sino del segundo. Por decirlo de otro modo: una vez que has tirado, ¿se te ve? Y lo mejor es que no; primero, porque son muchas las probabilidades de que tengas que tirar más veces, y segundo, porque después de acertar tienes que salir de allí, vivo a ser posible.

Es importante recordar que los círculos perfectos no existen en la naturaleza, y que por lo tanto, hay que hacer lo posible por camuflar también la mira telescópica y el cañón del fusil. Yo cubría con cinta este último y después le echaba pintura en aerosol para disimularlo más todavía. Además, dejaba siempre algo de vegetación delante de la mira y del cañón. Al fin y al cabo, no es necesario verlo todo: con el blanco tiene uno de sobra.

Para mí, aquella fue la parte más difícil del curso. Estuve a punto de suspender por falta de paciencia. Solo después de convertirnos en expertos en aproximación pasamos a la siguiente fase: la de disparo.

Sobre fusiles

Todo el mundo me pregunta sobre armas: cuál usaba siendo francotirador, qué aprendí de ellas, cuál prefiero... En el campo de batalla escogía una u otra según la misión y la situación. En el curso de francotiradores nos enseñaron los fundamentos de una gran variedad de armas, y por lo tanto, nos prepararon no solo para usarlas todas, sino también para elegir la mejor en cada caso.

Durante la instrucción usé básicamente cuatro armas. Dos de ellas eran semiautomáticas de cargador: el Mk-12 y el Mk-11, fusiles de francotirador

de 5,56 y 7,62 milímetros, respectivamente. (Cuando hablo de armas de fuego, me refiero a ellas simplemente por el calibre muchas veces, de manera que el Mk-12 es, sin más, el 5,56. ¡Ah! y además, no se dice «coma» delante de los decimales: se sobreentiende.)

También tenía mi 7,62 largo, alimentado por cargador, pero con cerrojo. Como los otros dos, está provisto de un supresor, un dispositivo situado al final del cañón que elimina el fogonazo y reduce el ruido que produce la bala al salir, más o menos como el escape de un coche. (Pero no es igual que los silenciadores de las armas de fuego, por más que algunos los confundan. Sin entrar en tecnicismos, el supresor deja escapar los gases del cañón cuando sale la bala. En general hay dos tipos: uno que se fija al cañón y otro que viene integrado en él. Entre otros efectos prácticos, reduce el retroceso y permite así una mayor precisión al tirador.)

También tenía uno de 12,70, este sin apagallamas. Pero vamos a conocerlos mejor por separado.

El Mk-12

El fusil Mk-12 Special Purpose de la Armada de Estados Unidos, que es como se conoce oficialmente, es básicamente un M-4, pero con un cañón de cuarenta centímetros. Dispara munición de 5,56 × 45 mm en cargadores de treinta cartuchos, pero también los hay de veinte.

El cartucho de 5,56, derivado del que se acabó conociendo como .223 Remington con una bala de diámetro 5,70, y por lo tanto más pequeña y ligera que la mayoría de las balas militares anteriores, no es la más idónea para matar a nadie. Pueden ser necesarios varios disparos para abatir a una persona —sobre todo si es uno de los locos drogados a los que nos enfrentábamos en Irak—, a no ser que se le dé en la cabeza. Y pese a lo que pueda estar pensando el lector, los francotiradores —yo, al menos— no siempre apuntan a los malos a la cabeza. Yo suelo preferir el tronco, un

blanco bien gordito en mitad del cuerpo que me permita trabajar sin estrecheces.

Era muy fácil de manejar, y casi totalmente intercambiable con la M-4, que sin ser de francotirador, no deja de ser una herramienta de combate muy valiosa. De hecho, cuando volví a mi sección, saqué el conjunto inferior del cajón de mecanismos de mi M-4 y lo acoplé al superior de mi Mk-12. Eso me permitió plegar la culata y disparar de forma totalmente automática. (Veo que ahora han empezado a fabricar Mk-12 con culata retráctil.)

Durante los servicios de patrulla me gustaba usar una culata más corta, porque se tarda menos en apoyarla contra el hombro y apuntar a alguien. También es mejor para operar en interiores y en sitios estrechos.

Otra nota sobre mi configuración personal: en realidad, nunca he usado el fusil de forma totalmente automática. Eso solo se hace cuando quieres que el enemigo no levante la cabeza, pero no cuando buscas precisión. Sin embargo, como no sabía cuándo iba a poder necesitarla, me gustaba tener siempre disponible tal posibilidad por si acaso.

El Mk-11

El Mk-11 Mod X Special Purpose, denominación oficial del fusil también conocido con el nombre de SR-25, es un arma versátil en extremo. A mí particularmente me gustaba porque podías patrullar con él (en lugar de con una M-4) y usarla a la vez como fusil de precisión. No tenía la culata retráctil, ese era su único inconveniente. Yo le quitaba el supresor antes de cada patrulla, pero lo dejaba a mano para volver a ponérselo si tenía que hacer un disparo de precisión. Sin embargo, si estaba patrullando o en otra operación, podía responder enseguida a un ataque. Era semiautomático; así que podía acribillar a balazos cualquier blanco, y disparaba munición de 7,62 × 51 mm en cargadores de veinte cartuchos. Estos tenían mayor poder de parada que los 5,56 mm OTAN: podías abatir a un fulano de un solo

disparo. Nuestras armas usaban munición comprada a Black Hills, el mejor fabricante de munición para francotiradores, probablemente.

El Mk-11 tenía mala fama en el terreno por la facilidad con que se encasquillaba. Y la verdad es que durante el período de instrucción no se interrumpieron mucho, pero en operaciones fue otro cantar. Acabamos por llegar a la conclusión de que debía de ser porque la tapa guardapolvo de la ventana de expulsión provocaba la alimentación de dos cartuchos del cargador en lugar de uno, y resolvimos buena parte del problema dejándola bajada. El fusil daba otros problemas, y lo cierto es que nunca ha sido uno de mis favoritos.

El 7,62 largo

El 7,62 largo es completamente diferente.

Como sabrán muchos lectores, el nombre es el de la munición que dispara: Winchester Magnum de .300 pulgadas (7,62 × 67 mm), un excelente cartucho todoterreno dotado tanto de una precisión extraordinaria como de un notable poder de parada. En otros cuerpos la usan con armas diferentes (en mayor o menor grado). De hecho, puede decirse que la más famosa es el M-24 SWS del ejército de tierra, fusil basado en el Remington 700 (sí, es el mismo que cualquiera puede adquirir para ir a cazar). En nuestro caso empezamos combinando culatas McMillan, cañones personalizados y mecanismos del 700. Aquellos fusiles eran una maravilla.

En mi Equipo Tres —el que destinaron a Ramadi— nos dieron un 7,62 largo nuevecito a cada uno. Tenía la culata de un Accuracy con una marca nueva de cañón y cierre. Esta versión tenía un cañón más corto, y la culata plegable. Era una pasada.

El 7,62 largo tiene un diseño un poco más pesado. Dispara como un láser. Puedes estar seguro de que con él vas a acertar en cualquier blanco a una distancia de mil metros, o más; y con distancias más cortas, no tienes que preocuparte demasiado por corregir si encuentras de pronto un objetivo:

puedes ajustar la mira para disparar a quinientos metros y aun así hacer blanco a entre cien y setecientos metros sin casi ninguna operación más.

Yo usé el 7,62 largo en la mayoría de mis bajas confirmadas.

El Barrett

El 12,70 es enorme, extremadamente pesado y no me gusta nada. Nunca usé ninguno en Irak.

A las armas que disparan proyectiles de 12,70 × 99 mm se les ha dado mucho bombo, y hasta cierto halo romántico. Hay diversos modelos en servicio en el ejército de Estados Unidos y en otros ejércitos del mundo. Casi todo hijo de vecino habrá oído hablar del Barrett M-82 o del M-107, fabricados por la Barrett Firearms Manufacturing. Tienen un alcance tremendo, y empleados de manera correcta son excelentes sin lugar a dudas. No obstante, a mí no me hicieron nunca mucha gracia; del 12,70 me gusta el Accuracy que posee una culata plegable y es más compacta y es algo más preciso, pero en aquel entonces no estaba en servicio). Todos dicen que el Barrett es un arma perfecta contra vehículos ligeros. Pero la verdad es que si disparas un cartucho 12,70 y atraviesa el bloque de un motor, no vas a pararlo; al menos, de inmediato: irá perdiendo líquido hasta que, al final, se gripe. No es algo instantáneo, ni mucho menos. Un calibre .338 y hasta un 7,62 largo pueden hacer lo mismo. Indudablemente, la mejor forma de detener un vehículo es matando al conductor. Y para lograrlo puedes utilizar cualquier arma.

Calibre .338

En el centro de formación no teníamos ningún .338: los empezamos a recibir más tarde, durante la guerra. El nombre, una vez más, hace referencia al calibre de la bala de 8,58 milímetros (0,338 pulgadas) que

utiliza. Hay un buen número de fabricantes, incluyendo McMillan y Accuracy International. La bala alcanza mayor distancia y con una trayectoria más tensa que una de 12,70, cuesta menos y hace el mismo daño. Son armas formidables.

Yo usé una en mi última misión, y la habría usado más si la hubiese tenido en otras ocasiones. El único inconveniente que le encontré fue que el modelo que me dieron no tenía supresor, y cuando estás disparando dentro de un edificio, el eco del disparo hace que te duelan los oídos después de unos cuantos tiros.

Ya que hablamos de armas, diré que mis favoritas de ahora son las de la G. A. Precision, una compañía pequeñita fundada en 1999 por George Gardner. Sus empleados y él prestan mucha atención a cada detalle, y sus armas son fabulosas. No tuve la ocasión de probar ninguna hasta después de dejar el ejército; pero ahora son las suyas las que uso.

Las miras son una parte importante del arma. En operaciones, yo usaba una de 32 aumentos. (La cantidad se refiere al número de veces que se incrementa la distancia focal. Digamos, por no entrar en tecnicismos, que cuanto mayor sea, mejor puede ver a lo lejos el tirador. Con todo, dependiendo de la situación y de la mira, más no tiene por qué ser mejor, y por eso hay que elegir bien teniendo en cuenta dónde va a utilizarse. Por poner un ejemplo evidente, una de 32 aumentos no serviría absolutamente de nada en una escopeta de caza.) Además, según las circunstancias, utilizaba un láser infrarrojo y uno rojo, así como un sistema de visión nocturna para la mira.

En los SEAL, usaba siempre miras Nightforce, que tienen una lente muy clara y lo resisten todo en las condiciones más extremas. Con ellas, casi nunca tenía que reajustar el enfoque. Cuando tenía una misión, me

servía de un telémetro Leica para determinar la distancia que me separaba del objetivo.

La mayoría de las culatas de mis fusiles tenían carrilleras ajustables. Esta extensión, que en algunos sitios llaman *lomo* (técnicamente, el lomo es la parte superior de la culata, aunque a veces se usa como sinónimo), me facilita la alineación del ojo con la mira. A las armas más antiguas les adaptábamos una pieza de gomaespuma para elevar la culata a la altura necesaria. (Ya que las miras telescópicas han variado de tamaño dependiendo del modelo, se hace necesario modificar la altura de la carrillera para así alinear el ojo con la mira; de ahí que los fusiles de precisión dispongan de ella.)

Mis fusiles tenían un gatillo muy sensible, de novecientos gramos. Quiero que el disparo me sorprenda cada vez que lo aprieto, y no mover en absoluto el arma al disparar. No quiero que se me resista: me preparo, apoyo el dedo, empiezo a apretar con suavidad... y ¡ahí va eso!

Como todo cazador, yo ya sabía tirar, hacer que la bala vaya del punto «A» al punto «B». Lo que me enseñaron en el curso de francotiradores fue el trasfondo científico de todo eso. Uno de los hechos más interesantes es el de que el cañón de un fusil no puede tocar la culata: tiene que quedar exento para aumentar la precisión (se puede decir que «flota» dentro de la culata, que está cortada de tal manera que aquel va unido solamente al cuerpo del fusil). El cañón produce una vibración cuando disparas, y todo lo que lo toque va alterar la vibración, y con ella la precisión. También me hablaron del efecto Coriolis, que tiene que ver con la rotación de la Tierra y cómo influye en la bala de un fusil (aunque, en realidad, solo se nota en distancias extremadamente largas).

En el curso de francotiradores nos enseñaban a poner en práctica todos estos datos técnicos. Aprendías cuánto hay que variar la puntería si el blanco está en movimiento, dependiendo de si camina o corre, y de la

distancia. Practicabas hasta que se te quedaba grabado no solo en el cerebro, sino también en los brazos, en las manos y en los dedos.

En la mayoría de las situaciones en que me encuentro disparando, ajusto la mira en la elevación para compensar la caída de la bala, pero no hago correcciones laterales por el viento. El viento cambia constantemente, y si me pongo a hacer ajustes, para cuando he acabado ha vuelto a cambiar. Hacerlo en elevación es otra cosa, aunque cuando estás metido en harina, no puedes permitirte el lujo de ponerte a afinar: o das o te dan.

A prueba

Yo no era el mejor francotirador de mi clase; de hecho, suspendí el práctico, y eso podía suponer la expulsión.

Nosotros no usamos observadores en el campo de batalla como los marines. El motivo es sencillo: si al lado tienes a un compañero, lo suyo es que dispare también en vez de mirar. Sin embargo, durante el período de formación sí nos acompañaba un observador.

Cuando suspendí, el instructor lo repasó todo conmigo y con mi observador para tratar de averiguar qué había fallado. La mira estaba bien, había tomado bien la puntería, la mecánica del fusil estaba en perfecto estado...

De pronto, levantó la cabeza para mirarme.

—¿Tabaco? —dijo, más como aseveración que por preguntar.

—Pues...

Había hecho el examen sin tabaco de mascar en la boca. Era lo único que había alterado... y resultó ser la clave. Al final, aprobé con nota... y con un pellizco de tabaco en el carrillo.

Los francotiradores solemos ser gente supersticiosa. Tenemos más rituales que un jugador de béisbol. No hay más que fijarse en un partido de béisbol para ver que el bateador siempre sigue una secuencia idéntica cuando ocupa su base: se santigua, patea el suelo, agita el bate... Pues a los francotiradores nos pasa lo mismo. Durante el adiestramiento y después, yo siempre he guardado mis armas de cierto modo, he llevado puesta la misma ropa y lo he dispuesto todo de igual manera. Se trata de tener bajo control todo lo que esté en mi mano: sé que el fusil va a hacer bien su cometido, y tengo que asegurarme de cumplir yo con el mío.

Ser francotirador de los SEAL es mucho más que disparar. A medida que avanzaba la instrucción, me enseñaron a estudiar el terreno y los alrededores: a verlo todo con ojos de francotirador. «Si fuera yo el que quisiera matar a los marines, ¿dónde me apostaría? En aquella azotea: desde allí podría abatir a todo el pelotón.» Una vez que identificaba lugares así, seguía escrutándolos. Yo tenía muy buena vista, pero el secreto no radicaba tanto en ver como en aprender a percibir: saber qué clase de movimiento debería llamar tu atención, discernir formas sutiles que pueden prevenirte de una emboscada...

Tuve que practicar para estar alerta. La observación requiere mucho trabajo. Me acostumbré a salir para adiestrarme, sin más, a distinguir objetos a lo lejos. Nunca dejaba de perfeccionar esa destreza; ni siquiera estando de permiso. Cuando trabajas en un rancho texano, ves animales, pájaros..., aprendes a mirar a cierta distancia y a divisar movimientos, formas..., cosas insignificantes que destacan en el paisaje.

Durante un tiempo, me dio la impresión de que todo lo que hacía me ayudaba a formarme; hasta los videojuegos. Un amigo nos regaló una maquinita para jugar al dominó chino cuando nos casamos. Como regalo de boda a lo mejor no era lo más indicado —porque, además, era para un solo jugador—, pero para entrenarse no tenía precio. En el *mahjong* tienes que fijarte en un montón de piezas para localizar las que son iguales, y yo

echaba partidas contra la máquina con límite de tiempo para agudizar mi capacidad de observación.

Ya lo he dicho antes y no voy a cansarme de repetirlo: no soy el mejor tirador del mundo. En mi curso, de hecho, había muchos que me daban vueltas. Yo acabé entre los del medio.

Resultó que el chaval que sacó la mejor nota de mi clase pertenecía a mi misma sección. Sin embargo, no llegó a matar a tanta gente como yo, en parte porque lo mandaron unos meses a Filipinas mientras yo estaba en Irak. Para ser francotirador necesitas destreza, pero también tener la oportunidad de ponerla en práctica. Y suerte.

Azotado por delfines y comido por tiburones

Después de pasar el verano entero en el curso de francotiradores, volví a mi sección y me incorporé por completo a la puesta a punto de la unidad, que se estaba adiestrando para ser enviada a la próxima misión a la vuelta de un año. Como siempre, donde peor lo pasé fue en el agua.

A todo el mundo le despiertan una ternura tremenda los animales marinos, pero yo he tenido con ellos experiencias personales que han sido de todo menos tiernas.

La Armada estaba poniendo a prueba un programa que empleaba delfines en labores de defensa portuaria, y tuvo a bien usarnos como blanco, a veces sin avisarnos siquiera. Los delfines nos asaltaban y nos daban palizas descomunales. Los habían adiestrado para embestir contra los costados, y eran muy capaces de partirte las costillas. Además, si no nos lo habían advertido antes del ejercicio, ni siquiera sabías qué estaba pasando:

lo primero que pensabas —por lo menos en mi caso— era que te estaban atacando tiburones.

Una vez, nos estaban dando una somanta de las suyas. Yo estaba recibiendo una buena, y eché a nadar hacia la costa para esquivar a aquellos cabronazos. Entonces divisé los pilotes de un pantalán, y me metí entre ellos sabiendo que no iban a seguirme.

Estaba salvado. De repente, sin embargo, noté algo que me agarraba la pierna con mucha fuerza. Con mucha. Era la boca de un león marino: los estaban adiestrando para que defendiesen los embarcaderos. Volví a adentrarme en las aguas: es preferible que te golpee un delfín a que te coma un león marino.

Aun así, los peores eran, de lejos, los tiburones.

Una noche hicimos un ejercicio que consistía en cruzar a nado —y sin luz— la bahía de San Diego para colocar una bomba lapa en un barco concreto: una operación sencilla y muy propia de los SEAL.

No todos los SEAL odian el agua como yo. De hecho, a muchos de ellos les encanta; tanto, que cuando están en ella no paran de nadar de un lado a otro y gastar bromas a los compañeros de ejercicio. Puede ser que uno de ellos deje puesta su bomba y descienda entonces hasta el fondo para esperar a que llegue el siguiente con la suya. Normalmente hay suficiente claridad en la superficie para que el de abajo distinga bien la silueta del de arriba, y de ese modo, cuando aparece el segundo submarinista —la víctima— para colocar la bomba, no le resulta difícil ascender, agarrarlo por la aleta y tirar de él.

El submarinista recién llegado se caga vivo, porque lo primero que piensa uno en esos casos es que lo está atacando un tiburón. Así que el resto del ejercicio se va a hacer puñetas, y lo más probable es que el equipo del segundo SEAL necesite un lavado especial.

Aquella noche de la que hablo, yo acababa de poner mi bomba lapa bajo el casco cuando me tiraron de un pie. «¡Un tiburón! —pensé; pero acto

seguido me obligué a tranquilizarme y me acordé de todas las historias que me habían contado sobre mis hermanos del SEAL—. Qué va: uno de los chavales, que estará haciendo el indio.» Me di la vuelta para hacerle la peineta... y me encontré sacándole el dedo a un tiburón que debía de haberse encariñado con mi aleta, porque la tenía metida en las fauces. No es que fuera enorme, pero lo que le faltaba de tamaño le sobraba de mala uva.

Cogí el cuchillo y me corté la aleta. Al fin y al cabo, ¿para qué la quería mordisqueada? Mientras él masticaba lo que quedaba, subí a la superficie e hice señales al bote de rescate. Me agarré al costado y les dije que me tenían que sacar del agua EN EL ACTO, porque allí abajo había un TIBURÓN con más hambre que siete.

Durante otro de los ejercicios —en este caso antes de que me asignaran mi primera misión— nos llevaron a cuatro de nosotros a la costa de California en submarino. Llegamos a la playa en dos Zodiac, construimos un puesto de observación y reconocimos el lugar. Cuando llegó el momento, volvimos a subir a bordo de las Zodiac y nos hicimos a la mar para regresar al submarino y volver a casita.

Por desgracia, nuestro oficial le había dado a la tripulación las coordenadas equivocadas: tanto, que entre el submarino y nosotros había hasta una isla. Nosotros, claro, no lo sabíamos, y nos pusimos a navegar en círculo, tratando de establecer comunicación por radio con un buque que se encontraba demasiado lejos para enlazar. En cierto momento, se mojó el transmisor o se quedó sin batería, y perdimos toda esperanza de contactar con nadie.

Estuvimos casi toda la noche en las Zodiac, y, al final, cuando faltaba poco para que amaneciese, nos quedamos casi sin combustible. La barca en la que iba yo había empezado a desinflarse, y entre todos decidimos que lo mejor era volver a tierra y esperar. Así, por lo menos, podríamos dormir un rato.

Mientras nos dirigíamos a la playa, salió del agua un león marino de aspecto muy amistoso. Yo, que al ser de Texas, no había tenido mucha ocasión de ver a estos animales, me puse a observarlo lleno de curiosidad. Era un bichejo muy interesante, aunque feísimo. De pronto, *¡plof!*, desapareció otra vez bajo el agua. Un instante después, estaba —y nosotros con él— rodeado de aletas grandes y puntiagudas: era evidente que lo había elegido de desayuno un grupito de tiburones.

Los leones marinos son grandes, pero allí había demasiados tiburones para contentarse con uno solo. Empezaron a nadar en círculos cada vez más cerca de los costados de mi barca, que cada vez tenía menos aire y cuya borda se estaba acercando peligrosamente al agua. Miré a la costa, que todavía estaba demasiado lejos. «¡Me cago en la puta! —pensé—. ¡Que me comen!» Mi compañero de barca era un tío bastante rellenito, al menos para lo que se ve en los SEAL.

—Si nos hundimos —le advertí—, voy a pegarte un tiro para que tengan qué roer mientras nado hasta la costa.

Él se limitó a soltarme un reniego, imagino que pensando que yo estaba de broma.

Pero yo hablaba en serio.

Tatuajes

Al final llegamos enteros a la costa. Sin embargo, mientras tanto, se había puesto a buscarnos toda la Armada. La prensa había empezado a dar la noticia de que había cuatro SEAL perdidos en el mar. Aquella no era precisamente la fama que estábamos buscando.

Tardaron un rato, pero después de que, al fin, nos divisara un avión que patrullaba la zona enviaron una Mk-V a recogernos. El comandante de la lancha de asalto nos atendió y nos llevó a casa.

Aquella fue una de las pocas veces que me alegré de veras de montar en barco. Por lo general, me he aburrido siempre un montón cuando he servido

en el mar. De hecho, el temor a que me destinasen a misiones marítimas fue una de las cosas que más me motivaron en el BUD/S.

Y para mí no hay nada peor que los submarinos. Hasta en los más grandes se está como piojo en costura. La última vez que estuve a bordo de uno, ni siquiera nos dejaban hacer ejercicio: teníamos el reactor nuclear entre nuestro alojamiento y el gimnasio, y no nos estaba permitido pasar por allí.

Los portaaviones, siendo muchísimo más grandes, pueden llegar a resultar igual de aburridos. Al menos tienen salas de recreo con videojuegos y puedes ir cuando quieras al gimnasio a desahogarte. De hecho, una vez tuvimos que visitarlo por orden expresa de un superior. Estábamos a bordo del *Kitty Hawk*, en donde estaban teniendo problemas con bandas. Al parecer, había entre los marinos una panda de macarras que estaban causando incidentes disciplinarios. El oficial al mando del buque nos llamó para hacernos saber cuándo iban a estar usando el gimnasio.

Y allí que fuimos a hacer nuestros ejercicios. Entramos, cerramos la puerta tras nosotros y arreglamos el problema.

Durante aquel período de adiestramiento, me perdí una sesión de inmersión por enfermedad. Fue toda una revelación: en adelante, cada vez que tocaba submarinismo en el programa de ejercicios, contraía algo muy malo, o me enteraba de un cursillo de francotirador al que no podía faltar.

Los otros se metían conmigo por tener mejores excusas que nadie para escaquearme. ¿Y quién soy yo para llevarles la contraria?

En esa época fue también cuando me hice el primer tatuaje. Quería honrar con él a los SEAL, y, sin embargo, no tenía la sensación de haber merecido aún grabarme un Tridente (nuestro emblema oficial: un águila aferrada a un tridente puesto en horizontal sobre un ancla de pie, y una pistola de chispa cruzada delante; extraoficialmente recibe también la denominación de

«Budweiser», por el BUD/S... o por la cerveza: depende de a quién se le pregunte).

Así que opté por un esqueleto de rana, que también simboliza a los SEAL y a los Equipos de Demolición Submarina, en mi caso como homenaje a los camaradas caídos. Lo tengo en la espalda, asomándose por encima de mi hombro, como si aquellos que me han precedido estuviesen cuidando de mí, ofreciéndome su protección.

Padre

A mi condición de SEAL hay que sumar la de marido, y, después de volver a casa, Taya y yo decidimos probar a formar una familia.

Nos fue bastante bien: se quedó embarazada casi la primera vez que nos besamos sin protección, y su gestación fue poco menos que perfecta. Fue en el parto donde empezaron a complicarse las cosas. Por algún motivo, mi mujer tenía bajas las plaquetas, y, por desgracia, lo descubrieron demasiado tarde. Así que cuando llegó el momento de dar a luz no pudieron ponerle la epidural ni suministrarle analgésicos, y tuvo que parir de forma natural, sin preparación ni entrenamiento. Nuestro hijo pesó poco menos de cuatro kilos, que no es poco.

Aprendes mucho de una mujer cuando está bajo presión. La mía me gritó casi hasta echar espumarajos por la boca (ella lo niega, pero yo también estaba allí; y al cabo, ¿a quién vamos a creer: a un SEAL o a la mujer de un SEAL?).

Taya estuvo dieciséis horas de parto. Casi al final, decidieron que podían darle óxido nitroso para aliviarle el dolor; pero antes me advirtieron a mí de todo lo que podría pasarle al niño, por remotas que fuesen las probabilidades. Me parecía que no tenía muchas opciones, pues ella lo estaba pasando tremendamente mal, y necesitaba que la librasen de aquel calvario. Así que les di mi consentimiento, aunque en el fondo me preocupaba que mi niño pudiera salir con alguna tara.

Entonces el médico me dijo que, como el niño era tan grande, no cabía bien por el canal del parto, y querían usar una cosa de esas para succionarlo y ayudarlo así a sacar la cabeza. Mientras, Taya había empezado a perder por completo la consciencia entre una contracción y otra.

—Vale —dije yo, sin saber bien si lo había entendido.

Él me miró a los ojos.

—Podría salir con cabeza de caracono.

«Estupendo —pensé—: me lo joden con los gases, y encima le dejan cara de huevo.»

—¡Sáquelo de ahí como sea, coño! —le dije—. ¡Que la están matando! ¡Haga lo que tenga que hacer!

El niño salió bien; pero a mí me teníais que haber visto todo ese rato. Te sientes el tío más inútil del mundo, viendo sufrir de esa manera a tu mujer y sin poder hacer nada por remediarlo. Viéndola dar a luz me puse muchísimo más nervioso que en cualquier campo de batalla.

Taya:

Aquella fue una época muy emotiva, con altibajos tremendos. En el momento del parto estaban con nosotros en la ciudad su familia y la mía. Todos estábamos muy felices, pero también sabíamos que a Chris le faltaba poco tiempo para volver a Irak.

Una faena.

Él llevaba muy mal al principio los llantos del niño, y eso a mí me ponía histérica: ¿te vas encantado a la guerra, y no eres capaz de aguantar unos cuantos días de lloriqueos? Hay mucha gente que no lo soporta, y Chris no era ninguna excepción.

Yo sabía que iba a tener que encargarme sola del niño los meses siguientes, mientras él estaba fuera, y, lo que es más importante, que toda la novedad y la magia del principio los iba a vivir también sola. Me sentía nerviosa al pensar en cómo iba a arreglármelas, y también triste por saber que todos los recuerdos de aquella prenda de hijo iban a ser solo míos, y no algo que pudiésemos compartir y revivir juntos. Al

mismo tiempo, me ponía furiosa el hecho de que se fuera y me aterrorizaba la idea de que no volviese. A él también lo quería con locura.

El curso de orientación

Aparte del curso de francotiradores, mi jefe me había presentado «voluntario» al curso de orientación, y tuve que ir a regañadientes.

La orientación es fundamental en las acciones de guerra: sin ella resulta difícil saber cómo aproximarse al objetivo, por no decir ya cómo salir de él una vez que has acabado. En un golpe de mano, averigua cuál es el mejor camino para llegar al objetivo, encuentra alternativas y saca al equipo de asalto hasta un lugar seguro una vez acabada la misión.

El problema es que muchas veces los guías de los SEAL no participan en el golpe de mano hasta el que te han llevado. Tal como tenemos organizadas las cosas, lo normal es que se queden en el vehículo mientras el resto de la unidad asalta un edificio o lo que sea, para estar listo en caso de que necesitemos salir de allí a la carrera. Y yo no quería acabar precisamente sentado en el asiento del copiloto, metiendo números en un ordenador. Sin embargo, mi jefe quería poder contar con alguien que planificase las rutas, y cuando el jefe te dice que hagas algo, no hay pero que valga.

Me pasé la primera semana del curso de orientación con el ceño fruncido, sentado en un pupitre frente a un ordenador portátil Toughbook, aprendiendo sus funciones, a conectarme a un GPS y a manipular imágenes y mapas enviados por satélite. También me enseñaron a recortarlas y pegarlas en una presentación de PowerPoint para sesiones informativas y cosas por el estilo.

Sí, hasta los SEAL usan el PowerPoint.

La segunda semana fue algo más interesante. Nos llevaron por la ciudad —estábamos en San Diego— mientras planeábamos y seguíamos distintas

rutas. Ojo, no estoy diciendo que fuese chulo: importante, sí, pero emocionante...

Sin embargo, resultó que fueron mis habilidades como guía lo que me permitió volver a Irak antes que nadie.

6
Sembrando muerte

A la guerra otra vez

Hacia finales de nuestra puesta a punto, supimos que estaban creando una unidad nueva en Irak para hacer incursiones contra presuntos terroristas y cabecillas de la resistencia. La iban a dirigir los del GROM, la unidad polaca de operaciones especiales, y aunque casi todo el peso lo iban a llevar ellos, necesitaban personal complementario; a saber: francotiradores y navegantes. Así que, en septiembre de 2004, me sacaron de la sección y me enviaron a Irak para que ayudase al GROM en calidad de guía. Los demás tenían que salir al mes siguiente: allí los estaría esperando.

Me sabía mal dejar sola a Taya, que seguía recuperándose del parto; pero, al mismo tiempo, sentía que mi deber de SEAL era más importante; quería volver al campo de batalla, quería volver a la guerra.

En aquel momento, aunque quería a mi hijo, todavía no había estrechado lazos con él. No he sido nunca de esos padres a los que les gusta tocar la barriga de su mujer para sentir las pataditas del bebé. Normalmente necesito conocer bien a alguien, aunque sea de la familia, para que se revele esa parte de mí.

Eso cambiaría con el tiempo, pero entonces no había vivido en profundidad lo que significa de veras ser padre.

Por lo general, cuando salimos a una misión o volvemos de una, los SEAL solemos ser muy discretos: es lo que tienen las operaciones especiales. Lo normal es que no nos rodeemos de mucha gente fuera de nuestros familiares más inmediatos, y a veces ni siquiera de estos. En este caso, debido a las fechas en que me había tocado salir, acerté a pasar al lado de un grupito de manifestantes que protestaban por la guerra. Tenían pancartas sobre asesinos de bebés y todo eso, y despotricaban de los soldados que iban a combatir.

Se habían equivocado de culpable: nosotros no teníamos voto en el Congreso; no éramos nosotros quienes habían decidido ir a la guerra. Yo me alisté para proteger a mi país: no elijo las guerras. Resulta que me encanta combatir, pero no soy yo el que decide a qué guerra voy. Sois vosotros los que me enviáis.

No dejaba de preguntarme por qué no protestaban delante de la delegación del Congreso de su ciudad o directamente en Washington. Verlos meterse con los que tienen órdenes de protegerlos... digamos simplemente que no me sentó muy bien.

Soy consciente de que no todo el mundo pensaba así. En algunas casas vi letreros de apoyo a los soldados, que decían: «Os queremos», y cosas así. Además había muchas despedidas y bienvenidas respetuosas y lacrimógenas, algunas incluso en televisión. Sin embargo, años y años más tarde, lo que se me había quedado grabado en la memoria eran aquellos ignorantes que protestaban.

Que conste que no me molesta que los SEAL no tengan grandes despedidas ni celebraciones refinadas de bienvenida. Nosotros somos profesionales mudos, agentes encubiertos, y lo de invitar a los medios de comunicación a ir al aeropuerto no está en nuestro programa.

Aun así, resulta agradable que de vez en cuando te agradezcan que hagas tu trabajo.

Irak

En Irak habían pasado muchas cosas desde que salí de allí durante la primavera de 2003. La caída de Bagdad había liberado al país de Sadam Husein y su ejército el 9 de abril de aquel año; pero había toda una serie de grupos terroristas que siguieron luchando o empezaron a combatir después del derrocamiento, contra otros iraquíes o contra las fuerzas estadounidenses que estaban tratando de ayudar al país a recuperar su estabilidad. Algunos habían pertenecido al ejército de Sadam o al Partido Baaz que él había presidido. También había fedayines, miembros del grupo de resistencia paramilitar que había organizado el dictador antes de la guerra; y grupos de guerrilleros iraquíes pequeños y mal organizados, a los que también llamaban *fedayines*, aunque técnicamente no tenían ninguna conexión con la organización de Sadam. Aunque casi todos ellos eran musulmanes, lo que los movía y servía de principio organizativo era más el nacionalismo que la religión.

También había grupos organizados sobre todo en torno a creencias religiosas. Estos se identificaban a sí mismos como muyahidines (nosotros los llamábamos *muyas*), lo que básicamente quiere decir «gente que está de yihad», o que asesina en nombre de Dios. Se habían consagrado a matar a americanos y a musulmanes que no creían en la misma rama del islam que ellos.

Había hasta gente de Al Qaeda en Irak, un grupo formado sobre todo por extranjeros que veían en la guerra la ocasión idónea para matar estadounidenses. Eran musulmanes suníes radicales que guardaban lealtad a Osama bin Laden, dirigente terrorista que no necesita presentaciones (y al que dieron caza los SEAL en 2011 para otorgarle la despedida que merecía).

Además, había iraníes con su guardia republicana, que combatían —directamente a veces, aunque por lo general a través de intermediarios— tanto para matar americanos como para ganar poder en el panorama político de Irak. Estoy seguro de que tenía que haber muchísima más gente en lo

que los medios de comunicación llamaron «la insurgencia». Todos ellos eran el enemigo.

Nunca me preocupó demasiado quién era exactamente el que me apuntaba con un arma o colocaba un IED (explosivo casero) en cada caso: lo único que necesitaba saber era que estaban intentando matarme.

A Sadam lo capturaron en diciembre de 2003.

En 2004, Estados Unidos entregó formalmente la autoridad al gobierno provisional y devolvió así a los iraquíes, al menos en teoría, la dirección del país. Sin embargo, la insurgencia creció como la espuma aquel mismo año, y, de hecho, en primavera hubo algunas batallas tan violentas como las que se libraron durante la invasión inicial.

En Bagdad, un religioso chií del sector duro llamado Muqtadá as-Sadr organizó un ejército de seguidores fanáticos y los mandó a atacar a los americanos. Donde más influencia tenía As-Sadr era en el barrio pobre de Bagdad llamado Ciudad as-Sadr por su padre, Muhámmad Muhámmad Sádiq as-Sadr, gran ayatolá que se opuso al régimen de Sadam en la década 1990. Aquella zona, que vive en una miseria extrema aun en comparación con el resto de Irak, estaba plagada de chiíes radicales. Según dicen, tiene una extensión equivalente a medio Manhattan. Se encuentra al noreste de la Zona Verde de Bagdad, en el extremo del llamado canal del Ejército y de la calle del Imán Alí.

Muchos de los lugares en los que viven los iraquíes, hasta los que se consideran de clase media, parecen barrios bajos a los estadounidenses. Las décadas que estuvo Sadam en el poder han convertido lo que podría haber sido un país bastante rico gracias a las reservas de petróleo en uno de los más pobres. Hasta en las mejores partes de sus ciudades hay un montón de calles sin pavimentar y con los edificios medio ruinosos.

Pero Ciudad as-Sadr es un verdadero suburbio, lo que es mucho decir teniendo en cuenta cómo está el resto del país. Comenzó siendo una zona de viviendas públicas para los pobres, y para cuando estalló la guerra se había

convertido en refugio de chiíes, a los que había discriminado el gobierno de mayoría suní de Sadam. Después de empezar el conflicto aumentó el número de chiíes que se trasladó al barrio. Yo he visto informes en los que se calculaba que en los veinte kilómetros cuadrados que ocupa vivían más de dos millones de personas.

Las calles están dispuestas en damero y miden entre cincuenta y cien metros. La mayoría están compuestas por edificios de dos y tres plantas muy apretujados. La calidad de los que conocí yo era terrible. Ni siquiera en los más refinados se mantenían las líneas decorativas del principio al final. Muchas de las calles son cloacas al aire libre, sembradas de basura.

Muqtadá as-Sadr emprendió una ofensiva contra las fuerzas estadounidenses durante la primavera de 2004. Su gente consiguió matar cierto número de soldados americanos y uno mucho mayor de iraquíes antes de que aquel religioso fanático declarase el alto el fuego en junio. Aunque su ataque fracasó desde el punto de vista militar, los insurgentes siguieron teniendo un gran poder en Ciudad as-Sadr.

Mientras, se hicieron con la provincia de Ambar, un sector muy amplio del país situado al oeste de Bagdad, grupos de insurgentes de mayoría suní. Tenían mucho peso en las ciudades de allí, incluidas Ramadi y Faluya. Aquella primavera, los americanos tuvieron ocasión de espantarse ante las imágenes de cuatro contratistas a los que habían destrozado el cuerpo antes de colgarlos de un puente de Faluya. Aquello fue una señal de que aún tenían que llegar cosas peores. Los marines se trasladaron a la ciudad poco después, pero tras de arduos combates recibieron órdenes de abandonar las operaciones. Se calcula que en aquel momento dominaban ya un 25 % de la ciudad.

La retirada se coordinó con la entrada en la ciudad de una fuerza iraquí que iba a tomar el control de la ciudad y, en teoría, mantener a raya a los insurgentes. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. Cuando llegó el otoño, se puede decir que en Faluya solo vivían insurgentes. Aquello se había vuelto más peligroso aún que en primavera para los americanos.

Cuando yo salí para Irak en septiembre de 2004, mi unidad había empezado a adiestrarse para participar en una nueva operación destinada a tomar Faluya de una vez por todas. Sin embargo, a mí me tocó ir a trabajar con los polacos en Bagdad.

Con el grom

—Kyle, tú vendrás.

El suboficial polaco que dirigía la sesión informativa se acarició la barbota mientras me señalaba. Yo no entendía mucho polaco, y su inglés tampoco era muy bueno, pero lo que estaba diciendo parecía muy claro: querían que entrase con ellos en la casa durante la operación.

—¡Qué cabrón! —respondí.

Sonrió. Hay expresiones que son universales. Después de una semana con ellos, me habían ascendido de guía a miembro del equipo de asalto. No podía estar más feliz.

Eso no me libraba de mi trabajo de guía, que consistía en buscar una ruta segura de entrada y de salida. Aunque los insurgentes seguían activos en el sector de Bagdad, los combates se habían relajado, y no había tanta amenaza de IED y ataques insurgentes como en las demás partes del país. De todos modos, eso podía cambiar en cualquier momento, por lo que tenía mucho cuidado cada vez que trazaba una ruta.

Montamos en nuestros Hummer y nos pusimos a ello. Yo iba delante, al lado del conductor. Había aprendido lo bastante de polaco para indicarle el camino por entre las calles: *Prawo kolei* («gira a la derecha»). Tenía el portátil sobre el regazo, a la derecha, el brazo articulado de la ametralladora. Le habíamos quitado las puertas al vehículo para que fuese más fácil entrar, salir y disparar. Además de las armas que teníamos montadas a mi lado y detrás, en la parte trasera teníamos una 12,70 en una torreta.

Llegamos al objetivo y salimos echando leches de los Hummer. Yo estaba flipado de verme por fin otra vez en combate. Los polacos me pusieron el sexto o el séptimo de la fila a la hora de entrar. Aquello me decepcionó un poco, porque tan lejos del primero es difícil que veas mucha acción; pero no pensaba refunfuñar.

El GROM asalta las casas más o menos como los SEAL. Hay alguna que otra variación en cosas como, por ejemplo, la forma de doblar las esquinas, o de proteger al compañero durante la operación. Sin embargo, por lo general, todo se reduce a una acción rápida: sorprender al enemigo, darle una buena tunda y hacerte con el control.

Una de las diferencias que más me gustan es su versión de las granadas aturdidoras. Las nuestras estallan con un fogonazo y una explosión tremenda, y las suyas producen una serie de estampidos. Las llamábamos *sietetrallas*. Suenan como un tiroteo muy fuerte. Cuando llegó el momento de despedirme de ellos intenté hacerme con el mayor número de aquellos artefactos.

Nos pusimos en marcha en el momento en que empezó a sonar la granada. Cuando entré por la puerta, miré al suboficial al mando del equipo. Él me indicó con un gesto que siguiera adelante, y yo corrí a despejar la habitación que me había asignado.

Estaba vacía.

Despejado.

Volví a la planta baja. Los otros habían encontrado al fulano que habíamos ido a buscar y lo estaban montando ya en uno de los Hummer. El resto de los iraquíes de la casa estaban allí, con más miedo que siete viejas.

Una vez fuera, subí de un salto al Hummer y empecé a guiar al equipo hacia la base. La misión se había llevado a cabo sin incidentes, pero por lo que respecta al GROM, podía considerarme desvirgado: desde entonces fui uno más del equipo.

Vodka con meado de búfalo

Estuvimos haciendo misiones de asalto otras dos semanas y media, aunque en realidad solo hubo una en la que pudimos decir que tuvimos problemas. Un fulano quiso contraatacar cuando entramos en la casa, pero para su desgracia no tenía más armas que sus puños. Teniendo en cuenta que se enfrentaba a un pelotón de soldados armados hasta los dientes y bien protegidos, debía de ser muy tonto o muy valiente. O quizá las dos cosas.

El GROM se encargó rápido de él. Un capullo menos en la lista de los más buscados. Nos tocó ir a recoger a una variedad muy amplia de sospechosos —financieros que trabajaban para Al Qaeda, fabricantes de explosivos, insurgentes de Irak y de fuera...—. Una vez llegamos a llenar un camión entero.

Los del GROM se parecían mucho a los SEAL: en extremo profesionales estando de servicio y juerguistas redomados al acabar la jornada. Todos bebían vodka polaco, y sobre todo Žubrówka. Aunque se fabrica desde hace siglos, yo nunca lo he visto en América. Cada botella trae dentro una brizna de lo que llaman *hierba de búfalo*, y todas las briznas vienen del mismo campo de Polonia. A la hierba de búfalo se le suponen propiedades medicinales, aunque la historia que me contaron los amigos del GROM es bastante más original (o bastante más *orinal*, si se quiere). Según ellos, el bisonte, que es como se llama el europeo, pasta por ese campo y mea en la hierba, y los destiladores meten la brizna en la botella para darle más fuerza al vodka (en realidad, durante el proceso se neutralizan cuidadosamente ciertos ingredientes de la hierba para que quede solo el sabor; pero mis amigos no me contaron esa parte, quizá por ser demasiado difícil de traducir).

Yo tenía mis dudas, pero aquel vodka resultó ser tan suave de sabor como fuerte de alcohol. Sin duda respaldaba su argumento de que los rusos no tienen ni pajolera idea de vodka en comparación con los polacos.

Al ser americano, oficialmente no se me permitía beber (y *oficialmente* no bebí en ningún momento).

Esa norma estúpida solo era aplicable a los soldados estadounidenses, a los que ni siquiera nos dejaban comprar cerveza: los demás miembros de la coalición, fueran polacos o de cualquier otra parte, sí podían. Por suerte, a los del GROM les gustaba compartir. Además, iban a las tiendas libres de impuestos del aeropuerto de Bagdad a comprar birra, whisky o lo que quisieran los americanos que trabajaban con ellos.

Yo hice amistad con uno de sus francotiradores: Matthew (todos adoptan nombres falsos por regla general de seguridad). Pasamos horas hablando de fusiles y situaciones diferentes en las que emplearlos. Comparábamos la forma de hacer las cosas de cada uno y las armas que usaríamos en cada caso. Más tarde, quedé en hacer algún simulacro con ellos y explicarles cómo operaban los SEAL. Les enseñé cómo camuflamos nuestra posición dentro de las casas y algunos ejercicios que podían practicar por su cuenta. Trabajamos un montón con blancos abatibles y móviles.

Siempre me ha parecido muy interesante lo bien que nos comunicábamos sin usar palabras, hasta cuando estábamos metidos en una operación. Se daban la vuelta para mirarme y movían el brazo hacia delante o hacia atrás, por ejemplo. Si eres un verdadero profesional, no necesitas que nadie te diga lo que tienes que hacer: cada uno interpreta los movimientos del otro y reacciona en consecuencia.

Bien pertrechado

Siempre me preguntan qué clase de equipo de combate llevaba en Irak, y la respuesta es que depende: de una misión a otra hacía pequeños ajustes. Normalmente salía así:

Pistolas

La pistola que usaban de entrada los SEAL era una SIG Sauer P-226 de 9 milímetros *parabellum*. Aunque es un arma excelente, yo tenía la sensación de necesitar algo más potente que una bala de nueve milímetros, y con el tiempo empecé a llevar la mía propia en su lugar. Seamos francos: si echas mano a la pistola en un combate es porque ya estás de mierda hasta el cuello, y lo más seguro es que no estés en situación de ponerte a hacer puntería. Un calibre mayor quizá no mate a tu oponente, pero sí tienes más probabilidades de abatirlo si le das.

En 2004 llevé una Springfield TRP Operator del calibre 45, basada en la M-1911, con cachas personalizadas y guías para la linterna láser. Negra, equilibrada y un arma excelente... hasta que me libró de un trozo de metralla en Faluya. En realidad, me la pudieron arreglar —esas Springfield son muy duras—, pero como no quería tentar más mi suerte la cambié por una SIG Sauer P-220, muy parecida a la P-226, aunque del calibre 45.

Fundas de pistola

En mis dos primeras misiones llevé funda de pierna. El problema que tiene esta clase de pistolera es que tiende a moverse demasiado. En un combate, o incluso cuando das saltos de un lado a otro, las correas se deslizan. Así que, para el tercero, me cambié a la de cadera: de ese modo sabía siempre dónde tenía la pistola.

Botiquín

Todo el mundo lleva a todas partes su equipo de cura individual, una bolsita para primeros auxilios con lo imprescindible para curar heridas de bala:

vendas para distintos casos, una vía intravenosa, medicamentos coagulantes... Tiene que ir en un lugar de fácil acceso, porque lo último que quieres es que el que va a ayudarte tenga que ponerse a buscarla. Yo llevo la mía en el bolsillo de la pernera derecha, debajo de la pistolera. De ese modo, si hubiera recibido algún disparo, mis colegas habrían podido cortar el fondo del bolsillo y sacarla. Casi todos lo hacen así.

Cuando hay que atender a alguien en el campo de batalla mientras llega el sanitario, se usa siempre el botiquín del herido, porque si usas el tuyo ¿quién te dice que lo vas a tener disponible para el siguiente compañero o para ti mismo en caso de que lo necesites?

Chaleco antibalas y demás equipo

Durante mi primera misión, mi chaleco antibalas estaba dotado de un sistema MOLLE, siglas inglesas de chaleco táctico portamaterial, que es una forma fina de denominar los velcros de ajuste para adaptar cualquier accesorio. Aunque la palabra es marca registrada del sistema desarrollado y fabricado por Natick Labs, hay mucha gente que la usa para describir cualquier otro similar.

En mis siguientes misiones, llevaba por separado el chaleco antibalas y el portaequipo de combate (PECO) —también dotado de un sistema MOLLE que permite la adaptación de ambos—. Así podía quitarme partes del equipo y dejarlo en el suelo sin renunciar a ellos, para tumbarme y tenerlo todo a mano. Cuando tenía que apostarme con el fusil de francotirador, en posición de tendido y con el ojo en el punto de mira, soltaba los bolsillos de manera que pudiese acceder con facilidad a la munición que guardaba en ellos. Como seguía con el antibalas puesto, cuando terminaba volvía a pegar el bolsillo al velcro del chaleco.

(Nota acerca del chaleco antibalas: el que proporciona la Armada se cae a pedazos con facilidad, así que mis suegros tuvieron el generoso detalle de

regalarme un Dragon Skin después de mi tercera misión. Pesa como un muerto, pero es buenísimo como protección: el mejor del mercado.)

Llevaba un GPS en la muñeca, uno de repuesto en el chaleco y hasta una brújula de las de siempre. En cada misión tuve que usar unos dos pares de gafas tácticas cerradas. Llevaban dentro ventiladores en miniatura para que circulase el aire y no se empañaran. Y por supuesto, tenía una navaja —una Microtech que adquirí tras graduarme en el BUD/S— y machetes Emerson y Benchmade, según la misión.

También formaba parte de nuestro equipamiento de combate el panel VS-17 para señales con el que indicar a los pilotos dónde están nuestras posiciones y evitar que nos ataquen. En teoría, por lo menos. Al principio traté de no llevar nada en la cintura, y para ello llegué a poner los cargadores de la pistola en una funda colocada en el otro muslo, aunque lo más arriba que pude para que me permitiera acceder al bolsillo de esa pernera.

En Irak nunca usé protección para los oídos. Llevaba un circuito que eliminaba el ruido, y aunque dejaba oír los disparos del enemigo, el micrófono que los recogía era omnidireccional. Por lo tanto, no podías determinar de dónde procedían los tiros.

Y en contra de lo que cree mi mujer, de vez en cuando sí me ponía el casco. Es verdad que quizá no mucho: era el reglamentario del ejército, incómodo y casi inútil si no era para protegerte de los trozos de metralla y los disparos que llegaban con menos fuerza. Aunque usaba parches acolchados para que no me estrujase la cabeza, seguía siendo una lata llevarlo puesto mucho rato. Hacía que me pesase mucho la cabeza cuando apuntaba con el fusil, y no resultaba nada fácil mantener la concentración cuando se alargaba la vigilancia.

Había podido comprobar que llegaban a atravesarlo hasta las balas de pistola, conque no había gran cosa que compensara las incomodidades. Por lo general había una excepción a esto: de noche valía la pena llevarlo por tener con qué sostener las gafas de visión nocturna. El resto del tiempo me cubría la cabeza con una gorra de béisbol, la de la sección, que tenía el logo de Cadillac adaptado al de nuestra unidad (aunque oficialmente éramos la sección Charlie, nos gustaba cambiarle el nombre por otros que empezasen con la misma letra).

¿Por qué una gorra de béisbol? Ser molón consiste, en un 90 %, en parecer molón, y las gorras de béisbol te hacen molar mucho más. Entre mis favoritas, además de la del logo de Cadillac, estaba la de uno de los cuerpos de bomberos neoyorquinos que habían perdido a algunos de sus hombres durante el 11-S. Me la había traído mi padre de una visita que hizo después de los atentados a la Guarida de los Leones, un parque de bomberos histórico de la ciudad, sede del camión 23. Los de allí, al saber que se iba a la guerra un hijo suyo, insistieron en darle la gorra.

—Dígale que intente desquitarse —fue lo único que le pidieron a cambio.

Si están leyendo esto, espero que sepan que lo hice.

En la muñeca llevaba el reloj G-Shock negro y con correa de goma que sustituyó al Rolex Submariner en el equipo de dotación de los SEAL (un amigo mío, pensando que era una lástima que se perdiera la tradición, me regaló uno hace poco, y aunque todavía me siento un poco extraño llevando un Rolex, me gusta como homenaje a los hombres rana que me han precedido).

Cuando hacía fresco, llevaba mi propia chaqueta —una North Face—, porque, lo crea o no el lector, no fui capaz de convencer a los mafiosos de intendencia de que me diesen prendas para el frío. Pero de eso podemos hablar en otra ocasión.

En los bolsillos delanteros del chaleco pegaba mi fusil M-4 y diez cargadores (o sea, trescientas balas), y la radio, un par de linternas y la baliza militar de señales de luz infrarroja en diversos bolsillos (este último resulta útil por la noche para reunirse con otras unidades o con aviones, embarcaciones, etc., o para identificar a los soldados amigos).

Si llevaba conmigo uno de mis fusiles de francotirador, echaba en el macuto unos doscientos cartuchos. Cuando era el Mk-11 en vez del 7,62 largo o el .338, no me molestaba en cargar con el M-4. En ese caso, los cartuchos de francotirador los tenía a mano en el chaleco. Para completar mi munición, llevaba tres cargadores para la pistola.

Por botas llevaba unas Merrell de senderismo de caña alta, cómodas y más que adecuadas para mi trabajo.

¡Arriba, Kyle!

Llevaba un mes aproximadamente de misión con el GROM cuando un día me despertaron agitándome un hombro.

Me incorporé de un salto en la cama, dispuesto a tumbar a quien se hubiera colado en mi cuarto.

—¡Eh, eh! ¡Tranquilo! —dijo el comandante que me había despertado.

Sí: era un SEAL; mi jefe, para más señas.

—Necesito que te vistas y vengas a mi despacho.

—Sí, señor —murmuré. Me puse unos pantalones cortos y las chanclas y me dirigí allí.

Suponía que me había metido en algún lío, aunque no tenía claro qué podía ser. Me había portado bien durante mi estancia con los polacos, sin peleas de las que hablar. De camino a su despacho repasé mentalmente los últimos días, tratando de preparar mi defensa; pero al llegar allí seguía sin recordar nada digno de mención.

—Kyle, voy a necesitar que cojas tu fusil de francotirador y hagas el macuto —me anunció el comandante—. Te vas a Faluya.

Entonces me contó parte de lo que se había decidido y me dio alguno de los detalles del operativo. Los marines planeaban un ataque en masa, y necesitaban francotiradores. «¡Colega, esta sí que va a ser buena! —pensé —. Nos vamos a hartar de matar malos, ¡y yo voy a estar en medio de todo el jaleo!»

Base preparada

Desde un punto de vista histórico, podemos hablar de dos batallas de Faluya. La primera se produjo en primavera, como ya he dicho. Por consideraciones políticas, determinadas en su mayoría por informaciones totalmente distorsionadas de los medios de comunicación y por la propaganda árabe, los marines suspendieron su ofensiva poco después de haberla comenzado, y mucho antes de lograr su objetivo de expulsar a los insurgentes de la ciudad. En su lugar, se suponía que iban a ser iraquíes leales al gobierno provisional quienes se hicieran con el control de la ciudad y gobernarla.

Aquello no funcionó. Poco después de que se replegaran los marines se apoderaron por completo de Faluya los rebeldes. Mataron a los habitantes que no tenían relación con la insurgencia, o al menos, a los que no consiguieron huir de la ciudad. Todo el que quería la paz —todo el que tenía tres dedos de frente— salió de allí en cuanto pudo o acabó muerto.

La provincia de Ambar, a la que pertenece la ciudad, estaba salpicada de insurgentes de varias clases: muchos eran muyahidines, pero también había bastantes ciudadanos extranjeros que pertenecían a «Al Qaeda en Irak» u otros grupos radicales. El cabecilla de Al Qaeda en Irak, el jeque Abdalá al-Janabi, tenía el cuartel general en Faluya. Este jordano, que había combatido con Osama bin Laden en Afganistán, había consagrado su vida a

matar americanos (pese a que no faltan informes que digan lo contrario, por lo que yo sé, consiguió escapar de Faluya y sigue fugado).

Los insurgentes eran mitad terroristas, mitad bandas mafiosas. Ponían IED (artefactos explosivos), secuestraban a funcionarios con familiares incluidos, asaltaban convoyes americanos, mataban a los iraquíes que no compartían su fe o sus ideas políticas... Hacían de todo lo que pudiera pasárseles por la cabeza. Faluya se había convertido en la guarida en la que estaban a salvo, en una anticapital de Irak dedicada al derrocamiento del gobierno provisional y a impedir la celebración de elecciones libres.

La provincia de Ambar y, sobre todo, el área que rodea Faluya recibieron en la prensa el nombre de Triángulo Suní. Sin embargo, se trata de una aproximación muy, muy poco estricta tanto de la zona —situada entre Bagdad, Ramadi y Baquba— como de su composición étnica.

(Algunas notas sobre el islam en Irak: en el país había dos grupos principales de musulmanes, los suníes y los chiíes. Antes de la guerra, los chiíes vivían sobre todo en el sur y en el este, digamos desde Bagdad hasta la frontera, y los suníes dominaban la región comprendida entre los alrededores de Bagdad y el noroeste. Los dos grupos coexistían, aunque en general se odiaban. Pese a ser mayoría, los chiíes estuvieron discriminados en tiempos de Sadam, y no tenían acceso a cargos públicos importantes. Las zonas situadas más al norte están dominadas por kurdos, que, aunque suníes en su mayoría, tienen tradiciones distintas y no se consideran parte de Irak. Sadam los tenía por un pueblo inferior: durante una acción de represión política, mandó usar contra ellos armas químicas y emprendió una campaña despreciable de limpieza étnica.)

Mientras usaban Faluya como base para atacar la región que la rodea y Bagdad, los insurgentes dedicaron un tiempo considerable a fortificar la ciudad para poder resistir otro ataque. Almacenaron munición y armas, prepararon IED y fortificaron casas. Plantaron minas y bloquearon carreteras para poder hacer emboscadas. Abrieron túneles («ratoneras») en

los muros para pasar de una casa a otra sin necesidad de salir a la calle. Convirtieron en búnkeres muchas de las doscientas mezquitas de la ciudad —si no todas—, porque sabían que los americanos considerábamos sagrados los centros de adoración y por lo tanto éramos reacios a atacarlos. Transformaron un hospital en cuartel general de los insurgentes, y lo usaron como base de operaciones de su propaganda. En resumidas cuentas, en el verano de 2004 la ciudad era una verdadera fortaleza terrorista.

De hecho, los rebeldes se encontraban en ella lo bastante confiados para lanzar ataques con lanzagranadas de manera regular contra las bases estadounidenses de la zona y emboscar a los convoyes que se movían por las carreteras principales. Al final, el mando americano se hartó de aguantar aquello y decidió que había que recuperar Faluya. Trazó un plan, la Operación Furia Fantasma, que consistía en sitiar la ciudad para impedir la entrada de provisiones y refuerzos enemigos. Había que cazar y destruir a los insurgentes de Faluya.

La columna de la fuerza de ataque estaba compuesta por la 1.ª División de marines y reforzada por otras unidades. Los francotiradores de los SEAL se integraron con pequeños grupos de asalto de los marines, para proteger, vigilar y desempeñar las tareas propias de francotiradores.

Los marines pasaron varias semanas preparando el asalto, emprendiendo operaciones de distracción. Los malos sabían que se avecinaba algo, pero no cuándo iba a pasar ni dónde. El sector este de la ciudad estaba bien fortificado, y debían de pensar que era allí donde se iba a lanzar el ataque.

En realidad, la ofensiva iba a venir del noroeste y avanzaría hacia el centro de la ciudad. Y ahí era adonde me dirigía yo.

Llegar

Después de hablar con el comandante, fui enseguida a recoger mis cosas y salí a encontrarme con un todoterreno descapotado que me iba a llevar al

helicóptero. Un Sikorsky UH-60 Black Hawk nos esperaba a mí y a otro que también había estado colaborando con el GROM, un experto en transmisiones llamado Adam. Nos miramos y sonreímos: a los dos nos entusiasmaba la idea de vivir una batalla de verdad.

En todo Irak había SEAL que estaban haciendo un viaje similar al nuestro para acabar en la enorme base que tenían los marines en Camp Faluya, al sur de la ciudad. De hecho, cuando yo llegué ya habían montado su propia base dentro del recinto. Me abrí paso por los estrechos pasillos del edificio, al que habían puesto el nombre de *El Álamo*, tratando de no tirar nada. Junto a las paredes había toda clase de equipos, cajas de armamento, cajas de herramientas de cartón o metal y alguna que otra caja de refrescos. Podríamos haber sido perfectamente un grupo de *rock* de gira. La diferencia estaba en que la pirotecnia de nuestro espectáculo era cosa seria.

Además de francotiradores del Equipo SEAL Tres había combatientes del Cinco y del Ocho que iban a participar en el asalto. Yo ya conocía a la mayoría de los chavales de la Costa Oeste, y los demás iban a ir ganándose mi respeto durante las semanas siguientes. Todos estábamos a tope de energía, deseando entrar en combate y ayudar a los marines.

En el frente y pensando en casa

A un paso de la batalla, pensaba en mi mujer y mi hijo. El pequeñín no paraba de crecer. Taya había empezado a mandarme fotos y hasta vídeos de sus progresos, y también me enviaba imágenes por correo electrónico para que las viese.

Algunos de los vídeos los llevo grabados en la memoria: tumbado boca arriba, agitaba las manos y los pies como si estuviese corriendo y con una sonrisa enorme. Era un chaval superactivo; como su padre.

Acción de Gracias, Navidad... En Irak, ninguna de estas fechas significaban demasiado para mí; pero perderme las vivencias de mi hijo en estas ocasiones era otra cosa. Cuanto más tiempo estaba fuera, cuanto más

lo veía crecer, más quería ayudarlo a hacerse mayor; más necesidad sentía de hacer las cosas que hace un padre con su hijo y para él.

Llamé a Taya mientras esperaba el comienzo del ataque. La conversación fue breve:

—Escucha, cariño: no puedo decirte adónde voy, pero voy a estar fuera un tiempo. Si ves las noticias, lo sabrás. No sé cuándo podré llamarte otra vez.

Iba a pasar mucho tiempo.

Empieza la acción

La noche del 7 de noviembre nos apretujamos en un vehículo de asalto anfibio Amtrac una docena de marines y unos cuantos SEAL, todos deseosos de entrar en combate. Aquel bicharraco acorazado arrancó con un rugido tremendo y, a paso lento, salió de la base al frente de una columna impresionante de vehículos blindados que avanzaba hacia el norte de la ciudad a través del desierto puro y duro.

Estábamos sentados en asientos corridos, unos frente a otros y tocándonos las rodillas en el interior pelado del vehículo, y en el centro del compartimento habían metido una tercera hilera más de hombres. El AAVP-7A1 no era precisamente una limusina. Es verdad que podías ingeniártelas para no invadir el sitio de los dos compañeros que tenías al lado; pero poco más. Decir que íbamos estrechos es quedarse cortos. Por suerte, casi todos los que viajaban allí conmigo se habían duchado hacía poco.

Al principio hacía frío —estábamos en noviembre, y aquello para un chico de Texas era como estar metidos en pleno invierno—, pero minutos después, la calefacción nos tenía a todos asfixiados, y tuvimos que pedir que la bajasen. Puse el macuto en el suelo. Coloqué mi fusil Mk-11 entre las piernas y el casco sobre la culata, improvisé una almohada para tratar de echar una cabezadita mientras avanzábamos. Si cierras los ojos, el tiempo pasa más rápido.

En realidad no dormí tanto. Cada dos por tres miraba hacia las ventanas de observación de la rampa por si se distinguía algo del exterior, pero no alcanzaba a ver más allá de los compañeros que estaban allí sentados. Tampoco me perdía demasiado, porque lo único que veían ellos era el resto de la columna, una nube de polvo y algunos tramos de desierto totalmente despejado. Llevábamos una semana más o menos haciendo maniobras de coordinación con los marines y repasando cada detalle, desde cómo íbamos a entrar y salir de sus blindados hasta qué clase de cargas íbamos a usar para conseguir boquetes en los muros por donde poder disparar nuestros fusiles de francotirador, pasando por cuestiones de enlace de transmisión o táctica. Además, habíamos intercambiado ideas sobre cómo cubrir a nuestras escuadras, y decidimos una docena de estrategias provisionales, como la de determinar si, por lo general, iba a ser mejor disparar desde el último piso o desde el anterior.

Por fin estábamos listos, aunque, como ocurre a menudo en las fuerzas armadas, estábamos pasando por la fase que nosotros llamamos «orden, contraorden y después desorden». Los vehículos oruga nos llevaron hasta el norte de Faluya y, una vez allí, se pararon. Nos tuvieron allí sentados lo que a nosotros nos parecieron horas. Yo tenía ya agarrotados todos los músculos del cuerpo cuando alguien decidió que podíamos bajar la rampa y estirar las piernas. Entonces, me desdoblé para dejar mi asiento y salí a darle a la sinhueso con los otros SEAL.

Al final, justo antes de que saliera el sol, volvimos a montar en los vehículos y echamos a rodar hacia la periferia de Faluya. Los edificios situados a algo más de setecientos metros de donde empezaba la ciudad propiamente dicha ofrecían una vista perfecta de la zona en la que iban a emprender el ataque nuestros marines: un lugar excelente para apostar francotiradores. Lo único que había que hacer era tomarlos.

—¡Cinco minutos! —gritó uno de los suboficiales.

Recogí la mochila metiendo el brazo por las dos correas y agarré bien el fusil.

El vehículo anfibio se detuvo con una sacudida. Cuando golpeó el suelo la rampa, salté al exterior con los otros y corrí hacia una arboleda que ofrecía algo de vegetación y alguna que otra peña tras la que refugiarse. Me di toda la prisa que pude, por miedo no tanto a que me disparasen como a que me atropellara alguno de los blindados que nos habían llevado hasta allí. Aquellos mamotretos no tenían pinta de ir a detenerse por nadie.

Me eché al suelo, coloqué la mochila a mi lado y me puse a escrutar el edificio en busca de algo sospechoso. Recorrí con la mirada las ventanas y los alrededores, convencido de que en cualquier momento saldría alguien a dispararme. Los marines, mientras, fueron saliendo de sus vehículos. Además de los transportes oruga había Hummer, carros de combate y docenas de vehículos de apoyo. No dejaban de salir marines, que empezaron a inundar el bloque como un enjambre.

Comenzaron a abrir puertas a patadas. Yo no oía gran cosa aparte del potente eco de los disparos que daban para hacer volar los cerrojos. Los marines detuvieron a unas cuantas mujeres que encontraron por la calle, pero, por lo demás, la explanada que rodeaba el edificio parecía desierta. Yo no dejaba de mover los ojos de un lado a otro, observándolo todo para tratar de dar con algo.

Nuestro hombre de transmisiones se había apostado cerca de mí. Estaba siguiendo el avance de los marines, que iban tomando cada uno de los apartamentos del bloque, sacando a los pocos habitantes que encontraban para llevarlos a un lugar seguro. No encontraron ninguna resistencia: si había insurgentes, tenían que haber puesto pies en polvorosa al vernos llegar o se estaban haciendo pasar por iraquíes leales al gobierno y amigos de Estados Unidos.

Los marines trasladaron a unos doscientos cincuenta paisanos de aquel bloque, lo que distaba mucho del número que les habían dicho que encontrarían. Antes de nada los interrogaban, y una vez que podían dar por supuesto que no habían disparado un arma recientemente (para lo que los

examinaban en busca de rastros de pólvora), no figuraban en ninguna lista de forajidos ni parecían sospechosos, le daban trescientos dólares a cada cabeza de familia y le decían que tenía que irse. Según uno de los oficiales, se les permitía volver a sus pisos para recuperar lo que necesitasen antes de salir. (Durante la operación, por cierto, se capturó y se detuvo a varios insurgentes conocidos.)

Mientras observábamos la ciudad desde el terraplén, no bajábamos la guardia ante la presencia de un francotirador iraquí conocido como Mustafá. Por lo que teníamos entendido, se trataba de un deportista olímpico que estaba empleando sus dotes contra los americanos y contra la policía y los soldados de Irak. De hecho, había grabado y difundido varios vídeos en los que alardeaba de su talento.

Yo nunca llegué a verlo, pero otros de mis colegas mataron más tarde a un francotirador iraquí que creemos que tenía que ser él.

A los pisos

—Recibido —dijo el de transmisiones—. Os quieren dentro.

Eché a correr desde los árboles hasta los bloques de pisos, en donde había un teniente de los SEAL organizando la vigilancia. Tenía un mapa de la ciudad, y nos enseñó el lugar en que se iba a producir el asalto al día siguiente.

—Hay que cubrir esta zona, esta y esta —anunció—. Id a buscar un sitio desde el que hacerlo.

Nos señaló un edificio, y hacia él fuimos. A mí me habían puesto de pareja con un francotirador al que había conocido en el BUD/S. Ray (uso solo el nombre de pila para proteger su identidad) es un loco de las armas. Le encantan, y las conoce a la perfección. Disparando, no tengo claro qué puntuación le daría; pero lo que sí puedo decir es que sabe muchísimo más que yo de fusiles.

Aunque llevábamos años sin vernos, por lo que recordaba del BUD/S podía apostar que nos íbamos a llevar bien. Uno tiene que poder confiar en que tiene al lado alguien con quien puede contar: al fin y al cabo, estás poniendo tu vida en sus manos.

Vino a traerme el 7,62 largo un Ranger al que llamábamos «Molloy» y que había transportado en un Hummer otros de nuestros fusiles y parte de nuestros equipos. El alcance extra que poseía la nueva arma frente al Mk-11 que llevaba iba a serme muy útil una vez que encontrase un sitio protegido desde el que disparar.

Mientras corría escaleras arriba, iba haciéndome la composición de lugar. Sabía en qué lado del edificio quería colocarme, y más o menos dónde iba a apostarme. Cuando llegué a la última planta —había decidido disparar desde una habitación, más que desde la azotea— recorrí el pasillo en busca de un piso bien orientado y, una vez dentro, busqué un cuarto con muebles que pudieran servirme. Para mí, la vivienda en la que estaba no era sino una parte más del campo de batalla, y tanto el apartamento como todo lo que tenía dentro, medios que podía usar para lograr mi objetivo: despejar la ciudad.

Los francotiradores tienen que estar mucho tiempo tumbados o sentados, y por lo tanto, tenía que encontrar muebles que me proporcionaran la mayor comodidad posible. También es necesario tener algo en lo que apoyar el fusil. En este caso, ya que iba a disparar por la ventana, necesitaba estar en alto. Registrando el piso, di con una cuna de bebé en uno de los cuartos: un hallazgo poco frecuente del que podía sacar buen provecho.

Ray y yo la cogimos y la pusimos de pie sobre un costado para tener una base sobre la que colocar en horizontal la puerta de la habitación después de sacarla de las bisagras. Así fue como nos agenciamos una plataforma estable sobre la que trabajar. La mayoría de los iraquíes no usan camas para dormir, sino sacos, colchonetas o mantas que ponen directamente sobre el suelo. Encontramos unos cuantos y los pusimos sobre la puerta, de modo que nos hicimos un lecho elevado y medianamente

cómodo sobre el que poder tendernos mientras vigilábamos con el fusil. Enrollándola, hicimos de una colcha gruesa un soporte en el que apoyar el cañón de los fusiles.

Abrimos la ventana, y ya estábamos listos para disparar. Decidimos hacer turnos de tres horas, y Ray se encargó del primero. Yo me puse a dar vueltas por el bloque por ver si podía encontrar alguna cosilla interesante: dinero, armas, explosivos...

Lo único que vi que valiese la pena fue una maquinita con un juego de golf de Tiger Woods. No estaba autorizado a quedármela, y por lo tanto, tampoco me la quedé... oficialmente. Si lo hubiese hecho, me habría pasado el resto de mi misión jugando con ella, y en ese caso sería fácil explicar por qué ahora soy tan bueno con ese juego.

Eso sería si me la hubiese quedado, claro.

Me puse detrás del 7,62 largo entrada ya la tarde. La ciudad que vigilaba era de color gris y parduzco amarillento, casi como si todo tuviese los tonos sepia de una fotografía antigua. Muchos de los edificios —no todos— estaban hechos de ladrillo y enlucidos de ese mismo color. Las piedras y las carreteras eran grises, y sobre las casas parecía flotar una fina bruma de polvo del desierto. Había árboles y demás vegetación, pero el paisaje general daba la impresión de ser una colección de cajas pintadas de forma monótona en el desierto.

La mayoría de los edificios eran casas achaparradas de dos plantas o, a veces, de tres o cuatro. En medio de la grisura destacaban a intervalos regulares los alminares desde los que se llama a la oración, y también podían verse desperdigadas las cúpulas de las mezquitas: aquí un huevo verde rodeado por una docena de huevos más pequeños, allí un rábano blanco que relucía al sol poniente...

Los edificios estaban muy apretujados, y la disposición en damero hacía las calles casi geométricas. Había muros por todas partes. La ciudad llevaba ya un tiempo en guerra, y había escombros no solo en la periferia, sino en

las vías principales. Justo delante de mí, aunque no alcanzara a verlo desde donde estaba, se encontraba el puente de aciaga memoria en el que habían profanado los insurgentes medio año antes el cuerpo de los contratistas de la Blackwater. Estaba tendido sobre el Éufrates, que corría en forma de «V» invertida al sur de mi posición.

Lo que más ocupó mi atención en un primer momento fue una serie de vías de ferrocarril situadas a unos setecientos metros del edificio. Había un terraplén y un viaducto sobre la carretera que se extendía al sur de donde estaba yo. Al este, a la izquierda de la ventana, la línea ferroviaria llegaba a una estación de clasificación y otra de pasajeros fuera del sector principal de la ciudad.

El ataque de los marines se iba a efectuar a través de las vías y avanzaría desde el Éufrates hasta una carretera situada en el extremo oriental de la ciudad y marcada por una intersección en trébol. Esta área tenía unos cinco kilómetros de ancho, y el plan consistía en haber avanzado unos dos y medio por la ruta 10 cuando llegase el 10 de noviembre, para lo que quedaban poco menos de tres días. Podría no parecer mucho (la mayoría de los marines podrían recorrer probablemente esa distancia en media hora), pero para ello tenían que atravesar un nido de ratas de calles infectadas de trampas y casas muy bien armadas. Los marines suponían que tendrían que combatir casa por casa y bloque por bloque literalmente, y, además, eran conscientes de que cuanto más avanzasen, peor se pondrían las cosas. Las ratas que echas de una madriguera acaban congregándose en la siguiente, hasta que, más tarde o más temprano, se quedan sin sitios a los que huir.

Mirando por la ventana, no veía la hora de que empezase el combate. Quería un blanco. Quería disparar a alguien.

Y no tuve que esperar mucho.

Desde el edificio en el que estaba tenía una vista inmejorable de las vías del tren y el terraplén, y de la ciudad que se extendía tras ellos.

Empecé a matar gente poco después de ponerme tras el fusil. La mayoría se encontraba en la zona más cercana a la ciudad, adonde acudían los insurgentes para tomar posiciones desde las que atacar o tal vez para espiar a los marines. Se encontraban a unos ochocientos metros, al pie del terraplén del otro lado de las vías, y lo más seguro es que pensaran que allí no los veía nadie y estaban a salvo.

Cuánto se equivocaban.

Ya he descrito la sensación que me produjo el primer disparo que efectué siendo francotirador. En el fondo puede ser que vaciles, y de forma casi inconsciente te preguntas si tienes derecho a matar a una persona. Sin embargo, las reglas de enfrentamiento estaban claras, y no había duda de que el hombre que tenía en la mira era el enemigo, no ya porque estuviese armado y tuviera intención de atacar las posiciones de los marines, aunque eso era lo que importaba en lo relativo a dichas reglas. Se había advertido al paisanaje de que no debía quedarse en la ciudad y, aunque, por supuesto, no todos habían conseguido escapar, solo quedaban en ella grupitos pequeños de inocentes. Los varones en edad de combatir y con la cabeza en su sitio que seguían allí eran casi todos malos. Pensaban que nos iban a echar a patadas como —supuestamente— habían echado a los marines en abril.

Después del primer muerto, los demás apenas cuestan. No tengo que mentalizarme ni pensar en nada especial: observo por la mira, sitúo el blanco en la retícula y mato a mi enemigo antes de que él mate a nadie de los míos. Aquel día maté a tres, y Ray, a dos.

Dejaba abiertos los dos ojos y, así, mientras veía por la mira con el derecho, no perdía de vista con el izquierdo el resto de la ciudad. De este modo podía hacerme una idea más amplia de la situación.

Con la compañía Kilo

Los marines no tardaron en alcanzar una posición imposible de cubrir desde nuestro sitio; así que lo abandonamos y saltamos al siguiente asentamiento. En adelante, operaríamos en la ciudad propiamente dicha.

Me asignaron a la compañía Kilo para ayudar a sus unidades en el sector oeste de la ciudad. Formaban el primer escalón del asalto, y tenían que avanzar bloque por bloque. Tras ellos entraría otra compañía para ocupar y asegurar la zona y comprobar que no quedaran insurgentes en retaguardia. Se pretendía despejar Faluya edificio por edificio.

Las viviendas de esta parte estaban, igual que en muchas ciudades iraquíes, separadas de las vecinas por muros gruesos de ladrillo enlucidos, y siempre tenían recovecos en los que podían ocultarse los insurgentes. Los patios, por lo común de tierra batida o hasta cemento, eran laberintos rectangulares. Aquel era un lugar seco y polvoriento pese a la cercanía del río. En su mayoría, las casas no tenían agua corriente, sino depósitos en el tejado.

Durante la primera semana aproximada de aquella fase del asalto estuve trabajando con los francotiradores de los marines. Buena parte del tiempo tuve de compañeros a dos francotiradores de los marines y a un TACP (observador de fuego aéreo), un SEAL, instruido para solicitar ataques de aviación. También llevábamos a algunos marines de apoyo, machacas que nos cubrían y de los que tirábamos cuando necesitábamos algo. Eran marines que querían ser francotiradores y que a la vuelta de aquella misión tenían planes de formarse para ello.

Cada mañana empezábamos el día con unos veinte minutos de lo que llamábamos «fuegos» (morteros, artillería, bombas, misiles, cohetes...), una lluvia de proyectiles de mil demonios que caían sobre posiciones clave del enemigo. Con ellos volábamos polvorines o arsenales, o despejábamos los lugares en los que sospechábamos que abundaba la resistencia. A lo lejos veíamos elevarse las columnas negras de humo de los depósitos de armas alcanzados, y el aire y la tierra temblaban con las explosiones secundarias.

Aunque al principio íbamos a la retaguardia del avance de los marines, no tardamos en darnos cuenta de que seríamos de más ayuda si nuestra escuadra marchaba delante. Eso nos dejaba mejor situados para tomar por sorpresa a los insurgentes que trataran de concentrarse frente a la unidad de tierra.

También nos proporcionaba muchísima más acción; así que empezamos a reconocer casas que usábamos de puesto de tiro. Una vez despejada la planta baja, subía corriendo las escaleras que llevaban del piso de arriba al cobertizo que solía proteger la salida a la azotea. Cuando comprobaba que era segura, me dirigía al último piso, me situaba y tomaba posiciones. Normalmente encontraba por allí algo —una silla, una alfombra...— con que ponerme algo más cómodo, y si no, era cuestión de buscar en los pisos de abajo. Había recurrido al Mk-11 al darme cuenta de que iba a hacer la mayoría de los disparos desde una distancia relativamente corta por la forma como estaba dispuesta la ciudad. Este fusil resultaba más práctico que el 7,62 largo, e igualmente mortal desde tan cerca.

Mientras tanto, los marines recorrían la calle despejando las casas de una y otra acera. Cuando llegaban a un punto en el que no podíamos defenderlos bien, cambiábamos de posición y empezábamos otra vez todo el proceso.

Por lo general disparábamos desde las cubiertas de los edificios, pues nos ofrecían una vista mejor y solían estar equipadas con sillas y similares. La mayoría de las de la ciudad estaban rodeadas por un antepecho poco elevado que protegía de los contraataques del enemigo. Además, su uso nos permitía movernos con rapidez, porque el ataque no iba a esperar a que tuviésemos a bien tomar posiciones.

Si no era posible tomar la azotea, disparábamos desde la última planta, generalmente por una ventana. De vez en cuando teníamos que practicar un agujero en la pared para sacar por él el cañón, aunque no era frecuente, ya que no interesaba atraer más atención hacia nuestras posiciones con cargas explosivas, por relativamente pequeñas que fuesen. (Los agujeros, por cierto, se tapaban cuando nos íbamos.)

Un día nos apostamos dentro de un bloque de oficinas no muy grande abandonado. Retiramos las mesas de las ventanas y nos sentamos a cierta

distancia, y las sombras naturales de la pared del exterior ayudaron a ocultar nuestra posición.

Los malos

El enemigo al que nos enfrentábamos era peligroso y estaba bien armado. En una sola casa, los marines encontraron unas dos docenas de armas de fuego, incluidas ametralladoras y fusiles de precisión, además de soportes caseros para cohetes y una base de mortero.

Y eso fue en una sola de las viviendas de un bloque de grandes dimensiones. De hecho, la casa no estaba nada mal: tenía aire acondicionado, arañas recargadas y muebles refinados de estilo occidental. Nos ofreció un lugar excelente para tomarnos un respiro aquella tarde.

Las casas se registraban de cabo a rabo, aunque las armas solían ser fáciles de encontrar. Los marines entraban y topaban con cosas como un lanzagranadas apoyado contra una vitrina que guardaba objetos de porcelana. Los cohetes estaban apilados al lado de las tazas para el té. En otra encontraron botellas de buceo: se ve que el insurgente que había vivido allí las usaba para introducirse en el río y atacar desde allí sin ser visto.

También era frecuente dar con armas rusas, la mayoría muy antiguas. En una casa había granadas de fusil que podían ser de la segunda guerra mundial, y encontramos prismáticos con el viejo emblema comunista de la hoz y el martillo. Por todas partes había además IED (artefactos explosivos), a veces hasta empotrados en las paredes.

Muchos de los que han escrito sobre los combates de Faluya hablan del fanatismo extremo de los insurgentes, y aunque eso es cierto, la religión no era lo único que los movía: muchos de ellos estaban drogadísimos.

En un momento posterior de la campaña tomamos un hospital de las afueras que habían estado usando, y encontramos cucharillas quemadas y

demás utensilios para drogarse, además de otros indicios de cómo se preparaban para la batalla. Yo no soy ningún experto en el tema, pero me dio la impresión de que preparaban heroína y se la inyectaban antes de combatir. También oí que usaban medicamentos y cuanto tuvieran a mano para armarse de valor.

A veces, cuando les disparabas, había quien recibía varias balas al parecer sin darse cuenta. Lo que los movía era algo más que la religión y la adrenalina, o incluso la sed de sangre: estaban ya a medio camino del Paraíso, por lo menos eso pensaban.

Bajo los escombros

Un día bajé de una azotea para descansar y me dirigí al patio de la casa con otro francotirador de los SEAL. Abrí el bípode de mi fusil y lo instalé.

De pronto hubo una explosión a unos tres metros de nosotros. Me agaché, y al volverme vi desmoronarse la pared de cemento del bloque. Detrás de ella había dos insurgentes con fusiles Kaláshnikov colgados del hombro. Parecían estar tan pasmados como nosotros: a ellos también debía de haberlos sorprendido haciendo una pausa aquella granada de artillería, IED (artefacto explosivo) o lo que quiera que había estallado.

Aquello parecía un duelo del viejo Oeste: quien sacara antes, vivía para contarlo. Yo agarré mi fusil y empecé a disparar, y mi compi hizo lo mismo. Les dimos, pero no cayeron: doblaron la esquina y cruzaron corriendo la casa en la que habían estado hasta salir a la calle.

En cuanto dejaron la casa los abatieron los marines que se encargaban de nuestra seguridad. Nuestros machacas.

Un día, poco después de empezar la batalla, alcanzaron con una granada de lanzacohetes (RPG) el edificio desde el que estaba operando.

Aquella tarde me había apostado en una de las ventanas del piso superior. Estaban disparando a los marines de la calle de enfrente, y yo me había puesto a abatir uno a uno a sus atacantes. Los iraquíes se pusieron a responder a mis fuegos, aunque por suerte sin mucha precisión, que era como solían disparar.

Fue entonces cuando vino a estrellarse el proyectil en el lateral de la casa. El muro fue el que recibió lo gordo de la explosión, y eso tuvo su parte buena y su parte mala: lo bueno es que me salvó de saltar por los aires, y lo malo, que el pedazo de muro que se llevó por delante me cayó en las piernas, hizo que diera con las rodillas en el suelo de cemento y me dejó clavado al suelo. Hacía un daño de mil demonios. Conseguí apartar algunos de los escombros de una patada y seguí disparando a los cabrones de abajo.

—¿Estáis todos bien? —gritó uno de los que estaban conmigo.

—Tranquilo, no ha sido nada —respondí yo en el mismo tono.

Sin embargo, los chillidos que parecían estar dando mis piernas decían lo contrario. Dolían como su puta madre.

Los insurgentes se replegaron, pero poco después volvieron a la carga. Así se daban siempre los combates: un momento de calma, un choque violento, y después otro momento de calma. Cuando cesó al final el tiroteo me puse en pie y salí con esfuerzo de la habitación. Uno de los chavales del piso de abajo me señaló las piernas y dijo:

—Estás cojeando.

—La puta pared se me ha venido encima.

Levantó la mirada y vio el agujero de gran tamaño que había en el cuarto en el que había estado yo. Hasta entonces, nadie se había dado cuenta de que había estado apostado donde había caído la granada RPG.

Después de aquello estuve así durante un tiempo, bastante, y al final tuvieron que operarme las dos rodillas, aunque lo fui dejando hasta que pasaron un par de años.

No fui al médico, porque sabía que me iban a dar de baja y yo todavía podía ir tirando.

Y líbranos de la silla

No puedes tener miedo de disparar. Cuando ves a alguien con un IED o un fusil que va hacia tus hombres, tienes motivos suficientes para apretar el gatillo. (El que un iraquí tuviese un arma no quería decir necesariamente que pudieses abatirlo.) Las reglas de enfrentamiento eran muy explícitas, y en la mayoría de los casos el peligro era evidente.

Sin embargo, había ocasiones en las que no estaba tan, tan claro. Veías a alguien que era casi seguro un insurgente, y que probablemente estaba haciendo alguna trastada; pero, pese a todo, seguías sin tenerlas todas contigo por las circunstancias que lo rodeaban. Tal vez, por ejemplo, no se dirigía hacia el lugar en que estaban los soldados. Había veces en las que aparecía un fulano que simplemente se estaba haciendo el gallito delante de los amigos, sin tener la menor idea de que yo lo estaba observando o de que había tropas estadounidenses cerca de allí.

En esos casos no disparaba nunca. No podías: tenías que estar pendiente de salvar el culo, y por un disparo injustificado podían montarte un consejo de guerra. Muchas veces me quedaba sentado pensando: «Sé que ese hijo de puta es de los malos, porque el otro día lo vi haciendo tal cosa y tal otra en la calle; pero ahora no está haciendo nada y, si le pego un tiro, no voy a poder dar ninguna justificación a mis abogados. Me van a freír en la silla eléctrica». Para todo hay papeleo: toda muerte confirmada posee su documentación, pruebas que la respaldan y un testigo.

Así que no disparaba. Y se dieron muchos casos así, sobre todo en Faluya; pero yo tenía clarísimo en todo momento que tendría que justificar ante los abogados cada muerte. Pensaba: «Si mi explicación va a ser que *creía* que el blanco abatido iba a hacer algo malo, entonces no tengo justificación». Tenía que estar haciéndolo en aquel momento. De todos

modos, sobraban objetivos aun si seguías esta máxima. Yo llevaba de media dos o tres por día: a veces hacía menos, y otras, muchos más; pero no parecía que fuese a acabar nunca.

Sobre las cubiertas de las casas se elevaba un depósito de agua achaparrado a pocos bloques de una de las azoteas en las que nos apostamos. Parecía un tomate amarillo achatado.

Nos encontrábamos ya unos bloques más allá cuando uno de los marines decidió encaramarse a ella para hacerse con la bandera iraquí que ondeaba en la estructura metálica. Mientras escalaba se pusieron a dispararle los insurgentes que habían estado agachados durante el ataque anterior, y segundos más tarde le habían dado y se encontraba atrapado.

Tuvimos que desandar la ruta que habíamos hecho, recorriendo calles y cruzando tejados hasta que dimos con los que le estaban disparando. Una vez despejado el sector, mandamos a uno de los nuestros a coger la bandera y, cuando lo consiguió, se la enviamos al marine al hospital.

«El Fugitivo» se delata

Poco después, estaba en la calle con un fulano al que llamaré «el Fugitivo» cuando tuvimos un encuentro con insurgentes iraquíes. Corrimos agachados hacia un punto en que se retranqueaba el muro de un edificio en espera de que amainara el tiroteo.

—Vamos a replegarnos —le dije al «Fugitivo»—. Ve tú primero, y yo te cubro.

—Vale.

Me asomé y me puse a disparar para obligar a los iraquíes a retroceder. Esperé unos segundos para darle tiempo al «Fugitivo» a tomar posiciones desde las que cubrirme a mí, y cuando me pareció que había pasado el suficiente, salí de un salto y eché a correr.

Entonces empezaron a silbar balas por todas partes, pero no eran de «el Fugitivo»: venían de los iraquíes, que estaban intentando grabarme su nombre en la espalda. Me lancé contra una pared para resguardarme al lado de la entrada de una casa. Por un momento, me sentí desorientado: ¿dónde estaba «el Fugitivo»? Tenía que haberse quedado por allí, esperándome a cubierto para que pudiésemos replegarnos; pero no lo veía por ninguna parte. ¿Lo habría rebasado?

No: el muy mamón estaba muy ocupado ganándose a pulso el mote. Me había dejado tirado, acosado por los insurgentes y atrapado por el fuego. Los disparos iraquíes se intensificaron tanto que tuve que pedir ayuda. Los marines enviaron un par de Hummer, que abrieron con sus disparos una vía de escape por la que pude salir de allí.

A esas alturas me había imaginado ya lo que había pasado. Cuando, poco después, me crucé con «el Fugitivo» casi lo estrangulo. En verdad, creo que lo habría hecho de no ser por un oficial que había presente.

—¿Por qué coño te has largado? —quise saber—. Te has pasado todo el edificio sin cubrirme.

—Creí que me seguías.

—¡Y una mierda!

Era la segunda vez aquella semana que me dejaba tirado «el Fugitivo» cuando nos estaban disparando. La primera había preferido hacer la vista gorda y concederle el beneficio de la duda; pero ahora había quedado claro que era un cobarde: cuando se veía en medio de una refriega, escurría el bulto.

Los mandos nos separaron, y fue lo mejor que pudieron hacer.

«Disparamos todos, y ya está»

Poco después de la emocionante aventura de «el Fugitivo», bajé corriendo de la posición que había tomado en una de las azoteas cuando oí un tiroteo

de padre y señor mío en las inmediaciones. Salí a la calle, pero no vi nada. Entonces avisaron por radio que había varios hombres heridos.

Un colega al que llamaré «Águila» y yo corrimos calle arriba hasta dar con un grupo de marines que se habían replegado después de ser atacados por el enemigo una manzana más allá. Nos dijeron que un grupo de insurgentes tenía acorralados a algunos de sus compañeros no muy lejos de allí, y decidimos tratar de ayudarlos.

Intentamos tomar ángulo desde una casa cercana, pero no era lo bastante alta; así que nos acercamos algo más y probamos con otra. En la azotea encontramos a cuatro marines, dos de ellos heridos. Cada uno contaba una historia más confusa que el anterior, y de todos modos desde aquel punto tampoco podíamos disparar; así que pensamos que lo mejor era sacarlos de allí para que pudiesen atender a los que lo necesitaban. Al chaval que me eché yo al hombro le habían dado en las tripas.

Ya en la calle, los dos marines ilesos nos dieron indicaciones más claras, y nos dimos cuenta de que nos habíamos equivocado de casa. Enfilamos un callejón en dirección a los insurgentes, pero poco después topamos con una serie de obstáculos que no había manera de salvar, y dimos la vuelta. En el preciso instante en que desemboqué otra vez en la calle principal, se produjo una explosión a mis espaldas: un insurgente nos había visto llegar y había lanzado una granada.

Uno de los marines que me seguían cayó al suelo, y «Águila», que era sanitario además de francotirador, se puso a curarlo en cuanto lo apartamos del callejón. Yo, mientras, me llevé conmigo al resto de los marines y seguí calle abajo en dirección a las posiciones de los insurgentes.

Encontramos a un segundo grupo de marines apiñados en una esquina cercana, atrapados por los fuegos de la casa. Habían acudido al rescate del primer grupo y los habían acorralado. Reuní a los que venían conmigo para decirles que un puñado de nosotros iba a seguir avanzando por la calle mientras el resto nos cubría. Los marines atrapados estaban a unos cincuenta metros, como a una manzana de nosotros.

—Da igual que los veáis o no —les advertí—. Disparamos todos, y ya está.

Me levanté para empezar. Uno de los terroristas saltó al centro de la carretera y nos lio una de mil demonios descargando contra nosotros la cinta de su automática. Respondiéndole lo mejor que pudimos, volvimos a ponernos a cubierto. Todos nos miramos de arriba abajo buscando algún agujero, pero, milagrosamente, estábamos todos intactos.

A esas alturas tenía conmigo a entre quince y veinte marines.

—Vale —les dije—. Vamos a intentarlo otra vez, pero esta vez lo vamos a conseguir.

Doblé la esquina de un salto y eché a correr disparando mi arma. El iraquí de la ametralladora yacía muerto por la descarga nuestra de antes, pero la calle se había llenado de malos.

Apenas había dado unos pasos cuando me di cuenta de que no me seguía ninguno de los marines. Mierda. Seguí corriendo. Los insurgentes comenzaron a centrar en mí sus fuegos. Yo llevaba el Mk-11 bajo el brazo y seguía disparando mientras corría. Por excelente y versátil que sea este fusil semiautomático, en aquella situación particular el cargador de veinte balas se me quedó cortísimo. Me fundí un cargador, lo solté, metí el siguiente y seguí disparando.

No muy lejos de la casa encontré a cuatro hombres agachados cerca de un muro. Resultó que dos de ellos eran periodistas que acompañaban a los marines. Desde luego, mejor vista de la batalla que la que estaban obteniendo desde allí no podrían haberla soñado.

—Os cubro —grité—. Salid de aquí echando leches.

Me puse en pie de un salto y seguí disparando mientras ellos corrían. El último marine me dio en el hombro al pasar a mi lado para anunciarme que ya no quedaban más tras él. Cuando me disponía a seguirlo, eché un vistazo a la derecha por comprobar que no me atacaban por el flanco, y con el rabillo del ojo vi un cuerpo tumbado en el suelo. Llevaba el traje de camuflaje de los marines.

No sé cómo había aparecido allí: si estaba ya al llegar yo o había llegado arrastrándose desde cualquier otro lugar. Corrí hacia él y vi que lo habían alcanzado en las dos piernas. Entonces introduje otro cargador en mi fusil, lo agarré por la parte de atrás del chaleco antibalas y tiré de él al mismo tiempo que me retiraba.

Mientras corría, en algún momento, uno de los insurgentes lanzó una granada que explotó a no mucha distancia de nosotros y me salpicó el costado, desde el glúteo hasta la rodilla, de fragmentos de muro. Por suerte, la esquirla más grande se la llevó la pistola. Tuve una suerte tremenda, porque podía haberme hecho un buen agujero en la pierna.

Aunque estuvo un tiempo escociéndome el culo, parece que sigue funcionando bastante bien.

Volvimos a donde estaban los demás marines sin que volviesen a alcanzarnos.

Nunca llegué a averiguar quién era el herido. Me han dicho que era alférez, pero no he tenido ocasión de seguirle la pista. Los otros marines dijeron que les había salvado la vida, aunque la verdad es que no fui yo solo: poner a aquellos colegas a salvo fue un trabajo en equipo en el que colaboramos todos.

La unidad se mostró muy agradecida conmigo por haber ayudado a rescatar a sus muchachos, y uno de los oficiales propuso que me concedieran la Estrella de Plata. Por lo que me contaron, los generales, reunidos en sus despachos, decidieron que ya que durante el asalto no se había dado la condecoración a ninguno de los de la infantería de marina, no se la iban a otorgar a un SEAL. Lo que sí me dieron fue una Estrella de Bronce con una «V» (de «valor en el campo de batalla»).

Cuando me acuerdo, sonrío satisfecho. Las medallas están bien, pero tienen mucho que ver con la política, y yo no soy ningún forofo de la política. Dicho esto, tengo que añadir que iba a terminar mi historial de SEAL con dos Estrellas de Plata y cinco de Bronce, todas al valor. Estoy

orgulloso del servicio prestado, pero está clarísimo que no lo hice por las medallitas. No me convierten en mejor o peor soldado que ninguno de los demás. Las condecoraciones siempre se dejan mucho en el tintero, y, como ya he dicho, a fin de cuentas son más una cuestión de política que de precisión. He visto a hombres que valían mucho y, a otros que valían bastante menos recibir una gracias a mandamases a los que les convenía para cualquiera que fuese la causa pública que se estaban trabajando en ese instante. Por eso no las tengo expuestas en casa ni en el despacho.

Mi mujer no para de insistir en que debería organizar o enmarcar el papeleo que las acompaña y poner las medallas a la vista. Sean o no cosa de política, ella las ve como parte de mi historial militar. A lo mejor algún día me convence.

Aunque no creo.

Mi uniforme tenía tanta sangre después del asalto, que los marines me dieron uno de los suyos, y desde entonces llevé el camuflaje pixelado de los marines.

Aunque resultaba un poco raro tener puesto el uniforme de otro, era también un honor que me consideraran parte de su equipo hasta el punto de vestirme. Y lo que es mejor: me dieron una chaqueta con forro polar y un gorro a juego. Y es que fuera hacía frío.

Taya:

Un día, después de volver de una de sus misiones, íbamos en el coche y Chris me dijo sin venir a cuento:

—¿Sabías que cada forma de morir tiene su olor característico?

Y yo respondí:

—No, no lo sabía.

Y poco a poco, me lo fue contando. Como cabe esperar, era una narración espeluznante.

Las historias le iban saliendo sin más. Muchas veces, iba revelándome cosas para ver hasta qué punto podía yo escucharlas. Yo siempre le decía que de veras no me importaba en absoluto lo que hiciera en tiempos de guerra: tenía mi apoyo incondicional. Aun así, él tenía que ir poco a poco, tanteando. Creo que necesitaba saber que no lo iba a mirar de manera diferente y, quizá más que eso, sabía que iba a volver a irse y no quería asustarme.

En mi opinión, el que tiene algún problema con lo que hacen allí nuestros muchachos es incapaz de sentir empatía. La gente quiere que América dé una imagen determinada cuando luchamos; pero yo estoy convencida de que si alguien les disparase y tuvieran que mantener a salvo a sus familias mientras se desangran frente a un enemigo que se oculta detrás de sus propios hijos y se hace el muerto para lanzarles una granada al verlos acercarse, y que no siente reparo en dejar que mueran sus pequeños por una granada a la que él mismo le ha quitado la anilla, estarían menos dispuestos a andarse con buenas maneras.

Chris seguía las reglas de enfrentamiento porque tenía que hacerlo. Algunas de las más generales están muy bien, pero el problema que tienen las que se refieren a casos muy concretos es que a los terroristas, en realidad, les importa una mierda la Convención de Ginebra. Por lo tanto, desmenuzar cada movimiento que hace un soldado frente a un enemigo cruel y depravado que no piensa respetar ninguna norma resulta más que ridículo: resulta despreciable.

Me importa que mi marido y otros americanos vuelvan vivos a casa; así que, aparte de preocuparme por su seguridad, no me daba miedo nada de lo que quisiera contarme. Tampoco es que antes de oír sus historias me hiciera ilusiones de que la guerra pudiera ser algo hermoso o amable.

Cuando me hablaba de acciones en las que había matado a alguien luchando cuerpo a cuerpo, lo único que pensaba yo era: «Gracias a Dios que está bien». Y luego: «Eres todo un machote. Guau».

En realidad, no hablábamos mucho de sus muertes, ni de la guerra; pero de vez en cuando se colaba en la conversación. Eso sí: no siempre de un modo negativo. Un día, fue a que le cambiasen el aceite a un taller cercano. En la oficina había otros hombres esperando, y cuando el empleado lo llamó por su nombre, Chris pagó la factura y volvió a sentarse. Uno de los otros clientes lo miró y le dijo:

—¿Tú eres Chris Kyle?

Y él respondió:

—Sí.

—¿Y has estado en Faluya?

—Vaya.

—¡Coño! ¡Tú eres el colega que nos salvó el culo!

El padre, que estaba allí con él, se acercó para darle las gracias y estrecharle la mano. No paraban de decir cosas como: «¡Eras la repera! Mataste a más gente que nadie».

Chris, muerto de vergüenza, le contestó con mucha humildad:

—Tú también me salvaste el culo.

Y ahí quedó la cosa.

7
Con la mierda al cuello

En la calle

El chaval me miró entre emocionado e incrédulo. Era un marine joven, entusiasmado, aunque templado por los combates que habíamos estado librando la semana anterior.

—¿Quieres ser francotirador? —le pregunté—. ¿Ahora mismo?

—¡Joder, pues claro! —dijo al final.

—Bien. —Le tendí mi Mk-11—. Dame tu M-16 y toma tú mi fusil. Yo me quedo en la entrada principal.

Y dicho eso, me fui adonde estaban los de la escuadra con la que habíamos estado colaborando y les dije que los iba a ayudar a asaltar casas.

Durante los últimos días, los insurgentes habían dejado de salir a hacernos frente. La media de muertos abatidos durante nuestras guardias había bajado. Los malos se quedaban bajo techo porque sabían que los íbamos a derribar si salían.

Rendirse, no se rendían: simplemente habían trasladado el campo de batalla al interior de las casas para emboscar y acometer a los marines en sus estrechas habitaciones y sus pasillos diminutos. Vi sacar a un montón de chavales para evacuarlos. Llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de bajar a la calle cuando al fin me decidí a hacerlo. Elegí a uno de los

soldados rasos que habían estado ayudando al equipo de francotiradores. Parecía un buen chico, con mucho potencial.

Aunque una de las razones que me llevó a bajar a combatir en la calle fue el aburrimiento, la más importante era que estaba convencido de que podía proteger mejor a los marines estando a su lado. Llegaban a las puertas de entrada de aquellos edificios y les daban para el pelo. Yo vigilaba mientras entraban, oía los disparos y lo siguiente que sabía es que tenían que sacar a alguno en camilla porque le acababan de dar. Y eso me jodía mucho.

Soy un gran fan de los marines, pero la verdad es que a esos muchachos no los habían enseñado nunca a reconocer casas como a nosotros. Esa no es una de sus especialidades. Todos ellos eran duros combatientes, pero tenían mucho que aprender sobre combate en población. Había cosas sencillas: cómo sujetar el fusil cuando entras a un cuarto para que no puedan quitártelo de un tirón; adónde ir una vez dentro; cómo luchar sin perder de vista cuanto te rodea... A los SEAL nos lo enseñan con tanto ahínco, que podemos hacerlo durmiendo.

La escuadra no tenía oficial: el suboficial de más graduación con que contaba era un sargento, un E-6 para los marines. Yo era E-5, cabo primero, y por lo tanto, él era mi superior. Sin embargo, no le importó en absoluto dejarme al mando durante los asaltos. Ya llevábamos un tiempo trabajando juntos, y creo poder decir que me había ganado cierto respeto. Además, a él tampoco le hacía gracia que abatieran a sus chavales.

—Yo soy SEAL, y vosotros, marines —les dije—. No es que sea mejor que ninguno de vosotros: la única diferencia es que yo he pasado más tiempo especializándome y adiestrándome en esto. Dejadme que os ayude.

Practicamos durante el descanso. A uno de ellos, que tenía experiencia en explosivos, le di algunos de los míos, y un cursillo acelerado sobre cómo volar cerraduras. Hasta entonces, les habían proporcionado tan pocos explosivos que casi siempre habían tenido que echar las puertas abajo, y eso, claro, les quitaba tiempo y los hacía más vulnerables.

Acabado el descanso, fuimos para allá.

Dentro

Yo iba en cabeza.

Mientras esperábamos en el exterior de la primera casa, pensé en los muchachos que había visto evacuar. No quería ser uno de ellos. Sin embargo, podía serlo. No me fue fácil sacarme esta idea de la cabeza. También era consciente de que podía meterme en un follón de tomo y lomo si me herían, porque, oficialmente al menos, se suponía que yo no bajaba a combatir a la calle. Yo no tenía la menor duda de estar haciendo lo correcto: sentía que era eso precisamente lo que tenía que hacer; pero sabía que a los mandamases se los iban a llevar todos los demonios.

De todos modos, esa no iba a ser la mayor de mis preocupaciones en caso de que me alcanzase una bala, ¿verdad?

—Vamos allá —dije.

Volamos la puerta. Yo iba delante (aunque en realidad, lo había hecho tantas veces que me movía por instinto). Despejé la sala de estar, me hice a un lado y me puse a dirigir la operación. Llevábamos un ritmo rápido, automático. Una vez echada a rodar la inspección, empecé a moverme por la casa, aunque no era yo ya quien estaba al mando de mi ser: ya no me importaban las bajas; no pensaba en nada que no fuese la puerta, la casa, la habitación, y con eso tenía más que de sobra.

Cuando entrabas en una casa nunca sabías con qué te ibas a encontrar. Ni siquiera cuando despejabas sin contratiempos las salas de la primera planta podías confiarte. Mientras subías a la segunda, podía empezar a invadirte la sensación de que los cuartos estaban vacíos o de que no ibas a tener problemas allí arriba; pero se trataba de una impresión muy peligrosa, porque, en realidad, nunca sabías qué podía haber en cualquier parte. Había que despejar cada una de las habitaciones, y tampoco entonces podías bajar

la guardia, porque no fueron pocas las veces que, después de comprobar que una casa estaba vacía, nos dispararon desde fuera o nos lanzaron granadas por la ventana.

Aunque muchas viviendas eran pequeñas y estrechas, también tuvimos que abrirnos paso por una zona acomodada de la ciudad a medida que avanzaba la batalla. Tenía las calles pavimentadas, y los edificios parecían palacios en miniatura desde fuera. Sin embargo, una vez que pasabas de la fachada y mirabas en las habitaciones, la mayoría eran verdaderas leoneras llenas de cascotes. Los iraquíes que tenían tanto dinero para permitirse casas así habían huido o estaban muertos.

En los descansos, les mostraba técnicas a los marines. Mientras otras unidades comían algo, yo les enseñaba todo lo que había aprendido sobre cómo limpiar sistemáticamente un área urbana.

—¡Escuchadme! No quiero perder a nadie —les gritaba.

No tenía intención ninguna de discutir al respecto. Los hacía correr de un lado a otro y sudar la gota gorda cuando en teoría tenían que estar descansando; pero es lo que tienen los marines: les puedes dar una paliza tremenda, que ellos te van a pedir más.

Reconocimos una casa con una sala de estar enorme y pillamos a sus ocupantes totalmente por sorpresa.

Sin embargo, mi asombro no fue menor: al irrumpir en la habitación, me encontré con un buen puñado de tipos con uniforme de camuflaje para la arena, la vieja tela parda salpicada de chocolate de la Operación Tormenta del Desierto, la primera guerra del Golfo. Todos estaban bien uniformados, y no solo eran blancos, sino que uno o dos tenían el pelo rubio: saltaba a la vista que no eran iraquíes ni árabes.

¿Qué coño...? Nos miramos, y entonces caí en algo. Apreté el gatillo del M-16 y los acribillé a todos. Si llego a vacilar medio segundo más, soy yo

el que acaba desangrándose en el suelo. Resultaron ser chechenos, musulmanes reclutados al parecer para librar una guerra santa contra Occidente (encontramos sus pasaportes después de registrar la casa).

Un viejo

No tengo ni idea de cuántas manzanas, por no decir ya cuántas casas, desarmamos. Los marines seguían un plan muy bien trazado: a la hora de comer teníamos que haber llegado a un punto concreto, y acto seguido había que alcanzar otro objetivo para cuando cayera la tarde. Toda la fuerza de invasión avanzaba por la ciudad como quien ejecuta una coreografía, asegurándose de que no quedaban huecos ni puntos débiles que pudieran usar los insurgentes para quedar a nuestra retaguardia y envolvernos.

De vez en cuando dábamos con un edificio habitado todavía por familias, aunque en la mayoría de los casos solo nos encontrábamos con insurgentes. Registrábamos de cabo a rabo cada casa. En una de ellas oímos gemidos apagados y bajamos al sótano. Allí encontramos a dos hombres sujetos con cadenas a una pared. Uno estaba muerto, y el otro vivía de milagro. A los dos los habían torturado de lo lindo con descargas eléctricas y con Dios sabe qué más. Ambos eran iraquíes, y saltaba a la vista que tenían un retraso mental. Los rebeldes habían querido asegurarse de que no nos contaban nada, y habían decidido divertirse con ellos antes.

El segundo murió mientras lo atendía nuestro médico. Había una bandera negra en el suelo, como las que sacaban los fanáticos en sus vídeos cuando decapitaban occidentales, y también miembros amputados y más sangre de la que uno pueda imaginar. Aquel sitio olía a rayos.

Después de un par de días, uno de los francotiradores de los marines decidió bajar a la calle conmigo, y los dos liderábamos el reconocimiento y la limpieza de casas.

Tomábamos una calle de la acera de la derecha, y luego cruzábamos la calle para tomar la que había justo enfrente. Y así avanzábamos, yendo de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha. Todo esto llevaba su tiempo. Teníamos que bordear la entrada, llegar hasta la puerta, volar el cerrojo y entrar en tromba. La escoria que esperaba dentro tenía tiempo de sobra para prepararse. Además, a pesar de mi contribución, nos estábamos quedando sin explosivos.

Nos estaba ayudando un vehículo blindado de los marines que recorría el centro de la calle a medida que avanzábamos. No tenía más arma que una ametralladora 12,70, con una potencia de fuego descomunal: no había pared iraquí capaz de resistírsele cuando empezaba a escupir balas.

Me dirigí a su tirador y le dije:

—Escucha: quiero que me hagas esto. Nos estamos quedando sin explosivos. Apuntas con la ametralladora a la puerta, disparas cinco ráfagas de cincuenta disparos y paras, y nosotros entramos después.

Empezamos a proceder de ese modo, y no solo ahorrábamos explosivos, sino que avanzábamos con más rapidez. Pateábamos las escaleras hacia arriba y hacia abajo, subíamos corriendo hasta la azotea, volvíamos a bajar, limpiábamos la siguiente... Así llegamos a hacer de cincuenta a cien casas diarias. Los marines no perdían el resuello, pero yo perdí más de diez kilos en las seis semanas aproximadas que estuve en Faluya. La mayor parte se tuvo que ir en sudor: aquel trabajo resultaba agotador.

Los marines eran todos mucho más jóvenes que yo, y, de hecho, algunos eran todavía adolescentes. Yo debía de tener todavía cara de niño, porque cuando nos poníamos a hablar y por una cosa u otra les decía mi edad, me miraban extrañados y decían:

—¿Tan viejo eres?

Tenía treinta, y eso en Faluya era ser muy mayor.

Un día más

A medida que se acercaba el avance de la infantería de marina al extremo sur de la ciudad, el combate perdió fuerza y mi pelotón empezó a desaparecer. Así que volví a las azoteas y me puse a sobrevigilar otra vez, convencido de que desde allí iba a poder abatir más blancos. Las tornas de la batalla se habían vuelto, y Estados Unidos les había arrebatado a los malos casi todo el control de la ciudad. Ya solo quedaba esperar a que se derrumbase la resistencia. Sin embargo, al estar en el ojo del huracán, no me resultaba nada fácil imaginar cuánto iba a tardar.

Sabiendo que respetábamos el carácter sagrado de los cementerios, los insurgentes solían usarlos para esconder armas y explosivos. Una vez, estábamos escondidos, vigilando el recinto amurallado de uno muy grande situado en medio de Faluya: una verdadera ciudad de cemento para los muertos equivalente a unos tres campos de fútbol de largo por dos de ancho, lleno de tumbas y mausoleos. Nos habíamos apostado en una azotea, cerca del alminar de una mezquita vecina al lugar.

La cubierta estaba bastante recargada, y el antepecho que la rodeaba estaba adornado con rejas y nos ofrecía una posición excelente para disparar. Me puse en cuclillas y apunté el fusil a través de uno de los huecos del enrejado, estudiando los senderos que corrían entre piedras a unos cuantas centenas de metros de mí. Había tanto polvo en el ambiente, que llevaba puestas las gafas militares cerradas. En Faluya había aprendido a llevar siempre bien puesto el casco para evitar los trozos de cemento que saltaban de las paredes durante los tiroteos.

Elegí a una serie de figuras que se movían por el patio del cementerio. Apunté a una de ellas y disparé. En cuestión de segundos se montó una buena refriega. No dejaban de salir insurgentes de detrás de las piedras. Debía de haber un túnel o algo parecido, porque si no, no sabría decir cómo aparecían tantos. La ametralladora M-60 que había instalado allí cerca escupía plomo y más plomo.

Yo me concentraba en mis disparos mientras los marines que me rodeaban daban rienda suelta a sus fuegos. Todo lo que hacían se difuminaba en el entorno mientras yo ponía la mira con cuidado en un

blanco, hacía puntería en el tronco y apretaba el gatillo con tanta suavidad que hasta me sorprendía ver la bala salir por el cañón. Cuando caía mi objetivo, buscaba otro, y luego otro; y así sucesivamente hasta que, al final, no quedó ninguno más.

Me incorporé y di unos pasos hasta llegar a un lugar en que el antepecho me ocultaba por completo del cementerio. Entonces me quité el casco y apoyé la espalda contra la pared. La azotea estaba sembrada de casquillos: cientos de ellos, si no miles.

Alguien me pasó una botella grande de agua. Uno de los marines se quitó la mochila y la usó de almohada para echar una cabezada, y otro fue al estanco que había en la planta baja. Trajo cartones de cigarrillos con sabor; encendió unos cuantos, y el aroma de cereza fue a mezclarse con el tufo que flotaba siempre sobre Irak: olor a alcantarilla, a sudor y a muerte.

Un día como otro en Faluya.

Las calles estaban cubiertas de astillas y escombros varios. La ciudad, que nunca había sido precisamente una joya, estaba hecha un verdadero desastre. En medio de la calzada había botellas de agua aplastadas al lado de montones de madera y metal retorcido. Reconocimos una manzana de edificios de tres plantas con comercios en el piso inferior. No había toldo que no estuviese cubierto por una capa densa de polvo que apagaba por completo los vivos colores del tejido. Casi todas las tiendas tenían persianas metálicas en la fachada, y todas estaban salpicadas de metralla. Algunas tenían octavillas con las caras de los insurgentes buscados por el gobierno legítimo.

Tengo algunas fotos de aquel tiempo. Hasta en las escenas más corrientes y menos dramáticas son evidentes los efectos de la guerra. De vez en cuando, es posible ver algún vestigio de la vida normal de antes de la guerra, algo como, por ejemplo, un juguete infantil.

La guerra y la paz no parecen ir bien de la mano.

El mejor disparo de francotirador de la historia

La aviación, la infantería de marina y la Armada nos estaban dando apoyo aéreo. Confiábamos lo bastante en ellas para solicitar pedirles que atacasen la siguiente manzana.

La unidad con la que estaba uno de los chavales de transmisiones que operaban en la calle de al lado se vio hostigada por los fuegos procedentes de un edificio plagado de insurgentes. Se puso en contacto por radio con los marines y pidió permiso para solicitar un ataque aéreo. En cuanto se lo concedieron, habló con un piloto y le dio las coordenadas y otros detalles.

—¡Tenemos al enemigo muy cerca! —le advirtió.

—Poneos a cubierto.

Tras terminar la comunicación, se metió en el edificio. No tengo la menor idea del tamaño de la bomba que lanzaron; pero lo que sé decir es que la explosión hizo temblar todos los muros. Mi compi me dijo más tarde que mató a más de treinta rebeldes, lo que deja claro no solo cuánta gente había intentando matarnos, sino la importancia que tenía el apoyo aéreo.

Tengo que decir que todos los pilotos que teníamos por encima de nuestras cabezas eran muy precisos. Muchas veces les pedíamos que lanzasen bombas o misiles a posiciones ubicadas a unos cientos de metros de nosotros, y eso es muy poca distancia cuando estábamos hablando de una bomba de quinientos kilos. Sin embargo, no tuvimos ningún incidente, y en ningún momento dudamos de que fueran capaces de cumplir con su misión.

Un día, un grupo de marines apostados cerca de nosotros comenzó a recibir disparos desde el alminar de una mezquita situada a unas manzanas de nuestra posición. Veíamos dónde estaba el tirador, aunque desde allí era imposible darle: estaba apostado en un lugar perfecto desde el que dominaba buena parte de lo que tenía a sus pies.

Aunque por lo general teníamos prohibido atacar todo lo que tenía relación con una mezquita, la presencia de aquel tirador la convertía en un objetivo legítimo. Solicitamos una incursión aérea contra el alminar, que estaba cubierto por una cúpula alta con ventanas y tenía alrededor dos pasarelas que le daban cierto aire de torre de control para el tráfico aéreo. La parte más alta estaba hecha con paneles de cristal y rematada con una pértiga afilada.

Nos agachamos al ver llegar el avión. La bomba surcó el cielo, atravesó uno de los cristales de la cúspide del alminar y siguió cayendo hasta llegar a un patio situado al otro lado del callejón, en donde estalló sin causar demasiado daño visible.

—Mierda —dije yo—. Ha fallado. ¡Venga! Vamos a encargarnos nosotros de ese cabrón.

Recorrimos unas cuantas manzanas y entramos en la torre. Ascendimos unas escaleras que nos parecieron interminables, suponiendo que en cualquier momento aparecerían el que cubría al tirador o este mismo y empezarían a dispararnos.

No asomó nadie, y al llegar arriba pudimos ver el motivo: al tirador, que estaba solo en el edificio, lo había decapitado la bomba al entrar por la ventana. Y no fue lo único que hizo el proyectil: el callejón en el que fue a caer acertó a estar lleno de rebeldes, y poco después dimos con sus cadáveres y con sus armas.

Creo que nunca he visto un francotirador tan preciso como el artillero de aquel avión.

Redistribución

Después de dos semanas aproximadas de trabajo con la compañía Kilo, nuestros jefes reunieron a todos los francotiradores de los SEAL para redistribuirnos y enviarnos a donde fuésemos más necesarios.

—¿Qué coño has estado haciendo? —me preguntó uno de los primeros compañeros con los que me encontré—. Nos han contado un montón de historias de tus incursiones en tierra.

—Sí, he salido un par de veces a la calle porque no lo hacía nadie.

—Y ¿se puede saber en qué cojones estabas pensando? —me dijo apartándome del resto—. Sabes que, si se entera el oficial, te manda a casita.

Tenía razón, y por toda respuesta, no pude sino encogerme de hombros. En el fondo tenía claro cómo debía actuar, y además, confiaba mucho en mi superior inmediato, un hombre de los que no se andan con rodeos que siempre estaba a favor de hacer lo que había que hacer. Eso, por no decir que los jefazos estaban tan desligados de todo aquello que iban a tardar una eternidad en enterarse de algo, y más todavía en hacer que me sacaran de allí.

Hubo otros que se sumaron a nuestra conversación y empezaron a apoyarme: teníamos que salir más a la calle, que era donde nos necesitaban. No tengo ni idea de lo que harían ellos después de aquello, aunque sí puedo decir que, oficialmente, todos nos quedamos en las azoteas y disparamos como buenos francotiradores.

—Oye —me dijo uno de los de la Costa Este—, pues yo, en vez de ese M-16 de los marines me he traído el fusil M-4. Si quieres, te lo presto.

—¿De verdad?

Acepté la oferta, y acabé por matar a unos cuantos con él. Las dos son armas de calidad. Los marines prefieren el último modelo de M-16 por varios motivos relacionados con su forma de combatir. Por supuesto, para enfrentarme de cerca con el enemigo prefiero el cañón corto de la M-4, y tuve ocasión de alegrarme de haber cogido prestado el de mi amigo para el resto de mi estancia en Faluya.

Me asignaron a la compañía Lima, que estaba operando a unas cuantas manzanas de la Kilo, ayudando a limpiar partidas; es decir, a tomar los focos de resistencia que habían logrado pasar hacia nuestra retaguardia o habían escapado a nuestro avance. Estaban combatiendo de lo lindo.

Aquella noche fui a ver a los jefes de la compañía a la casa que habían ocupado aquel mismo día. El jefe de los marines ya había oído hablar de mi colaboración con la Kilo, y, después de charlar conmigo un rato, me preguntó qué quería hacer.

—Me gustaría bajarme con vosotros a la calle.

—Me parece muy bien.

La compañía Lima resultó ser también un grupo muy apañado.

No se lo digas a mi madre

Unos días más tarde, estábamos despejando una manzana cuando oí disparos en la calle de al lado. Les dije a los marines a los que estaba acompañando que se quedasen donde estaban, y luego eché a correr hacia allí para ver si podía ayudar.

Encontré a otro grupo de marines que después de meterse en un callejón se habían encontrado acosados por los fuegos del enemigo. Cuando llegué yo, ya se habían puesto a cubierto. Uno de los chavales no lo había logrado: estaba tendido a unos metros, gritando de dolor.

Disparando para cubrirme, corrí adonde estaba para tirar de él. Al llegar vi que tenía muy mala pinta: le habían disparado en la barriga. Me agaché, metí los brazos por sus axilas y empecé a arrastrarlo mientras caminaba hacia atrás. No sé cómo me las arreglé para tropezar, pero el caso es que me caí de espaldas con él encima. A esas alturas, estaba tan cansado y tan sin resuello que me quedé tumbado unos minutos, en plena línea de fuego y con balas silbando por todas partes.

Aquel crío debía de tener unos dieciocho años, y estaba muy malherido. Saltaba a la vista que iba a morir.

—Por favor —me pidió tartamudeando—, no le digas a mi madre que he sufrido.

«¡Mierda, chaval! —pensé yo—. Si ni siquiera sé quién eres, ¿cómo quieres que le diga nada a tu madre?»

—Vale, vale —le respondí—. No te preocupes, que vamos a hacer que suene bien; muy, muy bien.

Murió en ese mismo instante. Ni siquiera tuvo tiempo de oírme mentir diciendo que iba a salir de aquella.

Entonces llegaron unos cuantos marines que me lo quitaron de encima y lo pusieron en la parte de atrás de un Hummer. Solicitamos un ataque con bombas y eliminamos las posiciones desde donde nos habían disparado, en el extremo opuesto del callejón.

Yo volví a mi manzana y seguí batallando.

Acción de Gracias

Pensé en las bajas que había visto y en que bien podía ser yo el próximo al que evacuasen. Sin embargo, no pensaba desistir. No iba a dejar de entrar en las casas ni de apoyarlos desde las azoteas. No podía defraudar a los jóvenes con los que estaba.

Me decía: «Soy de los SEAL: se supone que soy más duro y mejor, y no voy a dejarlos tirados». No es que me creyera más fuerte ni mejor que ellos: simplemente sabía que era eso lo que pensaban de nosotros, y no quería que se sintieran decepcionados. No quería fallarles ni fallarme.

Esa es la convicción que nos han inculcado con sudor y lágrimas: «Somos lo mejor de lo mejor. Somos invencibles». Y yo no sé si seré de lo mejor, pero estaba seguro de que no lo era si desistía. Invencible sí que me sentía: había vivido toda clase de mierda y seguía sano y salvo... por el momento.

El día de Acción de Gracias pasó como un rayo mientras combatíamos.

Recuerdo la comida de aquel día: pararon el combate un rato —media hora tal vez— y nos trajeron a la azotea en la que nos habíamos apostado pavo, puré de patatas, relleno, judías verdes para diez... Todo venía en una

caja grande. Todo junto: sin más cajas, ni compartimentos; todo en un montón. Tampoco había platos, tenedores, cuchillos ni cucharas. Metimos las manos y nos lo comimos con los dedos. Ese fue nuestro día de Acción de Gracias.

Eso sí: comparado con la caja de zapatos, la ración individual de combate que nos daban normalmente, era una gloria.

Asalto al pantano

Estuve con la Lima una semana más o menos antes de regresar a la Kilo. No fue precisamente plato de gusto saber a quién habían herido y quién había muerto durante mi ausencia.

El combate estaba casi terminado, y nos asignaron una nueva misión: crear un cordón de seguridad para evitar que entraran insurgentes. Nuestro sector acababa a orillas del Éufrates, en la zona oeste de la ciudad. En adelante, volví a ejercer de francotirador y, como imaginaba que la mayoría de mis disparos iban a ser a larga distancia, volví al 7,62 largo.

Nos apostamos en una casa de dos plantas que daba al río, a unos cientos de metros del puente Blackwater.[3] Al otro lado del río había una región pantanosa llena de maleza y otras hierbas. Estaba cerca de un hospital que habían convertido en cuartel general los insurgentes antes del asalto, y que seguía pareciendo un imán para salvajes.

Todas las noches había alguien que trataba de hacer una incursión desde allí, y todas las noches disparaba yo y abatía a uno, a dos y a veces a más.

Cerca de allí tenía un campamento el nuevo ejército iraquí, y los muy idiotas se empeñaban en dispararnos también a nosotros. Todos los días. Teníamos colgada una bandera de señalización que indicaba que nuestras posiciones eran amigas, pero ellos no dejaban de tirar. Contactamos por radio con su mando. Seguían tirando. Volvimos a llamar y pusimos de

vuelta y media a su mando. Más disparos. Lo intentamos todo para que parasen: solo nos faltó solicitar un bombardeo contra ellos.

Vuelve «el Fugitivo»

En la Kilo coincidí otra vez con «el Fugitivo». A esas alturas me había aplacado y supe mantener una actitud más o menos civilizada, aunque la opinión que tenía de él no había cambiado.

Él creo que tampoco. Penoso.

Una noche estábamos juntos en una azotea cuando empezamos a recibir fuego de los insurgentes. Me escondí detrás del antepecho de poco más de un metro que rodeaba la cubierta, y cuando cesaron los fuegos, me asomé para tratar de ver desde dónde nos habían atacado; pero estaba demasiado oscuro.

A la siguiente ronda de disparos volvieron a ponerse a cubierto todos. Yo me agaché solo un poco con la esperanza de ver el fogonazo del disparo siguiente. Sin embargo, seguía sin ver nada.

—¡Venga ya! —dije—. No son tiros de precisión. ¿De dónde vienen?

«El Fugitivo» no respondió.

—«Fugitivo», busca el fogonazo.

Tampoco me contestó. Siguieron dos o tres disparos más, y yo aún no era capaz de averiguar su procedencia. Al final, me volví para preguntarle si había visto algo.

«El Fugitivo» se había esfumado: había echado a correr escaleras abajo, y, por lo que sé, lo que lo había detenido había sido la puerta que tenían cerrada los marines que hacían guardia para protegernos.

—Me podían haber matado —se justificó cuando di con él.

Lo dejé allí abajo, y le pedí que mandase a la azotea a uno de los marines en su lugar. Al menos así podría estar seguro de que no me dejaban solo.

Al final, le asignaron una misión fuera del campo de batalla. Si había perdido el valor, tenía que haber sido él quien se quitara de en medio. Habría sido embarazoso, pero quedarse lo fue todavía más: tuvo que pasarse el tiempo convenciendo a los demás de que no era ningún gallina, cuando todos podían ver lo contrario.

Como el gran combatiente que era, «el Fugitivo» trató de hacer ver a los marines que se estaba desaprovechando a los SEAL y los francotiradores al ponerlos a sobrevigilar.

—Los SEAL no deberían estar aquí —les decía—. Esto no es una misión de operaciones especiales.

Sin embargo, el problema no eran solo los SEAL, tal como dejó claro poco después:

—Esos iraquíes van a reagruparse y a capturar nuestras posiciones.

Semejante predicción resultó un pelín desencaminada. Eso sí: mi amigo tiene un futuro brillante como estratega militar.

El pantano

El verdadero problema era que los insurgentes estaban usando para ocultarse la ciénaga del otro lado del río. La orilla estaba sembrada de islotes con árboles y maleza, y entre los arbustos asomaban de vez en cuanto cimientos de alguna construcción derruida o algún montículo de tierra y roca dragadas.

Los rebeldes asomaban entre la vegetación, disparaban y volvían a esconderse en la maleza, donde era imposible verlos. Tan densa era, que podían estar muy cerca no ya del río, sino de nosotros, sin que los viéramos. A veces podían situarse a un centenar de metros de nosotros y, a esa distancia, hasta los iraquíes eran capaces de acertarle a algo.

Para complicar aún más las cosas, en el pantano vivía una manada de bisontes que pasaba por allí de vez en cuando. Cuando oías algo o veías

moverse la hierba, nunca podías decir si se trataba de un insurgente o un animal. Intentamos ser creativos y solicitamos un ataque con napalm con la intención de quemar la vegetación.

Nos lo negaron.

Me di cuenta de que cada noche crecía el número de rebeldes, y llegué a la conclusión de que debían de estar tanteándome. A ese paso, iban a acabar por tener tantos hombres que me iba a ser imposible matarlos a todos.

Eso sí: me lo iba a pasar en grande intentándolo.

Los marines trajeron un controlador aéreo avanzado (FAC) para solicitar incursiones contra los rebeldes. El fulano que enviaron era piloto: un piloto al que habían destinado a tierra. Pidió varios ataques aéreos, pero se los negaban siempre desde puestos superiores de la cadena de mando.

Por lo visto, a esas alturas había tal devastación en la ciudad que no querían más daños civiles. Yo no acababa de entender que con volar un puñado de malas hierbas y fango pudiésemos hacer que Faluya tuviese un aspecto mucho peor; pero uno no es más que un SEAL, y evidentemente, no entiende esa clase de complicadas apreciaciones.

De todos modos, el piloto era un buen tipo. No era arrogante ni iba de creído. Ni siquiera daba la impresión de ser oficial. A todos nos caía bien, y todos lo respetábamos. Y para demostrárselo, de vez en cuando le dejábamos coger el fusil y asomarse a la mira. Nunca llegó a acertarle a nada.

Además de a él, los marines enviaron un escuadrón de caballería o acorazado, más francotiradores y, poco después, equipos de mortero. Estos últimos trajeron consigo algunas granadas de fósforo blanco con los que trataron de quemar la maleza. Por desgracia, lo único que hicieron fue incendiar rodales no muy amplios, que al poco de arder se apagaban con un siseo por la humedad del terreno.

Luego probamos con botes fumígenos incendiarios, dispositivos que alcanzan los dos mil grados centígrados y son capaces de atravesar seis

milímetros de acero en segundos. Bajamos al río y las lanzamos a la otra orilla.

Al ver que aquello tampoco funcionaba, empezamos a hacer nuestros propios mejunjes de fabricación propia. Entre el destacamento de francotiradores de los marines y el equipo de morteros había allí una gran cantidad de materia gris buscando soluciones creativas al problema del cenagal. De todos los planes, uno de mis favoritos era el de usar los «anillos» que llevaban siempre las granadas de mortero (las cargas de pólvora prensada que se enganchan en la cola de las granadas —en mayor o menor cantidad dependiendo de la distancia— como propulsor). Metíamos anillos de pólvora prensada en un tubo, le poníamos cordón detonante y gasóleo, y le añadíamos una mecha de seguridad. Luego, arrojábamos aquel cacharro al otro lado del río para ver qué pasaba.

Conseguimos algún que otro efecto pirotécnico llamativo, pero nada que funcionase de verdad. Ojalá hubiésemos tenido un lanzallamas.

El pantano seguía siendo un «entorno rico en blancos» plagado de insurgentes. Yo debí de abatir a unos dieciocho o diecinueve aquella semana, que con los del resto de los colegas hicieron un total de treinta o más.

El río parecía ejercer un atractivo especial para los malos, porque mientras nosotros probábamos distintos modos de quemar el pantano, ellos intentaban cruzarlo por todos los medios. El más estrafalario fue el de las pelotas de playa.

Pelotas de playa y tiros largos

Una tarde estaba observando desde la azotea cuando salió de su escondite un grupo de unos dieciséis insurgentes armados hasta los dientes. Llevaban chaleco antibalas y toda clase de protección (más tarde supimos que eran

tunecinos, reclutados al parecer por uno de los grupos militares para que luchasen contra los americanos en Irak).

Nada de eso habría resultado extraño si no fuese porque, además, llevaban entre todos cuatro pelotas de playa enormes de colorines. Yo no acababa de creer lo que estaba viendo. Se dividieron en grupos de cuatro por pelota y se metieron en el agua. Entonces, usándolas de flotador, se pusieron a remar para llegar a la otra orilla.

Mi trabajo consistía en impedirlo, pero eso no quería decir que tuviese que abatirlos uno a uno. ¡Qué diablos! Tenía que guardar munición para futuros combates. Le di a la primera, y sus cuatro pasajeros empezaron a agitar los brazos tratando de alcanzar las otras tres. *¡Plac!* Hundida pelota de playa número dos. Me lo estaba pasando bien.

¡Qué coño! Me lo estaba pasando bomba. Los insurgentes habían empezado a pelearse: su ingenioso plan para matar americanos se había vuelto en su contra.

—Tenéis que ver esto —les dije a los marines mientras hacía naufragar la tercera pelota.

Vinieron corriendo al extremo de la azotea y observaron la bronca que tenían montada los rebeldes por la última pelota. Los que no pudieron agarrarse a ella se hundieron. Me quedé un rato mirando la pelea antes de agujerearles la última pelota. Los marines acabaron con el sufrimiento del resto de insurgentes.

Aquellos fueron los disparos más raros, y los más largos coincidieron más o menos en el tiempo.

Un día aparecieron en la orilla tres insurgentes. Estaban a unos mil trescientos metros de mi posición río arriba, y por lo tanto, fuera de mi alcance. Ya había habido quien lo había intentado antes, allí de pie, conscientes de que no íbamos a disparar. Las reglas de enfrentamiento nos lo permitían, pero la distancia era tan amplia que no tenía sentido.

Sabiéndose a salvo, se pusieron a mofarse de nosotros como una pandilla de vándalos adolescentes.

El FAC se puso a mi lado y empezó a reírse de mí mientras yo los observaba a través de la mira.

—Chris, por más que lo intentes, no vas a llegar.

Yo no había dicho en ningún momento que lo fuese a intentar; pero sus palabras sonaban casi a desafío. Entonces se unieron a nosotros más marines para decirme más o menos lo mismo.

Cuando alguien me dice que no puedo hacer algo, lo único que consigue es hacerme pensar que puedo. Sin embargo, a semejante distancia, ni siquiera iba a poder ayudarme con el alza del fusil, aquella distancia estaba muy por encima de eso. Así que hice unos calculillos de cabeza y tomé como referencia un árbol que había detrás de aquellos tres imbéciles que nos miraban haciendo el indio con una sonrisa de oreja a oreja.

Disparé. Se ve que en ese momento se alinearon la Luna, la Tierra y las estrellas. Dios debió de soplar la bala, porque alcancé a aquel capullo en todas las tripas. Sus dos amiguetes ahuecaron el ala como poseídos.

—¡Dales, dales! —gritaban los marines—. ¡Dales lo suyo!

Después de lo visto, debían de pensar que podía abatir cuanto me propusiera; pero lo cierto es que había tenido una suerte de mil demonios al matar al que había elegido, y ni en sueños iba a ser capaz de acertar a dos blancos móviles.

Aquella fue una de las muertes confirmadas que hice a más distancia en Irak.

Errores de percepción

La gente piensa que esta clase de disparos increíbles son el pan nuestro de cada día de los francotiradores. Y aunque es verdad que tiramos desde más lejos que la mayoría de los demás combatientes, lo más seguro es que no sea desde tanto como se cree.

Yo no me preocupaba demasiado por medir la distancia a la que estaba el objetivo. En realidad, dependía de la situación. En las ciudades, que es donde hice la mayoría de mis muertes, casi todos los blancos se encuentran entre ciento ochenta y algo menos de cuatrocientos metros; así que es esa la distancia a la que disparas.

El campo abierto ya es otra cosa. Lo normal es que dispares a una distancia de entre setecientos y mil metros, y por eso ahí son de gran utilidad los fusiles de largo alcance como el .338.

Alguien me preguntó una vez si tenía una distancia favorita, y ni siquiera tuve que pensarme la respuesta: cuanto más cerca, mejor.

Como he dicho antes, otra de las ideas equivocadas que se tienen acerca de los francotiradores es que siempre apuntamos a la cabeza. Yo, al menos, solo lo hago cuando estoy totalmente seguro de que voy a acertar, y eso es muy raro en el campo de batalla.

Prefiero apuntar a la masa central, al cuerpo en sí. Ahí tengo mucho más margen, porque le dé donde le dé, sé que lo voy a abatir.

De nuevo a Bagdad

Después de pasar una semana en el río, me relevó otro SEAL al que habían herido en una fase anterior de la operación y que ya estaba listo para volver a la acción. Yo había tenido de sobra mi ración de muertos como francotirador, y había llegado el momento de dejar que probara otro.

Los mandos me enviaron de vuelta a Camp Faluya, y allí estuve unos días. De hecho, aquel fue uno de los pocos descansos que agradecí de veras. Después del ritmo trepidante de aquellos combates, no me iban a sentar mal unas vacaciones. Ni tampoco tener comida y agua calientes.

Después de unos días de relajación, me enviaron otra vez a Bagdad con el GROM. Y hacia allí íbamos cuando estalló bajo nuestro Hummer un IED

enterrado; todos los del convoy se pusieron histéricos... menos otro colega y yo, que habíamos estado en Faluya desde el principio del asalto. Nos miramos, nos hicimos un guiño y cerramos los ojos para seguir durmiendo. Aquello no era nada en comparación con el mes de explosiones y mierda que acabábamos de pasar.

Estando yo en Irak, habían enviado a mi sección a Filipinas con la misión de adiestrar a los militares locales para combatir a los terroristas radicales. Luego, cuando acabaron aquella misión tan emocionante, los enviaron a Bagdad.

Fui a recibirlos al aeropuerto con otros SEAL. Esperaba un reencuentro a lo grande —por fin mi familia estaba de vuelta—, sin embargo, salieron del avión diciéndome cosas bonitas como:

—¿Qué tal, capullo?

Y otras peores. Como en todo lo que hacen, los SEAL destacan por su lenguaje malsonante. Envidia: véase SEAL.

Me preguntaba por qué no había sabido nada de ellos aquellos meses. De hecho, tampoco sabía de qué podían sentir celos si, que yo supiera, no habían tenido noticias de lo que había estado haciendo. Luego, me enteré de que mi jefe los había estado obsequiando con los informes de mis disparos en Faluya. Ellos allí, llevando de la manita a los filipinos y queriendo morir, y yo, mientras tanto, pasándomelo en grande en el campo de batalla.

Acabaron por superarlo, y, de hecho, hasta me pidieron que les hiciera una breve presentación con toda clase de indicaciones. Una oportunidad más para recurrir al PowerPoint.

De juerga con los peces gordos

Ahora que habían vuelto, pude unirme a ellos para efectuar algún golpe de mano. Inteligencia daba con un fabricante de explosivos improvisados, o

quizá con algún financiero, nos daba los datos de que disponía; y nosotros íbamos a pillarlo. Lo sorprendíamos a primerísima hora de la mañana: echábamos la puerta abajo, entrábamos en tromba y lo pillábamos antes de que tuviese tiempo de salir de la cama.

Estuvimos así un mes. Esta clase de acciones directas eran ya una rutina, un infierno mucho menos peligroso en Bagdad que en Faluya. Estábamos alojados cerca del BIAP (Aeropuerto Internacional de Bagdad) y operábamos desde allí. Un día vino mi superior y me dijo con sonrisa de jefe:

—Hoy te vas a divertir, Chris. Te vas de PSD.

Estaba usando la ironía propia de los SEAL: PSD son las siglas en inglés de Destacamento de Protección de Personas. O sea, que me tocaba hacer de guardaespaldas. A mi sección le habían asignado la protección de funcionarios de alto rango iraquíes. Los insurgentes habían empezado a secuestrar a algunos de ellos con la intención de desestabilizar al gobierno. Aquel era un trabajo muy desagradecido que yo había intentado evitar hasta entonces; pero ya no podía recurrir a mis excusas de siempre. Así que me trasladé a la Zona Verde, el sector del centro de Bagdad que se había constituido en zona segura para los aliados y el gobierno iraquí, y se había aislado físicamente del resto de la capital mediante muros de cemento y alambre de espino. Los puntos por los que se podía entrar y salir eran poquísimos, y estaban sometidos a un control estricto. Dentro estaban las embajadas de Estados Unidos y de otros coaligados, así como los edificios oficiales de Irak.

Tuve que estar allí toda una semana. Los funcionarios iraquíes —que así se llamaban— eran famosos por no poner a su escolta al tanto de sus planes ni dar detalles sobre quiénes los acompañaban. Eso, dado el grado de seguridad que había en la Zona Verde, era un problema gordo.

Yo hacía de «avanzada». Eso quería decir que iba por delante del convoy oficial para asegurarme de que la ruta era segura, y, al llegar al puesto de control, me esperaba a que llegaran los vehículos para ir identificándolos a medida que pasaban. De ese modo los vehículos iraquíes

podían moverse rápidamente entre los puntos de control sin convertirse en objetivos.

Un día iba yo de avanzada de un convoy que incluía al vicepresidente iraquí. Había comprobado la ruta y llegamos a un puesto de control de los marines en el exterior del aeropuerto. El BIAP estaba en el extremo opuesto de la Zona Verde, y aunque sus instalaciones eran seguras, en el área que lo rodeaba y la carretera que desembocaba en él seguía habiendo tiroteos de manera ocasional. Era uno de los objetivos principales de los terroristas, ya que los insurgentes podían suponer que cualquiera que entrara o saliese de allí tenía que ver de un modo u otro con los americanos o con el nuevo gobierno de Irak.

Estaba hablando por radio con uno de los compañeros del convoy, que me estaba dando detalles sobre quiénes viajaban en el grupo, cuántos vehículos lo formaban y cosas así. También me dijo que teníamos un Hummer del ejército delante y otro detrás: indicadores sencillos que podía transmitir a los guardias.

El convoy llegó a toda pastilla con un Hummer en cabeza. Contamos los vehículos, y allí estaba el Hummer de cola. Todo en orden. Pero de pronto aparecieron dos más pisándoles los talones.

Los marines me miraron.

—Esos dos no son míos —les dije.

—¿Y qué hacemos?

—Sacad vuestro Hummer y practicad con la 12,70 —grité mientras levantaba mi M-4.

Me planté de un salto en la carretera con el arma en alto con la esperanza de llamar su atención. Pero no se detuvieron. El Hummer de los marines había salido ya detrás de mí, y el artillero había cargado y apuntado. Sin saber muy bien si me estaba enfrentando a unos secuestradores o simplemente a un par de conductores secuestrados, hice un disparo de advertencia.

Los coches dieron media vuelta y echaron a correr en el sentido contrario. ¿Un secuestro frustrado? ¿Una panda de terroristas suicidas que

se habían echado atrás? No: al final resultó que se trataba de dos amigos del vicepresidente de cuya presencia habían olvidado advertirnos.

Al hombre no le hizo mucha gracia, y a mi jefazo, tampoco. Me echaron de aquella misión, lo que no habría estado del todo mal de no ser porque tuve que pasarme la semana siguiente sentado en la Zona Verde sin hacer nada.

El mando de mi sección trató de hacerme volver para un par de acciones directas, pero los mandamases habían decidido darme un tirón de orejas, y me tuvieron allí de brazos cruzados. Esa es la peor tortura que se le puede desear a un SEAL: dejar que se pierda la acción.

Por suerte, no me tuvieron así demasiado tiempo.

La calle Haifa

En diciembre de 2005, Irak se preparaba para celebrar elecciones nacionales; las primeras desde la caída de Sadam, y las primeras libres y justas que había conocido jamás el país. La insurgencia estaba haciendo cuanto estaba en su mano por reventarlas. Secuestraban a los funcionarios electorales de todo signo, cuando no los mataban en plena calle.

Eso es hacer campaña negativa, y lo demás son tonterías.

La calle Haifa de Bagdad era un lugar especialmente peligroso. Después de que matasen a tres funcionarios, el ejército puso en marcha un plan para garantizar la seguridad en la zona. Para ello hacía falta apostar francotiradores acechando. Yo era francotirador y estaba disponible; así que ni siquiera tuve que levantar la mano. Me adscribieron a una unidad de la guardia nacional de Arkansas, un buen puñado de muchachos bien plantados, todos ellos grandes combatientes.

Quienes estén acostumbrados a la separación tradicional de los diferentes institutos militares podrán pensar que es raro que un SEAL trabaje con el

ejército de tierra, y hasta con los marines, ya puestos. Sin embargo, cuando yo serví en Irak era normal que las distintas fuerzas se integrasen.

Cualquier unidad podía solicitar una RFF (petición de fuerzas), y su solicitud se satisfacía con cualquier tropa que estuviese disponible. Por lo tanto, si alguien necesitaba francotiradores, como ocurrió en aquel caso, todo el que tuviera alguno libre se los mandaba.

Aunque siempre ha habido un tira y afloja entre marineros, soldados y marines, yo he visto mucho respeto entre las distintas ramas, al menos durante el combate. Los marines y los soldados con los que he trabajado me han parecido siempre gente de primera. Hay excepciones, claro; pero tampoco faltan en la Armada.

El día que me presenté para aquella nueva misión pensé que iba a necesitar un intérprete. Hay quien se mete conmigo por mi gangueo texano, pero esos montañeses... ¡Por Dios bendito! La información importante la recibía de los suboficiales de mayor antigüedad y de los oficiales, que hablaban inglés común; pero lo que me decían los soldados rasos y los novatos recién llegados de su pueblo me sonaba totalmente a chino.

Empezamos a operar en la calle Haifa muy cerca de donde habían matado a los tres funcionarios electorales. Cuando la guardia nacional aseguraba un edificio de apartamentos para usarlo de escondite, entrábamos, elegíamos un piso y tomábamos posiciones. La calle Haifa no era precisamente Hollywood Boulevard, aunque sí ejercía cierta atracción para los chicos malos. Tenía tres kilómetros de largo, y corría en dirección al noroeste desde la Puerta de los Asesinos, al final de la Zona Verde. Era escenario de numerosos tiroteos y demás enfrentamientos con armas de fuego, ataques de toda clase con explosivos improvisados, secuestros, asesinatos... Cualquier cosa que uno pueda imaginar. Los soldados americanos la conocíamos como «la avenida del Corazón Púrpura» por la condecoración por heridas de guerra.

Los edificios que usábamos para sobrevigilar eran bloques de quince o veinte plantas desde los que se dominaba la calle. Nos movíamos tanto como nos era posible, cambiando de posición para desconcertar a los insurgentes. En los edificios bajos situados más allá de la carretera contigua había un número incalculable de escondrijos a cualquier altura de la calle. Desde luego, los malos no tenían que hacer transbordo para ir a trabajar.

La insurgencia de allí presentaba una mezcla tremenda: había muyahidines, antiguos baazistas o excombatientes del ejército iraquí; otros eran leales a Al Qaeda en Irak o partidarios de as-Sadr o de cualquier otro colgado de por allí. Al principio llevaban pañuelos negros o verdes de esos suyos; pero cuando se dieron cuenta de que los delataban empezaron a vestir ropa normal de paisano como todos. Pretendían mezclarse con el resto de ciudadanos para que nos costara más identificarlos. Eran gente cobarde, que no solo se escondían detrás de mujeres y niños, sino que lo hacían probablemente con la esperanza de que matásemos a unas y a otros, porque pensaban que semejante acto sería positivo para su causa al presentarnos a nosotros como los malos.

Una tarde estaba observando a un chiquillo adolescente que esperaba al autobús. Cuando llegó el vehículo, salió de él un grupo de adolescentes más crecidos y de jóvenes adultos. De pronto, el pequeño se dio la vuelta y empezó a andar muy rápido en el sentido opuesto. Los demás lo alcanzaron enseguida, y uno de ellos sacó una pistola y lo rodeó por el cuello. Empecé a disparar en cuanto lo vi hacer eso, y el chiquillo al que estaba protegiendo echó a correr. Abatí a dos o tres de los que intentaban secuestrarlo, y los demás escaparon.

Los hijos de los funcionarios electorales eran uno de los objetivos predilectos de los insurgentes, que usaban a sus familias para presionarlos y obligarlos a renunciar a su cargo. Otras veces, las mataban sin más para disuadir a otros de colaborar con el gobierno en la convocatoria de elecciones y aun de votar.

Lascivo y surrealista

Una noche tomamos lo que creímos que era un piso abandonado, porque estaba vacío cuando llegamos. Yo me estaba turnando con otro francotirador, y cuando me tocó librar me di una vuelta en busca de algo que pudiese usar para hacer un poco más cómodo nuestro puesto.

En el cajón abierto de una cómoda encontré un montón de lencería picante: braguitas abiertas, camisones... Todo muy sugerente, aunque no había nada de mi talla. Dentro de los edificios se daba muchas veces una mezcla extraña, casi surrealista, de objetos que parecerían fuera de lugar hasta en las mejores circunstancias. Como los neumáticos que encontramos en una de las azoteas de Faluya, o la cabra del cuarto de baño de uno de los pisos de la calle Haifa. Cuando veía cosas así, me pasaba el resto del día preguntándome qué historia podía haber detrás de ellas. Después de un tiempo, sin embargo, lo estrambótico acabó por parecernos natural.

Menos sorprendente resultaba que hubiese televisores y antenas parabólicas por todas partes. Hasta en el desierto: muchas veces tropezábamos con asentamientos nómadas diminutos, con tiendas por casas, un par de animales y el campo raso alrededor, y, sin embargo, totalmente erizados de parabólicas.

Una llamada a casa

Una noche, estaba al acecho y lo veía todo muy tranquilo. Las noches solían pasar lentas en Bagdad. Los insurgentes no solían atacar entonces, porque sabían que nuestros adelantos tecnológicos —incluidos los aparatos de visión nocturna y nuestros sensores infrarrojos— nos daban ventaja. Así que pensé que podía aprovechar para hacer una llamada rápida a mi mujer, aunque solo fuera para decirle que me acordaba de ella.

Saqué nuestro teléfono por satélite y marqué el número de casa. La mayoría de las veces, cuando hablaba con Taya le decía que estaba ya en la

base, aunque estuviese sobrevigilando o en otra misión. No quería que se preocupara.

Sin embargo, aquella noche, no sé por qué, le dije lo que estaba haciendo.

—¿Y puedes hablar? —me preguntó.

—Sí, sí, no hay problema —le dije—. Está todo muy quieto.

No debía de haber pronunciado dos o tres frases más cuando empezaron a disparar al edificio desde la calle.

—¿Qué es eso? —quiso saber ella.

—¡Ah! Nada, nada —respondí.

Mientras se lo decía, claro está, el ruido fue subiendo de tono.

—¿Chris?

—En fin, creo que voy a tener que colgar —le dije.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, perfectamente —mentí—. No pasa nada. Luego te llamo.

En ese mismo momento se estrelló una granada propulsada por cohete contra la pared que tenía a mi derecha. Parte del material del edificio fue a darme en la cara, y me dejó un par de marcas muy hermosas y tatuajes temporales por gentileza de los insurgentes.

Dejé caer el teléfono y empecé a disparar. Localicé a los de la calle y disparé a uno o a dos de ellos. Los francotiradores que estaban conmigo abatieron a otro puñado antes de que los demás salieran pitando.

Acabado el tiroteo, recogí el teléfono. Se había quedado sin batería, y por lo tanto no podía volver a llamar. Tuvimos una racha movidita, y no volví a tener ocasión de llamar a Taya para ver cómo estaba.

En cuanto respondió al teléfono, se me echó a llorar. Resultó que, en realidad, no había colgado antes de tirar el aparato, y había oído toda la refriega, incluidos disparos y reniegos, hasta que se acabó la batería; lo que, claro, ocurrió de pronto y no hizo sino aumentar la angustia que le había provocado la llamada.

Traté de calmarla, pero dudo de que lo que le dije la dejase más tranquila. Siempre se lo había tomado todo muy bien, y no se cansaba de

insistir en que no tenía que ocultarle nada. Aseguraba que su imaginación era mucho peor que nada de lo que pudiera ocurrirme.

No lo tengo muy claro.

Llamé a casa alguna que otra vez durante los respiros que nos permitían los combates en mis misiones. El ritmo general de la acción era tan intenso y continuo que no había muchas alternativas. Si me esperaba a volver al campamento podía pasar una semana o más, y a veces ni siquiera era posible usar el teléfono estando allí.

Además, al final me acostumbré a los combates. Lo de que te disparen acaba siendo parte del trabajo. ¿Una granada propulsada por cohete?: gajes del oficio.

Mi padre cuenta a menudo lo del día que lo llamé estando en el trabajo después de mucho tiempo sin poder dar señales de vida. Descolgó y se sorprendió al oír mi voz, pero más le llamó la atención oírme susurrar.

—Chris, ¿por qué hablas tan bajo? —me preguntó.

—Estoy en plena operación, papá, y no quiero que sepan dónde estoy.

—¡Ah! —respondió, un poco alterado.

En realidad, no creo que estuviese tan cerca del enemigo para que pudieran oírme; pero él jura y perjura que unos segundos después oyó disparos de fondo.

—Te tengo que dejar —le dije antes de que él pudiese averiguar qué era aquel ruido—. Ya te llamaré.

Según él, telefoneé dos días después para disculparme por haber colgado tan de repente. Cuando me preguntó si lo que había oído era el principio de un tiroteo, cambié de tema.

Cría fama

Todavía me dolían las rodillas de los escombros que me cayeron encima en Faluya. Traté de conseguir cortisona, pero no me fue posible. No quería forzar mucho la maquinaria, porque temía que me mandaran a casa por mi lesión.

De vez en cuando, tomaba ibuprofeno o me aplicaba frío, pero poco más. En el campo de batalla, claro, se me calmaba: con el subidón de adrenalina no sientes nada. Hasta con el dolor me encantaba lo que hacía. Puede que la guerra no sea una cosa divertida, pero yo disfrutaba de lo lindo: era lo mío.

A esas alturas me había ganado ya cierta reputación como francotirador. Tenía un montón de muertes confirmadas, sobre todo para el poco tiempo que llevaba en ello (en realidad, habrían sido también muchas con independencia del tiempo). Aparte de los de mi equipo, lo cierto es que casi nadie sabía cómo me llamaba ni me ponían cara; pero corrían rumores sobre mí, y a cada paso crecía mi fama (las cosas, como son).

Daba la impresión de que, allí donde me apostaba, abatía un blanco; y eso empezó a fastidiar a otros francotiradores, que se pasaban turnos enteros y hasta días sin ver no ya a un insurgente, sino a nadie en absoluto.

Un día, «Pitufo», un compañero del SEAL, se puso a seguirme por todas partes cada vez que entraba en un piso.

—¿Dónde te vas a apostar? —me preguntó.

Miré a mi alrededor y vi un lugar que me dio buena espina.

—Aquí mismo —respondí.

—Bueno, pues lárgate, que me lo quedo yo.

—Vale, vale, quédatelo —le dije, y me puse a buscar otro puesto.

No tardé en matar a uno desde allí.

Hubo una temporada en la que parecía que daba igual lo que hiciese: pasaba de todo delante de mí. No me inventaba los incidentes: tenía testigos de todos mis disparos. Igual veía un poco más allá, o quizá presentía mejor que los demás dónde iba a haber problemas. Lo más probable, sin embargo, es que tuviera suerte y se acabó.

Si es que puede considerarse tener suerte el hecho de convertirse en el blanco de los que quieren matarte.

Una vez, estábamos en una casa de la calle Haifa, tan llena de francotiradores, que el único sitio desde donde podía disparar era una ventana diminuta situada por encima de la taza del retrete. De hecho, me tuve que pasar todo el rato de pie.

Aun así, maté a dos. Debo de ser un cabroncete con suerte y nada más.

Un día, los del servicio secreto nos informaron de que los insurgentes estaban usando un cementerio de las afueras, cerca de Camp Independence, en el aeropuerto, de almacén de armas y lugar desde el que lanzar ataques. El único modo que tenía yo de observarlo bien consistía en encaramarme a una grúa altísima que había por ahí y, una vez arriba, colocarme sobre una rejilla delgadísima a modo de plataforma. No sé a qué distancia estaba del suelo, ni tampoco quiero saberlo: las alturas nunca han sido lo mío. Solo de pensarlo, se me ponen de corbata.

Lo que puedo decir es que desde allí tenía una vista más que pasable del cementerio, que estaba a unos setecientos metros de mí. No llegué a hacer un solo disparo; de hecho, no vi más que dolientes y funerales. Pero valió la pena probar.

Además de a gente con bombas caseras, teníamos que buscar los propios artefactos. Y los había por todas partes; a veces hasta en los bloques de pisos. Uno de los equipos escapó por los pelos una tarde, porque acababan de desmontar y salir del edificio cuando saltaron los explosivos.

Los de la guardia nacional usaban los Bradley para trasladarse. Se parecen mucho a los carros de combate, porque tienen torreta y cañón en lo alto; pero en realidad son vehículos de transporte de tropas y de exploración, según la configuración.

Creo que está pensado para llevar a seis personas, aunque nosotros intentábamos meter a ocho o diez. El interior resultaba claustrofóbico, y hacía un calor y una humedad tremendos. A menos que estuvieses sentado al lado de la rampa, no veías nada. De todos modos, no había más remedio que jorobarse y esperar a llegar al destino que fuera.

Un día nos recogieron los Bradley de regreso de una de nuestras misiones. Acabábamos de salir de la calle Haifa por una perpendicular cuando, de pronto, *¡blam!*, nos alcanzó una bomba improvisada espectacular. La parte trasera del vehículo se levantó y volvió a caer al suelo con violencia, y el interior se llenó de humo.

Si alcanzaba a distinguir al tío que tenía delante era porque lo veía mover la boca, pero no oía nada: la explosión me había dejado sordo. Lo siguiente que pude decir es que el Bradley echaba a andar de nuevo: era un cacharro duro de verdad. Una vez en la base, su comandante le quitó importancia:

—Si ni siquiera se ha cargado las cadenas —dijo encogiéndose de hombros. Casi parecía decepcionado.

Es una frase muy manida, pero es verdad: en la guerra se hacen amigos de verdad. Lo que pasa es que luego cambian las circunstancias. Me hice uña y carne con dos chavales de la unidad de la guardia nacional: colegas de verdad. De hecho, puse mi vida en sus manos.

Hoy, sin embargo, no conseguiría recordar cómo se llamaban ni aunque dependiese mi vida de ello. En realidad, ni siquiera estoy seguro de poder describirlos de manera que entienda el lector por qué eran especiales.

Los de Arkansas y yo nos llevábamos muy bien, quizá porque todos éramos gente de campo. A ver: ellos eran verdaderos montañeses. Los hay que, como yo, son de pueblo; y luego están los de monte de verdad, que se ve a la legua que son de un ganado distinto.

Más

Llegaron las elecciones, y se fueron como habían venido.

A los medios de comunicación de Estados Unidos se les llenaba la boca con las elecciones al gobierno iraquí; pero para mí fueron una cosa decepcionante. Ni siquiera operé fuera aquel día: lo vi por la tele.

Yo nunca llegué a creer que los iraquíes fueran capaces de convertir su país en una verdadera democracia; pero en cierto momento sí llegó a dar la sensación de que había alguna probabilidad. Ahora no podría decir que siga pensándolo: aquel es un lugar muy corrupto.

De todos modos, si arriesgué mi vida no fue para llevar la democracia a Irak: fue por mis colegas, por proteger a mis amigos y a mis compatriotas. Fui a la guerra por mi país, y no por Irak. Fue mi país el que me mandó allí para toda esa mierda no llegase hasta nuestra costa.

Yo no luché ni una sola vez por los iraquíes. En realidad, me importan una mierda pinchada en un palo.

Poco después de las elecciones volvieron a enviarme a mi sección de los SEAL. Se estaba acabando nuestra estancia en Irak, y yo empezaba a querer volver a casa.

Estar en el campamento de Bagdad comportaba tener mi propio cuarto, aunque fuera pequeño. Mi equipo personal ocupaba cuatro o cinco arcones de resina, dos cajas de herramientas Stanley con ruedas y unos cuantos macutos. (Los arcones de resina son el equivalente moderno de los baúles cuarteleros. Son impermeables y miden un metro de largo más o menos.) Cuando viajamos a un destino no vamos precisamente ligeros de equipaje.

También tenía un televisor y todos los últimos estrenos en DVD pirata que vendían por cinco pavos en los tenderetes de las calles de Bagdad. Compré una colección de James Bond y alguna que otra película de Clint Eastwood y John Wayne. Me encanta John Wayne, y sobre todo, sus pelis

de vaqueros; lo que supongo que tiene su sentido. Quizá mi favorita sea *Río Bravo*.

También dediqué parte de mi tiempo a los videojuegos, y *Command* & *Conquer* se convirtió en uno de mis preferidos. Pitufo tenía una PlayStation, y nos enganchamos a jugar al de Tiger Woods.

Le metí cada paliza...

Asaltos, helicópteros y alturas

Al ver que Bagdad se estabilizaba, al menos por el momento, los espadones decidieron que querían montar una base del SEAL en Habaniya.

Habaniya se encuentra a veinte kilómetros al este de Faluya, en la provincia de Ambar. No era un foco de insurgencia tan bestial como Faluya, pero tampoco era San Diego. Aquella fue la región en la que construyó Sadam antes de la primera guerra del Golfo laboratorios químicos dedicados a la fabricación de armas de destrucción masiva, como gas nervioso y otros agentes químicos. Se podría decir que allí no vivían muchos forofos de Estados Unidos.

Sin embargo, sí que había una base del ejército estadounidense, dirigida por el famoso 506.° Regimiento, la Banda de Hermanos. Acababan de llegar de Corea, y diremos, por ser amables, que no tenían ni puta idea de cómo funcionaban las cosas en Irak. Supongo que la letra entra con sangre para todos.

Habaniya resultó ser un verdadero coñazo. Nos habían dado un edificio abandonado, pero ni siquiera se acercaba a lo que necesitábamos. Teníamos que construir un TOC (mando de operaciones tácticas) en el que alojar todos los ordenadores y el equipo de comunicaciones que nos asistían durante las operaciones.

Teníamos la moral por los suelos. En vez de hacer algo útil por la empresa bélica, nos tenían trabajando de carpinteros. Ojo: es un oficio digno, pero no era lo nuestro.

Taya:

Fue durante aquella misión cuando los médicos le hicieron unas pruebas y, por el motivo que fuera, pensaron que Chris tenía tuberculosis. Le dijeron que la enfermedad acabaría por matarlo.

Recuerdo haber hablado con él inmediatamente después de que le diesen la noticia. Se había resignado, había aceptado que iba a morir, y quería hacerlo allí y no en casa, consumido por una enfermedad contra la que no podía luchar ni con armas ni con sus puños.

—No pasa nada —me dijo—. Yo voy a morir, y tú vas a encontrar a otra persona. Aquí muere gente a diario, y sus mujeres siguen adelante y encuentran a alguien.

Traté de explicarle que él era insustituible para mí, y, al ver que ni se inmutaba, recurrí a un argumento igual de válido:

—Pero tenemos un hijo —le dije.

—¿Y qué? Lo criará el tipo que encuentres.

Creo que convivía con la muerte de tal modo, que había empezado a pensar que todo el mundo era reemplazable. Me rompía el corazón que lo creyese de veras, y todavía odio pensarlo.

Estaba convencido de que no había nada más grande que morir en el campo de batalla. Intenté convencerlo de que no era así; pero no lo conseguí.

Volvieron a hacerle las pruebas, y resultó que estaba limpio; pero nunca abandonó aquella actitud acerca de la muerte.

Una vez montado el campamento, empezamos a llevar a cabo asaltos. Nos habían dado el nombre y el paradero de un presunto insurgente. Irrumpimos allí de noche, y volvimos para dejarlos a él y todas las pruebas que pudimos reunir en el DIF (Centro de Detención e Interrogatorio), algo parecido a una cárcel muy básica.

Nos pasamos toda la misión tomando fotos, no por turismo, sino por cubrirnos las espaldas; las nuestras y, lo que es más importante, las de

nuestros superiores. Con ellas podíamos demostrar que no le habíamos dado una somanta al detenido.

La mayor parte de estas operaciones eran casi un trámite, sin demasiados problemas y casi siempre sin resistencia. Una noche, sin embargo, entró uno de los nuestros en la casa de un iraquí corpulento que decidió que no le apetecía acompañarnos por las buenas, y se puso a forcejear.

Para nosotros, estaba clarísimo que le estaban dando a nuestro hermano para el pelo; pero el SEAL en cuestión aseguraba que había tropezado y no necesitaba ayuda. Que cada uno lo interprete a su gusto: nosotros entramos en tropel y agarramos al gordinflón antes de que pudiese hacer mucho estropicio. Y de nuestro amigo nos estuvimos burlando un tiempo por aquella «caída».

En la mayoría de estas misiones nos daban fotos de la persona a la que debíamos capturar. En este caso, la información que recibíamos solía ser muy exacta: el fulano estaba casi siempre donde suponíamos, y casi todo salía más o menos como lo planeábamos.

Sin embargo, había veces en que las cosas no iban tan sobre ruedas. Nos dimos cuenta de que, si no había foto, podíamos empezar a desconfiar de los datos que nos habían dado. Los de allí, que sabían que los americanos llevaban a sus instalaciones a todo el que fuese sospechoso, quisieron aprovechar la situación para saldar cuentas personales, y acusaban para ello a sus enemigos, ante el ejército o cualquier otra autoridad, de estar ayudando a la insurgencia o cometiendo cualquier otro delito.

Lástima por la persona a la que arrestábamos; aunque yo no me alteraba demasiado: aquel no era más que otro ejemplo de lo hecho mierda que estaba el país.

Una y no más

Un día, el ejército pidió un francotirador para que sobrevigilase un convoy del 506.° que volvía a la base.

Salí con un equipo no muy numeroso a despejar un bloque de tres o cuatro plantas. Me aposté en la de arriba y empecé a observar la zona. No tardó en enfilar la carretera el convoy, y mientras vigilaba los alrededores salió un hombre de un edificio cercano a su ruta y echó a andar hacia allí. Portaba un Kaláshnikov.

Le disparé, y cayó.

El convoy siguió su marcha. Entonces salieron unos cuantos iraquíes más y se agolparon alrededor del tipo al que acababa de abatir. Sin embargo, como no los vi hacer ningún movimiento amenazador hacia el convoy ni parecían estar en posición de poder atacarlo, no volví a tirar. Minutos después, supe por la radio que el ejército iba a enviar una unidad para investigar por qué había disparado.

¿Cómo?

Aunque yo ya le había contado por radio al mando del ejército lo que había ocurrido, volví a comunicarme con él para repetirlo. Y me sorprendí al ver que no me creían. Mandaron al comandante de una unidad blindada para entrevistar a la viuda, y ella le dijo que su marido iba camino de la mezquita con un Corán en la mano.

Vale. La historia era de lo más ridículo, pero el oficial —que supongo que no debía de llevar mucho tiempo en Irak— no me creyó. Los soldados se pusieron a buscar el fusil, pero a esas alturas había pasado tanta gente por allí, que hacía tiempo que había desaparecido.

El comandante señaló hacia mi posición.

—¿De dónde vino? ¿De allí?

—Sí, sí —respondió ella, que por supuesto, no podía tener la menor idea de la procedencia del disparo, porque no estaba por allí cuando ocurrió —. Sé que es militar porque llevaba uniforme del ejército.

Estupendo: yo estaba a dos habitaciones de la calle, tenía una pantalla delante y llevaba puesta una chaqueta gris sobre mi uniforme de camuflaje

de los SEAL. Tal vez el dolor le estaba causando alucinaciones, o quizá se había limitado a decir lo que en su opinión iba a resultar más doloroso para mí.

Nos hicieron volver a la base y pusieron a toda mi sección «fuera de servicio». A mí me dijeron que no estaba «disponible para operativos», y me dejaron en la base mientras el 506.° investigaba con más detalle el incidente.

El coronel quiso interrogarme, y me acompañó mi oficial. Estábamos cabreadísimos: había seguido las reglas de enfrentamiento y tenía un montón de testigos. Eran los «investigadores» del ejército los que la estaban cagando.

No me fue fácil morderme la lengua. En un momento dado, le dije al coronel:

—Yo no disparo a gente que lleva un Corán; me gustaría, pero no lo hago.

Quizá me calenté demasiado.

En fin, después de tres días y sabe Dios cuántas «pesquisas» más, acabó por darse cuenta de que había sido una muerte legítima y le dio carpetazo al asunto. Sin embargo, cuando el regimiento volvió a pedirnos que sobrevigilásemos para ellos, los mandamos a la mierda.

—Cada vez que disparo a alguien queréis ejecutarme —les dije—. ¡Ni hablar!

De todos modos, nos quedaban dos semanas para volver a casa. Además de hacer unos cuantos asaltos más, me pasé la mayor parte de ese tiempo dándole a los videojuegos, viendo porno y haciendo gimnasia.

Volví de aquella misión con un buen número de muertes confirmadas; la mayoría, en Faluya.

Carlos Norman Hathcock II, el miembro más famoso del gremio de francotiradores, una leyenda de verdad y un hombre al que admiro, logró 93 muertes confirmadas en sus tres años de servicio en la guerra de Vietnam.

No estoy diciendo que yo juegue en la misma división que él —para mí será siempre el francotirador más grande de la historia—, pero aunque sea solo por la estadística, creo que estoy cerca de merecerme que empiecen a pensar que me lo he currado.

8
Conflictos familiares

Taya:

Salimos a la pista de asfalto a esperar la llegada del avión. Había allí unas cuantas mujeres con sus hijos, y yo, con nuestro bebé, estaba muy nerviosa. No cabía en mí de alegría.

Recuerdo que me volví hacia una de las que estaban allí conmigo y le dije:

—¿No es maravilloso? ¡Qué emoción! ¡Me va a dar algo!

Y ella respondió:

—Mmm...

En fin, supuse que yo todavía necesitaba rodaje en estas cosas.

Más tarde, ella y su marido, un SEAL de la sección de Chris, se divorciaron.

Lazos

Había salido de Estados Unidos unos siete meses antes, cuando mi hijo no tenía más que diez días. Lo quería mucho, pero como he dicho antes, no habíamos tenido mucha ocasión de crear un vínculo afectivo. Los recién nacidos son solo un puñado de necesidades: hay que darles de comer, lavarlos, ponerlos a dormir... Ahora ya tenía su propia personalidad.

Gateaba, y era más persona. Lo había visto crecer por las fotos que me había ido mandando Taya, pero aquello era más intenso.

Era mi hijo.

Nos tumbábamos en el suelo a jugar en pijama. Él se me subía encima y yo lo levantaba en brazos y lo llevaba de un lado a otro. Hasta la cosas más sencillas —como que me tocase la cara— eran una gozada.

Aun así, la transición del campo de batalla al hogar seguía siendo un mazazo. Un día estábamos combatiendo, y al siguiente, habíamos cruzado el río para llegar a la base aérea de al-Taqadum —que nosotros llamábamos TQ— y volar de vuelta a Estados Unidos. Un día, paz; y al otro, guerra.

Te sientes extraño cada vez que vuelves a casa. Sobre todo en California. Lo más simple puede resultarte molesto. El tráfico, por ejemplo: vas conduciendo por la carretera y está todo abarrotado; es una locura. Todavía vas pensando en IED (artefactos explosivos improvisados): ves cualquier basura que han echado al suelo y cambias de dirección. Te pones agresivo con otros conductores, porque es así como te comportas en Irak.

Prefería encerrarme durante una semana. Creo que fue ahí donde empezamos a tener problemas Taya y yo.

Al ser primerizos, teníamos los mismos desacuerdos que tiene todo el mundo sobre los niños. Lo de dormir juntos, por ejemplo. Taya había metido al niño en la cama mientras yo estaba fuera, y, cuando volví, quise cambiar esta situación. Discutimos bastante sobre eso, porque yo pensaba que tenía que estar en su cuna y en su dormitorio, y Taya entendía que eso era privarla de la proximidad que tenía con él. Quería que lo fuésemos acostumbrando poco a poco. Y yo no lo veía así, ni mucho menos: yo estaba convencido de que los niños tenían que dormir en su propia cama y en su propio cuarto.

Ahora sé que estas polémicas son de lo más común. De todos modos, en nuestro caso había más tensión. Ella llevaba meses criándolo totalmente sola, y yo me estaba entrometiendo en sus hábitos y su manera de hacer las

cosas. Los dos estaban increíblemente unidos, y eso me parecía genial, pero yo también quería estar con ellos. No estaba intentando meterme en medio, sino volver a ser parte de la familia.

Resultó que al niño no le estaba afectando nada de esto: dormía como un bendito. Sin embargo, seguía teniendo una relación muy especial con su madre.

La vida de hogar tenía sus momentos interesantes, aunque el drama era muy diferente. Nuestros vecinos y amigos íntimos respetaban totalmente mi necesidad de distenderme. Cuando volví a amoldarme, hicieron una barbacoa de bienvenida.

Nos habían tratado de lujo durante mi ausencia. Los vecinos de enfrente se organizaron para que tuviésemos siempre el césped cuidado, con lo que nos quitaron un peso financiero tremendo y ayudaron a Taya con la inmensa carga que tenía cuando yo no estaba. Parecerá poca cosa, pero yo supe valorarlo.

Ahora que estaba en casa, claro, esa clase de cosas volvían a correr de mi parte. Detrás de la casa teníamos un patio enano: el césped de allí se cortaba en cinco minutos; pero en un lado crecían rosales trepadores más altos que los árboles de *Solanum ellipticum* de al lado, que tienen flores púrpura durante todo el año. La combinación era preciosa, aunque las espinas de las rosas podían perforar un chaleco antibalas. Cada vez que pasaba el cortacésped por allí me enganchaba con ellas.

Un día, aquellas rosas fueron demasiado lejos y me arañaron un costado. Entonces decidí encargarme de ellas de una vez por todas: levanté el cortacésped, lo sostuve a la altura del pecho y podé con él a esos degenerados (los rosales y los árboles).

—¿Qué? Estarás de broma, ¿no? —me gritó Taya—. ¿Estás podando las plantas con un cortacésped?

Oye, pues funcionó: desde entonces no volvieron a enganchárseme.

Tengo que reconocer que a veces sí que hice un poco el tonto. Siempre me ha gustado divertirme y hacer reír a los demás. Un día, vi a la vecina de atrás por la ventana de la cocina. Me subí a una silla y llamé al cristal para que mirase, y entonces le hice un calvo (su marido resultó ser piloto de la Armada, conque tenía que estar acostumbrada a cosas así).

Taya puso los ojos en blanco. Creo que le hizo gracia, aunque no iba a reconocerlo.

—¿De qué vas? —me dijo.

—Se ha reído, ¿no? —le respondí yo.

—Tienes treinta años —sentenció—. ¿De qué vas?

Tengo un lado oscuro que se lo pasa pipa gastando bromas y haciendo reír a otros. Uno no puede pasarse el día haciendo cosas de gente normal: quiero que los demás se diviertan, que se tronchen. Cuanto más te pasas, mejor. El Día de los Inocentes resulta difícil en particular para mis familiares y amigos, aunque más por las bromas de Taya que por las mías. Creo que a los dos nos gusta echarnos unas buenas risas.

Aún tenía otro lado peor, y es que me había vuelto extremadamente impetuoso. Siempre he tenido mucho genio, aun antes de entrar en los SEAL. Sin embargo, aquellos días saltaba más. Si, al conducir, alguien me adelantaba obligándome a frenar —lo cual no sería raro en California—, se arriesgaba a sacarme de mis casillas. Habría sido muy capaz de echarlo de la calzada o hasta de parar para darle una zurra.

Tuve que aprender a calmarme.

Por supuesto, haberse ganado cierta reputación en los SEAL también tiene sus ventajas.

En la boda de mi cuñada, me puse a hablar con quien oficiaba la ceremonia. La predicadora —pues era una señora— notó el bulto que llevaba en la chaqueta.

—¿Lleva usted un arma? —me preguntó.

—Sí —le respondí, y le expliqué que era militar.

Puede que supiera o no que servía en los SEAL —yo no le dije nada, pero las noticias vuelan—. El caso es que cuando iba a empezar la ceremonia y vio que no había modo de callar a todo el mundo y hacer que ocuparan sus asientos, vino a mí, me dio una palmadita en la espalda y me pidió:

—¿Puede hacer que se sienten todos?

—Claro —le dije.

Apenas tuve que alzar la voz para que pudiéramos comenzar.

Taya:

La gente habla del amor físico y la necesidad que se siente cuando vuelve alguien de una ausencia larga. «Quiero arrancarte la ropa», y cosas por el estilo. Yo me sentía así en teoría, aunque la realidad siempre era un poco distinta.

Lo que necesitaba era volver a conocer a Chris. Era una cosa extraña. Era tanta la expectación... Lo echas de menos tanto cuando lo envían a alguna misión, y deseas tanto que vuelva a casa... Sin embargo, cuando por fin lo tienes allí, la situación no es tan perfecta como esperabas; y tienes la sensación de que deberían serlo. Dependiendo de la misión y de lo que me hubiera pasado, también me invadían emociones que iban de la tristeza a la ansiedad y hasta la rabia.

Cuando vino de aquella segunda misión, me sentí casi cohibida. Acababa de estrenar mi maternidad y llevaba meses haciéndolo todo yo sola. Los dos estábamos cambiando y creciendo en mundos totalmente distintos. Él no sabía nada de mí de primera mano, ni yo de él.

También me sentía mal por Chris. Él se preguntaba qué era lo que no estaba funcionando. Había entre nosotros una distancia que ninguno de los dos podía salvar en realidad, ni siquiera expresarla.

Nocturnidad y alevosía

Estuvimos mucho tiempo descansando de la guerra, aunque no dejamos de hacer cosas: volvimos a hacer instrucción y a aprender cosas nuevas en algunos casos. Asistí a un curso que tenía por profesores a agentes del FBI y oficiales de la CIA y de la NSA (Agencia de Seguridad Nacional). Allí me enseñaron a forzar candados, robar coches y otras cosas por el estilo. Me encantaba, y encima estaba en Nueva Orleans.

Aprendiendo a mezclarme con el entorno y pasar inadvertido, cultivé el músico de *jazz* que llevaba dentro y me dejé perilla. Lo de los candados fue toda una revelación. Practicamos con un montón de modelos diferentes, y para cuando acabamos la clase, dudo que hubiese alguno que pudiera resistírsenos, a mí o al resto de mi curso.

Nos adiestraron para llevar cámaras y aparatos de escucha sin que nos descubrieran, y para demostrar que habíamos aprendido la lección, tuvimos que meternos en un club nocturno y volver con una prueba (grabada en vídeo) de que habíamos estado allí.

Los sacrificios que tiene uno que hacer por su país...

Como parte del examen final robé un coche de la calle Bourbon (lo tenía que devolver una vez que hubiéramos acabado, y por lo que yo sé, el dueño no llegó a enterarse). Por desgracia, son habilidades que se pierden con la falta de práctica, y ahora, aunque todavía podría abrir un candado, me costaría algo más. El día que quiera dedicarme a la delincuencia voy a tener que hacer un cursillo de repaso.

También hicimos cosas más normales, como las clases de renovación del certificado de paracaidista.

La de saltar de un avión —o mejor dicho, la de llegar bien al suelo después de saltar de un avión— es una habilidad importante, pero peligrosa. Y mucho: he oído decir que, durante un combate, si consiguen saltar y

llegar a tierra en condiciones de ponerse a luchar el 70 % de los fulanos de una unidad del ejército, es porque lo están haciendo bien.

Es para pensárselo: de mil tíos, hay trescientos que no lo consiguen. Para ser el ejército, no es gran cosa.

¡Qué se le va a hacer! Fui a Fort Benning para adiestrarme con el ejército poco después de entrar en los SEAL. Supongo que ya me hice una idea de dónde me estaba metiendo al primer día, cuando el soldado que iba delante de mí se negó a saltar. Todos nos quedamos esperando —y pensando— mientras lo atendían los instructores.

A mí, que no soy amigo de las alturas, aquello no me dio mucha confianza. «¡Me cago en..! —me decía yo—. ¿Qué estará viendo él que no veo yo?» Pero como estaba en los SEAL, tenía que quedar bien, o al menos no parecer un miedica. Así que, una vez que se quitó de en medio, cerré los ojos y me lancé sin pensar.

Fue en uno de aquellos primeros saltos «automáticos» (saltos en los que no tienes que tirar tú de la anilla, procedimiento que suele emplearse en el caso de los que están empezando) cuando cometí el error de mirar hacia arriba para comprobar que se abría bien la campana del paracaídas tras abandonar el avión.

Siempre te dicen que no lo hagas, y yo me estaba preguntando por qué cuando se desplegó el paracaídas. El tremendo alivio que sentí al ver que se había abierto y no iba a matarme quedó mitigado enseguida por las quemaduras que me produjeron las cintas en ambas mejillas. Si te dicen que no mires arriba es para evitar que te golpeen las bandas al pasar al lado de la cabeza cuando el paracaídas se está abriendo. A veces, la letra con sangre entra.

Por si esto fuera poco, están los saltos nocturnos, en los que no ves acercarse el suelo. Eres consciente de que tienes que rodar para hacer un PLF (aterrizaje de paracaidista), pero no sabes cuándo. Yo me decía: «En cuanto note algo, me echo a rodar. En cuanto note... en cuanto... en cuant...».

Creo que no he saltado de noche ni una vez sin darme en la cabeza.

Tengo que decir que prefería la caída libre a los saltos automáticos. Eso no significa que me gustara, sino solo que me resultaba mucho más seguro. Es como preferir que te fusilen a que te ahorquen.

En caída libre desciendes con mucha más lentitud y dominas mucho más la situación. Sé que hay un montón de vídeos de gente haciendo acrobacias y otras virguerías, y pasándoselo en grande con los saltos HALO (saltos a gran altitud en los que la campana se abre a baja cota). Yo no salgo en ninguno. Me paso todo el rato mirando el altímetro de muñeca. Y tiro de la anilla en el momento justo en que he llegado a la altitud apropiada.

Durante el último salto que hice con los del ejército, se me puso debajo mismo otro paracaidista mientras descendíamos. Cuando pasa eso, su campana puede «robarte» el aire que tienes debajo, y eso quiere decir... que aumenta tu velocidad de caída.

Las consecuencias pueden ser dramáticas, según las circunstancias. En este caso, yo estaba a veinte metros del suelo. Caí a plomo desde allí mismo, y me di una buena con un par de ramas y con el suelo. Me fui de allí con unos cuantos chichones y magulladuras, y con alguna que otra costilla rota.

Por suerte, con aquel salto terminaba el curso. Mis costillas y yo aguantamos el tirón, felices de haber acabado.

Claro que, por malo que sea el paracaidismo, le da vueltas al *spy-rigging* (inserción/extracción especial de patrullas en racimo). Eso de que te suban con una cuerda desde un helicóptero para volar suspendido de ella puede parecer muy chulo, pero basta un paso en falso para que te manden a México, a Canadá o hasta a la China.

Sin embargo, por extraño que parezca, los helicópteros sí me gustan. Durante aquellas sesiones de adiestramiento, mi sección operó con MH-6 Little Birds, aparatos muy pequeños y rápidos de reconocimiento y asalto adaptados para operaciones especiales. Los que usábamos nosotros tenían bancos a los lados, y en cada uno cabían tres SEAL.

Me encantaban. Es verdad que me cagaba vivo cuando subía a ese maldito trasto; pero una vez que despegaba el piloto y estábamos en el aire, me volvía loco. El subidón de adrenalina era tremendo, porque volábamos bajo y a gran velocidad. Es una pasada. El empuje del mismo aparato te mantiene en tu sitio, y ni siquiera sientes el azote del viento.

Joder, y si caes, tampoco notas nada.

Los pilotos que manejan esos trastos son de los mejores del mundo. Todos formaban parte del 160.° SOAR (Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales), elegidos para operar con grupos de élite. Entre ellos y el resto hay una diferencia abismal.

Cuando desciendes por una cuerda desde un helicóptero y hay un piloto «corriente» a los mandos, puede pasar que acabes a la altitud equivocada, demasiado elevada para que el cabo llegue hasta el suelo. Llegados a ese punto, ya es demasiado tarde para hacer algo que no sea echar pestes mientras tienes que saltar. Además, hay muchos pilotos que tienen problemas para mantenerse en vuelo estacionario el tiempo suficiente para que te sitúes en el punto correcto.

Con los del SOAR es muy diferente. Acabas donde tienes que acabar, siempre. La cuerda cae en su sitio; sin más.

Marcus

El 4 de julio de 2005 fue un día hermosísimo de los que se dan en California: el tiempo, perfecto; sin una sola nube en el cielo. Mi mujer y yo

cogimos el coche y nos fuimos con nuestro hijo a casa de un amigo que vive en una ladera de las afueras de la ciudad. Allí extendimos una manta y nos juntamos en el maletero de mi General Motors Yukon a ver el espectáculo de fuegos artificiales que organizaban en una reserva india del valle. Era un lugar perfecto desde el que se contemplaba todo el recorrido de los fuegos mientras ascendían.

Siempre me ha pirrado celebrar el 4 de Julio. Me encantan su simbolismo, su significado y, por supuesto, los fuegos artificiales y las barbacoas. Es un día maravilloso.

Sin embargo, en aquel momento, mientras observaba reclinado los destellos rojos, blancos y azules, se apoderó de mí de repente la tristeza. Caí como en un agujero negro muy hondo.

—Esto es un asco —murmuré al ver estallar los fuegos.

No pretendía criticar el espectáculo: simplemente me acababa de dar cuenta de que tal vez no volviese a ver nunca a mi amigo Marcus Luttrell. Me repugnaba no poder hacer nada por ayudar a mi colega, que tenía que estar bregando con sabe Dios qué clase de adversidades.

Nos habían dicho pocos días antes que estaba desaparecido. También había oído en radio macuto que los tres tíos con los que estaba habían muerto: les habían tendido una emboscada los talibanes en Afganistán, y rodeados, habían luchado con uñas y dientes contra cientos de ellos. A los dieciséis combatientes del destacamento que fue a rescatarlos los mataron también al derribar el Chinook en que viajaban. (El lector puede —y debería— conocer los detalles en el libro de Marcus, *Lone Survivor*.)

Hasta ese momento, perder a un amigo en el campo de batalla parecía, si no imposible, distante e improbable por lo menos. Resultará extraño después de todas las experiencias que había conocido, pero la verdad es que a esas alturas empezábamos a sentirnos bastante seguros de nosotros mismos. Quizá suene un poco engreído: llega un momento en que te crees un combatiente tan extraordinario que es imposible que te pase nada.

Nuestra sección había vuelto de la guerra sin ninguna lesión seria. En algunos aspectos, la instrucción parecía más peligrosa. Durante el adiestramiento, de hecho, había habido accidentes. Poco antes estábamos practicando abordajes a buques cuando uno de los miembros de nuestra sección cayó mientras escalaba por el costado. Aterrizó sobre otros dos tíos de la embarcación. Los tres acabaron en el hospital. De hecho, uno de los de abajo se rompió el cuello.

Nosotros no pensamos en lo malo, pero nuestras familias son harina de otro costal: siempre tienen muy en cuenta todos los peligros posibles. Nuestras mujeres y nuestras novias suelen turnarse para acompañar en el hospital a los familiares de los que están ingresados, y es inevitable que se den cuenta de que podrían estar allí sentadas por su propio marido o su propio novio.

Me pasé el resto de la noche destrozado por lo de Marcus, metido hasta la coronilla en mi agujero negro. En realidad, estuve dentro unos cuantos días.

El trabajo, claro, seguía su curso. Un día mi jefe asomó la cabeza en mi cuarto y me hizo un gesto para que saliera a hablar con él.

—Escucha: han encontrado a Marcus —me anunció en cuanto nos quedamos solos.

—¡Cojonudo!

—Está jodido.

—¿Y qué? Lo superará.

Quien lo conocía sabía que era cierto: aún no había nacido quien lo sujetase.

—Sí, tienes razón —dijo mi jefe—; pero está destrozado, hecho polvo. Va a ser muy duro.

Y fue muy duro. Sin embargo, Marcus supo sobrellevarlo. De hecho, aunque seguía teniendo problemas de salud, volvió a aceptar una misión en el extranjero poco después de salir del hospital.

Un experto, en teoría

Debido a mi actuación en Faluya, me llamaron los jefazos unas cuantas veces para preguntarme sobre cómo creía que debían emplearse los francotiradores. Me había convertido en un experto en la materia, o en la jerga militar, un SME.

Aquello me repateaba. Habrá quien encuentre halagador eso de que te pongan a hablar ante un puñado de oficiales de alto rango, pero yo lo que quería era hacer mi trabajo. Lo de tener que explicarles lo que era en realidad la guerra era como estar en el potro de tortura. Me preguntaban cosas como: «¿Qué clase de equipo debería llevar?». Supongo que tiene su lógica, y sin embargo, lo único que se me pasaba por la cabeza era: «¡Por Dios bendito! ¿Se puede ser más tonto? ¡Si son cosas de cajón, que ya os teníais que haber figurado hace ya mucho!».

Les decía lo que opinaba, cómo habría que adiestrar a los francotiradores y cómo deberían emplearse. Les propuse hacer más hincapié en las vigilancias urbanas y en la creación de escondrijos en edificios. Eran cosas que había ido aprendiendo más o menos sobre la marcha. Les dije que no es mala idea enviar francotiradores al área antes de una operación, para que pudiesen informar de los detalles a los equipos de asalto antes de que llegaran. También les di recomendaciones sobre cómo hacer que los tiradores fuesen más activos y dinámicos. Propuse que aprendieran a disparar por encima de las cabezas de un equipo de asalto para que se acostumbraran a trabajar con ellos.

Les transmití a los peces gordos todas las quejas que tenía sobre el equipo: la cubierta del cajón de mecanismos del Mk-11, por ejemplo, o los supresores sónicos que vibraban al final del cañón y afectaban a la precisión del fusil. Para mí eran cosas evidentes; pero para ellos, no.

Ya que querían saber mi opinión, se la di. Sin embargo, la mayoría de las veces no era eso lo que buscaban, sino simplemente que validase alguna decisión que habían tomado ya o cualquier cosa que hubiesen pensado. Les

hablaba de algún elemento del equipo que pensaba que debíamos tener, y ellos me decían que ya habían comprado miles de ejemplares de otra cosa; les describía alguna estrategia que había usado con éxito en Faluya, y ellos me explicaban con pelos y señales por qué no iba a funcionar.

Taya:

Teníamos un montón de enfrentamientos en casa. Estaban a punto de darle otra misión, y yo no quería que se fuera otra vez. Ya había cumplido con el país, más aún de lo que nadie pudiese pedirle, y nosotros lo necesitábamos en casa.

Siempre he creído que uno se debe a Dios, a la familia y a su nación, por este orden; pero él no estaba de acuerdo y ponía a la nación delante de la familia.

Sin embargo, tampoco era tan terco, y siempre me decía:

—Si me dices que no me reenganche, no lo haré.

Yo no podía decirle eso.

—No puedo decirte lo que tienes que hacer —le contestaba yo—: lo único que voy a conseguir así es que me odies y me lo eches en cara toda tu vida. Pero sí te voy a decir una cosa: si te reenganchas, sabré exactamente por dónde van los tiros de nuestra relación. Eso lo va a cambiar todo. No quiero, pero sé en el fondo que es así.

Cuando volvió a engancharse de todos modos, pensé: «Vale: ahora sé que la faceta de SEAL es más importante para él que la de padre o marido».

Nuevos colegas

Mientras nos adiestrábamos para la siguiente misión, llegó a la sección un grupo de chavales nuevos. Algunos de ellos —como Dauber y Tommy, francotiradores y sanitarios— eran gente extraordinaria; pero creo que el

que más impresión nos produjo fue Ryan Job, y fue precisamente porque no parecía uno de los nuestros, sino un cacho de carne enorme con ojos.

No podía creer que nos hubiesen metido algo así en el equipo. Todos nosotros éramos gente musculosa y en plena forma, y él, rollizo y de aspecto blandengue. Lo abordé y le dije en toda la cara:

—¿Qué te pasa, gordo de mierda?, ¿piensas que eres un SEAL?

Todos nos metíamos con él. Uno de mis oficiales —vamos a llamarlo TT —lo conocía del BUD/S y lo defendía; pero TT también acababa de llegar, y por lo tanto no servía de mucho lo que pudiese hacer por él. Ryan era un novato, y le íbamos a dar para el pelo de todos modos; pero su peso le complicó aún más las cosas. Hacíamos todo lo posible para obligarlo a renunciar.

Pero Ryan Job (se pronuncia «youb») no pensaba dejarlo. En lo que a determinación respecta, era uno más de nosotros. El tío se puso a hacer ejercicio como un loco: perdió peso y cogió mejor forma. Y lo más importante: cualquier cosa que le pedíamos que hiciera, él la hacía. Era un tío muy trabajador, muy sincero y divertido a más no poder; tanto, que un buen día pasamos de meternos con él a considerarlo insustituible y quererlo a rabiar. Y es que la pinta que tuviese era lo de menos: Ryan era un SEAL como el que más. Era la caña.

¡Y vaya si lo pusimos a prueba! Buscamos al tío más grande de la sección y lo obligamos a cargar con él. Lo hizo. Durante la instrucción hacíamos que le tocase hacer todo lo peor, y él lo hacía sin rechistar. Y además conseguía que nos tronchábamos con él. Ponía unas muecas graciosísimas. Subía el labio de arriba, se ponía a darles vueltas a los ojos y se meneaba de un modo que nos volvía locos.

Nosotros, por lo menos, nos lo pasábamos en grande con aquella habilidad suya. Una vez le dijimos que pusiera aquella carita al jefe.

—Pero... —Aquí sí vaciló.

—Hazlo —insistimos nosotros—. Házselo en toda la cara. Eres el nuevo, así que hazlo.

Y lo hizo. El jefe, pensando que se estaba haciendo el listillo, lo agarró del cuello y lo tiró al suelo.

Aquello no hizo más que animarnos: Ryan tuvo que repetir muchas veces aquel mohín suyo, y cada vez que lo hacía, le pateaban el culo. Al final, le dijimos que se lo hiciera a uno de nuestros oficiales, a un tipo enorme con quien nadie quería tener que vérselas, por muy SEAL que fuésemos todos.

—Ve y se lo haces —dijo uno de nosotros.

—¡Dios! No —protestó él.

—O se lo haces ya, o te estrangulamos —le advertí yo.

Fue y se lo hizo. El oficial reaccionó como cabía esperar. Después de un rato, Ryan intentó rendirse.

—Aquí no se rinde ni Dios —gruñó el oficial mientras seguía zurrándole.

Ryan sobrevivió, pero aquella fue la última vez que lo obligamos a hacer la mueca.

Nadie se libraba de las novatadas al unirse a nuestra sección, y como éramos unos tocapelotas muy igualitarios, nos daban lo mismo los oficiales que la tropa.

En aquellos tiempos, los nuevos no recibían su Tridente —y por lo tanto no eran SEAL de verdad— hasta después de superar una serie de pruebas con el equipo. Nosotros teníamos nuestro propio ritual, que consistía en un combate de boxeo de coña contra toda la sección. Cada uno tenía que durar tres asaltos —cada vez que te tumbaban se contaba como un asalto— para que le pusieran la chapa y lo acogiéramos en la hermandad.

Yo era el oficial de seguridad de Ryan, lo que significaba que me tenía que encargar de que no lo machacasen demasiado. Llevaba un protector para la cabeza, y todo el mundo tenía que ponerse guantes; pero podía ocurrir que los veteranos se entusiasmasen demasiado, así que el oficial de seguridad estaba ahí para que la cosa no se fuera de las manos.

Ryan no tuvo bastante con tres asaltos: quería más, como si estuviese convencido de que, si seguía peleando el tiempo suficiente, los derribaría a todos. No es que durara mucho más. Yo ya le había advertido que, hiciera lo que hiciese, no podía darme a mí, que era su oficial de seguridad. Sin embargo, en medio de la confusión, mientras rebotaban en su cabeza uno tras otro todos los guantes de la sección, se volvió y me dio.

Y yo hice lo que tenía que hacer.

Marc Lee

Se acercaba la próxima misión, y la sección recibió refuerzos. Los mandos nos enviaron de otra unidad a un SEAL joven llamado Marc Lee para que cuadrasen los números. Se integró de inmediato.

Marc era un tío atlético; en algunos aspectos, la clase de espécimen que cabe esperar en los SEAL. Antes de alistarse en la Armada, había jugado al fútbol lo bastante bien para que le dieran una oportunidad en un equipo profesional, y habría podido vivir de ello si no llega a ser por la lesión de rodilla que acabó con su carrera.

Sin embargo, Marc era mucho más que su talento físico. Había estudiado para el clero, y aunque lo dejó por considerar que entre sus compañeros del seminario había mucha hipocresía, seguía siendo muy religioso. Más tarde, en nuestra misión, dirigiría las oraciones de un grupito que se reunía para rezar antes de cada operación. Como podía esperarse, sabía mucho de la Biblia y de religión en general. Nunca te presionaba, pero si necesitabas o querías hablar de fe y de Dios, siempre podías contar con él.

Tampoco es que fuese un santo, ni que estuviera por encima de las payasadas que forman parte del carácter de todo SEAL. Poco después de que lo destinaran a nuestro equipo fuimos a Nevada a una misión de adiestramiento. Al acabar el día, algunos de nosotros nos metimos en un furgón de cuatro puertas para volver a la base a acostarnos. Marc iba detrás

conmigo y con un SEAL al que llamaremos Bob. Por lo que fuera, Bob y yo empezamos a hablar de ahogamientos.

Marc, con entusiasmo de novato —y quizá también ingenuidad—, dijo:

—A mí nunca me han ahogado.

—¿Perdona? —dije yo, inclinándome para mirar bien a este neófito sin desflorar. Lo de que te estrangulen hasta que pierdas el sentido alguna vez es requisito indispensable para ser SEAL.

Marc me miró, y yo lo miré.

Bob se echó hacia delante, y yo me abalancé sobre Marc y lo ahogué. Rematada la faena, volví a sentarme bien.

—¡Serás mamón...! —me dijo Bob después de enderezarse—. Quería hacerlo yo.

—Creía que te habías inclinado para dejarme sitio a mí.

—¡Y una mierda! Estaba poniéndome bien el reloj para que no se rompiera.

—Vale —le dije yo—, pues cuando se despierte, te toca a ti.

Lo hizo. De hecho, creo que cuando se hizo de día no quedaba nadie sin probar en toda la sección. Marc no se lo tomó a mal. En realidad, claro, al ser novato no tenía más remedio.

El mando

Me encantaba el nuevo comandante que nos habían asignado. Era extraordinario, una persona muy dinámica que no se entrometía en nuestras cosas. No solo nos conocía a todos por el nombre, sino que sabía quién era la mujer o la novia de cada uno. Se tomaba muy a pecho cuando perdía a un hombre, y sin embargo, sabía mantenerse enérgico y recio. Nunca nos impedía nada durante la instrucción y, de hecho, veía con buenos ojos el adiestramiento adicional de los francotiradores.

Mi suboficial mayor, al que llamaré Primo, también era un jefe excepcional: le importaban una mierda los ascensos, la imagen y cubrirse

las espaldas; solo se preocupaba por culminar con éxito las misiones y conseguir resultados. Y además, era texano —vale: no soy imparcial—, o sea, un tío hecho y derecho.

Sus instrucciones siempre empezaban igual:

—¿Qué pensáis hacer, cabronazos? —nos espetaba—. ¿Vais a salir a patear culos?

Primo estaba siempre dispuesto a entrar en combate. Tenía claro qué es lo que se espera de los SEAL, y era precisamente lo que quería que hiciéramos.

También era un tío excelente fuera del campo de batalla.

Era raro que no hubiera alguien del equipo metido en un lío durante el tiempo libre y la instrucción. Las peleas de bares son un problema considerable, y recuerdo cuando nos llevó aparte para tratar el tema y nos dijo:

—A ver: sé que os vais a meter en más de una bronca. En ese caso, lo que tenéis que hacer es atacar rápido y con fuerza y echar a correr. Siempre que no os pillen, podéis hacer lo que queráis; porque si os pillan es cuando voy a tener yo que meterme.

Yo me tomé muy en serio su consejo, aunque no siempre me fue posible seguirlo.

No sé si fue por ser de Texas o por ser también él de espíritu peleón, nos cogió cariño a mí y a otro texano al que llamábamos «Pepper». Los dos éramos sus niños bonitos, y a los dos nos salvaba el culo cuando nos metíamos en algún lío. Si yo le replicaba a algún oficial —cosa que ha pasado alguna que otra vez—, el mayor Primo se encargaba de solucionarme la papeleta. A mí me enmendaba bien la plana, pero ante los jefazos siempre me defendía. Por otro lado, sabía que podía contar con «Pepper» y conmigo si había que hacer algo.

Más tatuajes

Estando en casa, me hice un par de tatuajes más en el brazo. Uno de ellos era un Tridente. Ahora ya me tenía por un SEAL de verdad; me lo había ganado. Me lo puse en la parte interna del brazo, para saber que lo llevaba sin que estuviese a la vista de todos: tampoco quería ir fardando por ahí.

En la otra cara del brazo me hice una cruz de cruzado. Quería que todos supieran que soy cristiano. Me la dibujé en color rojo sangre. Odiaba a los malditos salvajes contra los que estaba luchando. Siempre los odiaré: me han quitado demasiado.

Hasta los tatuajes se volvieron motivo de tensión entre mi mujer y yo. A ella no le gustan en general, y lo de que me los hiciese una noche que ella suponía que estaría en casa y la sorprendiera con ellos no hizo sino añadir tirantez.

Taya lo entendió como una señal más de que estaba cambiando, transformándome en alguien al que no conocía. Yo no lo veía así, aunque tengo que reconocer que sabía que no le iba a gustar. Sin embargo, siempre es mejor pedir perdón que permiso. Además, teniendo en cuenta que quería tatuarme el brazo entero, entendía que ninguno de los dos se había salido del todo con la suya.

Listos para partir

Estando en casa, Taya se quedó embarazada de nuestro segundo hijo, y eso supuso de nuevo una carga tremenda para ella.

Mi padre le dijo que estaba convencido de que cuando viera a mi hijo y pasase un tiempo con él no iba a querer volver a la guerra. Sin embargo, aunque hablamos mucho del tema, en el fondo yo tenía muy claro cuál era mi deber. Yo era SEAL, y estaba adiestrado para la guerra. Estaba hecho para eso. Mi país estaba en guerra y me necesitaba.

Y además lo echaba de menos: echaba de menos la emoción y el entusiasmo del campo de batalla. Me encantaba matar a los malos.

—Si te matan, se nos va a arruinar la vida a todos —me dijo Taya—. Me fastidia mucho que te prestes a poner en peligro tu vida y también la nuestra.

De momento, solo estábamos de acuerdo en que no estábamos de acuerdo.

Nuestra relación se fue distanciando a medida que se acercaba la siguiente misión. Taya me fue apartando emocionalmente, como si se estuviera poniendo una coraza para los próximos meses. Y puede ser que yo estuviera haciendo lo mismo.

—No lo hago aposta —me dijo una de las pocas veces en que los dos pudimos darnos cuenta de lo que estaba ocurriendo y hasta hablamos de ello.

Seguíamos queriéndonos. Puede sonar raro, pero estábamos tan próximos como distantes: nos necesitábamos, pero al mismo tiempo necesitábamos que hubiera espacio entre los dos. Queríamos hacer otras cosas; por lo menos yo.

Estaba deseando irme: me entusiasmaba la idea de volver al trabajo.

A parir

Unos días antes de la fecha de salida fui al médico para que me quitase un quiste del cuello. En la consulta, me durmió la zona con anestesia local y me clavó una aguja para extraer el líquido.

Creo. En realidad no lo sé, porque en cuanto entró la aguja perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, estaba tumbado en la camilla con la cabeza donde deberían estar los pies.

Ni el desmayo ni la operación tuvieron más efectos adversos, aunque nadie fue capaz de explicarme por qué reaccioné de esta manera. Todos coincidían en que estaba bien. Sin embargo, había un problema: un ataque así puede hacer que te licencien. Por suerte, en la sala había un sanitario con el que había servido yo, y convenció al médico para que no incluyera el desmayo en el informe, o para que lo presentase de manera que no influyera en mi futuro militar (no estoy muy seguro). No volví a saber nada más de aquello.

Lo que sí hizo el ataque fue impedirme que acompañase a Taya. Mientras yo perdía el conocimiento, ella había ido a una revisión ordinaria de su embarazo. Faltaban tres semanas para la fecha en la que debía nacer nuestra hija, y solo unos días para que yo volviera a irme. Entre las pruebas se incluía una ecografía, y Taya supo que algo no iba bien cuando vio al técnico apartar la mirada del monitor.

—Me da la impresión de que vas a tener al bebé muy pronto —fue lo más que pudo decir antes de levantarse para ir a buscar al médico.

La cría tenía el cordón umbilical alrededor del cuello. Además venía de nalgas, y tenía poco líquido amniótico (el que alimenta y protege al feto en desarrollo).

—Tenemos que hacer una cesárea —anunció el médico—. No te preocupes, que mañana sacamos al bebé. No te va a pasar nada.

Taya me había llamado varias veces, pero cuando yo recobré la consciencia ya estaba ingresada.

Pasamos muchos nervios aquella noche, y por la mañana los médicos le hicieron la cesárea. Mientras la operaban, cortaron no sé qué arteria y salió sangre por todas partes. Temí muchísimo por mi mujer. Pasé miedo de verdad. O algo mucho peor.

A lo mejor aquello fue una simple muestra de lo que había sufrido ella durante todo el tiempo que yo había estado sirviendo en el extranjero: un estado terrible de angustia y desesperación.

Algo muy difícil de admitir, y mucho menos de tolerar.

Nuestra hija estaba perfectamente. La tomé y la abracé. Si antes de que naciera me había sentido igual de distante que con respecto al primero, en cuanto la tuve en brazos empecé a sentir apego y amor de verdad.

Taya me miró de un modo extraño cuando traté de tenderle a la pequeña.

—¿No quieres abrazarla? —le pregunté.

—No —me dijo ella.

«¡Dios! —pensé—. Está rechazando a nuestra hija. Yo tengo que irme, y ella ni siquiera demuestra afecto...»

Momentos después, Taya alargó los brazos. «Gracias a Dios.» Dos días después embarqué hacia mi siguiente misión.

9
«Los Castigadores»

«Veníamos por lo de los morteros»

Pensará el lector que cualquier ejército que planee una ofensiva de relieve tiene que tener un modo de llevar a sus soldados al campo de batalla, ¿no? Pues se equivoca.

El quiste y el nacimiento de mi hija hicieron que saliera de Estados Unidos una semana más tarde que el resto de mi sección, y cuando llegué a Bagdad, en abril de 2006, ya habían enviado a mis compañeros a poniente, al sector de Ramadi. En la capital no encontré a nadie que supiera cómo llevarme hasta allí: si quería reunirme con ellos, iba a tener que ingeniármelas yo solito.

Tomar un vuelo directo era impensable: la situación estaba demasiado encendida en Ramadi. Después de mucho buscar por mi cuenta, di con un Ranger del ejército que también iba hacia allí, y pusimos en común nuestro ingenio para encontrar en el aeropuerto internacional de Bagdad a alguien que nos llevase.

En un momento dado, oí a un oficial decir que el ejército estaba teniendo problemas con ciertos morteros insurgentes en determinada base del oeste. Dio la casualidad de que supimos de un vuelo que iba a aquella misma base, y el Ranger y yo nos dirigimos al helicóptero con la intención de hacernos con un hueco.

Un coronel nos detuvo cuando estábamos a punto de subir a bordo.

—Está completo —le endilgó a mi amigo—. ¿Para qué queréis ir allí?

—Somos francotiradores, señor —le dije yo levantando el estuche de mi fusil—, y vamos a ocuparnos del problema que tienen con los morteros.

—¡Ah, bien! —Y acto seguido anunció a la tripulación con un bramido —: Estos chavales necesitan salir en el primer vuelo disponible. Que suban ya.

Embarcamos, para lo cual hubo que apear a dos de sus hombres.

Cuando llegamos a la base ya se habían encargado ellos de los morteros. Sin embargo, seguíamos teniendo un problema: no había vuelos a Ramadi, y las probabilidades de que hubiese un convoy eran menores que las de ver nevar en Dallas en pleno mes de julio.

Pero tuve una idea. Me fui con el Ranger al hospital de la base y busqué a un sanitario. En los SEAL he trabajado con varios de ellos, y sé por experiencia que los del cuerpo de sanidad de la Armada son unos ases cuando se trata de salir de un embrollo.

Saqué del bolsillo una moneda conmemorativa de los SEAL y me la dejé en la palma de la mano para ponerla en la de nuestro nuevo amigo cuando nos presentamos con un apretón de manos. (Se trata de una moneda especial creada con la intención de honrar a los integrantes de una unidad por su arrojo o por cualquier logro especial. Las de los SEAL son muy apreciadas, tanto por lo que simbolizan como por ser muy poco frecuentes. El gesto que yo estaba haciendo se emplea en la Armada como un saludo secreto.)

—Oye —le dije—. Necesito que me hagas un favor muy grande. Soy francotirador de los SEAL; mi unidad está en Ramadi, y tengo que llegar allí. —Señalando con la cabeza al Ranger, añadí—: Y él viene conmigo.

—Vale —respondió el sanitario casi con un susurro—. Venid a mi despacho.

Y allí fuimos. Sacó un sello de goma, nos lo estampó en la mano y escribió algo al lado de la marca.

Se trataba de un código de clasificación de heridos. Lo que hizo fue asignarnos una evacuación médica para colocarnos en Ramadi. Fuimos los primeros heridos —quizá los únicos— a los que han enviado al campo de batalla en lugar de sacarlos de allí.

No tengo la menor idea de por qué salió bien aquello: solo puedo decir que ninguno de los del helicóptero en el que nos metieron puso en duda el destino elegido, y mucho menos la naturaleza de nuestras «heridas».

Base Tiburón

Ramadi estaba en la provincia de Ambar, como Faluya, aunque unos cincuenta kilómetros más al oeste. Se decía que acogía a muchos de los insurgentes que habían huido de Faluya, y lo cierto es que había muchas pruebas: los ataques se habían intensificado desde que Faluya había sido pacificada. En 2006 se consideraba la ciudad más peligrosa de Irak, lo que suponía una distinción de la leche.

A mi sección la habían enviado a Camp Ramadi, base estadounidense que se extendía a orillas del Éufrates, en las afueras de la ciudad. Nuestro recinto, llamado base Tiburón, había sido creado por una unidad operativa anterior y se encontraba en el exterior mismo del campamento.

Cuando llegué por fin, a los chavales los habían mandado a trabajar al este de Ramadi, y era imposible encontrar un transporte con el que cruzar la ciudad. Yo estaba cabreadísimo, porque pensaba que me había presentado allí demasiado tarde para sumarme a la acción.

Buscando algo con lo que entretenerme mientras daba con la manera de reunirme con el resto de la sección, pedí permiso al mando para apostarme en las torres de vigilancia. Había habido insurgentes tanteando el perímetro, acercándose cuanto podían a la base para rociarla con sus Kaláshnikov.

—Claro que sí. Adelante —me dijeron.

Saqué mi fusil de precisión, y acababa de tomar posiciones cuando vi a dos tíos merodeando a cierta distancia, en busca de emplazamiento desde el

que disparar.

Esperé a que asomaran de su escondite. *Pam.* Le di a uno. Su amigo se dio la vuelta y empezó a correr. *Pam.* El otro también cayó.

Un siete plantas

Estaba esperando todavía a que se presentara la ocasión de unirme a los míos cuando la unidad de marines apostada en el extremo norte de la ciudad pidió francotiradores que los ayudasen sobrevigilando desde un edificio de siete plantas cercano a su puesto avanzado.

El mando me pidió que fuese allí con un equipo. En la base solo había otros dos francotiradores. Uno de ellos se estaba recuperando de las heridas sufridas y no iba tirando sino con morfina, y otro, un sargento primero que parecía poco dispuesto a ir.

Pedí al primero, y me dieron al segundo. Encontramos a dos tiradores para las M-60, incluido Ryan Job, por tener algo más de fuerza, y con un oficial a la cabeza, nos pusimos en marcha para echar una mano a los marines.

El siete plantas era un edificio alto y muy dañado que se alzaba a unos doscientos metros del puesto avanzado de los marines. Estaba hecho de cemento de color pardo y situado cerca de lo que había sido una carretera principal antes de la guerra. Casi parecía un bloque de oficinas moderno, o lo habría parecido de no ser por las ventanas que faltaban y los agujeros colosales que habían hecho en él los cohetes y proyectiles. Era el edificio más alto de los alrededores, y ofrecía una vista perfecta de toda la ciudad.

Salimos poco antes de que cayese el sol con varios marines y yundíes encargados de cubrirnos las espaldas. Los yundíes eran milicianos o soldados iraquíes leales en proceso de adiestramiento. Se dividían en distintos grupos, dotado cada uno de ellos de su propio nivel de experiencia y eficacia (aunque lo más normal es que se caracterizaran por la falta de ambas).

Cuando aún no se había ido la luz del día, nos dispararon aquí y allá, siempre insurgentes aislados. El área que rodeaba el edificio estaba muy deteriorada: un muro encalado y con una reja muy adornada separaba un solar vacío y lleno de arena, de otro. Cayó la tarde, y de pronto nos vimos en medio de una riada de malos. Se disponían a asaltar el puesto avanzado de los marines, y daba la casualidad de que nosotros estábamos en su camino. Eran muchísimos.

Al principio no se dieron cuenta de que estábamos allí, pero después de que se abriera la veda, vi a tres fulanos con lanzacohetes RPG que nos apuntaban desde una distancia aproximada de una manzana. Los abatí uno a uno, y nos ahorramos así el incordio de tener que estar esquivando sus granadas.

El tiroteo se centró enseguida en nosotros. Los marines nos llamaron por radio y nos dijeron que nos replegásemos hacia sus posiciones. Estaban a apenas unos centenares de metros de nosotros, aunque el espacio que nos separaba era muy traicionero. Mientras uno de los tiradores de M-60 —mi oficial— y yo disparábamos para cubrirles las espaldas, los demás del grupo bajaron las escaleras y se trasladaron a la base de los marines. Todo ocurrió con tanta rapidez, que cuando estuvieron a salvo nos percatamos de que nos había rodeado el enemigo. Así que nos quedamos donde estábamos.

Ryan se dio cuenta de que nos encontrábamos en un buen apuro en cuanto llegó al puesto de los de la infantería de marina. Él y el sargento primero discutieron sobre si debían o no cubrirnos. Este decía que su trabajo consistía en permanecer con los yundíes, que estaban ya agazapados dentro del campamento de los marines. Le dio órdenes de estarse quieto, y Ryan le dejó claro por dónde podía metérselas.

Entonces corrió hacia la azotea del edificio en que estaban, y allí se unió a los marines que intentaban protegernos con sus fuegos mientras nosotros rechazábamos a los insurgentes.

Los marines enviaron una patrulla a sacarnos de allí, y mientras los veía venir hacia nosotros, descubrí a un rebelde que se movía tras ellos. Disparé una vez. Los de la patrulla se echaron al suelo, y el iraquí también; pero él no volvió a levantarse.

—Hay un francotirador [de los insurgentes] ahí delante, y es bueno —avisó por radio el operador de comunicaciones—. Ha estado a punto de darnos.

Entonces me puse yo a mi aparato.

—Soy yo, capullo. Mirad detrás de vosotros.

Se dieron la vuelta y vieron a aquel salvaje tirado sin vida en el suelo con un lanzacohetes en la mano.

—¡Dios santo! Gracias —respondió el marine.

—No hay de qué.

De todos modos, aquella noche había también francotiradores iraquíes operando, y de hecho yo abatí a dos. Uno de ellos se había apostado en el alminar de una mezquita, y el otro, en un edificio de los alrededores. Aquel ataque no estuvo del todo mal coordinado: fue uno de los mejor coordinados de cuantos conocimos en aquel sector. También fue peculiar porque se produjo de noche, y, por lo general, los malos intentaban no tentar su suerte cuando no había luz.

Al final salió el sol y se relajó el tiroteo. Los marines sacaron un puñado de vehículos blindados, y protegidos por ellos corrimos a su puesto avanzado.

Una vez allí, fui a ver a su comandante para ponerlo al corriente de lo que había pasado, y casi no había pronunciado la primera frase cuando irrumpió en su despacho un oficial corpulento de los marines que preguntó sin sutilezas:

—¿Quién coño era el francotirador que había subido al siete plantas?

Me di la vuelta y le dije que era yo mientras me preparaba para que me crucificasen por alguna metedura de pata que desconocía.

—Deja que te dé la mano, muchacho —me contestó quitándose el guante—. Me acabas de salvar la vida.

Era el tío al que había llamado *capullo* por la radio. Nunca he visto a un marine más agradecido.

«La Leyenda»

Mis colegas volvieron de sus aventuras por el sector este poco después de aquello, y me recibieron con la cordialidad de costumbre.

—Sabíamos que estaba aquí «la Leyenda» —me dijeron nada más verme—. De pronto nos dicen que los del Camp Ramadi han matado a dos; que estaba muriendo gente en el norte. Y nos hemos dicho: «Ya está aquí "la Leyenda"». Eres el único cabrón que ha conseguido matar a nadie ahí fuera.

Me reí. Aquel sobrenombre de «la Leyenda» me lo habían puesto mientras servía en Faluya, más o menos cuando lo de las pelotas de playa, o quizá cuando hice aquel disparo tan de lejos. Antes de aquello, mi apodo había sido «Tex».

Por supuesto, no era «Leyenda» sin más. El mote tenía más de mofa de lo que puede parecer: «la Leyenda». Uno de los chavales —Dauber, creo— hasta le dio la vuelta para convertirlo en «el Mito», con lo que me bajó todos los humos. Todo esto iba con buena intención, y la verdad es que para mí era un honor mayor que una ceremonia de imposición de medallas con uniforme de gala.

Dauber me caía bien de verdad. Aunque era nuevo, también era francotirador, y de los buenos. Sabía defenderse en un tiroteo... y también intercambiando insultos. No voy a negarlo: sentía debilidad por él, y cuando llegó el momento de hacerle las novatadas, ni siquiera le arreé... demasiado.

Por más bromas que hiciera la gente, el de «la Leyenda» es uno de los mejores apodos que le pueden poner a uno. Solo hay que ver a Dauber. En realidad no se llama así (ahora se dedica a lo que podríamos llamar «labores gubernamentales»). El mote le viene de un personaje de la serie de televisión *Entrenador*, el clásico musculitos sin cerebro. De hecho es un tipo inteligente, pero eso no tuvo peso alguno a la hora de buscarle un apodo.

Sin embargo, uno de los mejores era el de Ryan Job: «Biggles», un nombre grande y torpón para un tío grande y torpón. Se lo ganó gracias a Dauber, quien dice que se trata de una combinación de *big* («grande») y *giggles* («risita») que inventó un familiar suyo. Un día lo mencionó refiriéndose a Ryan; alguien del equipo lo repitió, y segundos después se lo habíamos adjudicado para siempre.

«Biggles». Ryan lo odiaba, claro; y eso, claro, ayudó a que se quedara con él. Uno de los chavales encontró una figurilla de un hipopótamo morado. Por supuesto, le tocó al tío de la cara de hipopótamo, y Ryan se convirtió así en «Biggles, el hipopótamo del desierto». Claro que, siendo Ryan como era, supo darle la vuelta para hacer suyo un chiste que pretendía ofenderlo. En adelante fue «Biggles, el hipopótamo del desierto», el mejor sirviente de una sesenta que haya conocido el planeta. Siempre llevaba consigo aquella figurita, hasta cuando estaba en el campo de batalla. El tío se hacía querer.

«Los Castigadores»

Nuestra sección tenía su propio sobrenombre; uno que iba más allá del de «Cadillac». Nos hacíamos llamar «Los Castigadores». Para quienes no conozcan al personaje, «El Castigador» apareció en una serie de Marvel en la década de 1970. Se trata de un tipo duro de mucho cuidado que deshace entuertos tomándose la justicia por su mano. Acaban de estrenar una

película con su nombre. Siempre lleva una camiseta con un cráneo blanco estilizado.

Fue el tío de comunicaciones el que lo propuso antes de que nos asignaran la misión. Todos pensábamos que lo que hacía «el Castigador» estaba muy bien: deshacer entuertos; matar a los malos; hacer que lo temiesen los criminales. Y como era precisamente eso lo que hacíamos nosotros, adaptamos el símbolo de la calavera y lo hicimos nuestro con ciertas modificaciones. Lo estarcimos en nuestros Hummer y también en nuestros chalecos, cascos y armas. Lo pintamos en tantos edificios y paredes como nos fue posible. Queríamos que todo el mundo estuviera al tanto del mensaje: «Aquí estamos, y hemos venido a joderos vivos».

Era nuestra forma de hacer PSYOPS (guerra psicológica): ¿Nos ves? Somos los que te van a patear el culo. Empieza a temernos, porque vamos a matarte, cabrón. Si tú eres malo, nosotros somos peores. Somos unos hijos de perra.

Nuestra sección hermana quiso que le prestásemos el patrón que habíamos usado para marcar nuestros pertrechos, pero a nosotros no nos dio la gana: les dejamos claro que «los Castigadores» éramos nosotros, y que ellos iban a tener que buscar su propio símbolo.

Con nuestros Hummer nos dejábamos llevar a veces. Casi siempre les poníamos nombres de personajes de *GI Joe*, como *Duke* o *Snake Eyes*. Que la guerra sea un infierno no quiere decir que no puedas divertirte.

Durante aquella misión tuvimos un equipo de primera, empezando por arriba. Los oficiales sabían hacerse respetar, y nuestro jefe, Tony, era de veras excelente.

Tony tenía la formación propia de un francotirador, y era un tío formidable. O mejor: un *abuelo* formidable, por lo menos para lo que se despachaba en los SEAL; corría el rumor de que había cumplido ya los

cuarenta. Es raro que un SEAL llegue a esa edad y siga saliendo al campo de batalla. A esas alturas estamos demasiado machacados. Sin embargo, Tony se las había ingeniado para seguir en la brecha. Era un hijo de perra hecho de acero, y lo habríamos seguido al infierno todas las veces que nos lo hubiera pedido.

Yo era siempre el punta —el que va a la vanguardia y ocupa la posición más expuesta durante las patrullas, como suelen hacer los francotiradores —, y eran raras las veces que Tony no estaba justo a mi espalda. Por lo común, el jefe marcha en la retaguardia de la formación, protegiéndoles las espaldas a los demás; pero nuestro teniente pensaba que la sección podía ser más eficaz si tenía dos tiradores al frente.

Una noche, poco después de que se hubiera vuelto a reunir toda la sección, nos trasladamos a unos diecisiete kilómetros al este de Ramadi. Aquella región era tan verde y tan fértil que parecía la selva vietnamita, al menos en comparación con el desierto en el que habíamos estado operando. Lo llamábamos Viet Ram.

En cierta ocasión nos dejaron en la zona que teníamos que patrullar y empezamos a caminar hacia donde sospechábamos que había un puesto fortificado de los insurgentes. Al final llegamos a una zanja descomunal con un puente que la atravesaba. Esta clase de puentes solían estar llenos de trampas explosivas, y, en este caso, los de inteligencia nos habían dicho que las tenía. Así que subí y me quedé allí de pie, alumbrando con el láser en busca de algún cable.

Recorrí con la luz la parte de arriba del puente y no vi nada. Me agaché un poco y volví a probar. Nada. Miré por todas partes, pero no encontré ni cables, ni artefactos, ni trampas de ninguna clase. Nada. Sin embargo, por los datos que nos habían dado, estaba seguro de que tenía que haber algo.

Volví a mirar. Tenía al EOD, el experto en desactivación de explosivos de la unidad, esperando detrás de mí: lo único que tenía que hacer era dar con la bomba o con el mecanismo que la activaba, y él se encargaría de

desarmarla en cuestión de segundos. Aun así, no encontré una mierda, y al final le dije a Tony:

—Vamos a cruzar.

Que nadie me entienda mal: no pretendía pasar el puente a la carrera. Tenía el fusil en una mano, y con la otra me cubría el carné de padre. No es que así fuera a salvar la vida en caso de que estallara un IED (artefacto explosivo); pero por lo menos llegaría entero a mi funeral.

La construcción no tenía más de tres metros, y sin embargo debí de tardar una hora en cruzarlo. Cuando al fin llegué al otro lado estaba empapado en sudor. Me di la vuelta para indicar a los otros con el pulgar en alto que podían seguirme sin miedo, y me encontré con que no había nadie: todos se habían agachado detrás de una piedra o un arbusto, convencidos de que iban a verme saltar por los aires.

Hasta Tony, que al hacer conmigo de punta tenía que haber estado detrás de mí, estaba escondido.

—¡Qué cabrón! —le grité—. ¿Dónde coño te has metido?

—Tampoco tenemos por qué perder a más de uno por una bomba —me dijo como si nada mientras cruzaba.

Intérpretes

Faluya había caído gracias a un asalto de órdago que supuso el avance por la ciudad de un modo muy organizado. Aunque se había llevado a cabo con éxito, el ataque había causado también mucho daño, y eso, en teoría, había sido perjudicial para el nuevo gobierno iraquí.

Tal vez pueda poner en duda el lector que esto sea cierto —yo, al menos, lo haría—: el caso es que nuestros jefazos no querían que pasara lo mismo en Ramadi; así que, mientras el ejército ingeniaba un plan que permitiera tomar la ciudad con la menor destrucción posible, nosotros fuimos a combatir en los alrededores.

Empezamos haciendo asaltos. Teníamos cuatro intérpretes que nos ayudaban a tratar con la gente del lugar. Siempre nos acompañaba al menos uno, aunque lo normal era que viniesen dos. El que nos caía bien a todos era Moose. Era un tío estupendo que había trabajado con nuestras tropas desde 2003, el año de la invasión. Era jordano, y era el único de los intérpretes que llevaba fusil. Sabíamos que podíamos contar con que lo usara: deseaba ser estadounidense, y no habría dudado en morir por ello. No temía salir a disparar cada vez que topábamos con el enemigo.

No era un gran tirador, pero sabía obligar al enemigo a agachar la cabeza. Y lo que es más importante: tenía claro cuándo podía y cuándo no podía disparar, algo que no es tan fácil como podría parecer.

A las afueras de la base Tiburón había un pueblecito que nosotros llamábamos Gay Tway. Estaba infestado de insurgentes. Echábamos la puerta abajo, irrumpíamos y dábamos en el blanco. A una de las casas fuimos tres o cuatro veces. Después de la primera, ni siquiera se molestaron en poner otra vez la puerta en su sitio. No tengo ni idea de por qué volvían una y otra vez a aquella casa; pero puedo decir que nosotros tampoco nos cansábamos de visitarla: al final acabamos por conocer bien aquel lugar.

No hubo que esperar mucho para que empezáramos a tener un encuentro tras otro en Gay Tway y Viet Ram. El sector estaba al cargo de una unidad de la guardia nacional con la que empezamos a colaborar.

Blancos

Una de nuestras primeras misiones consistió en ayudar al ejército a recuperar los alrededores de un hospital situado a orillas del río en Viet Ram, un edificio de hormigón de cuatro plantas cuya construcción habían abandonado unos cuantos años antes. El ejército quería acabar las obras para los iraquíes, porque había una necesidad tremenda de atención médica

de calidad aceptable. Sin embargo, ni siquiera podían acercarse para empezar a trabajar, porque en cuanto lo hacían, llovían las balas. Por lo tanto, nos tocó a nosotros arrimar el hombro.

Nuestra sección, formada por dieciséis tíos, se sumó a una veintena de soldados para despejar de insurgentes el pueblo vecino. Entramos allí una mañana a primera hora y nos dividimos para empezar a tomar casas. Yo iba en punta con mi Mk-12, y entraba el primero en cada edificio. Una vez limpio, subía a la azotea, cubría a los del suelo y buscaba insurgentes, pues no dudábamos que atacarían en cuanto supiesen que estábamos allí. El grupo iba avanzando a trechos, despejando a su paso aquel terreno.

Estas casas no eran como las de la ciudad: entre unas y otras había cierta separación, y por lo tanto el proceso era más lento y más disperso. Los terroristas no tardaron en saber dónde estábamos y qué intenciones teníamos, y organizaron un modesto ataque desde una mezquita. Escondidos tras sus muros, comenzaron a hostigar con fuego de sus Kaláshnikov a un pelotón de soldados que combatían en tierra.

Yo estaba en una de las azoteas cuando empezaron los tiros. Momentos después, nos pusimos a disparar a los malos con todo lo que teníamos: M-4, M-60, fusiles de precisión, granadas de 40 milímetros, cohetes LAW..., con todo. Iluminamos bien aquella mezquita. La balanza de aquel combate no tardó en inclinarse hacia nosotros: los de abajo empezaron a maniobrar para asaltar la mezquita con la esperanza de atrapar a los insurgentes antes de que pudiesen escabullirse hacia la alcantarilla de la que habían salido. Nosotros nos pusimos a disparar un poco más arriba, apuntando por encima de sus cabezas para facilitarles la entrada.

En mitad de la refriega me golpeó la pierna un casquillo caliente de otra arma de fuego —tal vez la ametralladora M-60 que tenía al lado— y fue a caerme en una bota, a la altura del tobillo. Quemaba como el infierno, pero en ese momento no podía hacer nada por evitarlo: había demasiados malos asomando detrás de los muros intentando matar a mi gente.

Llevaba puestas botas normales de senderismo en vez de calzado de combate. Las prefería porque eran más ligeras y cómodas, y normalmente

me protegían de sobra. Por desgracia, no me había molestado en abrochármelas bien antes del combate, y entre la pernera y la bota había quedado un hueco en el que fue a caer precisamente el casquillo cuando salió disparado.

¿Y además, no nos habían dicho los instructores del BUD/S que en pleno combate no era posible pedir tiempo muerto? Cuando se calmaron las cosas, aproveché para ponerme de pie y sacármelo, y me traje con él un buen trozo de piel.

Aseguramos la mezquita, nos trabajamos el resto del pueblo y cerramos el chiringuito.

Distintos modos de matar

Estuvimos patrullando con el ejército varias veces más, tratando de acabar con la resistencia de aquella zona. La idea era sencilla, aunque peligrosa en potencia: hacíamos que se nos viera para que nos disparasen los insurgentes, y una vez que habían revelado sus posiciones podíamos responder y matarlos; cosa que por lo general conseguíamos.

Al verse rechazados del pueblo y la mezquita, los insurgentes se retiraron al hospital. Les encantaban los edificios sanitarios, no solo por ser grandes y estar por lo general bien construidos (y proporcionar, por lo tanto, una buena protección), sino porque sabían que nosotros nos lo pensábamos dos veces antes de atacarlos, aunque los hubiesen tomado los terroristas.

Después de darle muchas vueltas, el mando del ejército decidió al final atacar el edificio. Todos estuvimos de acuerdo al oír el plan. Vamos allá.

Nos quedamos a sobrevigilar en una casa situada a unos doscientos o trescientos metros del hospital, del que nos separaba un campo raso. En cuanto nos vieron los insurgentes nos cayó una buena.

Uno de mis chavales descargó un Carl Gustav contra la parte alta del edificio desde el que nos estaban disparando. El Gustav hizo un agujero de los buenos en la pared, y salieron cuerpos disparados por todas partes.

El cohete los dejó más calmados, y cuando cedió la resistencia, el ejército pudo entrar y tomar el edificio. Cuando llegaron al recinto apenas encontraron oposición ninguna: los pocos que no habían muerto se habían dado el piro.

Nunca era fácil decir cuántos insurgentes teníamos delante en combates como aquel. Un puñado de gente era capaz de presentar batalla bastante bien: una docena de hombres bien puestos a cubierto podía detener un buen rato el avance de una unidad, dependiendo de las circunstancias. Sin embargo, cuando tenían que hacer frente a una fuerza considerable, podías contar con que la mitad de ellos se iba a escabullir hacia la retaguardia o hacia cualquier otro sitio alejado de la acción.

Aunque ya nos había acompañado un Carl Gustav en otros casos, que yo sepa esta era la primera vez que matábamos a alguien con él, y de hecho, debió de ser la primera vez que lo hacía una unidad de los SEAL. Lo que sí es seguro es que no lo habíamos usado nunca contra un edificio, y claro, cuando se corrió la voz, todos quisieron hacer lo mismo.

Aunque técnicamente estaba pensado para combatir contra vehículos blindados, nosotros descubrimos que el Carl Gustav también era muy potente contra las construcciones. De hecho, era perfecto para Ramadi, pues atravesaba el hormigón armado y hacía salir a los que estuviesen dentro del edificio. La onda expansiva de la explosión arrasaba el interior.

Teníamos diferentes proyectiles para esta arma (hay que tener presente que, de hecho, se considera más un fusil sin retroceso que un lanzacohetes). Muchas veces, los insurgentes se escondían detrás de terraplenes y otros parapetos muy eficaces, y en ese caso podías lanzar un proyectil de

explosión aérea, que era mucho peor que cualquier cosa que detonase en tierra.

El Gustav es relativamente fácil de usar. Hay que llevar protección doble para los oídos y tener mucho cuidado con dónde te colocas para dispararlo, pero los resultados son espectaculares. Al final, todos los de la sección querían usarlo, y juro que hasta había peleas por ver quién iba a lanzarlo.

Cuando tu trabajo consiste en matar gente, acabas por volverte muy creativo sobre cómo hacerlo. Piensas en cómo aplicar la máxima potencia de fuego posible en el campo de batalla, y empiezas a pensar en modos nuevos e imaginativos de eliminar a tu enemigo.

En Viet Ram teníamos tantos blancos, que empezamos a preguntarnos: «¿Qué armas no hemos usado todavía para matarlos? ¿Todavía no has abatido a nadie con la pistola? Pues por lo menos tienes que matar a uno». Usábamos armas distintas por ganar experiencia, por aprender cuáles eran sus posibilidades en combate. Sin embargo, a veces era solo por juego: cuando te pasas un día tras otro de tiroteo, acabas por buscar variedad. De cualquier modo, había insurgentes y tiroteos de sobra.

El Gustav resultó ser una de nuestras armas más eficaces cuando nos enfrentábamos a insurgentes que disparaban desde edificios. Teníamos cohetes LAW, que eran más ligeros y fáciles de transportar; pero muchos de ellos resultaban defectuosos y no estallaban. Además, una vez que disparabas uno, no podías volver a cargar el lanzacohetes. El Carl Gustav siempre era la bomba, se entienda como se entienda.

Otra arma que usábamos bastante era el lanzagranadas de 40 milímetros. De este hay dos variantes: una para acoplar bajo el fusil y otra que se emplea aparte. Nosotros teníamos las dos. Normalmente utilizábamos granadas de fragmentación, de las que al explotar sembraban

de metralla los alrededores. Se trata de un arma antipersona tradicional cuya eficacia está más que demostrada.

Estando en esta misión, recibimos una nueva clase de proyectil que usaba un explosivo termobárico, lo que provocaba un pepinazo mucho mayor: una sola granada lanzada contra un francotirador apostado en un edificio pequeño podía derribar toda la estructura debido a la onda de sobrepresión. La mayoría de las veces, claro, disparábamos a edificios más grandes; pero el poder destructivo seguía siendo intenso, una explosión violenta, un incendio y... se acabó el enemigo. ¿No es para enamorarse?

Apuntábamos los proyectiles con lo que llamamos «ajuste Kentucky»: calculábamos la distancia, corregíamos la elevación del lanzagranadas y disparábamos. Nos gustaba el M-79 —la variante autónoma que se estrenó durante la guerra de Vietnam—, porque la mira facilitaba la labor de apuntar y dar en el blanco deseado. Sin embargo, de una manera o de otra acababas por pillarle el tranquillo, porque lo usábamos mucho.

Teníamos un enfrentamiento cada vez que salíamos. Y eso nos encantaba.

Taya:

Lo pasé mal con los críos cuando Chris se fue al extranjero. Vino a ayudarme mi madre, pero aun así, no fue un camino de rosas.

Supongo que todavía no estaba preparada para tener otro hijo. Estaba enfadada con Chris, asustada por él y nerviosa ante la idea de tener que criar yo sola a una recién nacida y a un chiquitín de año y medio. Este no dejaba de meterse en todas partes, y la pequeña, en cambio, era de lo más dependiente.

Recuerdo que me pasaba días llorando en albornoz en el sofá. Cuidaba a la niña e intentaba darle de comer al niño, y luego me sentaba otra vez a llorar.

La herida no se estaba cerrando bien. Todo el mundo me decía: «Yo, una semana después de la cesárea ya estaba fregando el suelo y me sentía de maravilla». Bien: pues a mí todavía me dolía seis semanas

más tarde, y la cicatrización no iba precisamente a pedir de boca. Me daba una rabia tremenda no tener la suerte del resto de mujeres (más tarde me enteré de que de la que te recuperas rápido es la segunda; pero entonces nadie me lo dijo).

Me sentía débil, y estaba molesta conmigo misma por no ser más dura. Todo era un asco.

Las distancias en las que operábamos al este de Ramadi me hicieron escoger el calibre .300 Winchester Magnum, y empecé a salir con él regularmente de patrulla. Los del ejército siguieron sufriendo ataques después de tomar el hospital, y no hubo que esperar mucho para que los hostigaran también con fuego de mortero, así que salimos a combatir a los insurgentes que les disparaban y a buscar a los sirvientes de los morteros.

Un día nos apostamos en un edificio de dos plantas a escasa distancia del hospital. El ejército empleó un equipo especial para dar con la ubicación de los morteros, y elegimos aquella casa por estar cerca del lugar que identificaron. Sin embargo, por algún motivo, aquel día los rebeldes prefirieron no asomar la cabeza. A lo mejor estaban empezando a cansarse de morir.

Decidí ver si podíamos hacerlos salir. Saqué la bandera americana que llevaba siempre dentro del chaleco portaplacas y metí por los ojales un 550 *paracord* (cuerda de nailon de uso general que llamamos también «de paracaídas»). La até al borde de la azotea y la dejé caer para que se desplegara por el lateral del edificio. Minutos más tarde salieron media docena de insurgentes con fusiles ametralladores y se pusieron a dispararle a mi bandera.

Nosotros respondimos y abatimos a la mitad, mientras que los otros se dieron la vuelta y echaron a correr. Todavía tengo la bandera. Consiguieron darle a dos estrellas, lo que, bajo mi punto de vista, parece un precio justo por sus vidas.

Cada vez que salíamos, los insurgentes se alejaban más y ponían más protección entre ellos y nosotros. De vez en cuando, teníamos que solicitar apoyo aéreo para hacerlos salir de detrás de los muros y terraplenes tras los que se escondían a lo lejos.

Debido al miedo a provocar bajas colaterales, el mando y los pilotos se volvieron reacios a usar bombas. En lugar de eso, los reactores efectuaban ametrallamientos en vuelo rasante. También teníamos helicópteros de ataque: Cobra de los marines y Huey, armados con ametralladoras y cohetes.

Un día, mientras sobrevigilábamos, mi jefe y yo captamos a un hombre guardando un mortero en el maletero de un coche a unos setecientos metros de nosotros. A este lo abatí yo, y al que salió del edificio en el que había estado lo tumbó mi jefe. Solicitamos un ataque aéreo; un F/A-18 y le lanzó un mísil al automóvil. Entonces hubo un montón de explosiones secundarias: habían cargado el coche de explosivos antes de que los viéramos.

Entre los durmientes

Una o dos noches después, me encontraba caminando a oscuras por un pueblo vecino, por entre los cuerpos del suelo. No eran cadáveres, sino iraquíes dormidos. El calor del desierto lleva a las familias a dormir al raso muchas noches.

Iba a tomar posiciones para sobrevigilar una redada en el mercado, en donde tenía un puesto uno de los insurgentes. La información que nos habían dado indicaba que las armas del coche que habíamos hecho estallar venían de allí.

Nos habían lanzado, a otros cuatro y a mí, a unos seis kilómetros del resto del equipo, que planeaba hacer la incursión por la mañana. Nuestra misión consistía en llegar antes que ellos, reconocer la zona y vigilarla, y luego protegerlos cuando llegasen.

Caminar de noche por sectores ocupados por los rebeldes no era tan peligroso como podría pensarse, porque casi siempre estaban dormidos. Los iraquíes veían llegar nuestros convoyes durante el día y volver antes de que oscureciera, y los malos, por lo tanto, se figuraban que habíamos vuelto todos a la base. Ni apostaban guardias ni patrullaban la zona.

Eso sí: tenías que mirar dónde ponías los pies. Uno de los de mi sección estuvo a punto de pisar a un iraquí dormido mientras marchábamos hacia nuestro objetivo. Por suerte, se dio cuenta en el último momento, y pudimos seguir sin despertar a nadie. El ratón Pérez es un aficionado a nuestro lado.

Encontramos el mercado y nos dispusimos a vigilarlo. No era más que una hilera de casuchas diminutas de una planta que servían de comercio. Ni siquiera tenían escaparate: abrían la puerta y vendían sus productos en la calle.

Poco después de apostarnos, nos avisaron por radio de que había otra unidad en algún punto del sector. Minutos más tarde vi a un grupo de gente sospechoso.

—Oye —le dije al de la radio—. Estoy viendo a cuatro tíos con Kaláshnikov y chalecos de pertrechos, enmuyados hasta las cejas. ¿Son esos?

Quería decir que vestían como *muyas* (muyahidines), que era como solían hacerlo los insurgentes fuera de la ciudad: con camisas largas y turbante. En la ciudad, era frecuente que llevaran ropa de estilo occidental: el chándal y otras prendas deportivas partían la pana.

Los cuatro del grupito venían del río, tal como era de esperar.

—Espera, que lo averiguamos —me dijo el de transmisiones del otro lado.

Los estuvimos observando. Yo, desde luego, no pensaba disparar: no iba a arriesgarme a matar a un americano. La unidad tardó lo suyo en responder a nuestro centro de operaciones, que, a su vez, ordenó a los de mi sección que se matuviesen a la espera. Yo seguía sin quitarles el ojo de encima a los desconocidos mientras los veía avanzar.

—No son nuestros —me confirmaron al final—. La otra unidad ha cancelado su operación.

—Mola. Entonces me he tirado un rato dejando venir hacia nosotros a cuatro fulanos.

(Estoy convencido de que, de haber estado ahí fuera, ni siquiera los habría visto: son unos verdaderos *ninja*.)

Todos estábamos cabreados. Mis chavales seguían sentados en el Hummer, escrutando el desierto a la espera de que apareciesen los muyahidines. Yo volví a mi tarea de sobrevigilar la zona en la que debían actuar.

Lo que sí vi unos minutos más tarde fue a los cuatro insurgentes que había dejado escapar poco antes. Yo le di a uno, y uno de los otros francotiradores abatió a otro antes de que los demás se pusieran a cubierto. Entonces aparecieron detrás de ellos otros seis o siete.

Así fue como nos encontramos en medio de un tiroteo. Nos pusimos a lanzar granadas. El resto de la sección oyó los disparos y se lanzó también a la refriega; pero los combatientes que habían topado con nosotros se esfumaron.

Perdido todo el factor sorpresa, la sección emprendió a oscuras el asalto al mercado. Encontraron munición y algún que otro Kaláshnikov, pero nada parecido a un arsenal de consideración.

Nunca llegamos a averiguar lo que pretendían aquellos insurgentes que pasaban por allí: otro de los misterios de la guerra.

Lo mejor de lo mejor

Creo que todos los SEAL sienten un respeto enorme por nuestros hermanos de la unidad selecta antiterrorista, sobre la que tanto se ha escrito. Son lo más selecto de los grupos selectos.

En Irak no tuvimos mucha relación con ellos, pero la segunda de las dos veces que coincidimos ocurrió unas semanas más tarde, después de entrar en la ciudad de Ramadi propiamente dicha. Habían oído que estábamos matando a un montón de salvajes por las calles, y enviaron a uno de sus francotiradores para vernos actuar. Imagino que querían averiguar qué era lo que nos estaba funcionando tan bien.

Si me paro a considerarlo ahora, me arrepiento de no haber intentado alistarme con ellos. En aquel momento no estaban usando francotiradores con tanta frecuencia como los otros equipos: la mayor parte del trabajo lo estaban haciendo los grupos de asalto, y yo no quería ser asaltador: me encantaba lo que hacía; quería ser francotirador, tener la oportunidad de usar mi fusil y matar al enemigo. ¿Por qué iba a renunciar a eso, mudarme a la Costa Este y empezar de cero? Eso por no hablar del adiestramiento que tienes que soportar para demostrar que puedes trabajar con ellos.

Habría tenido que pasar unos cuantos años haciendo asaltos antes de poder hacerme un hueco otra vez entre los francotiradores. ¿Por qué iba a hacer todo eso cuando ya estaba operando de francotirador y me encantaba? Sin embargo, ahora que he oído hablar tanto de sus misiones y de sus logros, creo que tenía que haberlo intentado.

Tienen fama de arrogantes y de estar más que pagados de sí mismos, pero esa reputación no les hace justicia: yo he tenido la oportunidad de conocer a algunos tras la guerra, cuando han venido al centro de adiestramiento que dirijo, y son gente muy campechana, y muy humilde cuando hablan de sus victorias. Me hubiese encantado haber podido combatir en sus filas.

Civiles y salvajes

Aunque la ofensiva de Ramadi estaba aún por comenzar —oficialmente—, no nos faltaba movimiento.

Un día nos informaron de que había insurgentes colocando IED en determinada carretera. Salimos a vigilarla, además de asaltar casas y tomar medidas para prevenir emboscadas a los convoyes y las bases americanas.

Es verdad que en ciertas situaciones puede ser complicado distinguir a los paisanos de los insurgentes, pero también que los malos nos lo ponían muy fácil. Los aviones no tripulados vigilaban una carretera, por ejemplo, y cuando veían a alguien colocar una bomba, eran capaces no solo de localizarla, sino de seguir al insurgente hasta su domicilio. Eso nos ofrecía una información excelente sobre el paradero de los malos.

Los terroristas que se disponían a atacar a los americanos se delataban por los movimientos tácticos que efectuaban ante la llegada de un convoy o al acercarse a una de nuestras bases. Avanzaban a hurtadillas con los Kaláshnikov preparados, y se les veía a la legua.

Aunque ellos también aprendieron a ubicarnos: cuando tomábamos una casa en una aldea, reteníamos en el interior a los habitantes por su seguridad, y los vecinos sabían que si aquella familia no había salido a las nueve de la mañana era porque había americanos en el edificio. Los insurgentes lo tomaban como una invitación a venir a ver si podían matarnos.

La situación se hizo tan predecible, que daba la impresión de responder a un programa predeterminado. A las nueve de la noche más o menos teníamos tiroteo; al mediodía se relajaba la cosa, y entonces, a las tres o las cuatro de la tarde, tocaba otro. Habría resultado una situación divertida de no haber sido la vida lo que nos jugábamos.

Aunque, al mismo tiempo, resultaba divertida de un modo algo retorcido.

No sabíamos desde qué dirección iban a atacar, aunque la táctica era casi siempre la misma: empezaban disparando con automáticas, y estirando la pata unos cuantos aquí y otros allá; luego se volvían locos con los lanzacohetes, y al final, se dispersaban y trataban de huir.

Un día liquidamos a un grupo de rebeldes no muy lejos del hospital. En aquel momento no nos dimos cuenta, pero el servicio de información del ejército nos hizo saber más tarde que el mando de los insurgentes había hecho una llamada por el móvil para pedir más sirvientes de mortero, porque acababa de caer el equipo que había atacado el hospital.

El reemplazo no llegó nunca. Una lástima, porque a ellos también los habríamos matado.

Ahora todo el mundo ha oído hablar de los Predator, los aviones no tripulados que tanta información proporcionaron a las fuerzas americanas durante la guerra; pero lo que muchos no saben es que nosotros teníamos nuestros propios aparatos de bolsillo, del tamaño de los aviones teledirigidos con los que juegan los niños americanos.

Cabían en una mochila, y aunque yo no llegué a manejar ninguno, la verdad es que eran chulísimos. Lo más difícil, al menos por lo que yo vi, era hacerlos despegar: tenías que lanzarlos con mucha fuerza para que alzaran el vuelo. El operador aceleraba el motor y arrojaba el aparato al aire, para lo cual hacía falta cierta habilidad. Como volaban bajo y tenían un motorcillo relativamente ruidoso, podían oírse desde tierra. Los iraquíes no tardaron en aprender que su chirrido característico anunciaba que los estábamos observando. En cuanto lo notaban se volvían de lo más cauto, y eso echaba a perder nuestras intenciones.

En algunos puntos las cosas se complicaron tanto que tuvimos que usar dos bandas de radio diferentes: una para comunicarnos con el centro de operaciones y otra para uso de la sección. Había tanto tráfico de ida y vuelta, que los de transmisiones del centro de operaciones nos invadían durante los tiroteos.

La primera vez que salimos, nuestro oficial pidió al guardia primero que lo despertara cada vez que entrásemos en combate, y llegó un momento en

que se repetían tanto los enfrentamientos que acabó por cambiar la orden: solo teníamos que informar si teníamos una refriega de más de una hora de duración. A final, la cosa cambió a: «No me aviséis a no ser que hieran a alguien».

La base Tiburón era un remanso de paz en aquel tiempo, un oasis de descanso y recreo. No es que fuera muy refinado: tenía el suelo de piedra y las ventanas tapadas con sacos terreros. Al principio, los catres estaban casi pegados unos a otros, y el único toque hogareño lo proporcionaban los arcones de resina llenos de abolladuras. Sin embargo, no necesitábamos mucho. Salíamos tres días y descansábamos uno. Yo dormía, y luego tal vez me pasaba el resto del día jugando a videojuegos, hablando por teléfono con la familia o usando el ordenador. Cuando querías darte cuenta había llegado el momento de volver a pertrecharte y salir.

Tenías que tener cuidado cuando hablabas por teléfono: la seguridad operativa —OpSec, en la jerga militar— era algo de vital importancia. No podías contar a nadie nada que pudiese revelar lo que estábamos haciendo, lo que planeábamos hacer ni tampoco de manera muy concreta lo que habíamos hecho. Se grababan todas las conversaciones que manteníamos desde la base; había un programa informático que buscaba palabras clave, y si detectaba más de la cuenta, estudiaban la conversación y podías verte en un buen berenjenal. Una vez se le fue a alguien la lengua sobre una operación y nos dejaron una semana incomunicados. Para él fue una humillación, y nosotros, por supuesto, le liamos una buena. Se arrepintió; qué menos.

A veces, los malos nos lo ponían fácil.

Cierto día nos apostamos en un pueblo cercano a la carretera principal. Era un lugar buenísimo, y, de hecho, pillamos a unos cuantos insurgentes que pasaron por allí para atacar el hospital. De pronto salió de la carretera un Bongo —una camioneta con caja trasera en la que transportar herramientas y demás material— y se embaló hacia nuestra casa. En la

parte de atrás, en vez de instrumental de ninguna clase, llevaba a cuatro artilleros que se pusieron a dispararnos mientras el vehículo atravesaba el patio, que por suerte tenía bastante anchura.

Le di al conductor, y la camioneta se detuvo. El copiloto saltó de la cabina y corrió a ocupar el sitio del conductor; pero uno de mis colegas le disparó antes de que lo consiguiera. A los demás también les arrimamos candela y los matamos a todos.

Poco después, divisé un camión con volquete carretera abajo. No le di demasiada importancia, hasta que tomó el camino que llevaba a la casa y se vino directo hacia nosotros. Habíamos hablado con los propietarios de la casa, y sabíamos que ninguno de los de la familia conducía un vehículo así. Además, por la velocidad que llevaba era evidente que no venía a interesarse por cómo lo llevábamos.

Tony le dio en la cabeza al del volante, y el vehículo giró y fue a estrellarse contra otro edificio vecino. No mucho más tarde apareció un helicóptero e hizo volar el camión: llegó zumbando un mísil Hellfire, y el camión saltó por los aires. Resulta que estaba cargado de explosivos.

Por fin un plan

A principios de junio, el ejército dio con un plan para hacerse con Ramadi. Si los marines habían ido conquistando Faluya de manera sistemática, dando caza a los rebeldes y expulsándolos de allí, aquí eran ellos quienes iban a venir a nosotros.

La ciudad se encontraba metida entre canales y tierras pantanosas. El acceso por carretera era limitado. El río Éufrates y el lago Habaniya la delimitaban al norte y al oeste, y en cada uno de estos lados había un puente cerca del extremo noroeste. Al sur y al este ayudaban a formar una frontera natural entre la ciudad y el campo un lago, pantanos y un canal de desagüe estacional.

Las fuerzas estadounidenses iban a entrar desde la periferia: los marines, desde el norte, y el ejército, desde los otros tres lados. A

continuación crearíamos puntos fortificados en diversas partes de la ciudad para dejar claro quién mandaba allí... y sobre todo para desafiar al enemigo a atacar. Cuando lo hiciera, responderíamos con todo lo que teníamos. Iríamos instaurando una fortificación tras otra y extendiendo así nuestro control sobre toda la ciudad.

Aquel lugar era un desbarajuste total: no había gobierno operativo alguno, y la anarquía lo dominaba todo. Los extranjeros que pisaban la ciudad se convertían de inmediato en objetivo de los asesinos o los secuestradores, aunque viajasen en convoyes blindados. Sin embargo, para los iraquíes de a pie era un infierno aún peor. Los informes que recibíamos calculaban que la insurgencia lanzaba más de veinte ataques diarios contra los nativos. El modo más rápido de morir consistía en alistarse al cuerpo de policía, y, entre tanto, la corrupción campaba por sus respetos.

El ejército estudió los grupos terroristas de la ciudad y llegó a la conclusión de que había tres categorías diferentes: fanáticos islamistas extremos, asociados con Al Qaeda y otros grupos similares; habitantes del lugar que, aun siendo un tanto menos exaltados, seguían queriendo sangre americana, y bandas de delincuentes oportunistas que pretendían, básicamente, sacar tajada de aquel caos.

A los del primer grupo había que eliminarlos, porque nunca iban a escarmentar: ellos serían nuestro objetivo principal en la campaña que estábamos a punto de empezar. Sin embargo, al resto había probabilidades de convencerlos para que abandonaran la ciudad, dejasen de matar gente o colaborasen con los jefes tribales locales. Por lo tanto, parte del plan del ejército consistía en trabajar con estos últimos para llevar la paz a la región. Todo hacía pensar que se habían cansado de los insurgentes y del desconcierto que habían llevado consigo y los querían ver fuera de allí.

Tanto la situación como el plan eran mucho más complejos de lo que puedo resumir yo aquí. Sin embargo, para los que estábamos en el campo de batalla, todo lo demás resultaba irrelevante: nos importaban un pimiento los matices. Lo que veíamos, lo que sabíamos, era que había un montón de gente que quería matarnos, y nos limitábamos a contraatacar.

Los yundíes

Había un punto en el que sí nos afectaba la generalidad del plan, y no precisamente para bien.

La ofensiva de Ramadi no estaba pensada exclusivamente para las tropas americanas. Más bien, el papel primero y central de la reconquista y la salvaguardia de la ciudad tenía que caer sobre el nuevo ejército iraquí. Sus soldados estaban allí; no los primeros, aunque sí, de hecho, en el centro. Sin embargo, no en el sentido en que estará pensando el lector.

Antes de comenzar el asalto recibimos instrucciones de ayudar a ponerle «rostro iraquí a la guerra», expresión que empleaban los mandos y los medios de comunicación para hacer ver que los iraquíes se habían situado en la vanguardia para hacer de su país un lugar seguro. Adiestramos unidades iraquíes, y cuando era posible —fuese o no deseable— los invitábamos a acompañarnos en nuestras operaciones. Trabajábamos con tres grupos diferentes, aunque a todos los llamábamos *yundíes*, del árabe «soldado», por más que, técnicamente, algunos fueran policías. Daba igual a qué cuerpo perteneciesen: todos daban pena.

Habíamos empleado a un grupito de exploradores durante las operaciones que habíamos hecho al este de la ciudad; al entrar en Ramadi, habíamos usado agentes de la SMP, una clase de policía especial, y luego teníamos un tercer grupo de soldados iraquíes a los que habíamos recurrido en los pueblos de los alrededores. En la mayoría de las operaciones, los colocábamos en el centro de nuestras columnas, mientras que nosotros ocupábamos la vanguardia y la retaguardia. Si entrábamos a una casa, ellos se quedaban en la primera planta, vigilando y hablando con la familia cuando el edificio no estaba deshabitado.

Como combatientes, eran un desastre. Parece que lo mejorcito que se despachaba en cuanto a soldados estaba siempre en la insurgencia, luchando contra nosotros. Supongo que la mayoría de nuestros yundíes tenían buenas intenciones; pero si hablamos de pericia militar... Vamos a dejarlo en que eran gente incompetente, por no decir peligrosa.

Una vez, me estaba preparando con un compañero de los SEAL llamado Brad para entrar en una casa. Estábamos de pie ante la puerta principal y teníamos a uno de nuestros yundíes detrás de nosotros. El arma del iraquí se encasquilló por lo que fuese, y no se le ocurrió otra cosa que quitar la protección y apretar el gatillo, con lo que descargó una ráfaga justo a mi lado.

Yo estaba convencido de que procedía de la casa, y a Brad le pasó lo mismo; así que nos pusimos a contraatacar acribillando la puerta. Entonces oí gritar a mis espaldas. Alguien le estaba echando la bronca a un iraquí al que se le había disparado el arma. Sí: los tiros eran nuestros, y no de nadie de dentro de la casa. Estoy seguro de que el yundí estaba pidiendo disculpas; pero yo no estaba de humor para escucharlo, ni entonces ni más tarde.

Brad dejó de disparar, y el SEAL que había acudido a encargarse de la puerta se echó hacia atrás. Yo seguía intentando averiguar qué diablos había pasado cuando se abrió la puerta de la casa y apareció tras ella un hombre mayor al que le temblaban las manos.

—Pasen, pasen —dijo—. Aquí no hay nada; no hay nada.

Dudo que fuera consciente de lo cerca que había estado de que fuese cierto en un sentido literal.

Además de ser ineptos hasta lo indecible, había yundíes que simplemente eran flojos. Cuando les pedías que hiciesen algo, te respondían con un sencillo: *Inshal-lah!* («Si Dios quiere»).

La mayoría de ellos se habían alistado por tener un sueldo fijo, pero no tenían ninguna intención de luchar, y mucho menos de morir, por su país. Por su tribu, a lo mejor. A su tribu, a su círculo familiar amplio, era a lo que

debían de veras lealtad. Y para la mayor parte, lo que estaba ocurriendo en Ramadi no tenía nada que ver con eso.

Me doy cuenta de que buena parte del problema tiene que ver con la cultura torcida de Irak. Esa gente llevaba toda su vida bajo una dictadura. Irak, como país, no significaba nada para ellos, o al menos nada bueno. Se alegraban de haberse librado de Sadam Husein, y mucho más de ser libres, pero no entendían lo que significaba eso en realidad, lo que traía consigo el hecho de ser libre.

El gobierno ya no iba a manejar más sus vidas, pero tampoco les iba a dar alimento ni ninguna otra cosa. Un palo tremendo. Y estaban tan atrasados en educación y tecnología, que a los americanos muchas veces nos parecía que vivían en la Edad de Piedra. Es normal compadecerse de ellos; pero eso es una cosa, y otra muy diferente querer que intenten dirigir por ti una guerra que es tuya. Además, mi trabajo no consistía en darle las herramientas que necesitaban para progresar: lo mío era matar, no enseñar.

Hicimos de todo por que ellos quedasen bien.

En un momento dado de la campaña secuestraron al hijo de un funcionario local. El servicio de información averiguó que lo tenían en una casa situada cerca de un centro universitario de la ciudad. Entramos de noche, echamos abajo la puerta y tomamos un edificio de grandes dimensiones para sobrevigilar. Mientras yo observaba desde la azotea, algunos de mis chavales se hicieron con la casa y liberaron al rehén sin resistencia alguna.

Aquello causó sensación en toda la ciudad; así que cuando llegó el momento de hacerse la foto, llamamos a nuestros yundíes, que se llevaron todo el mérito del rescate mientras nosotros quedábamos en segundo plano. Como profesionales discretos.

Cosas como esta pasaron en todo el campo de operaciones. Estoy seguro de que en Estados Unidos debían de estar publicando no pocas historias sobre lo bien que se estaban desenvolviendo los iraquíes y sobre

cómo los estábamos adiestrando. Todas ellas pasarán probablemente a los libros de historia.

Y todas eran mentira: la realidad era muy distinta. Yo creo que todo eso de querer ponerle cara iraquí a la guerra era una gilipollez: si quieres ganar una guerra, vas y la ganas; y después puedes ponerte a adiestrar a la gente si quieres. Hacerlo a mitad de combate es una estupidez. De hecho, fue un milagro que las cosas no se jodieran más todavía.

El COP Hierro

El polvillo de las carreteras de tierra se mezclaba con el hedor del río y de la ciudad a medida que nos acercábamos al pueblo. No se veía nada a aquella hora, aunque no debía de quedar mucho para que se hiciera de día. Nuestro objetivo era una vivienda de dos plantas que había en el centro de un pueblecito del sur de Ramadi, separado de la parte principal de la ciudad por una serie de vías de tren.

Nos metimos enseguida en la casa. Sus habitantes, claro, se asustaron al vernos aparecer y nos miraban con evidente recelo. Sin embargo, no parecían abiertamente hostiles a pesar de la hora. Mientras hablaban con ellos los intérpretes y los yundíes que venían con nosotros, subí a apostarme en la azotea.

Era el 17 de junio, el día que empezó la acción en Ramadi. Acabábamos de tomar el núcleo de lo que se convertiría en el COP (puesto de combate avanzado) Hierro, el primer peldaño de nuestro avance en Ramadi.

Inspeccioné con cuidado el pueblo. Nos habían dicho que debíamos esperar una batalla de mil demonios, y todo lo que habíamos vivido en las últimas semanas al este de la ciudad hacía pensar que era cierto. Yo sabía que Ramadi iba a ser mucho peor que el área rural de la periferia. Estaba tenso, pero preparado.

Una vez despejados la casa y los alrededores, comunicamos al ejército que podía entrar. Al oír los tanques a lo lejos, me concentré más aún en lo

que tenía en la mira de mi fusil. Los malos también debían de estar oyéndolos, y podían asomar en cualquier momento.

El ejército se presentó con lo que parecía un millón de tanques. Tomaron las casas vecinas y se pusieron a levantar paredes para construir un perímetro alrededor. En todo ese tiempo no se dejó ver un solo rebelde: la ocupación de la casa y del pueblo entero resultó algo decepcionante.

Mirando a mi alrededor, me di cuenta de que la zona que habíamos ocupado estaba al otro lado de las vías de la ciudad en un sentido no solo literal, sino también figurado. Nos habíamos ido a acantonar donde vivía lo más pobre de allí, y eso es mucho decir para Irak, que no era precisamente Jauja. Los propietarios y los habitantes de las casuchas que nos rodeaban apenas tenían para vivir. La insurgencia les importaba un pimiento, y nosotros, mucho menos todavía.

Una vez que se asentó el ejército, tomamos posiciones unos doscientos metros más allá para proteger a las diferentes partidas mientras hacían su trabajo. Seguíamos esperando que se liara la mundial; pero la verdad es que la animación era mínima. El único momento interesante fue cuando, por la mañana, pillaron a un chavalillo deficiente mental que iba de un lado a otro tomando notas en una libreta. Tenía toda la pinta de un espía, pero enseguida nos dimos cuenta de que no andaba bien de la cabeza y lo dejamos marchar con sus alocados apuntes.

A todos nos sorprendió tanta calma. Al mediodía seguíamos allí sentados de brazos cruzados. No digo yo decepción, pero cierto chasco sí que me llevé después de todo lo que nos habían contado. ¿Y aquella era la ciudad más peligrosa de Irak?

10
«El Diablo de Ramadi»

Entrar

Unas noches más tarde, me encaramé a bordo de una de las barcas de poco calado de la infantería de marina conocidas como SURC (embarcación fluvial para unidades pequeñas) y me agazapé en cubierta, detrás de la borda acorazada. Los marines que manejaban las sesentas al lado de la proa no bajaban la guardia mientras nuestro bote y otro más con el resto de nuestro grupo se deslizaban río arriba, avanzando en silencio hacia el punto en que debíamos comenzar nuestra operación.

La insurgencia tenía espías ocultos cerca de los puentes y en varios puntos de la ciudad. Si hubiésemos marchado por tierra, habrían tomado nota de nuestra ruta, pero en el agua no representábamos ninguna amenaza inmediata, y por lo tanto no nos prestaban demasiada atención.

No íbamos precisamente ligeros de equipaje. Nuestra siguiente escala estaba cerca del centro de la ciudad, bien metida en territorio enemigo. Los botes dieron con suavidad en la orilla del canal. Entonces me puse de pie, desembarqué por la puertecilla practicada en la proa y casi pierdo el equilibrio al pisar tierra. Troté un poco en tierra firme, y entonces me paré a esperar a que se reuniera el resto de la sección a mi alrededor. Llevábamos con nosotros a ocho iraquíes, y contando con los intérpretes, éramos en total poco más de dos docenas.

Los marines volvieron a hacerse al agua y desaparecieron. Yo me situé delante de la unidad y enfilé la calle en dirección a nuestro objetivo. Ante nosotros iban apareciendo casitas, callejones y vías algo más anchas, un laberinto de edificios y las sombras de construcciones más voluminosas.

No había llegado muy lejos cuando me dejó tirado el láser de mi fusil. Se le habían acabado las pilas. Detuve a todo el grupo.

—¿Qué coño pasa? —preguntó mi teniente, que se puso a mi lado como un rayo.

—Tengo que cambiar las pilas a la voz de *ya* —le dije.

Apuntar sin el láser iba a ser como hacerlo a ciegas: poco mejor que disparar sin apuntar.

—No. Sácanos de aquí.

—Vale.

Así que eché a andar otra vez hasta que llegamos a una intersección no mucho más allá. En la oscuridad que se extendía delante de nosotros, cerca del borde de un canal de desagüe poco hondo, apareció de pronto una figura. Alcancé a ver la sombra de un arma, y afiné la vista para distinguir los detalles: era un AK-47 con un segundo cargador fijado con cinta al que llevaba el fusil.

Un muya: el enemigo. Tenía la espalda vuelta hacia nosotros, y estaba observando la calle más que el agua; pero iba bien armado y estaba listo para el combate. Sin el láser no podía hacer gran cosa, conque llamé con un gesto a mi teniente, que se colocó enseguida detrás de mí y *¡traca!* Abatió al insurgente, y a punto estuvo también de agujerearme el tímpano al descargar su arma a un palmo de mi cabeza.

No había tiempo para protestas: corrí hacia delante al mismo tiempo que caía el iraquí, sin saber con seguridad si estaba muerto ni si no habría otros en las inmediaciones. Todos me siguieron, se desplegaron y se parapetaron tras varias esquinas.

Aquel fulano estaba muerto. Le quité el Kaláshnikov, y corrimos calle arriba hasta la casa que debíamos tomar, situada al lado de otras más bajas.

Estábamos a unos cientos de metros del río, frente a dos calzadas principales que dominaban aquel sector de la ciudad.

Como muchas casas iraquíes, la nuestra estaba rodeada por una tapia de unos dos metros de alto. Al ver la entrada cerrada, me colgué la M-4 al hombro, saqué la pistola y me aupé a lo alto de la pared con la mano que tenía libre.

Una vez arriba, vi que había gente durmiendo en el patio, me dejé caer dentro y, apuntando a los presentes, esperé a que alguno de mis colegas saltara tras de mí para abrir la entrada.

Esperé.

Y esperé. Y me harté de esperar.

—Venga —les susurré—. Saltad.

Nada.

—¡Vamos!

Alguno de los iraquíes comenzó a revolverse. Entonces me acerqué con sigilo a la entrada, consciente ya de que estaba solo. Allí estaba, apuntando con una pistola a una docena de insurgentes, por lo que sabía, y separado del resto de los chavales por una pared gruesa y una puerta cerrada.

Fui hacia la entrada y me las arreglé para abrirla. Los de la sección y los yundíes que nos acompañaban entraron en tromba y rodearon a los del patio (fuera había habido cierta confusión y, por el motivo que fuese, nadie se había dado cuenta de que yo estaba solo en el interior). Los que dormían resultaron ser una familia extensa normal. Algunos de mis colegas los reunieron sin necesidad de disparar un solo tiro y los llevaron a un lugar seguro. Mientras, los demás entramos y despejamos cada habitación con la mayor rapidez posible. Había un edificio principal y una casita al lado. En tanto que los demás buscaban armas, bombas o cualquier otra cosa sospechosa, yo eché a correr hacia la azotea.

Una de las razones por las que habíamos elegido aquella casa era su altura: la estructura principal tenía tres pisos, y por lo tanto me ofrecía una vista muy aceptable de los alrededores. No había ningún movimiento: de momento, todo iba a pedir de boca.

—Edificio despejado —comunicó al ejército el de transmisiones—. Podéis entrar.

Acabábamos de tomar la casa que iba a convertirse en el COP Halcón, y, una vez más, sin tener que combatir.

Suboficial y planificador

Nuestros jefazos habían ayudado a planear la toma del COP Halcón en estrecha colaboración con los mandos del ejército. Cuando acabaron, se pusieron en contacto con el jefe de la sección y pidieron nuestro aporte. Y así fue como acabé más inmerso que nunca en el proceso de planificación.

Aquello me produjo sentimientos encontrados: por un lado, tenía la experiencia y el conocimiento necesarios para añadir algún dato útil, y por otro, suponía hacer la clase de trabajo que tanto odio: demasiado burocrático o, por usar una metáfora del mundo laboral civil, de chaqueta y corbata.

En mi condición de sargento (E-6), yo era uno de los de más graduación de mi sección. Normalmente tenemos un sargento primero (E-7), que es el de más categoría, y un LPO, o *lead petty officer*.[4] Este suele ser un E-6, y ser el único de la sección. Sin embargo, en la nuestra teníamos dos. Yo era el segundo E-6, y con mucho gusto, porque al ser Jay —el otro E-6— LPO, me libraba del montón de tareas administrativas que iban ligadas al cargo; y por otro lado, disfrutaba de los beneficios propios de mi rango. Me sentía un poco como Ricitos de Oro en la casa de los tres osos: era lo bastante veterano para no tener que hacer trabajillos indeseables y demasiado nuevo para hacer labores de politiqueo. Estaba en el lugar exacto.

No me hacía ninguna gracia eso de sentarme delante de un ordenador para planearlo todo, y mucho menos tener que hacer una presentación con gráficos e ilustraciones. Yo era más de decir: «Seguidme, que os voy a

enseñar sobre el terreno lo que vamos a hacer». Sin embargo, era importante que lo dejásemos todo por escrito: si yo caía, podía sustituirme otro y saber de qué iba la cosa.

Donde sí me atasqué fue al llegar a una cuestión de papeleo que no tenía nada que ver con planear una misión: la evaluación de los E-5. Lo odiaba con todas mis fuerzas, y Jay tuvo que irse y me lo dejó a mí —seguro que porque a él tampoco le hacía ninguna gracia—. El lado bueno de todo aquello fue que me hizo darme cuenta de la calidad de nuestra gente: en nuestra sección no había un solo chapuzas: éramos un grupo de primera.

Al margen de mi graduación y mi experiencia, si los peces gordos querían que colaborase en la planificación era porque los francotiradores estaban participando de forma más activa en los combates. Nos habíamos convertido en lo que podríamos llamar un multiplicador de fuerzas, capaz de hacer mucho más de lo que podría uno imaginar teniendo en cuenta solo nuestro número.

La mayor parte de las decisiones estratégicas que debía ayudar a tomar estaban relacionadas con detalles como cuáles eran las casas más idóneas a la hora de sobrevigilar, qué ruta había que seguir, cómo era mejor que nos transportasen, qué debíamos hacer después de tomar las primeras casas, etc. Algunas de ellas eran muy sutiles, como, por ejemplo, la de cómo llegar al lugar en que se va a apostar el francotirador. Lo mejor era hacerlo con el mayor sigilo posible, y eso suponía, en principio, llegar a pie. Sin embargo, no era recomendable recorrer de este modo callejones llenos de basura en los que podías hacer demasiado ruido o corrías demasiado peligro de topar con un IED (artefacto explosivo) o caer en una emboscada.

El público general se equivoca al pensar que los soldados de operaciones especiales siempre acudimos en paracaídas o descendiendo por una cuerda desde un helicóptero a las zonas en conflicto. La verdad es que, aunque lo hacemos así cuando es conveniente, en Ramadi no llegamos a usar nunca estos métodos. Es cierto que los helicópteros tienen sus ventajas,

como son la velocidad y la capacidad para salvar distancias relativamente largas. Sin embargo, también son muy ruidosos, y en el medio urbano llaman demasiado la atención. Además, pueden ser blancos fáciles.

En este caso tenía mucho más sentido llegar por agua, tanto por el modo como está dispuesta Ramadi como por la localización de nuestro objetivo. Aquel medio nos permitía llegar sin mucho ruido a un punto cercano al objetivo, con cierta rapidez y con menos probabilidad de tener encuentros con el enemigo que yendo por tierra. Sin embargo, esta decisión planteaba un problema inesperado: no teníamos embarcaciones.

Por lo general, los SEAL operan con equipos de lanchas especiales, lo que se conocía, entonces y en el pasado, como Unidades de Lanchas Especiales (SBU). Los dos son nombres diferentes para una misma misión: la de llevar a los SEAL al campo de batalla y sacarlos después de allí. A una de estas secciones pertenecía la que nos rescató cuando «nos perdimos» en la costa de California durante nuestro adiestramiento.

Entre los SEAL y los de las SBU se daban ciertas fricciones cuando, en los bares de Estados Unidos, los oías presentarse como SEAL. Eso, para muchos de los nuestros, es como si un taxista presumiera de ser una estrella de cine porque ha llevado al estudio a algún que otro famoso.

Da igual: en estas unidades hay gente muy buena, y, además, lo último que necesitamos es ir por ahí peleándonos con los que nos ayudan. Aunque es verdad que a veces pasa todo lo contrario. De hecho, el problema que teníamos en Ramadi era que el grupo que tenía que apoyarnos se negaba a colaborar. Se creían demasiado importantes para trabajar con nosotros: decían que tenían que estar listos por si los necesitaba una unidad con una prioridad mayor. ¡Como si los fueran a necesitar!

Lo siento, pero estoy convencido de que su trabajo consistía en ayudar a quien tuviera que recurrir a ellos. El caso es que tuvimos que buscar otra solución, y dimos con una unidad de marines equipada con SURC, botes

pequeños y de poco calado capaces de dejarnos en la orilla misma. Estaban acorazados y armados con ametralladoras en la proa y en la popa.

Los que los llevaban eran la caña: hacían todo lo que podía esperarse de una SBU, con la diferencia de que lo hacían por nosotros. Tenían claro cuál era su misión, y no fingían ser nadie más. Lo único que querían era llevarnos a nuestro destino con la máxima seguridad posible; y una vez que completábamos nuestra operación, venían a por nosotros. Siempre, por difícil que fuera sacarnos de allí. Y en un abrir y cerrar de ojos.

El COP Halcón

El ejército entró con tanques, vehículos blindados y camiones. Los soldados amontonaron sacos terreros y reforzaron los puntos flacos de la casa en la que estábamos. Nos encontrábamos en la esquina de una calle que desembocaba en otra. Las dos eran importantes, y a una de ellas la llamábamos Sunset. El ejército había elegido el lugar por su relevancia estratégica, porque además de servir de embudo tenía una clara presencia dentro de la ciudad.

Todo eso la convertía, claro, en blanco prioritario del enemigo.

Los tanques llamaron la atención enseguida. En cuanto llegaron hubo un par de insurgentes que empezaron a moverse hacia la casa. Iban armados con Kaláshnikov, y quizá habían cometido la insensatez de pensar que así iban a poder asustar a las unidades blindadas. Esperé a que estuviesen a doscientos metros de los carros de combate antes de cargármelos. Fue fácil abatirlos antes de que pudiesen emprender un ataque coordinado.

Pasaron unas horas. Yo no paraba de divisar un blanco tras otro, ya que los malos estaban tanteando la zona, de uno en uno o de dos en dos, tratando de rebasarnos sin ser vistos. Aunque en ningún momento tuvimos un

enfrentamiento serio, el chorreo de aciertos fue constante. Más tarde los llamé «disparos a huevo».

El mando del ejército calculó que acabamos con dos docenas de rebeldes en las doce primeras horas de combate. No sé si será más o menos preciso, pero sí puedo decir que yo maté a unos cuantos aquel primer día, y que para ninguno necesité más de un disparo. No es que aquel día estuviese yo particularmente fino: es que había insurgentes por todas partes y a menos de cuatrocientos metros. Y a esa distancia el trescientos pega bien fuerte.

Aunque todavía estaba oscuro, el ejército disponía ya de defensas suficientes en el COP Halcón para cuidarse a sí mismo en caso de ataque. Así que dejé la azotea y volví a trasladarme con mis chavales, en este caso a un bloque de pisos destartalado que había a unos cientos de metros de allí. El edificio, uno de los más altos de la zona, ofrecía una vista excelente no solo del centro de operaciones, sino de todos los alrededores. Lo llamamos Cuatro Plantas, y acabó por convertirse en un segundo hogar para nosotros durante buena parte de la batalla que estaba por venir.

Entramos sin dificultades: estaba vacío.

Durante el resto de la noche no vimos gran cosa, pero con el sol salieron los malos. Pusieron la mira en el COP Halcón, aunque no con demasiado tino. Llegaban a pie, en coche o en motocicleta e intentaban acercarse lo suficiente para lanzar un ataque. Nunca era difícil adivinar sus intenciones: veías a un par de ellos en una moto, el primero con un Kaláshnikov y el segundo con un lanzagranadas.

¡Venga ya, hombre!

Empezamos a hacer diana de lo lindo: Cuatro Plantas era un puesto de tirador inmejorable. Era el bloque más alto de la zona, y resultaba imposible acercarte a él sin quedar desprotegido. No era difícil cargarse a cualquier atacante. Dauber dice que en las primeras veinticuatro horas matamos a 23 fulanos, y los días siguientes aumentamos de sobra el número.

Claro que, después del primer disparo, dejaba de ser un puesto de francotirador para convertirse en una posición de combate más. Sin embargo, en esas condiciones no me importaba que me atacasen: los insurgentes me facilitaban así el trabajo de matarlos.

100 y 101

Si en el COP Hierro la acción había sido escasa o inexistente, en el COP Halcón ocurrió todo lo contrario: intensa y sin descanso. Aquella base del ejército constituía una clara amenaza para los malos, que estaban dispuestos a echar a sus ocupantes.

Los rebeldes acudían en multitud, y eso solo sirvió para que fuese más fácil derrotarlos. Poco después de empezar la batalla de Ramadi alcancé un hito colosal en la trayectoria de un francotirador: las muertes número 100 y 101, confirmadas durante aquella misión. Uno de los chavales me hizo una foto para la posteridad en la que estoy sosteniendo los casquillos.

En aquella misión, hubo cierta rivalidad entre algunos de los otros francotiradores y yo por ver quién lograba más aciertos, aunque en realidad el número no depende de uno, sino que es, más bien, producto de la cantidad de blancos a los que puedes disparar: por más que quieras que sean muchos, no puedes hacer gran cosa por cambiar lo que te toca.

Sí: yo me había propuesto ser el mejor francotirador. Al principio éramos tres los que teníamos más aciertos, pero luego nos desmarcamos dos. Mi «rival» estaba en otra sección como la nuestra, destinado en el sector este de la ciudad. En un momento determinado se disparó su marcador y se puso muy por delante.

Dio la casualidad de que nuestro jefazo estaba en el mismo sector que nosotros, y llevaba la cuenta de la actuación de cada una de las secciones, y con ello, del total de muertes de cada francotirador. Cuando el otro me adelantó, no dudó en pincharme.

—A este paso, va a batir tu récord —se burlaba—. Más te vale pasar más rato detrás de ese fusil.

La verdad es que la cosa se igualó con mucha rapidez: de pronto pareció que se había puesto de moda entre los malos más malos pasearse por delante de la mira de mi arma. El total de aciertos subió de tal manera, que ya no había quien me pillase.

Cuestión de suerte.

Diré, para quien pueda interesar, que las muertes confirmadas no eran más que muertes que contaban con algún testigo que pudiese corroborar que había caído el enemigo. Si le daba a alguien en el estómago y conseguía arrastrarse hasta quitarse de nuestra vista antes de morir desangrado, esa muerte no contaba.

Con el ejército de tierra

Los ataques del principio fueron apagándose pasados un par de días, y entonces salimos de Cuatro Plantas y patrullamos a pie el espacio que nos separaba del COP Halcón. Allí nos encontramos con el capitán del contingente, y le hicimos saber que preferíamos que nos asignaran como base el puesto de operaciones a tener que volver cada dos por tres al Camp Ramadi.

Nos dio la habitación de los suegros, y así fue como nos convertimos en familia política del ejército de tierra.

También le dijimos que íbamos a ayudarle a despejar la zona que él quisiera, y como su misión consistía en limpiar de insurgentes la parte de la ciudad que rodeaba al COP Halcón, la nuestra se convirtió en echarle una mano.

—¿Cuál es el peor sitio que tienen? —le preguntamos.

Nos lo señaló.

—Pues ahí es adonde vamos a ir.

Él meneó la cabeza mientras miraba al cielo.

—Estáis como una cabra —sentenció—. Podéis tomar la casa si queréis, equiparla como os apetezca e ir adonde os dé la gana, pero que sepáis que yo no pienso ir a sacaros de allí. Hay demasiados artefactos explosivos puestos por ahí, y no puedo permitirme perder un tanque. Queda advertido.

Estoy convencido de que el capitán nos miraba al principio con escepticismo. Pasaba mucho en el ejército: todos daban por hecho que nos creíamos mejores que ellos, que teníamos un ego descomunal y se nos iba la fuerza por la boca. Una vez que les demostrábamos que no los mirábamos por encima del hombro —quiero decir: teníamos más experiencia que ellos, y lo sabíamos, pero no éramos gente engreída—, se dejaban convencer. Creamos una relación laboral muy sólida con ellos, y hasta amistades que se mantuvieron después de la guerra.

La unidad del capitán estaba efectuando operaciones de acordonamiento y registro que suponían la toma de una manzana entera. Empezamos a trabajar con ellos haciendo patrullas diurnas con la intención de que los ciudadanos se acostumbraran a vernos por allí y se convencieran de que los íbamos a proteger, o por lo menos de que no pensábamos irnos. La mitad de la sección sobrevigilaba y el resto patrullaba.

Muchas de las guardias las hacíamos cerca de Cuatro Plantas. Los del piso bajo salían a patrullar y casi siempre topaban con los malos, y yo me quedaba arriba con los demás francotiradores y abatía a quienes querían atacarlos.

A veces, lo que hacíamos era internarnos cuatrocientos, quinientos o setecientos metros en territorio indio para buscar a los malos o esperarlos. Nosotros tomábamos posiciones por delante de una de sus patrullas para sobrevigilar. En cuanto aparecían sus hombres, empezaban a salir insurgentes de todos los tipos. Nosotros los abatíamos, y ellos se volvían

para dispararnos, y nosotros seguíamos cargándonoslos uno a uno. Hacíamos de guardaespaldas, de cebo y de verdugos.

Pasados unos días, el capitán vino a vernos y nos dijo:

—Sois la pera. Me da igual dónde estéis: si me necesitáis, decídmelo y voy a por vosotros. Si hace falta, me planto con el tanque en la puerta.

Desde entonces contó siempre con nuestra fe y nuestro apoyo.

Estaba sobrevigilando una mañana en Cuatro Plantas y algunos de los chavales empezaron su patrulla por los alrededores. Iban a cruzar la calle cuando vi a unos insurgentes bajar la calle J, una de las principales de la zona.

Abatí a un par de ellos, y los míos se dispersaron. No tenían ni idea de lo que estaba pasando, y uno de ellos preguntó por la radio por qué coño les disparaba.

—Estoy tirando por encima de vuestra cabeza —le respondí—. Mira al final de la calle.

El lugar se estaba empezando a llenar de rebeldes, y no tardó en estallar un tiroteo tremendo. Vi a un fulano con un lanzacohetes; lo puse en la mira y apreté con suavidad el gatillo.

Cayó. Minutos después salió uno de sus amigos para hacerse con el lanzacohetes. Cayó también. La cosa estuvo así un rato. Al pie de la manzana, otro insurgente armado con un Kaláshnikov trató de disparar a mis colegas. Lo maté, y maté al colega que fue a quedarse con su fusil, y luego con el que lo intentó tras él.

¿Quería un «entorno rico en blancos»? ¡Por Dios bendito! ¡Si la calle estaba plagada de insurgentes! Al final lo dieron por imposible y desaparecieron. Nuestros chavales continuaron con su patrulla. Los yundíes tuvieron acción aquel día: dos de ellos murieron en un tiroteo.

Aunque no fue fácil llevar la cuenta de las muertes que conseguí aquel día, estoy convencido de que nunca había hecho más en una sola jornada.

Supimos que estábamos a buenas con el capitán del ejército de tierra cuando vino un día a decirnos:

—Oíd: tenéis que hacerme un favor. Antes de que me lleven a otro lado, quiero disparar el cañón de mi tanque. Llamadme, ¿vale?

Poco después tuvimos un tiroteo y nos pusimos en contacto con su unidad. Solicitamos apoyo, y él acudió con su tanque y pudo disparar su cañón. Hubo muchas ocasiones más en los días que siguieron; tantas, que cuando dejó Ramadi lo había descargado 37 veces.

Predicadores y cartucheras

Había un grupito en la sección que se reunía a rezar antes de las operaciones. Marc Lee se encargaba de dirigirlos, cosa que hacía por lo general hablando desde el corazón más que recitando una plegaria de memoria.

Yo no rezaba cada vez que salíamos, pero sí que daba gracias a Dios cada noche al volver a la base. En estas ocasiones había otro ritual que tratábamos de no saltarnos nunca: los puros. Unos cuantos colegas nos juntábamos a fumar al final de una operación. En Irak es posible adquirir habanos, y nosotros teníamos predilección por los Romeo y Julieta número 3, que encendíamos para ponerle un broche a la jornada.

En cierto modo, todos nos creíamos invencibles; pero por otro lado no nos quedaba otra que aceptar el hecho de que podían matarnos. Yo no le echaba muchas cuentas a la muerte ni pasaba mucho tiempo pensando en ella: era más como una idea que acechaba a lo lejos.

Estando en aquella misión fue cuando inventé la cartuchera de muñeca, una funda pequeña para balas que me permitía recargar con facilidad sin mover el arma de su posición. Me hice con un estuche diseñado para fijar a la culata de un fusil, lo corté y luego le puse una cinta para atármelo a la muñeca izquierda.

Por lo general, cuando disparaba colocaba el puño cerrado bajo el fusil para ayudarme a hacer puntería, y de ese modo tenía cerca la cartuchera. Así, podía descargar el arma y coger después más balas con la mano derecha sin necesidad de apartar el ojo de la mira en ningún momento.

Como francotirador principal, hacía lo posible por ayudar a los nuevos explicándoles qué detalles tenían que buscar. Era fácil reconocer a un insurgente no ya porque llevase arma, sino por la forma de caminar. Empecé dándoles los mismos consejos que me habían dado a mí durante mi primera misión en Faluya, batalla que en aquel momento me parecía tener ya mil años.

—Dauber, no tengas miedo de apretar el gatillo —recomendaba a mi discípulo—. Si cumple con las reglas de enfrentamiento, disparas y se acabó.

Era normal que los nuevos tuviesen sus dudas. A lo mejor es algo que nos pasa a todos los americanos: nunca nos atrevemos a ser el primero en disparar, ni siquiera cuando está claro que nos están atacando o nos van a atacar en breve.

Nuestro enemigo, en cambio, no parecía tener ningún problema en este sentido. Y con un poco de experiencia, nuestros chavales tampoco.

Sin embargo, es imposible prever lo que va a hacer nadie cuando está sometido a la presión propia del campo de batalla. Dauber era muy bueno; buenísimo. Sin embargo, yo había notado que había francotiradores que con la tensión añadida fallaban disparos que habrían acertado sin dificultad durante el adiestramiento. Uno de ellos en particular —excelente como

persona y muy profesional como SEAL— pasó una racha en la que no hacía más que fallar.

No había manera de predecir cómo iba a reaccionar nadie.

Ramadi estaba infestado de insurgentes, pero también había una población civil muy numerosa, y a veces se metían en medio de un tiroteo. Era imposible no preguntarse en qué coño estaban pensando.

Un día, estábamos en un casa de otra parte de la ciudad. Nos habíamos puesto a combatir contra un grupo de insurgentes, y, tras matar a un buen puñado, quedamos a la espera durante una pausa. Los malos debían de estar cerca, aguardando otra ocasión para atacar.

Los rebeldes solían poner piedras en mitad de la calzada para avisar a otros de nuestra posición. Los paisanos las veían y sabían de inmediato lo que estaba ocurriendo, y entonces se mantenían alejados del campo de batalla. Podían pasar horas antes de que volviésemos a ver a nadie, y por supuesto, a esas alturas, las únicas personas que veíamos tenían armas de fuego y llevaban intención de matarnos.

Por un motivo u otro, aquel día apareció un coche volando por encima de las piedras y se vino hacia nosotros a toda pastilla rebasando de camino toda clase de cadáveres. Le lancé una granada de fogueo, pero el conductor no se detuvo. Así que le disparé al capó. La bala atravesó el motor, y el hombre salió de un salto y se puso a dar brincos gritando como un poseso.

Lo acompañaban dos mujeres, y los tres debían de ser los más tontos de la ciudad, porque después de aquello, seguían pasando de nosotros y del peligro que los rodeaba. Volvieron a echar a andar en dirección a nuestra casa. Les lancé otra granada cegadora, y por fin conseguimos que regresaran por donde habían venido. De pronto se fijaron en los muertos que sembraban el suelo y empezaron a dar chillidos.

Salieron de allí sanos y salvos. Bueno: él llevaba un agujero en el pie, pero fue un milagro que no los mataran.

Aquel ritmo se hacía largo y pesado, y nosotros queríamos más. Nos moríamos por tener más. Cuando los malos se escondían, hacíamos lo que fuese por retarlos para que saliesen y así poder abatirlos.

Uno de los colegas tenía un pañuelo con el que hicimos algo parecido a una cabeza de espantapájaros. Con unas gafas y un casco, conseguimos que pareciera un soldado, al menos desde una distancia de varios cientos de metros. Luego lo pinchamos en un palo y lo asomamos al parapeto de la azotea un día que la acción había decaído. Picaron un par de insurgentes, y nos los cargamos.

Los estábamos machacando.

Había días que teníamos tanto éxito sobrevigilando que llegué a pensar que nuestros chavales se estaban volviendo un poco descuidados. Una vez los vi que iban por medio de la calle en vez de usar la acera y caminar agachados para aprovechar el resguardo que ofrecían los muros y los vanos. Los llamé por radio para darles un tironcillo de orejas.

—¡Oye! ¿Queréis ir de parapeto en parapeto?

—¿Para qué? —respondió uno de mis compañeros de sección—. Si nos tienes protegidos.

Puede que estuviese de broma, pero yo me lo tomé muy en serio.

—No puedo protegeros de lo que no veo —dije—. Si paso por alto un destello o un movimiento, no voy a enterarme de que hay alguien hasta que oiga un disparo. Y después de que él os pegue un tiro puedo matarlo, pero eso os va a ser de muy poca ayuda.

Una noche, volvíamos a la base Tiburón cuando nos vimos metidos en otro tiroteo, un aquí te pillo, aquí te mato. En un momento dado, nos lanzaron una granada rompedora que explotó cerca de algunos de los chavales.

Los insurgentes ahuecaron el ala, y nosotros nos reagrupamos y reanudamos la marcha.

—Brad, ¿qué tienes en la pierna? —preguntó uno de los de la sección.

Él se miró: la tenía empapada en sangre.

—Nada —contestó.

Resultó que se le había clavado un trozo de metralla en la rodilla. Puede ser que en aquel momento no le doliera —no sé si es cierto, porque ningún SEAL ha admitido nunca sentir dolor desde el principio de la Creación—, pero cuando volvimos a la base Tiburón quedó claro que la herida no era nada de lo que fuera a poder escaquearse. El trozo de metralla se le había alojado tras la rótula, e iban a tener que operarlo.

Lo evacuaron por aire: era la primera baja que sufríamos en Ramadi.

El jardinero fiel

Nuestra sección hermana estaba destinada en la zona este de la ciudad, ayudando al ejército a crear allí un puesto de combate avanzado, y, más al norte, los marines estaban haciendo su trabajo: asaltar un sector tras otro, tomarlo y limpiarlo de insurgentes. Cuando asaltaron un hospital situado en aquella parte de la ciudad, junto al río, volvimos a trabajar con ellos unos cuantos días.

Los rebeldes lo habían estado usando de punto de reunión. Cuando entraron los marines apareció en la calle un adolescente de unos quince o dieciséis años y tomó posición con un AK-47 para dispararles. Lo abatí. Un minuto o dos más tarde llegó corriendo una iraquí que al verlo en el suelo comenzó a rasgarse las vestiduras. Está claro que era la madre.

No fue la única vez que vi a los familiares de los insurgentes dar muestras de dolor, romperse la ropa y hasta restregarse la sangre del muerto. «Si los quisieseis tanto —pensaba yo—, habrías evitado que se unieran a la insurgencia. En vez de eso, les dejáis que intenten matarnos. ¿Qué esperabais que les pasase?» Puede que sea cruel, pero no resulta fácil

compadecerse del dolor cuando es por alguien que acaba de intentar matarte. A lo mejor ellos habrían sentido lo mismo respecto de nosotros.

Los que se han quedado en casa, la gente que no ha ido a la guerra, o al menos a esta, parecen no comprender a veces la actuación de los soldados destinados en Irak, y se sorprenden —se escandalizan— de descubrir que a veces hacíamos chistes de la muerte, de las cosas que veíamos. Quizá parezca cruel o poco apropiado, y quizá lo sería en otras circunstancias; pero en el contexto en que estábamos nosotros tenía mucho sentido. Vimos y vivimos cosas terribles.

Estoy convencido de que en parte se trataba de una válvula de escape que ayudaba a aliviar la presión, de un modo de hacer frente a la situación. Si no eres capaz de encontrarle sentido a lo que te rodea, empiezas a buscar cualquier otra manera de soportarlo, y si te ríes es porque tienes que tener alguna emoción, expresarte de algún modo.

La vida y la muerte podían mezclarse de manera surrealista en cada operación.

Durante la toma de aquel mismo hospital, ocupamos una casa para explorar desde ella la zona antes de que llegasen los marines. Llevábamos un rato en aquel escondite cuando salió un fulano con una carretilla para colocar un explosivo improvisado en el patio de abajo de donde estábamos apostados. Le dio uno de los nuevos, pero no murió: cayó al suelo y echó a rodar por él todavía con vida.

Dio la casualidad de que el que había disparado era sanitario.

—Tú lo has abatido, así que te toca a ti salvarle la vida —le dijimos.

Él corrió abajo y trató de reanimarlo. Por desgracia, el iraquí no sobrevivió. Además, antes de morir se le descompuso el vientre. El sanitario y otro de los nuevos tuvieron que transportar el cadáver para llevarlo con nosotros cuando nos fuimos.

Al llegar a las posiciones de los marines topamos con una cerca, y no sabiendo qué hacer con él, acabaron por lanzarlo por encima antes de

escalarla tras el iraquí. Aquello parecía una escena de *Este muerto está muy vivo*. En cuestión de menos de una hora, habíamos cazado a un tío que pretendía hacernos volar por los aires, habíamos tratado de salvarle la vida y habíamos profanado su cadáver.

El campo de batalla es un lugar de lo más extraño.

Poco después de hacernos con el hospital, volvimos al río en que nos habían dejado las lanchas de los marines, y estábamos bajando a la orilla cuando una ametralladora enemiga se puso a hacer trizas la noche. Nos lanzamos al suelo y nos quedamos allí tumbados varios minutos interminables, inmovilizados por un solo artillero iraquí. Gracias a Dios que daba pena disparando.

La vida y la muerte, la comedia y la tragedia guardaban siempre un equilibrio muy delicado.

Taya:

Nunca llegué a poner el vídeo que grabó Chris de sí mismo leyendo un cuento a nuestro hijo. En parte porque no quería verlo quedarse sin habla por la emoción: yo ya estaba demasiado sensible, y verlo tratando de leerle al pequeñín con un nudo en la garganta me habría dejado más destrozada aún de lo que ya estaba.

Y en parte era también por otro sentimiento: rabia, quizá, hacia Chris. ¿No te has ido? Pues vete.

Es verdad: era una postura muy inflexible; pero a lo mejor no era más que instinto de supervivencia. Y la misma actitud tenía con respecto a sus cartas funerarias. Cuando estaba en alguna de sus misiones escribía cartas para que nos las entregasen a los niños y a mí si lo mataban. Después del primero, le pedí que me leyera lo que hubiese escrito y me dijo que ya no las tenía. Luego, no volvió a ofrecerse más a enseñármelas ni yo pedí verlas.

Tal vez fuese porque estaba muy enfadada con él, pero la verdad es que siempre pensaba: «No vamos a santificar nada de esto cuando

mueras. Si sientes tanto cariño y tanto amor por nosotros, más te vale hacérnoslo saber ahora que estás vivo».

Puede que fuera injusto, pero tampoco lo eran otras muchas cosas de la vida, y yo lo sentía así. Demuéstramelo ahora, hazlo real en vez de transmitirme una memez sensiblera cuando ya no estés aquí. Lo demás son chorradas.

Ángeles de la guarda y diablos

Durante la batalla de Ramadi murieron 96 americanos, aunque el número de los heridos que tuvieron que ser evacuados del campo de batalla es incontable. Yo tuve suerte de no ser uno de ellos, aunque fueron tantas las veces que estuve a punto, que empecé a pensar que debía de tener un ángel de la guarda.

Una vez estábamos en un edificio y nos estaban rociando bien los insurgentes desde fuera. Yo estaba en el recibidor, y cuando se relajó el tiroteo entré en una de las habitaciones para comprobar que estuviesen bien los chavales. Nada más cruzar la puerta tuve que echarme hacia atrás y caí de espaldas cuando entró por la ventana un disparo que venía derecho hacia mi cabeza. La bala me pasó por encima cuando di en el suelo.

¿Por qué me arrojé de esa manera y cómo vi venir la bala? No tengo ni idea. Era como si alguien hubiese hecho que el tiempo fuera más lento y me hubiera empujado hacia atrás. ¿Tenía a mi lado un ángel de la guarda? No lo sé.

—¡Mierda! Han matado a Chris —dijo uno de los míos al verme tendido boca arriba.

—¡Joder! —dijo otro.

—¡No, no! —grité yo desde el suelo—. Estoy bien, estoy bien. No ha pasado nada.

Miré como doce veces que no tuviera ningún agujero, y en efecto no encontré ninguno. Estaba bien.

Los IED (artefactos explosivos improvisados) eran mucho más frecuentes en Ramadi que en Faluya. Los insurgentes habían aprendido un montón sobre cómo colocarlos desde el principio de la guerra. Además, solían ser muy potentes: lo bastante para levantar del suelo un Bradley, tal como ya había tenido ocasión de comprobar en Bagdad.

Aunque los artificieros que trabajaban con nosotros no eran de los SEAL, se habían ganado nuestra confianza como si lo fuesen. Cuando entrábamos en un edificio los dejábamos a la cola de la formación, y si veíamos algo sospechoso los hacíamos venir al frente. En ese momento, su misión consistía en confirmar que se trataba de una trampa explosiva, para que en tal caso, si estábamos en una casa, saliéramos todos de allí echando leches.

Eso no llegó a pasarnos nunca, aunque una vez estábamos dentro de una casa cuando unos insurgentes se las ingeniaron para colocar un artefacto delante justo de la puerta principal. Habían puesto dos proyectiles de 105 milímetros y estaban esperando a que saliésemos. Por suerte, nuestro artificiero los vio antes. Conseguimos echar abajo una pared del segundo piso y escapar por una azotea baja.

Un hombre muy buscado

Si todos los americanos estaban buscados en Ramadi, los francotiradores íbamos muy por delante del resto. Al parecer, los insurgentes habían puesto precio a mi cabeza. También me buscaron un apodo: «ash-Shaitán ar-Ramadi», «el Diablo de Ramadi».

Aquello me llenaba de orgullo. El caso es que yo no era más que un fulano, y ellos me habían señalado por todo el daño que les había causado. Me querían ver muerto. ¿No era todo un honor?

Está claro que me conocían y que habían recibido información confidencial de algunos de los iraquíes que, en teoría, nos eran leales, porque sabían cómo era la cruz roja que tenía en el brazo.

Al otro francotirador de nuestra sección hermana también le habían puesto precio. De hecho, el suyo era mayor que el mío, y eso... en fin, me puso un pelín celoso. En realidad, sin embargo, tampoco tenía de qué quejarme, porque cuando se pusieron a imprimir carteles, pusieron una foto suya donde tenía que ir la mía, y yo no tuve nada que oponer a semejante error.

La recompensa fue subiendo a medida que se desarrollaba la batalla, y llegó a ser tan alta, que creo que mi mujer se habría sentido tentada de entregarme.

Avances

Ayudamos a crear varios puestos de combate avanzados mientras nuestra sección hermana hacía lo propio en el sector oriental de la ciudad. Las semanas se fueron haciendo meses, y Ramadi comenzó a transformarse.

Seguía siendo un infierno peligrosísimo, pero empezaban a verse atisbos de progreso. Los jefes tribales empezaron a hablar de paz de forma más abierta, y cada vez eran más los que se juntaban para formar un consejo unificado. El gobierno oficial todavía no funcionaba allí, y la policía y el ejército iraquíes, naturalmente, eran del todo incapaces de mantener el orden. Sin embargo, había porciones considerables de la ciudad relativamente controladas.

La estrategia del «borrón de tinta» estaba surtiendo efecto, pero ¿sería posible que se extendiesen las manchas por toda la ciudad? Los progresos nunca estaban garantizados, y por más que consiguiéramos avanzar, nada nos aseguraba que no fuesen a retroceder las cosas. Tuvimos que volver varias veces al sector del río que corría por los alrededores del COP Halcón y sobrevigilar la zona mientras la registraban en busca de arsenales e

insurgentes. Despejábamos una manzana, y tras unos momentos de paz teníamos que volver a empezar.

También colaboramos alguna que otra vez más con los marines, deteniendo e inspeccionando embarcaciones modestas, persiguiendo un alijo de armas del que habíamos recibido información y hasta efectuando algún que otro asalto de su parte. También nos pidieron que supervisásemos y volásemos las embarcaciones abandonadas para asegurarnos de que no las usaban para el contrabando.

Una cosa curiosa: cuando se enteraron de todo lo que estábamos haciendo, los de la unidad de lanchas especiales que se había desentendido de nosotros se pusieron en contacto con la nuestra para preguntarnos si podíamos trabajar juntos. Y nosotros les dijimos que se lo agradecíamos mucho, pero que no: nos estaba yendo de maravilla con los marines.

Colaborando con el ejército de tierra adquirimos cierto ritmo mientras seguían acordonando un sector tras otro y buscando armas y rebeldes. Llegábamos con ellos, tomábamos un bloque y subíamos a la azotea para sobrevigilar. La mayoría de las veces éramos tres: otro francotirador y yo, y Ryan con la ametralladora M-60.

Entre tanto, el ejército pasaba al edificio siguiente y, una vez conquistado, se abrían camino calle arriba. Cuando dejábamos de verlos y, por lo tanto, no podíamos seguir cubriéndolos, bajábamos y nos trasladábamos a otra posición. Y así una y otra vez.

Estábamos en una de estas operaciones cuando alcanzaron a Ryan.

11
Nos han dado

¿Qué coño...?

Un día de verano muy caluroso tomamos un bloque de pisos no muy grande desde el que se veía muy bien una de las principales carreteras que atraviesan de este a oeste el centro de Ramadi. Tenía cuatro plantas, ventanas en la escalera, una azotea abierta y una vista espléndida. Y había mucha claridad.

Ryan estaba bromeando conmigo cuando entramos, y yo me estaba partiendo de risa: siempre me hacía reír, y eso me relajaba mucho. Sonriendo, lo puse a vigilar la carretera. Nuestros soldados estaban trabajando en una bocacalle que daba al otro lado de la azotea, y supuse que si los insurgentes hacían una emboscada o trataban de atacarnos vendrían por aquella carretera. Mientras, yo me puse a observar a los soldados de abajo. El asalto comenzó sin problemas: los nuestros iban tomando una casa tras otra. Se movían rápido y sin dificultad.

De pronto nos dispararon. Yo me agaché con un tiro que dio a mi lado, en el cemento, y lo llenó todo de esquirlas. Cosas como esa ocurrían a diario en Ramadi, y no solo una vez al día. Esperé unos segundos para asegurarme de que habían dejado de disparar los insurgentes.

—¿Estáis bien? —grité mientras miraba a los de abajo para cerciorarme de que no les había pasado nada.

—Sí —gruñó el otro francotirador.

Ryan no respondió. Miré hacia atrás y lo vi, todavía agachado.

—¡Arriba, tú! —le dije—. Ya han dejado de disparar. Venga.

No se movía. Me acerqué.

—¿Qué coño...? —le grité—. ¡Levanta! ¡Levanta!

Entonces vi la sangre. Me puse de rodillas y lo miré. Había sangre por todas partes. Tenía un lado de la cara hecho trizas: le habían dado.

Le habíamos repetido una y otra vez que tienes que tener siempre el arma levantada y lista, y estaba escrutando con ella así puesta cuando llegó la bala. Parece ser que fue a estrellarse contra el fusil y luego rebotó y le dio en la cara.

Cogí la radio y grité:

—¡Nos han dado! ¡Nos han dado!

Volví a agacharme y le miré las heridas. No sabía qué hacer, por dónde empezar. Daba la impresión de que iba a morir: le temblaba el cuerpo, y yo imaginé que eran sus últimos espasmos.

Llegaron corriendo dos de los de la sección: Dauber y Tommy, sanitarios los dos. Se colocaron entre él y yo y se pusieron a tratarlo. Tras ellos llegó Marc Lee, que agarró la ametralladora M-60 y empezó a disparar hacia el lugar del que habían venido los tiros para obligar a los insurgentes a replegarse y permitir así que bajásemos a Ryan por las escaleras.

Lo levanté y me lo puse sobre el hombro antes de echar a correr. Llegué a las escaleras y las bajé tan rápido como me fue posible. A mitad de camino, se puso a gruñir ruidosamente. Por el modo como lo había agarrado, la sangre se le había ido a la garganta y la cabeza, y le estaba costando respirar.

Lo dejé en el suelo, cada vez más preocupado y convencido de que iba a morir. Tenía la esperanza de poder hacer algo, lo que fuera, para mantenerlo con vida; pero me sentía impotente. Ryan empezó a escupir sangre. Recuperó el aliento: volvía a respirar, y aquello era un milagro. Estiré el brazo para echármelo otra vez al hombro, y él me dijo:

—No... No, no, estoy bien. Lo tengo controlado. Puedo ir andando.

Me rodeó con un brazo e hizo caminando el resto del trayecto. Los del ejército se plantaron en la puerta misma con un vehículo de llanta articulada para el transporte de tropas. Tommy subió a él con Ryan y se fueron.

Yo volví arriba. Me sentía como si me hubieran dado a mí, y de hecho deseaba ser yo, y no él, el herido. Mi amigo el grandullón, bobalicón y adorable. «Biggles».

Nada de lo que había vivido en Irak me había afectado tanto.

El desquite

Volvimos exánimes a la base Tiburón.

En cuanto llegamos, me deshice de mi equipo, apoyé la espalda en la pared y me desplomé. Entonces empezaron a caerme lágrimas. Estaba convencido de que Ryan había muerto, cuando en realidad seguía vivo, aunque a duras penas. Los médicos trabajaron de lo lindo para salvarlo. Al final lo evacuaron de Irak. Sus heridas eran muy graves. Perdió la vista por completo, no solo la del ojo en el que le habían dado, sino también la del otro. Fue un milagro que saliera con vida.

Sin embargo, en aquel momento, en la base, yo estaba seguro de que había muerto. Lo sentía en el estómago, en el corazón, en cada parte de mí. Había sido yo quien lo había apostado donde lo hirieron; así que le habían disparado por mi culpa.

¿Cien enemigos abatidos por mi fusil? ¿Doscientos? ¿Más? ¿Qué importaban si había muerto mi hermano? ¿Por qué no me había situado yo en aquel punto? ¿Por qué no me había colocado a su lado? Podría haber matado a ese cabrón; podría haber salvado a mi Ryan.

Me encontraba en un pozo sin fondo, deprimido hasta más no poder. No tengo ni idea de cuánto tiempo estuve allí con la cabeza hundida y las lágrimas rodándome por la cara.

—¡Eh! —dijo al fin una voz desde arriba.

Alcé la vista y vi que era la de Tony, mi jefe.

—¿Quieres desquitarte, aunque sea solo un poco? —preguntó.

—¡Claro, coño! —Me incorporé de un salto.

Había algunos que no tenían claro si debíamos ir o no. Lo hablamos y planeamos la misión. Yo, sin embargo, no tenía tiempo que perder: solo quería cobrarme en sangre lo de mi chaval.

Marc

Los de inteligencia localizaron a los malos en una casa no muy alejada de donde habían abatido a Ryan. Un par de Bradley nos llevaron hasta un campo vecino, y el mío llegó cuando ya estaban en la casa algunos de los demás.

En cuanto bajó la rampa de nuestro Bradley empezaron a volar las balas. Corrí a unirme a los otros y los encontré apiñándose para subir por las escaleras al segundo piso. Una vez juntos, esperamos a subir con la espalda vuelta hacia la parte alta. Marc Lee iba el primero, y había subido ya unos escalones. Se volvió para mirar por una de las ventanas del hueco de la escalera, y al hacerlo vio algo que le hizo abrir la boca para dar la alarma.

No llegó a decir nada. En una fracción de segundo le atravesó la boca una bala que fue a salirle por la nuca. Se desplomó sobre los escalones. Nos habían tendido una trampa: uno de aquellos salvajes se había apostado en la azotea de la casa de al lado y estaba mirando por la ventana.

Entonces fue el adiestramiento recibido el que tomó las riendas. Subí los escalones y salté el cuerpo de Marc. Disparé por la ventana y rocié con una ráfaga la azotea vecina, y el resto del equipo hizo lo mismo. Uno de nosotros abatió al insurgente. No nos paramos a averiguar quién era: subimos a la azotea y buscamos al resto de los que nos habían emboscado.

Dauber, mientras, se había parado a examinar a Marc. Estaba muy malherido, y enseguida se dio cuenta de que no había nada que hacer.

Vino a por nosotros un capitán de tanque. Estuvieron combatiendo todo el día, conduciendo bajo fuegos muy intensos. Trajeron dos tanques y cuatro Bradley, y quemaron toda la munición que llevaban mientras creaban una manta de plomo de la leche para cubrir nuestra retirada.

De regreso, miré por la tronera de la rampa del Bradley en que iba, y no vi más que humo negro y edificios en ruinas. Se habían quedado con nosotros, y lo había pagado su vecindario al completo.

Por la razón que fuese, casi todos supusimos que Marc iba a salvarse y Ryan moriría. Hasta que volvimos al campamento no nos enteramos de que a ambos les aguardaba el destino contrario.

Después de perder dos chavales en cuestión de horas, nuestros oficiales y Tony decidieron que había llegado el momento de que nos tomásemos un descanso. Nos llevaron de vuelta a la base Tiburón y nos dejaron fuera de servicio. Eso significa que te dejan al margen del campo de batalla y no disponible para el combate. En cierto sentido, se trata de un tiempo muerto oficial en el que debes evaluar o reevaluar lo que estás haciendo.

Estábamos en agosto; un mes de agosto sofocante, sangriento y negro.

Taya:

Chris se derrumbó cuando me llamó para contarme la noticia. No había sabido nada de él hasta entonces, y me pilló por sorpresa. No pude menos de agradecer que no hubiese sido él, aunque me dio una pena terrible que hubiese caído uno de ellos.

Intenté mantenerme tan callada como me fue posible mientras me hablaba: quería limitarme a escuchar. Si había visto a Chris con tanto dolor, había sido en contadas ocasiones.

Yo no podía hacer nada, si no era contárselo de su parte a los familiares. Estuvimos un buen rato hablando por teléfono.

Días después, asistí al funeral, que se celebró en el cementerio que daba a la bahía de San Diego. Fue muy triste. Había tantos muchachos jóvenes, tantas familias jóvenes... Si siempre resultaba conmovedor ir al entierro de un SEAL, en aquel caso lo fue más aún.

Te sientes tan mal... No puedes ni imaginar el dolor de sus familiares: rezas por ellos y das gracias a Dios por que tu marido siga con vida. Das gracias a Dios por no ser tú la que está en la primera fila.

Cuando cuento esta historia, la gente dice que la descripción que hago se queda en lo mínimo y mi voz parece distante; que uso menos palabras para hablar de lo que ocurrió y doy menos detalles que de costumbre.

Si lo hago, desde luego, no soy consciente. El recuerdo de la pérdida de aquellos dos amigos me quema intensamente en lo más hondo. Para mí es tan fuerte como si estuviera ocurriendo en el mismo momento en que lo cuento; es una herida tan honda y tan viva como si las balas estuvieran atravesando mi piel en ese mismo instante.

Fuera de servicio

En el Camp Ramadi celebramos las honras fúnebres de Marc Lee. Acudieron SEAL de todas partes de Irak, y creo que toda la unidad del ejército con la que habíamos estado trabajando. Estaban todos muy preocupados por nosotros. Aquello fue increíble, y me emocionó mucho.

A nosotros nos pusieron en primera fila, porque éramos su familia. Estaba allí el equipo de Marc: su casco y su Mk-48. El comandante de nuestra unidad operativa pronunció un discurso breve pero muy intenso. No pudo evitar romper a llorar, y dudo que quedase un solo ojo seco en el auditorio (ni en todo el campamento, de hecho).

Cuando acabó la ceremonia, cada unidad ofreció una prenda en señal de aprecio: una insignia, una medalla...; y el capitán de los del ejército de tierra

dejó el casquillo de una de las balas que había disparado para cubrir nuestra retirada.

Uno de los de nuestra sección preparó un vídeo de homenaje con imágenes suyas, y lo proyectó aquella noche en una sábana blanca que habíamos colgado en una pared de ladrillo. Bebimos y compartimos nuestro dolor.

Cuatro de los nuestros acompañaron su cadáver a casa. Mientras, dado que seguíamos fuera de servicio y de brazos cruzados, traté de ir a ver a Ryan a Alemania, en donde lo estaban tratando. Tony o cualquiera de los peces gordos me buscaron un vuelo, pero, para cuando se averiguó todo, a Ryan lo estaban trasladando ya a Estados Unidos para seguir curándolo.

Brad, a quien lo habían evacuado antes por la herida de metralla de la rodilla, coincidió con Ryan en Alemania y volvió con él a Estados Unidos. En cierto sentido fue una suerte: Ryan tenía con él a uno de nosotros para hacerle compañía y ayudarlo con todo lo que iba a tener que soportar.

Todos pasamos mucho tiempo en nuestro cuarto.

La batalla de Ramadi había sido durísima, y el ritmo de las operaciones, más difícil de soportar aún que en Faluya. Habíamos pasado días y hasta una semana fuera sin apenas un descanso entre medias, y algunos de nosotros empezábamos a notarlo incluso antes de que disparasen a nuestros chavales.

Nos quedamos en nuestras habitaciones reponiendo fluidos corporales, casi siempre sin muchas ganas de tratar con nadie. Yo pasé mucho tiempo rezándole a Dios. No soy de los que hacen profesión de fe religiosa. Soy creyente, pero no tengo costumbre de ponerme de rodillas en la iglesia ni de cantar a voces. Sin embargo, encuentro cierto consuelo en mi credo, y sobre todo aquellos días que siguieron a la caída de mis amigos.

Yo llevaba una Biblia conmigo desde los tiempos del BUD/S. No la había leído mucho, pero sí me había acompañado a todas partes. En aquel momento la abrí y leí algunos pasajes. Pasaba páginas, leía un poco, y

seguía hojeándola. Cuando todo se había convertido en un infierno a mi alrededor, confortaba saber que uno forma parte de algo más grande.

Cuando supe que Ryan había sobrevivido me animé muchísimo, pero sobre todo me podía la misma pregunta de siempre: ¿por qué él y no yo?

¿Por qué le había tenido que tocar a uno de los nuevos? Yo había visto muchos combates; había tenido mis victorias y había vivido mi guerra. Era yo el que se tenía que haber quedado fuera. El ciego debía ser yo.

Ryan no había tenido ocasión de contemplar los gestos de sus familiares al verlo regresar a casa; ni lo adorable que es todo cuando vuelves a casa: hasta qué punto te parece mejor América cuando llevas un tiempo alejado de ella. Te olvidas de lo hermosa que es la vida cuando no tienes la ocasión de ver las cosas de este modo. Y él no la iba a tener nunca.

Por más que me pudiera decir nadie, yo me sentía responsable.

Reemplazos

Llevábamos cuatro años en aquella guerra, y habíamos vivido un sinfín de situaciones espeluznantes sin que muriese ningún SEAL. Cuando empezaba a dar la sensación de que las cosas empezaban a amainar en Ramadi, y de hecho en todo Irak, nos daban aquel mazazo tremendo.

Pensamos que nos iban a mandar a casita, aun cuando todavía nos quedaban un par de meses en aquella misión: conocíamos bien cómo se las gastaban los mandamases. Mis dos primeros mandos habían sido cobardes aprensivos a más no poder, y habían medrado por eso; así que temíamos que se hubiera acabado la guerra para nosotros.

Además, nos faltaban siete hombres, con lo que estábamos casi a la mitad de nuestros efectivos. Marc había muerto; Brad y Ryan estaban de baja por las heridas recibidas, y para escoltar a casa el cadáver de Marc se habían destacado cuatro chavales.

Una semana después de perder a aquellos compañeros, vino a hablar con nosotros el oficial al mando. Nos juntamos en el comedor de la base Tiburón a escucharlo. No fue un discurso muy largo.

—La decisión es vuestra —dijo—. Si queréis una vida más relajada, os comprendo; pero si os decidís a volver a salir, que sepáis que tenéis mi bendición.

—¡Qué coño! —dijimos todos—. Queremos salir.

Yo, desde luego.

Trajeron de un sector más tranquilo a la mitad de una sección para completar la nuestra, y también nos mandaron a algunos chavales que habían completado su instrucción sin que se les hubiera asignado aún una sección. Novatos de verdad. La idea era que tuviesen cierta experiencia bélica, una muestra de lo que iban a conocer una vez que los adiestrasen para la acción de verdad. Tuvimos muchísimo cuidado con ellos, y ni siquiera los dejábamos salir durante las operaciones.

Como buenos SEAL, se morían por combatir; pero nosotros los refrenábamos y los teníamos al principio de chicos de los recados:

—Anda, id y nos alineáis los Hummer para que podamos salir.

Era más por protegerlos: después de todo lo que habíamos visto, no queríamos que los hiriesen en el campo de batalla.

De las novatadas, por supuesto, no iban a librarse. A un pobrecito le afeitamos la cabeza y las cejas y luego le devolvimos el pelo en forma de pintura en aerosol. Estábamos a mitad de operación cuando entró a la antesala otro de los nuevos.

—No te conviene entrar ahí —le advirtió uno de los oficiales.

Él se asomó y vio que estábamos apaleando a su compi.

—Tengo que entrar.

—No te conviene entrar ahí —repitió el mando—. Esto no va a acabar nada bien.

—No tengo más remedio. Es mi colega.

—Más bien es tu funeral —vino a decirle el oficial.

El nuevo número 2 entró corriendo en la sala. Nosotros mostramos el respeto que nos causaba el hecho de que fuese al rescate de su compi con una intensa lluvia de afecto. Acto seguido, lo afeitamos a él también, los unimos a los dos con cinta adhesiva y los dejamos de pie en un rincón.

Unos minutos nada más.

También se llevó sus novatadas un oficial recién graduado. Tuvo lo mismo que los demás, poco más o menos; pero él no se lo tomó demasiado bien. No le gustó la idea de que lo tratasen así unos cuantos reclutas bajunos.

El de la graduación es un concepto curioso en los equipos de los SEAL. No es que no se respete, sino que no se considera indicio de la valía de un hombre.

En el BUD/S se trata igual a los oficiales y a los reclutas: como mierdas. Una vez que lo superas y entras en los equipos, pasas a ser novato, y a los novatos también se les trata igual: como mierdas. Y aunque la mayoría de los oficiales lo toman a bien —más o menos—, siempre hay, claro está, excepciones. La verdad es que los equipos los dirige el recluta más veterano. Para ser jefe tienes que tener entre doce y dieciséis años de experiencia, y el oficial que destinan a una sección tiene muchos menos, no ya en los SEAL, sino en el resto de la Armada. La mayoría de las veces no sabe una mierda. Puede ser que ni siquiera el oficial jefe tenga más de cuatro o cinco años de antigüedad.

Así es como funciona el sistema. Con suerte, un oficial puede verse al frente de hasta tres secciones, tras lo cual lo ascienden a jefe de unidad operativa —o de algo similar— y deja de pisar el campo de batalla. Y aun

para llegar a eso, buena parte de lo que ha tenido que hacer han sido labores administrativas y cosas como supresión de conflictos (es decir, garantizar que una unidad no recibe disparos de otra). Todo eso son ocupaciones importantes, pero no se parecen en nada al combate práctico. Si hablamos de echar puertas abajo o montar un puesto de francotirador, no puede decirse que la experiencia del oficial vaya muy lejos.

Hay excepciones, claro: yo he trabajado con algún que otro oficial de calidad y muchos tiros pegados; pero como norma general, lo que sabe la oficialidad del combate puro y duro está a años luz de lo que conoce cualquier fulano que lleve años y años de batallas a la espalda. Yo me metía siempre con TT porque, cuando hacíamos un asalto, se quedaba atrás, listo para entrar en acción, pero no con un fusil, sino con su ordenador táctico.

Las novatadas ayudan a que nadie olvide dónde queda la experiencia, ni a quién debería recurrir cuando la cosa se ponga fea de verdad. También vienen bien para que los que llevan un tiempo en la unidad sepan qué cabe esperar de los nuevos. Compare y elija el lector: ¿quién va a preferir que le cubra las espaldas: el fulano que se metió en el berenjenal para salvar a su compi, o el oficial que se echó a llorar porque lo estaba maltratando un puñado de reclutas?

Las novatadas les bajan los humos a los nuevos, y les recuerdan que todavía no han conocido un marrón de verdad. En el caso de un oficial, esta dosis de humildad puede hacer maravillas. Yo he tenido buenos oficiales, pero todos los mejores eran gente humilde.

Otra vez al lío

Fuimos volviendo poco a poco al trabajo, y empezamos sobrevigilando durante períodos breves. Nuestras misiones duraban una noche o dos en territorio indio. Un IED (artefacto explosivo) alcanzó a un tanque, y nosotros fuimos a protegerlo hasta que lo arreglaron. Nuestra labor era más llevadera, más sencilla de lo que había sido hasta entonces. No nos

alejamos tanto de los puestos de combate avanzados, lo que significa que no estábamos tan expuestos al fuego enemigo.

Una vez que teníamos la cabeza centrada de nuevo en aquello, empezamos a ir más lejos: nos internamos más en Ramadi, y aunque no volvimos nunca a la casa en la que habían matado a Marc, sí regresamos a aquella zona. Y lo hicimos decididos a traer a los responsables de aquello, para que pagaran por lo que nos habían hecho.

Estando un día en una casa, después de abatir a unos insurgentes que habían estado intentando poner artefactos explosivos, nos encontramos sometidos a un fuego intenso. El que nos disparaba tenía un arma más potente que el Kaláshnikov. Tal vez era un Dragunov —fusil de francotirador de fabricación soviética—, porque las balas estaban atravesando las paredes de la casa.

Yo estaba en la azotea, tratando de imaginarme de dónde venían los disparos, cuando de repente oí el pesado ulular que anunciaba la llegada de helicópteros Apache. Los observé describir plácidos círculos durante un segundo e inclinarse a continuación para efectuar un ataque coordinado en picado. Hacia nuestras posiciones.

—¡Las VS! —gritó alguien, quizá yo.

Lo único que sé es que sacamos todas las señales que teníamos para dejarles claro que éramos amigos (las VS-17 son las banderas cuadradas de color naranja vivo que se colocan o se enarbolan para que no te confundan con el oponente). Por suerte, lo entendieron y se apartaron en el último instante.

El chaval de transmisiones había estado hablando con los helicópteros del ejército poco antes del ataque para comunicarles nuestra localización, pero debe de ser que sus mapas tenían las coordenadas marcadas de manera diferente, y que al ver en la azotea a un puñado de fulanos con armas sacaron la conclusión errónea.

En Ramadi trabajamos mucho con Apache. Eran aparatos muy valiosos, no solo por sus cañones y sus cohetes, sino también por la facilidad con que podían sobrevolar una zona para reconocerla. En una ciudad no siempre es fácil determinar de dónde vienen los fuegos, y lo de tener un par de ojos o más por encima de tus posiciones y ser capaz de comunicarte con quienes los manejan puede ser de gran ayuda a la hora de hacerte una composición de lugar.

(Los de los Apache tenían reglas de enfrentamiento diferentes de las nuestras. En aquel tiempo destacaban sobre todo las que se aplicaban a la hora de disparar misiles Hellfire, que solo podían usarse contra armas de manejo colectivo. Era parte de la estrategia destinada a limitar la magnitud de los daños colaterales producidos en la ciudad.)

Los AC-130 también colaboraban de vez en cuando con la observación aérea. Estos colosales cañoneros poseían un gran poder ofensivo, aunque la verdad es que estando en aquella misión nunca llegamos a recurrir a ellos para que usaran sus obuses ni sus cañones (también ellos tenían reglas de enfrentamiento muy estrictas): nos limitamos a sacar provecho de sus sensores nocturnos, que les permitían evaluar el campo de batalla aun en condiciones de total oscuridad.

Una noche asaltamos una casa mientras uno de ellos volaba en círculo sobre nosotros para protegernos. Cuando entramos, nos llamaron para comunicarnos que teníamos un par de «fuguillas», que era como llamábamos a los que escapaban por la parte trasera.

Salí corriendo con uno de mis chavales y los perseguimos en la dirección que nos había dado el cañonero. Al parecer, los insurgentes se habían escondido en una casa vecina. Entré, y dentro me encontré con un joven de veintipocos años.

—¡Al suelo! —le grité mientras le hacía gestos con el arma.

Me miró con cara de no estar entendiéndome; así que exageré los gestos mientras le decía:

—¡Abajo! ¡Abajo!

Él seguía mirándome pasmado. Me resultaba imposible prever si tenía intención de atacarme o no, y, por supuesto, no acababa de entender por qué no obedecía. Como más vale prevenir que curar, le di un golpe y de un manotazo lo eché al suelo.

Entonces saltó su madre de detrás de él gritando yo qué sé qué. A esas alturas tenía ya conmigo a un par de los míos, incluido el intérprete, quien al fin consiguió calmar las cosas y empezó a hacer preguntas. La madre acabó por aclararnos que el muchacho tenía cierta deficiencia mental y no había entendido nada de lo que estaba haciendo yo. Dejamos que se levantara.

De todo esto había sido testigo, de pie, en silencio y a un lado, un hombre que di por supuesto que sería el padre. Sin embargo, una vez que vio que su hijo estaba a salvo, la madre nos dejó claro que no tenía ni idea de quién era aquel capullo. Resultó que había entrado por la cara para fingir que vivía allí: era uno de los fuguillas que nos había brindado la fuerza aérea.

Supongo que no debería contar esta historia sin confesar algo.

La casa de la que huyeron aquellos hombres era, de hecho, la última que asaltábamos aquella noche. En la primera encabecé yo al resto de los muchachos. Estábamos alineados en la puerta, preparándonos para irrumpir, cuando nuestro oficial jefe alzó la voz.

—Aquí hay algo que no encaja —anunció—. No me gusta.

Volví la cabeza y eché un vistazo alrededor.

—¡Mierda! —reconocí—. Os he traído a la casa que no es.

Entonces salimos y nos fuimos a la buena. ¿Me habrán recordado alguna vez mis compañeros aquella metedura de pata? Pregunta retórica.

Dos por uno

Un día estábamos fuera en una operación cerca de Sunset, delante de una bocacalle. Dauber y yo estábamos en una azotea, observando lo que estaban haciendo los de la zona. Él acababa de dejar el fusil para descansar un rato, y al ponerme detrás de la mira del mío vi a un par de tíos que bajaban la calle hacia mí en un ciclomotor.

El de la parte de atrás llevaba una mochila, y mientras lo observaba la dejó caer en un bache. No estaba repartiendo el correo, sino colocando un IED.

—No te lo pierdas —le dije a Dauber, que cogió sus binoculares.

Los dejé alejarse unos ciento cuarenta metros antes de disparar el 7,62. Dauber, que seguía mirando la escena por los prismáticos, dijo que parecía sacada de *Dos tontos muy tontos*. La bala atravesó al primero y le dio al segundo. La motillo se tambaleó y fue a estrellarse contra una pared.

Dos pájaros de un tiro. En este caso, el contribuyente puede estar seguro de que no hubo despilfarro.

El disparo, sin embargo, trajo controversia. Como había de por medio un artefacto explosivo, el ejército envió a algunos de los suyos al lugar; pero tardaron como seis horas en llegar. Había atasco, y me fue imposible —a mí y a cualquiera— tener vigilado el bache todo aquel tiempo. Para complicar aún más las cosas, los marines registraron en la misma calzada un camión con volquete que, según sus sospechas, hacía las veces de artefacto explosivo móvil. La caravana era tremenda, y por supuesto, el explosivo del bache acabó por desaparecer.

Generalmente, esta situación no habría supuesto ningún problema; pero pocos días antes habíamos descubierto que los rebeldes repetían un patrón determinado: pasaban al lado de un puesto de combate avanzado con un ciclomotor minutos antes y después del ataque, sin duda para explorar el lugar y enviar luego información relativa al atentado. Pedimos carta blanca

para disparar a todo el que fuese en ciclomotor; pero nos negaron la solicitud.

Los abogados o alguno de los de la cadena de mando debieron de pensar que estaba intentando pasarme de listo cuando oyeron hablar de mi disparo doble. El fiscal militar quiso investigar el caso. Por suerte, tenía testigos de sobra de lo que había pasado; pero aun así tuve que responder a todas las preguntas del fiscal.

Mientras, los insurgentes seguían usando ciclomotores y recogiendo información. Nosotros los observábamos de cerca y destruíamos todas las motos que encontrábamos aparcadas en casas y patios; pero eso era lo máximo que podíamos hacer.

Tal vez sus señorías esperaban que saludásemos y sonriéramos a la cámara.

En Irak no habría sido nada fácil salir a la calle y ponerse a disparar descaradamente a unos y a otros. Entre otras cosas, porque siempre había testigos por todas partes, y también porque, en Ramadi, por cada muerte que hacía tenía que redactar una declaración al respecto.

No es broma. Se trataba de un informe diferente de los que hacíamos después de cada acción, en el que debía hablar solo de los disparos efectuados y los muertos registrados. Y la información tenía que ser muy concreta. Yo llevaba siempre un cuadernillo para tomar nota del día, la hora y detalles relacionados con la persona abatida, lo que estaba haciendo, la bala empleada, el número de disparos efectuados, la distancia con el blanco y los testigos presentes. Todo eso iba al informe junto con cualquier otra circunstancia especial.

Los jefazos decían que aquello servía para protegerme si se emprendía en algún momento una investigación por una muerte injustificada; pero yo estoy convencido de que lo que estaba haciendo en realidad era cubrirles las espaldas a otros que estaban mucho más arriba en la cadena de mando.

Llevábamos siempre el cómputo de los insurgentes que matábamos, hasta en los peores tiroteos. A uno de nuestros oficiales se le asignaba siempre la misión de registrar por su cuenta los detalles de cada enfrentamiento, y de transmitirlos luego por radio. Yo me he encontrado muchas veces combatiendo a rebeldes al mismo tiempo que le daba los detalles a TT o a otro oficial. Tal coñazo llegó a ser, que un día, cuando vino el oficial para pedirme los detalles de un disparo, le dije que había matado a un niño que me estaba saludando. Es verdad que fue un chiste de mal gusto, pero era mi manera de decir: «Vete a hacer puñetas».

La burocracia de la guerra.

No estoy seguro de lo extendido que estaba el procedimiento de las declaraciones de francotirador. Para mí empezó durante mi segunda misión, mientras operaba en la calle Haifa, y en ese caso fue otro el que las rellenó por mí.

Estoy convencidísimo de que todo aquello no era más que un CYA —un cubreespaldas— para los mandamases. Estábamos matando al enemigo a diestro y siniestro. En Ramadi, el total de muertes que hicimos alcanzó cifras astronómicas, y las declaraciones se volvieron obligatorias y muy elaboradas. Supongo que el oficial al mando o cualquiera de su estado mayor tuvo que ver los números y decirse que, en caso de que los abogados preguntaran qué estaba pasando, lo mejor era guardar la ropa.

Una forma genial de hacer la guerra: prepárate para defenderte por haberla ganado. Menudo coñazo. Yo a veces bromeaba diciendo que no valía la pena molestarse en matar a alguien (aunque, por otro lado, es así como sé con exactitud a cuántas personas maté «oficialmente»).

La conciencia limpia

A veces daba la impresión de que Dios los estaba refrenando para que me diese tiempo a apostarme tras el fusil.

—¡Eh! ¡Despierta!

Abrí los ojos y levanté la vista de donde estaba tendido.

—Toca relevo —me dijo Jay, mi LPO. Había estado tras el fusil unas cuatro horas mientras yo echaba una cabezadita.

—De acuerdo.

Me desperecé y me dirigí al arma.

—¿Qué? ¿Ha pasado algo? —pregunté. Cada vez que alguien se apostaba tras su fusil, la persona a la que relevaba lo ponía al tanto de forma rápida: quién había pasado por las calles de abajo, etc.

—Nada —dijo Jay—. No he visto a nadie.

—¿Nada?

—Nada.

Nos cambiamos las posiciones, y Jay se bajó la gorra para echarse a dormir un rato.

Yo puse el ojo tras la mira y me puse a escrutar. No habían pasado ni diez segundos cuando se me plantó un insurgente en el centro de la retícula, Kaláshnikov en mano. Lo estuve viendo efectuar movimientos tácticos en dirección a una posición americana el tiempo justo para confirmar que encajaba con las reglas de enfrentamiento, y luego lo abatí.

—¡Hijo de la gran puta, cómo te odio! —gruñó Jay, tumbado cerca de donde estaba. Ni siquiera se molestó en levantarse la gorra, por no hablar ya de ponerse de pie.

Nunca tuve ninguna duda sobre la gente a la que mataba. Mis colegas se metían conmigo: «Yo sé de qué va Chris: tiene un fusil pequeño recortado al final de la mira, y todo el que ve está dentro de las reglas de enfrentamiento». Sin embargo, la verdad es que mis blancos eran siempre de lo más obvio, y por supuesto, cada vez que disparaba tenía testigos de sobra.

No había otra: no podías correr el riesgo de cometer un error, porque te iban a crucificar si no te atenías de forma estricta a las reglas de enfrentamiento.

En Faluya hubo un incidente cuando los marines estaban despejando una vivienda. Una de las unidades había irrumpido en la casa y al ir a asegurarse de que no había nadie en las habitaciones pasaron por encima de algunos cadáveres. Por desgracia, entre los cabrones del suelo había uno que no estaba muerto, y una vez que estaban dentro los de la infantería de marina, se dio la vuelta y le quitó la anilla a una granada, que estalló y mató o hirió a unos cuantos.

Desde entonces, los marines se acostumbraron a pegarle un tiro a todo el que veían al entrar en una casa. En un momento dado, sin embargo, los grabó un periodista, y cuando el vídeo se hizo público, el cuerpo tuvo problemas. Los cargos se desestimaron o no llegaron ni siquiera a presentarse, ya que en la investigación preliminar quedaron claras las circunstancias. Sin embargo, todos teníamos siempre muy presente hasta la posibilidad de una imputación.

Lo peor que podía hacer uno por aquella guerra era meter a los medios de comunicación en las unidades. En general, los americanos no soportan la cruda realidad de la guerra, y la información que enviaban los periodistas no nos ayudaba en absoluto.

Los peces gordos querían contar con el apoyo del público; pero en realidad, ¿a quién le importa? Yo lo veo así: si nos mandas a hacer un trabajo, deja que lo hagamos. Por eso tenemos almirantes y generales: que nos supervisen ellos, y no un zampabollos del Congreso que, sentado en su sillón de piel en Washington, con un puro en la boca y el aire acondicionado del despacho puesto, me diga dónde y cuándo puedo o no puedo dispararle a alguien. ¿Cómo van a saberlo, si nunca han estado en el campo de batalla?

Una vez que deciden enviarnos, que nos dejen hacer nuestro trabajo. La guerra es la guerra. ¿Queréis que conquistemos a nuestro enemigo?, ¿que lo aniquilemos? ¿O acaso nos mandáis allí para que le sirvamos té con pastas? Decid a los militares cuál es el resultado final que estáis buscando, y lo

tendréis, pero no intentéis venir a decirnos cómo tenemos que obtenerlo. Todas esas normas sobre cuándo y en qué circunstancias podía matarse al combatiente enemigo solo servían para complicarnos el trabajo y poner en peligro nuestra vida.

Las reglas de enfrentamiento se volvieron tan retorcidas y porculeras porque estaban metiendo mano en el proceso los políticos. Las han redactado abogados que intentan proteger a los almirantes y los generales de los diputados, en vez de personas que se preocupen por los que están recibiendo disparos en el campo de batalla.

Por algún motivo, en casa había muchos —no todos, claro— incapaces de aceptar que estábamos en guerra; que la guerra es muerte; muerte violenta la mayoría de las veces. Había mucha gente, y no solo políticos, que quería imponernos fantasías ridículas, someternos a un patrón de comportamiento que no podría mantener ningún ser humano.

No digo que deban cometerse crímenes de guerra: lo que digo es que los combatientes necesitan que los dejen combatir sin atarles las manos. Según las reglas de enfrentamiento que tuve que acatar yo en Irak, si alguien entraba en mi casa, mataba a tiros a mi mujer y a mis hijos y luego tiraba el arma, se esperaba de mí que, en vez de dispararle, lo llevara preso con cuidado. ¿Lo haría el lector?

Habrá quien defienda que mis triunfos demuestran que las reglas de enfrentamiento funcionaban; pero yo tengo la sensación de que podría haber sido más eficaz, haber protegido tal vez a más gente y ayudado a acabar antes con la guerra sin ellas.

Daba la impresión de que las únicas noticias que leíamos estaban relacionadas con atrocidades o con lo difícil que estaba resultando pacificar Ramadi.

Sorpresa: matamos a todos aquellos malos, y ¿qué ocurrió? Los dirigentes de las tribus iraquíes, al final, se dieron cuenta de que íbamos en serio, y acabaron por hacer piña no solo para formar gobierno, sino para echar a los insurgentes. Hubo que emplear la fuerza, actuar con violencia y crear una situación en la que fuera posible la paz.

Leucemia

—Nuestra hija está enferma: tiene los glóbulos blancos muy bajos.

Apreté un poco más el teléfono mientras Taya seguía hablando. Mi chiquitina había estado un tiempo con infecciones y con ictericia. El hígado no parecía capaz de hacer frente a la enfermedad. Ahora los médicos querían hacerle más pruebas, y todo tenía muy mala pinta. No decían que fuese cáncer ni leucemia, pero tampoco lo negaban. Iban a hacerle unos análisis para confirmar sus peores sospechas. No estoy seguro de todo lo que me dijo, pero sí oí bien la palabra *leucemia*. Cáncer.

Mi pequeña iba a morirse. Me sentí aplastado bajo una losa de impotencia. Me separaban de ella miles de kilómetros, y no podía hacer nada por ayudarla. De hecho, ni siquiera estando allí habría conseguido curarla. La voz de mi mujer dejaba ver que se sentía triste y sola.

La ansiedad de aquella misión había empezado a pesarme mucho antes de recibir aquella llamada telefónica en septiembre de 2006. La pérdida de Marc y las heridas gravísimas de Ryan habían hecho mella en mí. Se me había disparado la tensión y me costaba dormir, y recibir la noticia de lo de mi hija me llevó al límite de mi aguante. Supongo que no debió ser fácil soportarme.

Por suerte, no quedaba mucho tiempo para acabar con aquel período de servicio. En cuanto informé al mando de la enfermedad de la pequeñina, empezaron a organizar mi viaje de regreso a casa. Nuestro médico arregló el papeleo necesario para obtener una carta de la Cruz Roja en la que se indicaba que los familiares de un soldado lo necesitaban por una

emergencia. Una vez que llegó el documento, mis comandantes se encargaron de que se llevara a efecto.

A punto estuve de no salir. Las cosas se habían puesto tan al rojo vivo en Ramadi que no era fácil encontrar un vuelo: ni entraban ni salían helicópteros. Hasta los convoyes seguían siendo víctimas de los ataques de los insurgentes. Preocupados por mí y sabiendo que no podía permitirme una espera muy larga, mis chavales cargaron los Hummer, me pusieron en el centro y me sacaron de la ciudad en dirección a la base aérea de TQ.

Al llegar allí, se me hizo un nudo en la garganta cuando les entregué mi chaleco antibalas y mi M-4. Mis colegas volvían a la guerra y yo me iba a casa. No molaba. Tenía la sensación de estar dejándolos en la estacada, de estar escaqueándome.

Aquel era un conflicto —familia y patria, familia y hermanos de armas — que nunca llegué a resolver del todo. En Ramadi había hecho aún más muertes que en Faluya: no solo superé a cualquier otro de aquella misión, sino que la suma total me convirtió en el francotirador americano más prolífico de todos los tiempos (por usar la fina expresión oficial).

Aun así, me sentía un rajado: tenía la impresión de no haber hecho lo suficiente.

12
Tiempos difíciles

Al hogar

Tomé un vuelo chárter militar, primero a Kuwait, y luego a Estados Unidos. Iba de paisano, y como me habían crecido el pelo y la barba, me pusieron alguna que otra traba, ya que nadie acababa de creerse que hubieran autorizado a nadie viajar sin el uniforme estando de servicio. La verdad es que, visto con el tiempo, resulta incluso divertido.

Desembarqué en Atlanta, y allí tuve que volver a pasar controles de seguridad. Llevaba ya varios días de viaje, y cuando me quité las botas, juro que de la gente que hacía cola a mi lado hubo media docena que sufrió un síncope. Creo que nunca me han dejado pasar con tanta rapidez el protocolo de seguridad.

Taya:

Aunque él nunca me revelaba lo peligrosa que era cada situación, llegó un momento en que yo tenía la sensación de que podía leerle el pensamiento. Y cuando me dijo que sus chicos lo iban a sacar de allí en un convoy, la forma en que me lo contó me hizo temer no solo por ellos, sino también por él. Le pregunté un par de cosas, y el cuidado con que elegía la respuesta me dejó claro que iba a ser una evacuación muy arriesgada.

Yo estaba convencidísima de que cuantos más fuésemos los que rogábamos por él, mayor iba a ser su suerte; así que le pregunté si podía pedirles a sus padres que se unieran a mis rezos. Me dijo que sí, y entonces le pregunté si les podía explicar el motivo: hablarles de su regreso a casa y del peligro que corrían en la ciudad, y me respondió que no.

Así que no dije nada. Pedí a unos pocos que rezasen por él, y aunque me referí por encima al peligro que corría, lo hice sin dar detalles y pidiéndoles que confiaran en mí. Sabía que iba a ser un trago amargo para ellos, pero sentía en lo más hondo que necesitaban rezar, y al mismo tiempo sabía que tenía que respetar los deseos de mi marido sobre lo que podía decirse. Sé que aquello sentó mal en algunos casos, pero la necesidad de rogar por Chris superaba cualquier deseo que pudiese tener yo de quedar bien.

Cuando llegó a casa, me dio la impresión de que estaba tan tenso y angustiado que parecía insensible a todo. Le resultaba difícil precisar lo que pensaba de nada. Se le veía agotado, abrumado.

Me daba lástima todo lo que había tenido que pasar, y me desgarraba necesitarlo tanto; porque lo necesitaba muchísimo. Sin embargo, al mismo tiempo, llevaba tanto tiempo teniendo que arreglármelas sin él, que había acabado por adoptar la actitud de que no lo necesitaba, o al menos de que no debería necesitarlo.

Supongo que para los demás no tendrá mucho sentido, pero yo tenía esa mezcla extraña de sentimientos que recorrían todo el abanico. Estaba furiosa con él por habernos dejado solos a los niños y a mí. Me gustaba tenerlo en casa, pero seguía muy enfadada con él.

Estaba empezando a salir de varios meses de ansiedad por el peligro que corría y de la frustración que me producía el que siguiera aceptando misiones en el extranjero. Quería contar con él, pero no podía. Su equipo, sí; y cualquier perfecto desconocido que acertase a formar parte de las fuerzas armadas, también; pero los niños y yo, ni por asomo.

No era culpa suya. Él no habría dudado en estar en dos sitios a la vez de haberle sido posible; pero no podía. Sin embargo, cuando tuvo que elegir, no nos eligió a nosotros. Aun así, en ningún momento dejé de quererlo ni de intentar apoyarlo y demostrarle mi amor de todos los modos posibles. Sentía quinientas emociones distintas, y todas a la vez.

Supongo que durante toda aquella misión tuvo que notársele la rabia subyacente. Cuando hablábamos, él se daba cuenta de que algo no iba bien; pero si me preguntaba qué me pasaba, yo lo negaba todo. Al final, insistía tanto, que yo acababa por decirle: «Estoy muy enfadada contigo por haberte ido, pero no quiero odiarte, ni tampoco siquiera estar enfadada. Sé que te podrían matar mañana mismo, y no quiero que te distraigas por culpa de esto. No quiero tener esta conversación».

Y ahora que había vuelto al fin, estallaron dentro de mí todas mis emociones: la felicidad y la irritación, mezcladas por completo.

La mejoría

Los médicos le hicieron toda clase de pruebas a mi chiquitina. Algunas llegaron a fastidiarme de veras.

Recuerdo sobre todo cuando le sacaban sangre, cosa que tuvieron que hacer muy a menudo. La ponían boca abajo y le pinchaban el pie. Muchas veces no sangraba, y entonces tenían que volver a repetirlo, una y otra vez. Ella, mientras, no paraba de llorar.

Fueron días muy largos, pero al final los médicos llegaron a la conclusión de que mi hija no tenía leucemia. Pese a la ictericia y otras complicaciones, pudieron tener a raya las infecciones que la enfermaban y lograr que mejorase.

Una de las cosas más frustrantes, hasta lo indecible, era la reacción que tenía conmigo. Se ponía a hacer pucheros cada vez que la tomaba en brazos: quería irse con su mamá. Taya decía que hacía lo mismo con todos

los hombres: lloraba cada vez que oía una voz masculina. De todos modos, a mí me dolía mucho. La quería muchísimo, y había hecho un viaje muy largo por ella; y ella me rechazaba.

La situación con mi hijo era muy diferente: él se acordaba de mí, había crecido y estaba más dispuesto a jugar. Sin embargo, los problemas habituales entre padres e hijos se complicaban en mi caso por la separación y por la tensión que habíamos vivido todos.

Había detalles tontos que se volvían muy irritantes. Yo quería que él me mirase a los ojos cuando le regañaba, y a Taya eso le fastidiaba, porque decía que el niño no estaba acostumbrado a mí ni a mi tono de voz, y que en semejantes circunstancias era mucho esperar de un niño de dos años. Sin embargo, yo pensaba todo lo contrario: era lo que tenía que hacer. No le estaba riñendo ningún desconocido, sino alguien que lo quería. Estamos hablando de una vía de doble sentido en lo que se refiere al respeto: tú me miras a mí a los ojos; yo te miro a los ojos a ti, y los dos nos entendemos.

Taya decía:

—A ver: ¿cuánto tiempo llevas fuera? ¿Y ahora quieres volver a casa, ser parte de la familia y poner las normas? No, señor: porque de aquí a un mes volverás a irte para seguir con tu adiestramiento.

Los dos teníamos razón, cada uno desde su punto de vista. La dificultad estaba en tratar de comprender el del otro, y convivir con ello.

Yo no era perfecto: me equivocaba en muchas cosas, y tenía que aprender a ser padre. Tenía muy claro cómo había que criar un hijo, aunque mis ideas no estaban basadas en la realidad. Con el tiempo, fueron cambiando.

Más o menos. Todavía espero que mis hijos me miren a la cara cuando les hablo, y viceversa. Y Taya está de acuerdo.

Mike Monsoor

Llevaba unas dos semanas en casa cuando me llamó un amigo de los SEAL para ver qué le contaba.

—Poca cosa —le dije.

—¿A quién habéis perdido? —me preguntó.

—¿Qué?

—No sé quién ha sido, pero he oído que habéis perdido a otro.

—Mierda.

Cuando colgué, me puse a llamar a todo el mundo que conocía. Al final di con uno que conocía los detalles, aunque no podía hablar de ellos por el momento, porque todavía no habían informado a la familia. Me dijo que me llamaría a la vuelta de unas horas.

Se me hicieron eternas. Al final me enteré de que habían matado en Ramadi a Mike Monsoor, soldado de nuestra sección hermana, y que con su muerte había salvado la vida de varios de sus compañeros de unidad. El grupo estaba sobrevigilando en una casa de la ciudad, y un insurgente se acercó a sus posiciones lo bastante para lanzarles una granada. Yo no estaba presente, claro, y por eso cuento lo que ocurrió a partir del resumen oficial de aquella acción de guerra.

> La granada le dio en el pecho y cayó a continuación en cubierta [que es como se llama al suelo en la Armada]. Se puso en pie de un salto, y gritó: «¡Una granada!», para alertar a sus compañeros de equipo del peligro a que se exponían; y al ver que los demás no iban a poder salir a tiempo del puesto de francotirador, se lanzó sobre el artefacto sin dudarlo ni mostrar consideración alguna por su propia vida y la cubrió para proteger a los camaradas que tenía alrededor. La granada estalló en el momento en que caía sobre ella, y le produjo heridas mortales.
>
> Las acciones del cabo mayor Monsoor no podían haber sido más desprendidas ni más claramente intencionales. De los tres SEAL que había en aquella parte de la azotea, él era el único que disponía de una vía de escape, y, de haberla utilizado, podría haberse salvado con facilidad de la explosión. En cambio, prefirió sacrificar la propia vida por proteger a sus camaradas. Y por este acto desinteresado y heroico se salvaron sus dos compañeros de los SEAL.

Más tarde le concedieron la Medalla de Honor.

En cuanto supe la identidad del fallecido me vi inundado de recuerdos sobre Mikey. No lo había llegado a conocer demasiado, porque servía en la otra sección; pero había participado en sus novatadas. Yo fui uno de los que

lo agarraron para que pudiesen afeitarle la cabeza. No le hizo ninguna gracia, y, de hecho, debo de tener todavía marcas de las magulladuras.

Fui a recoger en furgoneta a algunos de los chavales al aeropuerto y ayudé a organizar el velatorio de Mikey.

Los funerales de los SEAL parecen velorios irlandeses, aunque en los nuestros se bebe mucho más. Habrá quien se pregunte cuánta cerveza hace falta para velar a un SEAL, y aunque esa es información confidencial, puede estar seguro el lector de que no baja de una burrada.

Esperé de pie en la pista, vestido con el uniforme de la Armada, a que entrase el avión. Hice un saludo rígido con el brazo al ver el ataúd bajar la rampa, y luego lo llevé despacio junto con el resto de portadores al coche fúnebre que lo aguardaba.

En el aeropuerto atrajimos la atención de un grupo nutrido de gente. Todo el que estaba a nuestro alrededor se detenía al darse cuenta de lo que ocurría y nos miraba en silencio mientras presentaba sus respetos a nuestro compañero. Fue muy emocionante: estaban honrando a un compatriota pese a no conocerlo. Me conmovió mucho la escena, aquel último homenaje a nuestro camarada caído, aquel reconocimiento mudo al valor de su sacrificio.

Lo único que nos identifica como SEAL es el Tridente que llevamos puesto. Sin esta insignia de metal en el pecho no pasas de ser un pringadillo más de la Armada.

Pues bien: se ha convertido en una señal de respeto el acto de desprendértelo y clavarlo con el puño en el ataúd de tu hermano caído durante el funeral. Es una manera de demostrarle que no lo vas a olvidar, que va a seguir siendo parte de ti mientras vivas.

Cuando los chavales de la sección Delta se pusieron en fila para clavar sus Tridentes en el féretro de Mikey, yo di un paso atrás con la cabeza

gacha. Daba la casualidad de que la tumba de Marc Lee se encontraba a unos metros del lugar en que iban a enterrar a Monsoor. Yo me había perdido el entierro de Marc porque estaba sirviendo todavía en ultramar, y aún no había tenido ocasión de presentarle mis respetos. Entonces, de repente, me pareció que lo más apropiado era colocar mi Tridente sobre su lápida. Así que me acerqué en silencio y lo dejé allí mientras le daba el último adiós a mi amigo.

Uno de los detalles que convirtieron aquel funeral en una ocasión agridulce fue el hecho de que a Ryan le hubieran dado el alta hospitalaria a tiempo de asistir. Fue genial verlo, pese a su ceguera permanente.

Antes de que la pérdida de sangre le hiciera perder el conocimiento, Ryan podía ver; pero cuando se le hinchó el cerebro por la hemorragia interna, una esquirla de hueso o de bala le seccionó el nervio óptico. No había esperanza alguna de que recobrase la vista.

Cuando lo vi, le pregunté por qué se había empeñado en salir por su propio pie del edificio, porque me había llamado la atención un acto de valor tan notable —y tan suyo—. Él me dijo que era consciente de que nuestro protocolo exigía que, en caso de que el herido no pudiera valerse, lo acompañaran al menos dos camaradas, y no quería que por su culpa tuviesen que abandonar más soldados sus posiciones de combate.

Yo diría que se sentía capaz de volver solo, y probablemente lo habría hecho si le llegamos a dejar. Creo que hasta habría buscado un arma para seguir luchando.

Aunque dejó las fuerzas armadas a causa de sus lesiones, no dejamos nunca de estar en contacto. Dicen que en la guerra se crean grandes amistades, y la nuestra confirmaba el tópico.

Peleas y más peleas

Las peleas son un hecho más de la vida de un SEAL, y yo he conocido algunas de las buenas.

En abril de 2007 estábamos en Tennessee, y acabamos en una ciudad del otro lado de la frontera estatal en la que se había celebrado aquella misma noche una gran pelea de artes marciales mixtas organizada por la Ultimate Fighting Championship. Acertamos a meternos en un bar en el que había tres luchadores festejando las primeras victorias que habían obtenido en el cuadrilátero. No buscábamos bronca, y, de hecho, yo estaba con uno de mis colegas en un rincón tranquilo, y prácticamente no había nadie a nuestro alrededor.

Por lo que fuera, se acercaron a nosotros tres o cuatro tíos y tropezaron con mi amigo. Él les dijo cuatro cosas que yo no oí, y se ve que a los aspirantes a luchador no les hicieron mucha gracia, porque se enzarzaron con él. Yo, evidentemente, no le iba a dejar combatiendo solo; así que me metí en la pelea, y juntos les dimos una buena paliza.

Esta vez no seguí el consejo del subteniente «Primo». De hecho, todavía estaba dándole de puñetazos a uno de los luchadores cuando vinieron a separarnos los gorilas. Entonces entró la poli y me arrestaron. Me cayeron cargos por agresión. (Mi amigo se había escabullido por la parte de atrás; pero no le guardo rencor: solo estaba siguiendo la segunda ley de «Primo» en lo que respecta a las peleas.)

Me dejaron en libertad bajo fianza al día siguiente. Me mandaron un abogado que consiguió llegar a un acuerdo con la juez. El fiscal se avino a retirar los cargos, aunque para que tuviese plena validez legal tuve que ponerme de pie delante de la magistrada para que me dijese con la lenta pronunciación de la justicia:

—Señor Kyle, el simple hecho de que lo hayan adiestrado para matar no lo obliga a tener que demostrarlo en mi ciudad. Váyase de aquí y no vuelva.

Eso hice, y hasta la fecha he obedecido.

Aquel percance insignificante me dio problemillas en casa. Cuando estaba haciendo instrucción, fuera donde fuese, siempre llamaba por teléfono a Taya antes de ir a dormir. Sin embargo, ya que pasé la noche en chirona, no pude hacerlo: solo me dejaban hacer una llamada, y como ella no iba a poder sacarme de allí, tuve que ir a lo práctico.

La cosa no habría revestido demasiada gravedad de no haber sido porque se suponía que yo iba a volver a casa para el cumpleaños de uno de los críos, y mi comparecencia ante los tribunales me obligó a alargar la estancia en la ciudad.

—¿Dónde estás? —me preguntó Taya cuando pude hablar con ella.

—Me han tenido arrestado.

—Estupendo —me espetó.

No puedo decir que no entendiera su enfado: aquello no había sido lo más responsable que había hecho en mi vida. En aquel momento, de hecho, fue una espina más en un tiempo en el que nos sobraban: nuestra relación se estaba desmoronando por momentos.

Taya:

Yo no me enamoré de un condenado SEAL de la Armada, sino de Chris. Lo de que sea SEAL puede ser muy chulo y todo eso; pero no fue lo que me gustó de él.

Si hubiese sabido qué podía esperar, habría sido otra cosa; pero no lo sabía. Nadie lo sabe; al menos, nadie lo sabe con exactitud en la vida real. Además, no todos los SEAL aceptan una misión bélica tras otra de forma consecutiva.

Con el tiempo, su trabajo se volvió cada vez más importante para él. En cierto modo, tampoco me necesitaba para tener una familia, porque tenía a sus chavales. Poco a poco me fui dando cuenta de que yo no era lo más importante de su vida. Era así, aunque él no quería reconocerlo.

Yo no soy ningún machote, ni mucho menos, ni estoy siquiera dotado en extremo como luchador; pero de cuando en cuando se ha presentado alguna

que otra ocasión; y siempre he preferido recibir una tunda a quedar como una nenaza delante de mis colegas. He llegado a los puños otras veces, y quiero pensar que he sabido defenderme.

Mientras servía con mi primera sección, enviaron a todo el equipo a Fort Irwin, en San Bernardino, en medio del desierto de Mojave. Un día fuimos a la ciudad después de la instrucción y encontramos un bar llamado La Biblioteca. En el local había un grupo de policías y bomberos fuera de servicio que estaban de fiesta. Algunas de las mujeres se fijaron en nuestros chavales, y los de la ciudad se pusieron celosos y empezaron una pelea.

Lo que demostró que tenían muy poco juicio, ya que en aquel barecillo había casi un centenar de SEAL. Un centenar de SEAL es un contingente para no pasarlo por alto, y aquel día, de hecho, no nos importó pasar de ellos por lo alto. Ya fuera, les dimos la vuelta a un par de coches. Entonces llegó la poli y arrestó a veinticinco de los nuestros.

Habrá oído el lector hablar de los castigos disciplinarios, las penas extrajudiciales que impone el oficial al mando, si procede, después de oír lo que has hecho. Los distintos correctivos están estipulados por el derecho militar y pueden ir desde un severo «No vuelvas a hacerlo», a la degradación y hasta «detención penitenciaria», que significa precisamente lo que parece.

Existen comparecencias parecidas con consecuencias menos críticas, ante oficiales de menor entidad que el comandante de la unidad. En nuestro caso, tuvimos que presentarnos ante su subordinado inmediato, el comandante segundo, y escucharlo mientras nos explicaba con un lenguaje en extremo elocuente cómo la habíamos cagado. Entre otras cosas, nos leyó de cabo a rabo todas las acusaciones legales y todos los daños ocasionados. No recuerdo a cuántos dejamos para el arrastre ni el valor de lo que destrozamos, pero sí que necesitó un buen rato para llegar al final de la lista. Como colofón, nos dejó claro que se avergonzaba de nuestro comportamiento.

—Está bien —dijo una vez acabada la bronca—. Que no vuelva a pasar. Salid de aquí echando leches.

Nos fuimos con las orejas coloradas después de aquel rapapolvo bien merecido. Sus palabras resonaron en nuestros oídos durante por lo menos... cinco segundos o así.

Sin embargo, la historia no acaba aquí: hubo otra unidad que supo de nuestra aventurilla... y decidió ir al mismo bar por si se repetía la hazaña. Y lo consiguieron. Ganaron la pelea, aunque, por lo que tengo entendido, en unas condiciones un tanto más difíciles. El resultado fue mucho más equilibrado.

Poco después tuvo que reconocer aquel mismo sector otro grupo de soldados. A esas alturas, la cosa se había convertido en un verdadero torneo. El único problema era que los habitantes de la ciudad lo sabían, y se prepararon en consecuencia. Recibieron una tunda colectiva.

Aquello llevó a las autoridades a declarar toda la ciudad zona vedada para los SEAL.

Podrá pensar el lector que en Kuwait no tuvo que ser fácil emborracharse y liarse a mamporros, ya que, en realidad, no hay allí bares en los que se sirva alcohol. Sin embargo, había por allí un restaurante al que nos gustaba ir a comer y en el que, curiosamente, era fácil colar alguna botella.

Estando allí una noche, empezamos a levantar demasiado la voz. Algunos de los nativos se quejaron, y tuvimos una discusión que acabó en pelea. Nos detuvieron a cuatro. El resto de los chavales intentó convencer a la policía de que nos dejase en libertad.

—¡Nanay! —dijeron los agentes—. Estos se vienen al cuartelillo, y después, a juicio.

Ellos se reafirmaron en su posición, y mis chavales defendieron la suya.

Quien haya leído hasta aquí se habrá dado cuenta del poder de persuasión que pueden tener los SEAL. Al final, los kuwaitíes se convencieron y nos dejaron en libertad.

También me arrestaron una vez en Steamboat Springs, en Colorado, aunque creo que en este caso las circunstancias dicen bien de mí. Estaba sentado en un bar cuando pasó una camarera con una jarra de cerveza. Un fulano que había sentado en la mesa de al lado echó hacia atrás la silla y chocó con ella sin querer. La muchacha le derramó encima parte de la cerveza, y él se levantó y le dio una guantada.

Yo fui hacia él y defendí el honor de la camarera del único modo que conozco. Me detuvieron. Sin embargo, esos jipis de los juzgados se ponen duros cuando hay una mujer agredida de por medio. Por lo tanto, aquellos cargos, como los demás, acabaron por desestimarse.

El *sheriff* de Ramadi

La ofensiva de Ramadi estaba destinada a convertirse en un hito importante y en el punto de inflexión de la guerra, uno de los acontecimientos fundamentales que ayudaron a Irak a salir del caos total. Por ese motivo se le dio mucho protagonismo a los combatientes que estábamos destinados en la ciudad, y parte de dicho protagonismo se lo llevó nuestro equipo.

Como espero haber dejado claro, no creo que haya que distinguir públicamente a los SEAL como fuerza. Nosotros no necesitamos publicidad: somos profesionales mudos; todos. Cuanto más callados estemos, mejor podremos hacer nuestro trabajo. Sin embargo, por desgracia, el mundo en que vivimos no lo permite; de lo contrario, yo no habría visto necesario escribir este libro.

Quiero que conste que estoy convencido de que el mérito de la campaña de Ramadi y de todo Irak corresponde tanto a los soldados del ejército de tierra y la Armada que lucharon allí como a los SEAL. A cada cual lo suyo. Sí, es verdad que nosotros hicimos un buen trabajo, y que derramamos nuestra sangre; pero como dijimos a los oficiales y a las clases de tropa del

ejército y la Armada con los que luchamos, nosotros no somos mejores que ellos en lo que se refiere a coraje y valía.

Sin embargo, en nuestro mundo moderno es normal que la gente se interese por todo lo que tiene que ver con los SEAL. A nuestro regreso nos llamó el mando para reunirse con nosotros y que pudiéramos contarle a un escritor famoso, que también fue SEAL, lo que había ocurrido en el campo de batalla. Se trataba de Dick Couch.

Lo gracioso es que, de entrada, en lugar de escuchar se puso a hablar. Ni siquiera a hablar: el señor Couch se dedicó a darnos un sermón sobre lo descaminados que íbamos. Me merecen mucho respeto las acciones que protagonizó el señor Couch cuando sirvió en la guerra de Vietnam con los Equipos de Demolición Subacuática y los SEAL. Lo tengo en gran consideración por eso; pero algunas de las cosas que dijo aquel día no me sentaron del todo bien.

Se colocó de pie delante de todos nosotros y comenzó a decirnos que nos estábamos equivocando por completo; que deberíamos dedicar nuestro tiempo a ganarnos su corazón y su opinión en lugar de a matarlos.

—Los SEAL deberían actuar más como los de las fuerzas especiales —aseguró, refiriéndose (imagino) a una de las misiones tradicionales de estas: la de adiestrar a los indígenas.

Que yo sepa, ellos consideran correcto disparar a quien te está disparando; pero quizá eso no venga a cuento.

Yo estaba allí sentado, cada vez más cabreado, y el resto del equipo también, aunque los demás no dijeron ni pío. Entonces, cuando acabó, preguntó si alguien tenía algo que comentar, y yo levanté la mano sin dudarlo. Hice un par de observaciones desdeñosas sobre lo que deberíamos hacer en mi opinión con el país, y a renglón seguido me puse serio.

—No han empezado a acudir a la mesa de negociaciones hasta que hemos matado a un número suficiente de salvajes —le dije—. Esa ha sido la clave.

Tal vez utilicé alguna que otra frase colorida más al hablar de lo que estaba ocurriendo de verdad en las calles de Irak. Estuvimos un rato debatiendo hasta que mi jefazo me ordenó con un gesto que abandonase la sala, y yo obedecí contento.

Después de aquello, mi oficial al mando y el jefe de mi unidad se mosquearon conmigo; pero no podían hacer gran cosa, porque sabían que yo tenía razón. El señor Couch quiso hacerme unas preguntas, y yo me negué. Los mandos querían que le respondiera, y al final, hasta el jefe hizo que me sentara para enmendarme la plana. Obedecí, y me pasé la entrevista sin decir más que monosílabos.

En justicia, por lo que he oído, su libro no es tan negativo como esperaba después de aquella conferencia; así que quizá alguno de mis colegas tuvo, al final, alguna influencia sobre él.

¿Sabéis cómo se ganó Ramadi?

Entramos y matamos a todos los malos que encontramos. Cuando empezamos, los iraquíes honrados (o los que eran honrados en potencia) no le tenían miedo a Estados Unidos, sino a los terroristas. Estados Unidos les decía: «Vamos a dejároslo en mejores condiciones», y los terroristas: «Os vamos a degollar». ¿A quién ibas a temer? ¿A quién le ibas a hacer caso?

Cuando entramos en Ramadi, les dijimos a los terroristas: «Nosotros sí que os vamos a degollar. Vamos a hacer todo lo que haya que hacer para quitaros de en medio». Y conseguimos que se fijaran en nosotros no solo ellos, sino todos los demás: dejamos claro que la nuestra era la fuerza con la que iban a tener que vérselas.

De esto surgió el llamado Gran Despertar: no de ir por ahí lamiéndoles el culo a los iraquíes, sino de repartir patadas en esa misma parte del cuerpo. Los jefes tribales se dieron cuenta de que éramos muy duros de pelar, y de que más les valía organizarse, colaborar y dejar de bailarles el agua a los insurgentes. Fue la fuerza la que impulsó aquella batalla:

matamos a los malos y llevamos a los cabecillas tribales a la mesa de las negociaciones de paz.

Así es como funciona el mundo.

Cirugía de rodilla

La primera vez que me dañé las rodillas fue en Faluya, cuando se me cayó encima aquella pared. Aunque la cortisona me ayudó al principio, el dolor no dejaba de repetirse, cada vez con más fuerza. Los médicos me dijeron que me tenía que operar, pero eso me habría supuesto estar de baja y perderme la guerra. Así que lo fui retrasando: iba al médico, me pinchaban, y otra vez al trabajo. Sin embargo, cada vez se acortaba más el tiempo entre una inyección y otra: primero tuve que ir cada dos meses, y luego, una vez al mes.

Logré soportarlo durante la batalla de Ramadi, aunque de milagro, porque se me empezaron a agarrotar las rodillas y me resultaba difícil bajar escaleras. Ya no me quedaba otro remedio; conque poco después de volver a casa en 2007, me puse en manos del bisturí.

Los cirujanos me cortaron los tendones para aliviar la presión y permitir de nuevo el movimiento de la rótula. Además, tuvieron que limarme el hueso para eliminar las fisuras que le habían salido. Me inyectaron cartílago sintético y me lijaron el menisco. En algún momento del proceso me arreglaron también el ligamento cruzado anterior.

Me sentía como un coche de carreras al que estuviesen reparando desde lo más básico. Cuando acabaron, me mandaron a ver a Jason, fisioterapeuta especializado en SEAL. Había entrenado a los Pittsburgh Pirates, y después del 11-S decidió dedicarse a la nación trabajando para las fuerzas armadas. Se conformó con un sueldo muchísimo más bajo para poder arreglarnos.

Yo no sabía nada de eso cuando nos conocimos: lo único que quería oír de él era cuánto tiempo iba a durar la rehabilitación. Después de observarme con gesto pensativo, me respondió:

—Con esta operación... Los paisanos tardan un año en reincorporarse; los futbolistas, ocho, y los SEAL... No es fácil de prever, porque odiáis tanto veros fuera de donde está la acción que os castigáis con tal de volver.

Al final me dijo que tardaría seis meses, y creo que lo conseguimos en cinco. Sin embargo, durante ese tiempo llegué a pensar que me moría.

Jason me metió en una máquina que debía estirarme la rodilla. Cada día tenía que ver hasta dónde podía ajustar aquel aparato. Sudé tinta mientras me la doblaba, pero al final llegué a los noventa grados.

—¡Impresionante! —me dijo—. Ahora, más.

—¿Más?

—¡Más!

Tenía otra que me enviaba una descarga al músculo mediante electrodos. Dependiendo del músculo, tenía que estirar los dedos de los pies hacia arriba y hacia abajo. Aunque no parezca gran cosa, se trata de una tortura que debería estar prohibida por la Convención de Ginebra, hasta para aplicársela a los SEAL. Como puede suponer el lector, Jason no dejó de aumentar el voltaje.

Aun así, lo peor de todo era lo más sencillo: el ejercicio. Tenía que hacer más, más y más. Recuerdo haber llamado muchas veces a Taya para decirle que antes de que acabara el día iba a echar la pota o a morirme directamente.

Hubo una temporada en que Jason me tuvo haciendo una cantidad desmesurada de abdominales y otros ejercicios para fortalecer el tórax.

—Te acuerdas de que son las rodillas lo que tengo operado, ¿verdad? —le pregunté un día que pensaba que había llegado al límite de mis fuerzas.

Él se limitó a reír. Él me dio toda una explicación científica según la cual todos los elementos del cuerpo dependen de la fortaleza de los

músculos del tórax, aunque yo creo que le gustaba, sin más, hacerme sudar por todo el gimnasio. Juro que llegué a oír un látigo restallar por encima de mi cabeza cada vez que empezaba a flaquear.

Yo siempre había creído que cuando mejor forma había tenido fue justo después de aprobar el BUD/S, y sin embargo, después de cinco meses con él me superé de sobra. No solo tenía las rodillas de lujo, sino que el resto de mi cuerpo no podía estar en mejores condiciones. Cuando volví a mi sección, todos me preguntaron si había estado tomando esteroides.

Tiempos muy duros

Antes de meterme en quirófano había llevado mi cuerpo al límite. Ahora lo que se estaba deteriorando era mucho más importante que mis rodillas: mi matrimonio.

Este era el más flaco de toda una serie de puntos flacos. Entre nosotros se había ido acumulando el resentimiento. Por contradictorio que parezca, en realidad no nos peleábamos mucho; pero siempre había mucha tensión. Ninguno de los dos se esforzaba más que lo suficiente para poder decir que lo estaba intentando... y dar a entender que el otro no.

Después de pasar años en zonas de conflicto bélico y separado de mi mujer, creo que se me había olvidado, sin más, lo que significaba estar enamorado: las responsabilidades que eso trae consigo, como la de escuchar de verdad o la de compartir. Ese olvido hizo que me resultara más fácil hacerla a un lado. Por aquel tiempo, además, dio la casualidad de que se puso en contacto conmigo una antigua novia mía. Primero llamó al fijo de casa, y Taya me transmitió el mensaje dando por supuesto que su marido no era de los que hay que vigilar en este sentido.

Al principio me reí del mensaje, pero al final me pudo la curiosidad. Mi exnovia y yo no tardamos en telefonearnos y escribirnos de forma regular. Taya se imaginó que estaba pasando algo, y una noche, cuando llegué a casa, me sentó y me lo expuso todo con mucha calma y de un modo muy

racional; o al menos, tan racional como es uno capaz de ser en situaciones así.

—Tenemos que poder confiar el uno en el otro —me dijo entre otras cosas—, y el camino que hemos tomado no va a hacer que se arregle nada. No va a funcionar.

Tuvimos una charla larga y sentida sobre este tema, y creo que los dos lloramos. Yo, desde luego, sí. Quería a mi mujer; no quería separarme de ella ni estaba interesado en divorciarme.

Lo sé: suena cursi de la leche. ¿Un puto SEAL hablando de amor? Prefiero que me ahorquen cien veces a hacer tal cosa en público, por no decir aquí, a la vista del mundo entero; pero era muy cierto, y si quiero ser sincero, no tengo más remedio que exponerlo.

Acordamos unas cuantas normas de convivencia, y convinimos ambos en que teníamos que ir a terapia familiar.

Taya:

La situación llegó a tal punto, que tuve la sensación de estar mirando al fondo de un pozo muy profundo. No eran solo las discusiones por los niños: simplemente no nos entendíamos. Estaba claro que él había dejado de tener puesta la cabeza en nuestro matrimonio, en nosotros.

Recuerdo haber hablado con una amiga que lo había pasado muy mal; haberme descargado con ella.

—Eso es lo que tienes que hacer —me dijo—: decirle sin rodeos lo que piensas. Tienes que decirle que lo quieres, y que quieres que se quede; pero que si prefiere irse, tiene abierta la puerta.

Seguí su consejo. La conversación fue durísima; sin embargo, en el fondo de mi corazón tenía un par de cosas muy claras: en primer lugar, quería a Chris, y en segundo lugar (y esto era muy importante para mí),

sabía que era un padre estupendo. Lo había visto con nuestro hijo, y también con nuestra hija. Tenía un sentido muy marcado de la disciplina y del respeto, y al mismo tiempo se lo pasaba tan bien con ellos, que cuando dejaban de jugar a todos les dolía el cuerpo de tanto reír. Esas dos cosas me convencieron de veras de que tenía que intentar salvar nuestro matrimonio.

Por otra parte, estaba convencida de que yo tampoco había sido la esposa perfecta: es verdad que lo quería de veras, pero también que a veces me había comportado como una bruja y lo había apartado de mi lado.

Los dos teníamos que querer sacar a flote nuestro matrimonio, y los dos teníamos que colaborar para que funcionase.

Me gustaría decir que las cosas mejoraron de forma instantánea desde aquel momento, pero la vida real no es así. Hablamos mucho más, y yo empecé a centrarme con mayor intensidad en mi matrimonio y en las responsabilidades que tenía con mi familia.

Algo que no resolvimos del todo fue el asunto de mi alistamiento y de cómo encajaba en los planes que tenía nuestra familia a largo plazo. Me iban a asignar la próxima misión a la vuelta de dos años, más o menos, y ya habíamos empezado a hablar de ello. Taya dejó claro que nuestra familia necesitaba un padre. Mi hijo crecía a pasos agigantados, y yo no iba a poner en duda que los niños necesitan una figura masculina fuerte en su vida.

Aun así, también sentía que había contraído una obligación con mi país: me habían adiestrado para matar, y se me daba muy bien. Tenía la sensación de que debía proteger a mis compañeros de los SEAL y a mis compatriotas. Y además me gustaba; y mucho.

Pero...

No hacía más que darle vueltas: era una decisión muy difícil. Increíblemente difícil. Al final, decidí que Taya tenía razón: si mi trabajo de proteger a la nación lo podían hacer otros, no había nadie que pudiese

ocupar mi lugar en la familia; y al fin y al cabo, al país no le había dado poco.

Le dije que no volvería a engancharme cuando llegase el momento. Sin embargo, todavía me pregunto a veces si tomé la decisión correcta. Desde mi punto de vista, si hay guerra y estoy en condiciones de luchar, mi país me necesita. ¿Por qué iba a enviar a otro en mi lugar? Parte de mí me decía que me estaba portando como un cobarde.

Servir en los equipos de los SEAL es servir al bien de todos, y como paisano solo servía a mi propio bien. Mi trabajo no era ya solo lo que hacía yo, sino que se había convertido en lo que yo era.

La cuarta misión

Si las cosas hubieran seguido su curso «normal», me habrían dado un descanso largo y un período prolongado de servicio costero después de mi segunda misión en ultramar. Sin embargo, por varios motivos no ocurrió así.

El equipo me prometió un permiso después de esta última misión; pero eso tampoco se cumplió. No me hizo mucha gracia precisamente. De hecho, cuando hablaba del tema perdía la paciencia, y eso me pasó más de una vez. Me gusta la guerra, y me encanta mi trabajo; pero me sulfuraba que la Armada no fuese capaz de cumplir su palabra. Con lo tensas que estaban las cosas en casa, en aquel momento habría recibido con los brazos abiertos una misión que me permitiera estar cerca de mi familia. Sin embargo, me dijeron que las necesidades de la Armada eran prioritarias, y fuera justo o no, así estaban las cosas.

Seguía teniendo la tensión alta. Los médicos se lo achacaban al café y al tabaco de mascar. Según ellos, era como si me hubiera tomado diez tazas de café antes de hacerme la prueba, y aunque sí tomaba café, no llegaba ni

mucho menos a esos extremos. Me insistieron mucho en que tenía que reducir el consumo y dejar de mascar tabaco.

Evidentemente, no discutí con ellos: no quería que me echaran de los SEAL ni tomar una senda que pudiera desembocar en una incapacitación médica. Supongo que habrá quien se pregunte por qué no hice precisamente eso; pero la verdad es que me habría sentido un cobarde. Me habría arrepentido siempre.

Al final, no me negué a que me asignasen otra misión en el extranjero. Me seguía encantando la guerra.

Sección Delta

Lo normal es que cuando vuelves a casa cambien de sección algunos de los chavales. Los oficiales también suelen rotar. Muchas veces, cuando se va el sargento primero, su puesto pasa al LPO, cuyo cargo tiene que ocupar otro a su vez. Por lo demás, sin embargo, la sección es un grupo muy unido. En nuestro caso, la mayoría de los que la integrábamos llevábamos muchos años juntos.

Hasta ahora: con la intención de repartir entre el resto del equipo la experiencia que habíamos ido acumulando, el mando decidió dividir la sección Charlie —o Cadillac— y distribuirnos. A mí me asignaron a la Delta, y me nombraron LPO de la sección. Trabajé codo a codo con mi nuevo jefe, que resultó ser uno de los instructores que había tenido en el BUD/S.

Llevamos a cabo la selección de nuestro personal, asignando las distintas funciones y enviando a alguno que otro a adiestrarse. Ahora que era LPO, además de tener más porquería burocrática que resolver, no podía ser el punta —marchar al frente de mi unidad— cuando estuviésemos en combate. Y eso fue duro de encajar.

Eso sí: dije hasta aquí hemos llegado cuando hablaron de quitarme el fusil de precisión. Yo seguía siendo francotirador con independencia de las otras funciones que pudiera desempeñar en mi sección. Además de la de dar con buenos puntas, soldados que encabezaran la marcha, una de las decisiones más difíciles que tuve que tomar en lo que respecta al personal tuvo que ver con la elección de un rompedor, la persona que, entre otras cosas, se encarga de los explosivos, los coloca y los detona —en caso necesario— durante los asaltos. Una vez que ha entrado la sección en una casa, es él el que dirige en realidad la operación: todo el grupo está en sus manos.

Hay otra serie de cometidos y cursos importantes que también merecen atención. Uno de ellos es el del controlador aéreo avanzado, el encargado de solicitar la presencia de la aviación. La suya es una posición popular dentro del equipo. En primer lugar, el trabajo es divertido, porque te hartas de ver estallar de todo un poco; y además, es frecuente que te llamen para efectuar misiones especiales, y por lo tanto no te falta la acción.

Las transmisiones y la navegación, aunque ocupan un lugar mucho menos destacado para la mayoría de los SEAL, también son ocupaciones necesarias. La peor a la que puedes enviar a nadie es la que está relacionada con los servicios de información. Todo el mundo la odia: al fin y al cabo, si te alistas en los SEAL es para echar puertas abajo a patadas, y no para recoger datos. Sin embargo, cada uno tiene su cometido.

Claro está que también hay a quien le gusta saltar de un avión o nadar con tiburones. Majaretas perdidos.

Puede ser que la estrategia de dispersión de los más dotados fuese positiva para el equipo en general, y sin embargo, en calidad de LPO de mi unidad, lo que a mí me preocupaba era conseguir que lo mejorcito sirviese en la Delta, a mi lado.

El encargado principal de la distribución del personal iba acomodándolo todo en un organigrama dispuesto en una pizarra magnética grande. Una tarde, estando él ausente, me colé en su despacho y lo reordené todo. De pronto, todo el que pintaba algo en la Charlie quedó asignado a la Delta.

Mis cambios habían sido un pelín drásticos; de modo que en cuanto volvió el jefe de distribución me empezaron a pitar los oídos más incluso de lo habitual.

—Ni se le ocurra volver a entrar en mi despacho cuando no estoy —fue lo primero que me dijo cuando me presenté ante él—. No me toque la pizarra. Jamás.

En fin: lo cierto es que no pude evitar volver. Sabiendo que descubriría cualquier modificación poco discreta, me limité a transferir a Dauber a mi sección: necesitaba a un buen francotirador que fuese también sanitario. El jefe no se dio cuenta, o al menos no hizo nada al respecto. Yo, de todos modos, tenía lista una respuesta por si me pillaba: «Lo he hecho por el bien de la Armada». Al menos, por el bien de la sección Delta.

Como todavía estaba convaleciente de la operación de las rodillas, no pude participar en buena parte de la instrucción durante los primeros meses de la sección; pero eso no me impidió seguir la pista a mis chavales y observarlos cuando podía. Aunque cojeando, hice las sesiones de combate terrestre, fijándome sobre todo en los nuevos. Quería saber con quién iba a guerrear.

Estaba a punto de recobrar mi forma física cuando me metí en un par de peleas. La primera fue la de Tennessee de la que ya he hablado, y en la que me arrestaron; y la otra se produjo cerca de Fort Campbell, en donde, como lo expresó mi hijo:

—Un tío decidió partirse la cara con el puño de mi papá.

Ese tío, ya puestos, me partió la mano con aquel golpe. Al jefe de mi sección se lo llevaban los demonios.

—Has estado de baja por lo de las rodillas, y ya que por fin te tenemos otra vez aquí, te arrestan. Y ahora vas y te rompes la mano. ¿A qué coño

estás jugando?

Puede ser que no fuesen estas precisamente las palabras que usó. De hecho, puede que fueran muchas más de las que he puesto aquí.

Cuando me paro a pensarlo, es verdad que durante aquel período de adiestramiento me metí en unas cuantas broncas. Tengo que decir, eso sí, que yo no provoqué ninguna. Al menos en mi opinión. En este último caso, yo ya salía cuando la novia de aquel idiota intentó pelearse con el SEAL que me acompañaba (lo que en la vida real resultó tan ridículo como puede parecerlo en letras de imprenta).

Sin embargo, es verdad que acabó por convertirse en una costumbre muy mala, y hasta se podría considerarse una tendencia preocupante. Por desgracia, en aquel tiempo no supe reconocerlo.

Puños y mandíbulas

La historia de aquel tío y mi mano rota todavía tuvo su epílogo.

El incidente se produjo mientras hacíamos instrucción en una ciudad del ejército. Cuando le zurré aquel puñetazo me quedó muy claro que me había partido la mano; pero tenía claro también que ni muerto iba a ir al hospital de la base, porque en caso de hacerlo iba a quedar clarísimo que *a*) estaba borracho, y *b*) había tenido una pelea, y los de la policía militar no me iban a dejar respirar. No hay nada que haga más felices a la PM que el poder trincar a un SEAL.

Así que esperé al día siguiente, y, una vez sereno, me presenté en el hospital y dije que me había hecho daño en la mano con el arma al golpearme mientras cruzaba una puerta (algo posible en teoría, aunque muy improbable).

Mientras me curaban, vi a un chiquillo al que le habían inmovilizado la mandíbula. A renglón seguido me abordaron unos cuantos agentes de la PM y se pusieron a interrogarme.

—Ese chaval dice que le has partido la mandíbula —dijo uno de ellos.

—¿De qué coño habla ese tío? —contesté yo poniendo los ojos en blanco—. Si yo acabo de salir de un ejercicio... Me he hecho polvo la mano. Pregúntenle a los de las fuerzas especiales, que estaban haciendo instrucción con nosotros.

No por casualidad, todos los seguratas del bar en el que habíamos estado eran de las fuerzas especiales del ejército de tierra, y sabía que iban a confirmar mi versión si llegábamos a eso.

No hizo falta.

—Nos lo habíamos imaginado —aseguraron ellos meneando la cabeza.

Volvieron adonde estaba aquel soldado capullo y se pusieron a echarle la bronca por mentir y hacerles perder el tiempo. Le está bien empleado por meterse en una pelea que ha empezado su novia.

Volví al oeste con un hueso hecho añicos. Los chavales se reían de mi fragilidad congénita, pero la verdad es que el asunto no tenía la menor gracia, porque los médicos no acababan de decidir si debían operar o no. Tenía el dedo un poco hundido en la mano, y no donde debería estar.

Ya en San Diego, el médico le echó un vistazo y decidió que tal vez pudiera arreglarlo tirando de él y colocándolo de nuevo en su cavidad. Le dije que probara.

—¿Quiere un analgésico? —me preguntó.

—¡Qué va! —le dije yo; estando en el este, me habían hecho lo mismo en el hospital militar y no había sido nada doloroso en realidad.

Puede ser que los médicos de la Armada tiren con más fuerza. El caso es que lo siguiente que recuerdo era que estaba tendido sobre una camilla de la sala de curas: me había desmayado del dolor, además de mearme encima. Pero al menos me libré del quirófano.

Que conste que desde entonces he cambiado mi forma de pegar para no volver a tener problemas con la mano.

Listos para partir

Aunque tuve que llevar escayola unas semanas, no tardé en ir pillando el ritmo, que por cierto se aceleró a medida que nos preparábamos para el traslado. Solo había un problema: nos habían asignado una provincia del oeste de Irak, y, por lo que tenía entendido, por aquella región no había movimiento. Intentamos que nos transfiriesen a Afganistán, pero el comandante de zona no quiso desprenderse de nosotros.

Aquello no nos sentó muy bien; por lo menos a mí. Si iba a volver a la guerra, quería estar donde estaba la acción, y no chupándome el dedo (roto) en el desierto. A los SEAL no nos gusta estar de brazos cruzados: queremos ver movimiento.

De todos modos, molaba volver a la guerra. A mi regreso a casa estaba abrumado y hecho polvo física y emocionalmente; pero había recargado las pilas y estaba listo para zarpar. Listo para matar a unos cuantos malos más.

13
Mortalidad

Ciego

Daba la impresión de que se hubieran puesto a ladrar todos los perros de Ciudad as-Sadr.

Yo escrutaba la oscuridad con mi equipo de visión nocturna, en tensión mientras nos abríamos camino por una de las calles más asquerosas del municipio. Rebasamos una hilera de lo que podrían haber sido bloques de apartamentos en una ciudad normal, aunque allí no eran mucho más que casuchas infestadas de ratas. Era más de la medianoche de un día de principios de abril de 2008, y contra todo sentido común, aunque cumpliendo órdenes directas, nos estábamos internando en el centro de un antro de insurgentes.

Como otros muchos de los edificios parduscos de aquella calle, la casa a la que nos dirigíamos tenía una rejilla de metal en la puerta. Nos alineamos para irrumpir, y en ese preciso instante apareció alguien detrás de la rejilla y dijo algo en árabe. Nuestro intérprete se acercó y le pidió que abriera. El desconocido dijo que no tenía llave, y uno de los otros SEAL le dijo que fuese a por ella. El hombre desapareció corriendo escaleras arriba.

¡Mierda!

—¡Vamos! —grité yo—. Echa abajo la puta puerta.

Entramos y nos pusimos a despejar la casas. Las dos plantas de abajo estaban vacías. Entonces subí corriendo a la tercera y me dirigí al umbral de

una habitación que daba a la calle, pegándome a la pared mientras el resto de mis chavales se agolpaba a mi lado. En el momento en que fui a dar un paso voló por los aires todo el cuarto. No me alcanzó de milagro, aunque sentí de sobra la onda expansiva.

—¿Quién coño ha tirado una granada? —pregunté a voz en grito. Nadie. Además, la habitación estaba vacía: alguien había disparado un lanzacohetes contra la casa.

Estalló el tiroteo. Nos reagrupamos. Era evidente que los iraquíes que había en la casa habían huido para avisar de nuestro paradero a los insurgentes de los alrededores. Y lo que era peor: las paredes de la vivienda eran demasiado endebles y no aguantaban las granadas que nos estaban lanzando. Si nos quedábamos allí, nos iban a freír vivos.

—¡Fuera de la casa! ¡Ya!

Acababan de salir del edificio los últimos de mi unidad cuando se agitó la calle con una fuerza brutal: los rebeldes habían hecho estallar un IED (artefacto explosivo) en aquella misma calle. Tanta violencia tuvo la onda expansiva que a varios de nosotros nos lanzó al suelo. Nos pitaban los oídos. Corrimos a un edificio vecino, pero cuando nos preparábamos para entrar se armó la de Dios es Cristo. Empezaron a dispararnos desde todas partes, hasta desde arriba.

Recibí un disparo en el casco. La noche se volvió negra. Me quedé ciego. Aquella era la primera que pasaba en Ciudad as-Sadr, y daba la impresión de que no iba a tardar en ser la última que pasase sobre la tierra.

Al oeste

Hasta aquel momento, la cuarta temporada que pasaba en Irak había sido tranquila y hasta aburrida.

La sección Delta había llegado al país hacía un mes aproximadamente, y se había trasladado a al-Qaim, ciudad de la región occidental de Irak, cerca de la frontera con Siria. Aunque nuestra misión consistía, en teoría, en

participar en patrullas de largo alcance en el desierto, habíamos pasado casi todo el tiempo creando una base con la ayuda de algunos soldados del batallón de construcción. Además de no haber acción ninguna, los marines de la base iban a echar el cierre, y por lo tanto íbamos a tener que dejarla poco después de construirla. No tengo la menor idea de qué sentido podía tener aquello.

Nuestra moral había tocado ya fondo cuando mi jefe quiso ponerse en peligro un día a altas horas de la mañana. Con eso quiero decir que entró en mi cuarto para despertarme zarandeándome.

—¿Qué coño...? —grité mientras me levantaba de un salto.

—Tranquilo —dijo él—. Vístete, que te vienes conmigo.

—Pero ¡si me acabo de acostar!

—Te va a gustar: están montando una unidad operativa en Bagdad.

¿Una unidad operativa? ¡Bien! Era como una escena de *Atrapado en el tiempo*, pero en positivo. La última vez que me había pasado algo así estaba en Bagdad y me dirigía a poniente, y ahora estaba en poniente y me dirigía al este.

No sabía muy bien por qué. Por lo que me dijo el jefe, me habían elegido en parte porque estaba cualificado para ejercer de LPO, aunque por encima de todo les interesaba mi condición de francotirador. Estaban recurriendo a los francotiradores que había repartidos por todo el país para esta operación, aunque no le habían dado más detalles sobre cuáles eran los planes. Ni siquiera sabía si me iban a enviar a una región rural o urbana. «Mierda —pensé yo—. ¿A qué me mandan a Irán?»

Era un secreto a voces que los iraníes estaban armando y adiestrando insurgentes, y en algunos casos habían llegado a atacar ellos mismos a los soldados occidentales; y corrían rumores de que se estaba creando una fuerza con la intención de detener a los que pretendiesen cruzar la frontera.

Me llevaron en convoy hasta al-Asad, la enorme base aérea de la provincia de Ambar, sede de nuestro jefazo supremo. Allí fue donde me enteré de que no íbamos a la frontera, sino a un sitio mucho peor: Ciudad as-Sadr.

La cueva de asesinos en que se había convertido aquel barrio periférico de Bagdad había empeorado, si cabía, desde la última vez que había estado allí, durante el período que serví con los del GROM unos años antes. En él vivían dos millones de chiíes. El religioso Muqtadá as-Sadr, antiamericano acérrimo cuyo padre había dado nombre a la población, se había estado afanando en la creación de su milicia, el ejército del Mahdí («al-Jaish al-Mahdí»). Aunque en la región operaban también otros insurgentes, esta fuerza era, con diferencia, la más numerosa y potente de todas.

Con la ayuda encubierta de Irán, los rebeldes habían acopiado armas y comenzado a lanzar bombas de mortero y cohetes a la Zona Verde de Bagdad. Todo el sector se había convertido en un nido de víboras. Como en Faluya o en Ramadi, entre los insurgentes había grupos distintos y también grados variables de experiencia. En su mayoría eran chiíes, cuando en las otras batallas había combatido principalmente contra suníes. Sin embargo, por lo demás, conocía bien esta clase de antro.

No tenía nada que objetar.

Ficharon a francotiradores y controladores aéreos avanzados, y a algún que otro jefe y oficial, de los equipos Tres y Ocho para crear una unidad operativa especial. En total éramos unos treinta. En cierto sentido formábamos un equipo estelar que contaba con algunos de los mejores de entre los mejores del país. Además, había muchos francotiradores, porque se pretendía poner en juego algunas de las tácticas que habíamos usado en Faluya, en Ramadi y en el resto de campos de batalla.

Había mucho talento allí reunido, y sin embargo, como procedíamos de unidades diferentes, necesitamos un tiempo para acostumbrarnos unos a otros. Diferencias pequeñas que se daban en la forma de operar de los de la Costa Este y los de la Costa Oeste, por ejemplo, podían suponer un gran

problema durante un tiroteo. También teníamos por hacer un buen número de decisiones organizativas, como, por ejemplo, elegir a los puntas.

El ejército había decidido crear un sector colchón con el fin de alejar lo suficiente a los rebeldes para que no pudieran alcanzar con sus cohetes la Zona Verde. Una de las acciones clave para conseguirlo era la construcción de una muralla en Ciudad as-Sadr: una gigantesca barrera modular de cemento o muro Bremer que iba a recorrer una de las carreteras principales de la ciudad hasta salvar una cuarta parte del suburbio. Nuestro trabajo consistía en proteger a los que iban a construirla, y de camino matar al mayor número posible de malos.

Los chavales encargados de erigir la muralla tenían una ocupación peligrosa hasta extremos descabellados. Una grúa iría colocando cada una de las secciones de hormigón que la conformaban tras recogerla del remolque de un camión, y una vez puesta en su sitio, tenía que subir un soldado a desengancharla. Todo eso había que hacerlo, por lo común, bajo el fuego de los rebeldes, que no iban a disparar balines precisamente, sino todas las armas de que disponían, desde Kaláshnikov hasta lanzacohetes. Aquellos tíos del ejército de tierra los tenían muy bien puestos.

La unidad que había estado operando ya en Ciudad as-Sadr nos dio indicaciones e información. Nos pasamos una semana aproximada organizando e imaginando cómo íbamos a abordar una misión tan peliaguda. Una vez planeado todo, nos soltaron en una base de operaciones avanzada del ejército.

En ese momento nos dijeron que íbamos a hacer patrullas nocturnas a pie por el barrio, y hubo quien protestó por considerarlo una locura: el lugar estaba plagado de gente que quería matarnos, y, si íbamos a pie, íbamos a ser blancos perfectos.

Sin embargo, alguien pensó que no tenía por qué ser tan arriesgado si empezábamos cuando ya hubiera anochecido. Si nos internábamos sin ser vistos, no habría problema alguno. Eso fue lo que nos dijeron, y así lo hicimos nosotros.

Un tiro por la espalda

Se equivocaban.

Y allí estaba yo, con un disparo en la cabeza y cegado. Me corría sangre por la cara. Levanté una mano para palparme el cuero cabelludo y me sorprendí al descubrir que no solo seguía teniendo la cabeza en su sitio, sino que estaba intacta. Sin embargo, estaba seguro de que me habían disparado.

En un momento dado me di cuenta de que llevaba el casco, desabrochado, caído hacia atrás. Me lo volví a poner bien y, de pronto, recuperé la vista. La bala me había dado en el casco, pero, por un golpe de suerte increíble, había rebotado en mis gafas de visión nocturna y me lo había echado hacia atrás con violencia, aunque por lo demás estaba ileso. Al echármelo de nuevo hacia delante, volví a colocarme la mira ante los ojos, y vi de nuevo. No me había quedado ciego: simplemente, en medio de la confusión era incapaz de saber qué estaba pasando.

Segundos después me dispararon en la espalda con un proyectil de tamaño considerable, que me lanzó directo al suelo. Por suerte fue a dar en una de las placas de mi chaleco antibalas. Eso sí: me dejó aturdido, y mientras tanto nos habían rodeado. Nos llamamos y organizamos una retirada a un mercado por el que habíamos pasado de camino. Nos pusimos a disparar para cubrirnos al mismo tiempo que nos desplazábamos todos a una.

A esas alturas, los bloques de pisos que nos rodeaban parecían sacados de las peores escenas de *Black Hawk derribado*. Daba la impresión de que no hubiera en ellos un solo insurgente, quizá un solo ocupante, que no

quisiera hacerse con el control de aquellos estúpidos americanos que habían cometido la imprudencia de colarse en Ciudad as-Sadr.

No pudimos entrar en el edificio hacia el que nos habíamos retirado. Habíamos solicitado ya un contingente de respuesta rápida, que es como llamamos a la caballería. Necesitábamos que nos enviaran refuerzos y nos sacasen de allí: un SOS en toda regla.

Al fin irrumpió en el campo de batalla un grupo de Stryker del ejército, vehículos de transporte de tropas fuertemente armados que descargaron cuanto tenían. Había blancos de sobra: más de un centenar de rebeldes apostados a lo largo de las azoteas de los edificios que nos rodeaban, todos ellos tratando de cazarnos. Cuando vieron los Stryker, cambiaron de objetivo para intentar liquidar a aquellos colosos del ejército, que, sin embargo, los superaban con creces. Aquello pasó a asemejarse a un videojuego cuando empezaron a caer fulanos de las cubiertas de los edificios.

—¡Coño, gracias! —grité cuando llegaron los vehículos a nuestro lado.

Hubiese jurado que a lo lejos se oía una corneta de la caballería.

Cuando cayeron las rampas, corrimos al interior.

—¿Habéis visto cuántos de esos cabrones había ahí arriba? —preguntó uno de los de la dotación mientras el vehículo echaba a correr hacia la base.

—No —le respondí yo—. Estaba demasiado ocupado disparando.

—Había insurgentes por todas partes. —El chaval estaba emocionadísimo—. Los estábamos aniquilando sin parar, y no ha caído ni la mitad. ¡Y eso que los hemos rociado bien! Estábamos convencidos de que no teníais escapatoria.

Ya éramos más de uno y de dos los que habíamos pensado lo mismo.

Aquella noche me cagué vivo. Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que no soy ningún superhombre, de que yo también puedo morir.

Hasta entonces no habían faltado momentos en los que me dijera: «De esta no salgo». Sin embargo, siempre salía adelante, y aquellos

pensamientos eran fugaces: se evaporaban enseguida, y poco después empezaba a convencerme de que no podían matarme, de que no podían matarnos. Éramos indestructibles, coño. Tengo un ángel de la guarda, soy SEAL y tengo potra: no hay quien me mate.

Y de pronto, en cuestión de un par de minutos, me alcanzan dos veces. Mierda, voy a palmarla.

Construcción de la muralla

Estábamos contentos y muy agradecidos por el rescate. Y también nos sentíamos como perfectos imbéciles.

La idea de entrar a hurtadillas en Ciudad as-Sadr estaba condenada a fracasar, y nuestros mandos tenían que haberlo comprendido desde el principio. Los malos siempre iban a saber dónde estábamos; así que no teníamos más remedio que hacernos a la idea.

Dos días después de que nos echaran del barrio de una patada en el culo, volvimos a entrar, aunque esta vez montados en Stryker. Tomamos un lugar al que llamamos la Fábrica Bananera, un edificio de cuatro o cinco plantas lleno de compartimentos con fruta y material industrial de toda clase, destrozado en su mayoría por los saqueadores mucho antes de nuestra llegada. No sabría decir qué tenía que ver aquello exactamente con plátanos ni qué debían de haber hecho allí los iraquíes: lo único que sé es que en aquel momento ofrecía una posición excelente de francotirador.

Como buscaba un poco más de protección que la que podía ofrecerme la azotea, me aposté en la última planta. A las nueve de la mañana aproximadamente, me di cuenta de que había empezado a reducirse el número de paisanos que recorrían las calles. Eso era siempre una señal muy reveladora de que habían visto algo y no querían acabar en la línea de fuego.

Minutos después, con la calle totalmente desierta, salió un iraquí de un edificio medio derruido. Iba armado con un AK-47. Una vez fuera se

agachó y observó a los ingenieros que trabajaban en la construcción del muro, en apariencia tratando de elegir un blanco entre ellos. En cuanto estuve seguro de lo que pretendía hacer, apunté al centro de su masa corporal y disparé. Estaba a unos cuarenta metros, y cayó muerto.

Una hora más tarde asomó la cabeza otro fulano por detrás de un muro de otro tramo de la calle, miró hacia el muro Bremer y se retiró. Una cosa así podría haber parecido inocente a cualquier otro —y sin lugar a dudas no figuraba en las normas de enfrentamiento—, pero yo sabía interpretarla como era debido. Llevaba años viendo a los insurgentes seguir el mismo patrón: se asomaban, miraban a su alrededor y desaparecían. Yo los llamaba *mirones*, porque se limitaban a echar un vistazo para ver si había alguien vigilando. Estoy convencido de que sabían que por hacer eso no podíamos dispararles.

Yo también lo sabía, como sabía que si tenía paciencia, volvería a aparecer el mirón o el que lo había mandado a mirar. Y así fue: poco después se presentó en el mismo sitio con un lanzacohetes en la mano. Se arrodilló con rapidez y lo levantó para apuntar. Lo abatí antes de que pudiera disparar.

Sabía que a continuación me tocaba volver a esperar: el arma era muy valiosa para ellos, y no tenía duda alguna de que, más tarde o más temprano, enviarían a alguien para recuperarla. Estuve observando durante un tiempo que me pareció eterno, y al final salieron a la calle a recogerla.

Era un crío, un chiquillo. Lo tenía bien centrado en la mira, pero no disparé: no iba a matar a un niño, fuera o no inocente. Tendría que esperar a que se dejara ver el salvaje que lo había expuesto de esa manera.

Blancos a porrillo

Aquel día acabé con siete insurgentes, y, al día siguiente, con más. Estábamos en un «entorno rico en blancos».

La disposición de las calles y el número de rebeldes nos permitían disparar de cerca, en ocasiones a una distancia de menos de doscientos metros. Lo más que tuve que alejarme durante este tiempo fue a ochocientos metros, y la media, de poco menos de cuatrocientos.

La ciudad que nos rodeaba parecía sumida en la esquizofrenia. Junto a paisanos comunes dedicados a sus ocupaciones, vendiendo géneros, yendo al mercado..., podían verse fulanos con armas de fuego que se metían a hurtadillas en las callejuelas para atacar a los soldados que construían la muralla. Después de que empezásemos a hacerles frente, nosotros también nos convertimos en blanco de los malos. Todo el mundo sabía dónde estábamos, y ellos salían como babosas de sus agujeros para intentar abatirnos.

Llegó un momento en que había conseguido tantas muertes que me hice a un lado para que los otros chavales hicieran también algunas. Empecé a dejarles los mejores puestos cada vez que tomábamos un edificio. Y aun así, no me faltaron ocasiones para disparar.

Un día, en una casa que ocupamos, me quedé sin ventanas desde las que sobrevigilar después de que mis muchachos escogieran sus posiciones. Así que no tuve más remedio que agarrar un mazo y hacer un agujero en la pared. Tardé bastante en dejarlo como lo quería, y cuando al final pude apostarme, pude comprobar que tenía ante mí unos trescientos metros de visión. Pues bien: en cuanto me coloqué tras la mira de mi fusil aparecieron, a unos catorce, tres insurgentes por la calle.

Los maté a todos, y a renglón seguido me di la vuelta y le pregunté a uno de los oficiales que se había acercado a mí:

—¿Quieres probar aquí?

Después de unos días, supusimos que los ataques iban a concentrarse en cuanto las cuadrillas que construían el muro llegasen a una intersección. No era ninguna tontería, ya que los insurgentes querrían acometer desde un lugar que les permitiera huir con facilidad.

Aprendimos a alzar la mirada para observar las bocacalles, y desde entonces empezamos a abatirlos en cuanto asomaban.

Si la batalla de Faluya fue difícil y la de Ramadi fue peor, la de Ciudad as-Sadr fue la peor de todas. Podíamos estar sobrevigilando durante dos o tres días; descansábamos un día, recargábamos y volvíamos a salir. Los tiroteos se sucedían a toda leche.

Los insurgentes ya no salían a pelear solo con sus Kaláshnikov, sino que en cada refriega nos lanzaban también cohetes. Nosotros respondíamos solicitando apoyo aéreo, misiles Hellfire y lo que hubiera disponible.

La red de vigilancia aérea había mejorado mucho en los últimos años, y Estados Unidos sabía hacer muy buen uso de los Predator y otros recursos. Sin embargo, en nuestro caso, aquellos cabrones combatían a la descubierta, y era facilísimo verlos. Además, había un montón.

En determinado momento, el gobierno iraquí nos acusó de estar matando paisanos. Mentira podrida: los analistas del servicio de información estaban interceptando llamadas de teléfono móvil efectuadas por los insurgentes cuando decaían los encuentros con la intención de darse unos a otros informes detallados del desarrollo.

—Han matado a fulanito —decía una—. Necesitamos más sirvientes de morteros y francotiradores... Hoy han matado a quince.

Nosotros, sin embargo, solo habíamos contado trece en aquel combate. Supongo que sacarían a dos de la columna de los posibles para incluirlos en la categoría de los seguros.

A por mi fusil

Como siempre, había ratos de mucha angustia mezclados con acontecimientos extravagantes y momentos cómicos fortuitos.

Un día, al final de una operación, corrí a meterme en el Bradley que nos iba a llevar de vuelta a la base, y al llegar al vehículo me di cuenta de que me había dejado atrás el fusil de precisión: lo había dejado en el suelo de una de las habitaciones, y al salir se me olvidó recogerla. Sí: una estupidez tremenda.

Di media vuelta. TT, que era uno de mis oficiales, estaba a punto de subir.

—Tenemos que volver —le dije—. Mi arma sigue en el edificio.

—Pues vamos allá —me respondió él.

Echamos a correr hacia la casa. Los insurgentes también se estaban acercando a ella, tanto que hasta podíamos oírlos. Reconocimos el patio, convencidos de que íbamos a topar con ellos.

Por suerte no había nadie. Recuperé el fusil y volvimos corriendo a los Bradley. Llegamos unos dos segundos antes de que nos lanzasen un ataque con granadas. Se cerró la rampa y sonaron las explosiones.

—¿Qué coño hacíais? —exigió el oficial al mando en el momento en que arrancaba el vehículo.

TT sonrió con aire de suficiencia.

—Luego te lo explico —dijo.

No sé si llegó a hacerlo.

Victoria

Tardamos un mes aproximadamente en erigir la muralla. El ejército estaba alcanzando su objetivo cuando los rebeldes empezaron a rendirse. Esto fue tal vez resultado de una combinación de su convencimiento de que se iba a completar aquella obra lo quisieran ellos o no y del hecho de que habíamos matado a tantos de aquellos cabrones que los habíamos dejado sin capacidad para emprender ningún ataque serio. Si al comienzo de la

operación se reunían treinta o cuarenta insurgentes con Kaláshnikov y lanzacohetes para acometer a una sola cuadrilla de zapadores, al final tuvieron que hacer ataques con dos o tres hombres. Poco a poco fueron desapareciendo en el interior de las casuchas que nos rodeaban.

Muqtadá as-Sadr, mientras tanto, decidió que había llegado el momento de intentar negociar la paz con el gobierno de Irak. Declaró el alto el fuego y empezó a hablar con las autoridades.

Casi nada.

Taya:

La gente me decía siempre que, de hecho, yo no conocía a Chris ni sabía lo que estaba haciendo por el hecho de ser de los SEAL. Recuerdo una vez que fui a una gestoría, y el hombre me contó que conocía a varios SEAL que le habían dicho que, en realidad, nadie sabía nunca adónde iban.

—Mi marido está ahora de viaje de adiestramiento —le respondí yo —, y sé dónde.

—Eso no lo sabe.

—Claro que sí: acabo de hablar con él.

—Pero no sabe qué están haciendo en realidad: son SEAL.

—Pues...

—Nunca va a saberlo.

—Conozco bien a mi marido.

—Eso tampoco puede saberlo, porque los adiestran para mentir.

Todo el mundo hablaba mucho, y a mí me irritaba sobre todo cuando era gente a la que ni siquiera conocía bien. Los de confianza sí respetaban que pudiera no saber todos los detalles y que me conformase con saber lo que necesitaba saber.

De pueblo en pueblo

Estando las cosas en relativa calma en Ciudad as-Sadr, nos dieron un nuevo sector en el que centrar nuestra atención. En una serie de pueblos de los alrededores de Bagdad se habían establecido fabricantes de explosivos y otros rebeldes con la intención de pasar inadvertidos mientras proporcionaban armas y mano de obra con que combatir a los americanos y a las fuerzas leales de los iraquíes. El ejército del Mahdí operaba por la región, que se había convertido en zona de riesgo para los estadounidenses.

Durante buena parte de la batalla de Ciudad as-Sadr habíamos estado colaborando con gente de la 4.ª Brigada de la 10.ª División de montaña, combatientes de verdad a los que les gustaba luchar en lo más duro —y que sin lugar a dudas vio allí colmados sus deseos—. Y ahora que nos mandaban de pueblo en pueblo fuera de la ciudad, nos alegraba poder volver a trabajar con ellos. Se conocían bien la zona; sus francotiradores eran muy buenos, y tenerlos con nosotros nos hacía más eficaces.

Aunque tenemos la misma ocupación, hay algunas diferencias entre los francotiradores del ejército y los de los SEAL. Ellos, por ejemplo, usan observadores, y nosotros no —por lo general—. Además, sus juegos de armas son algo menores que los nuestros.

Sin embargo, la mayor diferencia, al menos al principio, tenía que ver con las tácticas empleadas y su forma de posicionarse. Los francotiradores del ejército estaban acostumbrados a salir en grupos de tres o cuatro, y eso significa que no podían permanecer fuera mucho tiempo, y menos aún toda la noche.

La unidad operativa de los SEAL, por otra parte, se movía con un número mayor de efectivos para permanecer en un sector, básicamente para buscar guerra y obligar al enemigo a plantar batalla. Ya no era tanto sobrevigilar como retar: «Aquí estamos; venid a buscarnos».

Y vaya si lo hacían: los insurgentes de un pueblo tras otro se presentaban ante nosotros para matarnos, y nosotros los abatíamos. Lo

normal es que pasásemos al menos una noche o más, entrando y saliendo después de caer la tarde.

En este sector acabamos por volver al mismo pueblo unas cuantas veces, tomando por lo general una casa distinta en cada ocasión. Repetíamos el proceso hasta que acabábamos con los malos del lugar, o al menos hasta que comprendían que no era muy prudente atacarnos. Resulta sorprendente el número de idiotas que hay que matar antes de llegar a este punto.

Mierda por todas partes

Aunque había momentos más tranquilos, ni siquiera en ellos faltaba la mierda. Literalmente.

Tommy, nuestro punta, un chaval excelente, resultó no serlo tanto en esta posición en muchos sentidos. O quizá debería decir que a veces tenía más de pato que de punta. Si delante de nuestro objetivo había un charco, Tommy nos hacía cruzarlo: cuanto más hondo, mejor. Siempre nos hacía marchar por el terreno peor posible. A tanto llegó la cosa, que un día tuve que decirle:

—A la próxima, te doy de azotes en el culo y te pongo de patitas en la calle.

En la misión siguiente, cuando nos dirigíamos a uno de los pueblos, encontró un camino que estaba convencido de que estaría seco. Yo tenía mis dudas y, de hecho, se las hice saber.

—¡Qué va, qué va! —insistió él—. Está bien, está bien.

Una vez en el campo, lo seguimos por unas tierras de labranza por una senda que desembocaba en una tubería por la que se podía cruzar un camino embarrado. Yo estaba entre los que cerraban la formación, y por lo tanto fui uno de los últimos en pasar al otro lado. Cuando me bajé, me encontré hundido de fango y de mierda hasta la rodilla. Resultó que el barro no era sino una costra delgada que cubría una balsa profunda de aguas residuales.

Aquello olía peor que lo que solía heder Irak.

—¡Tommy! —grité—, te voy a poner el culo colorado en cuanto lleguemos a la casa.

Seguimos avanzando hacia el edificio. Yo seguía en la retaguardia. Despejamos la casa y, una vez que estaban apostados todos los francotiradores, fui a buscar a Tommy y a darle la paliza que le había prometido.

Cuando lo encontré en el piso de abajo, ya estaba penando por sus pecados: tenía puesta una vía intravenosa y estaba vomitando hasta la primera papilla. Se había caído al estiércol y estaba totalmente cubierto de mierda. Estuvo malo un día entero, y oliendo una semana. Hubo que tirar todo lo que llevaba puesto. Supongo que debió de encargarse una unidad de material peligroso.

Le estuvo bien empleado.

Pasé entre dos y tres meses de pueblo en pueblo, y conseguí una veintena de muertes confirmadas estando en ellos. Algunas operaciones estuvieron marcadas por acciones muy violentas, y a veces también muy lentas. No había forma de preverlo.

La mayoría de las casas que ocupamos pertenecían a familias que, por lo menos, fingían ser neutrales. Supongo que en general odiaban a los insurgentes por los problemas que causaban y tenían la esperanza de que sacásemos de allí a los malos. Sin embargo, había excepciones, y resultaba muy frustrante cuando no podías hacer nada al respecto.

En una de las casas en las que entramos encontramos uniformes de policía. Supimos de inmediato que el propietario tenía que ser muya, porque los insurgentes estaban robando uniformes para disfrazarse durante los ataques. Por descontado, el dueño nos intentó convencer de que acababa de encontrar trabajo de agente de policía a media jornada, aunque, misteriosamente, había olvidado mencionarlo cuando lo interrogamos al principio.

Pusimos la decisión en manos del ejército: les dimos los datos que teníamos y les preguntamos qué hacer. Los servicios de espionaje no les habían dado información de aquel tipo, y al final determinaron que los uniformes no demostraban nada. Nos pidieron que lo dejásemos en libertad, y eso hicimos.

El incidente nos dio en qué pensar cada vez que, durante las semanas siguientes, oíamos noticias de algún ataque efectuado por rebeldes vestidos de policía.

Evacuados

Una noche entramos en otro pueblo y tomamos una casa a la orilla de una serie de campos rasos entre los que había uno que usaban para jugar al fútbol. Nos instalamos sin problema, supervisamos el pueblo y nos preparamos para hacer frente a cualquier problema que pudiésemos encontrar por la mañana.

El ritmo de las operaciones había descendido mucho en la última semana o la última quincena. Daba la impresión de que las cosas empezaban a ir más lentas, al menos para nosotros. Empecé a pensar en volver a poniente y regresar a mi sección.

Me aposté en un cuarto de la segunda planta con TT. En la habitación de al lado teníamos a un francotirador del ejército con su observador y, en la azotea, a un puñado de chavales más. Yo llevaba conmigo un .338, porque imaginaba que, al estar al borde mismo del pueblo, la mayoría de los disparos que efectuase serían de largo alcance. Como los alrededores estaban tranquilos, empecé a mirar más allá, al pueblo contiguo, situado a unos dos kilómetros.

En un momento dado vi a alguien moverse en la azotea de una vivienda de una sola planta. A esa distancia, ni siquiera los veinticinco aumentos de la mira me ofrecían mucho más que un contorno. Estudié bien a aquella persona, aunque no daba la impresión de tener un arma, o al menos no la

tenía a la vista. Estaba de espaldas a mí, con lo cual podía observarlo sin que me viera. Me pareció un fulano sospechoso, pero al no estar haciendo nada que pudiera suponer peligro, lo dejé.

Poco después llegó por la carretera que corría más allá del otro pueblo un convoy del ejército en dirección al puesto de combate avanzado del que habíamos salido nosotros. Al acercarse, el hombre de la azotea se llevó un arma al hombro. Ahora la silueta no dejaba lugar a dudas: tenía un lanzacohetes, y estaba apuntando a los estadounidenses. Un lanzacohetes.

No teníamos modo ninguno de avisar al convoy directamente; todavía no sé siquiera quiénes eran exactamente, aunque sí tengo claro que pertenecían al ejército de tierra. De cualquier manera, lo puse en el punto de mira y disparé con la esperanza de asustarlo al menos o de poner sobre aviso a los del convoy.

A dos mil metros (y pico), habría hecho falta mucha suerte para acertar. Muchísima suerte. No sé si sería que al apretar el gatillo ejercí más fuerza de la cuenta hacia la derecha y eso compensó la desviación, o si cambiaron en ese instante las leyes de la gravedad para poner la bala ni más ni menos que donde tenía que estar. O si es verdad que era el cabronazo con más suerte de todo Irak. El caso es que a través de la mira pude observar al iraquí mientras lo alcanzaba la bala, y mientras caía al suelo por encima del parapeto.

—¡Guau! —murmuré.

—¡Menudo hijo de puta! —exclamó TT.

Dos mil metros. Todavía hoy me sorprendo al recordarlo. Aquello sí que fue un golpe de suerte de verdad. Además, todavía no puedo creer que cayese con un solo disparo. Sin embargo, así fue. Aquel fue el blanco más distante de los confirmados que conseguí en Irak; más aún que el de Faluya.

El convoy reaccionó al fin, quizá sin imaginar lo cerca que había estado de salir ardiendo, y yo seguí escrutando los alrededores en busca de malos.

Avanzado el día, nos atacaron con Kaláshnikov y lanzacohetes. La cosa se puso muy violenta con rapidez. Las granadas de los lanzacohetes agujereaban las paredes de cemento o de adobe y provocaban incendios en el interior.

Decidimos que había llegado el momento de salir de allí, y pedimos que nos evacuaran.

—¡Mandadnos los RG-33!

(Los RG-33 son vehículos enormes a prueba de balas e IED, y armados con una torreta de ametralladora.)

Esperamos, metidos en la refriega y agachando la cabeza para esquivar el aluvión creciente de balas de los rebeldes. Por fin, los del contingente de rescate nos informaron de que estaban a unos quinientos metros, al otro lado del campo de fútbol. No pensaban avanzar más.

Llegaron corriendo un par de Hummer del ejército y se plantaron a las puertas, pero no cabíamos todos. Los demás empezamos a correr hacia los RG-33.

Alguien lanzó una bomba de humo, supongo que con la intención de cubrir nuestra retirada, aunque lo único que consiguió fue impedirnos ver nada (lo normal es que el humo sirva de pantalla tras la que correr sin ser visto, cuando en este caso, en realidad, tuvimos que atravesarlo). Corrimos en dirección a la casa por entre la nube, agachados para evitar las balas mientras avanzábamos en zigzag hacia el campo.

Parecía una escena de cine en la que las balas rocían el suelo y hacen saltar la tierra. El chaval que corría a mi lado cayó al suelo. Me paré pensando que le habían dado, pero antes de que llegase siquiera a él, se levantó de un salto: simplemente había tropezado.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —gritó.

Seguimos corriendo juntos, entre las balas y la tierra que saltaba por todas partes. Al final, llegamos a los RG-33. Yo salté a la parte trasera de uno, y apenas había tomado resuello cuando las balas alcanzaron el cristal reforzado de un lateral y dibujaron en él una tela de araña.

Días después, me dirigía a poniente para reunirme de nuevo con la sección Delta. Me habían concedido el traslado que había pedido.

Llegó en buena hora: la situación empezaba a fastidiarme, aunque en aquel momento no sospechaba que aún tenía que empeorar mucho, incluso a medida que mejoraba la batalla.

Sargento primero Kyle

A esas alturas, mis chavales habían salido de al-Qaim y se encontraban en un lugar llamado Rawa, también en el oeste, cerca de la frontera siria. Una vez más, los habían puesto a construir barracones y a hacer cosas parecidas. Yo tuve más suerte, porque me presenté cuando habían acabado. Sin embargo, en aquel momento tampoco había mucho más en qué ocuparse.

Llegué a tiempo para participar en una patrulla de largo alcance por el desierto. De camino a la frontera apenas topamos con una sola persona en varios días, por no decir ya con insurgentes. Nos habían llegado informes de operaciones de contrabando efectuadas en el desierto; pero si era verdad que se estaban dando, desde luego tenía que ser en otro sitio.

Calor sí que no faltaba: estábamos por lo menos a cincuenta grados, y nuestros Hummer no tenían aire acondicionado. Yo, que me crié en Texas, estoy habituado a las temperaturas altas; pero aquello era insoportable. Además, era constante: no había manera de escapar. Por la noche apenas refrescaba: podía bajar quizá a cuarenta y cinco. Bajar las ventanillas suponía arriesgarse mucho en caso de que hubiera un IED (artefacto explosivo), y la arena era casi peor, porque podía entrar en el vehículo y cubrirte de arriba abajo. Al final decidí que eran preferibles los dos al calor, y las bajé.

Lo único que se veía desde el coche era desierto, y, de vez en cuando, algún asentamiento nómada o aldea diminuta. Nos pusimos en contacto con nuestra sección hermana, y al día siguiente nos paramos en una base de los

marines. Mi sargento primero entró a averiguar lo que sea, y poco después salió y me buscó para decirme sonriendo:

—¡Adivina! Te acaban de hacer sargento primero.

Yo había hecho el examen para sargento primero en Estados Unidos, antes de volver a Irak.

En la Armada, lo normal era hacer una prueba escrita para ascender. Sin embargo, a mí me había tocado la lotería: me habían ascendido a E-5 en el campo de batalla durante mi segunda misión iraquí, y a E-6 gracias a un programa especial de méritos antes del tercero. Los dos, por lo tanto, llegaron sin que tuviera que examinarme. (En ambos casos había hecho un trabajo extra considerable en el equipo, y me había ganado una gran reputación en el campo de batalla: dos factores de peso a la hora de que se me concedieran dichas graduaciones.)

Con el examen escrito no tuve tanta suerte: aprobé por los pelos.

No está de más que me extienda un tanto aquí en lo que se refiere a exámenes y ascensos. Yo no soy contrario ni alérgico a esta clase de pruebas, o por lo menos no lo soy más que cualquier otro. Sin embargo, los SEAL teníamos aquí una dificultad añadida.

En aquellos tiempos, para que te ascendieran tenías que examinarte de tu área de especialización; es decir: la que hubieras elegido antes de meterte en los SEAL, que en mi caso no era otra que el servicio de información. Y no hace falta que diga que de eso no sabía yo mucho: yo era SEAL, no analista; no tenía la menor idea de la clase de equipo ni de los procedimientos que usaban los de este servicio para hacer su trabajo.

Teniendo en cuenta la precisión de los datos que nos proporcionaban por lo común los de información, a lo mejor podría haber probado a acertar a bulto, o haber usado un par de dados. Para que me ascendieran, habría tenido que estudiar para el examen, y eso habría supuesto buscar un lugar seguro en que leer, una sala especial en la que poder repasar material ultrasecreto. Y todo eso, por supuesto, en mi tiempo libre. Ni en Faluya ni

en Ramadi había lugares así. Y la bibliografía que podía encontrarse en las letrinas y otras instalaciones por el estilo no iba a servirme demasiado.

(Hoy, el temario de los exámenes está relacionado con las operaciones especiales, y por lo tanto a las cosas que hacen los SEAL. Las pruebas son detalladas en extremo, pero al menos tienen que ver con nuestro trabajo.)

El ascenso a sargento primero era un tanto diferente. En este caso, el examen iba de cosas que tenían que saber los SEAL.

Superado este obstáculo, mi caso pasaba a manos de un tribunal, que lo estudiaba antes de enviárselo al alto mando para que lo sometiera a una revisión administrativa más. Durante el primer trámite se reunían los suboficiales mayores y subtenientes a analizar mis logros, en teoría un expediente voluminoso de todo lo que había hecho en calidad de SEAL (menos las peleas de los bares).

En la carpeta que estudiaron no había otra cosa que mi historial militar. Sin embargo, no lo habían actualizado desde que superé el BUD/S; de modo que ni siquiera se habían incluido mis estrellas de plata ni mis medallas de bronce. No puede decirse que estuviera loco por llegar a sargento primero: estaba feliz donde estaba. Los sargentos primeros tienen toda clase de ocupaciones administrativas, y no combaten tanto. Sí: el cargo traía consigo más dinero para nuestra familia, pero yo no estaba pensando en eso.

El subteniente «Primo» formaba parte del tribunal que estudió mi caso en la base de Estados Unidos. Cuando empezaron, el mando que estaba sentado a su lado preguntó al ver lo poco que abultaba mi expediente:

—Y este chalado, ¿quién coño se cree que es?

—¿Comemos algo? —le propuso «Primo».

El otro estuvo de acuerdo, y a la vuelta del almuerzo tenía una actitud muy distinta.

—Me debes un bocata del Subway, mamonazo —me dijo «Primo» más tarde, cuando nos vimos y me contó la historia.

Le debo eso y mucho más. Llegó el ascenso, y, para ser sinceros, tengo que decir que lo de ser sargento primero no estuvo tan mal como yo pensaba.

La verdad es que nunca me han importado mucho las graduaciones. Nunca he hecho nada por estar en los puestos más altos del escalafón. Ni siquiera en el instituto, de hecho, tenía ningún interés en ser de los alumnos con mejor media.

Hacía los deberes por la mañana, de camino al instituto, y cuando me pusieron en el grupo de los que destacaban por sus calificaciones, me aseguré de bajar en la siguiente evaluación lo bastante para que me echasen, tras lo cual volví a subirlas para que mis padres no me la liasen.

A lo mejor esta actitud tiene que ver con el hecho de que prefiero ser capitán en el terreno de juego a presidente en un despacho. No me gustaba la idea de sentarme ante un ordenador, planificarlo todo y luego poner al tanto a todo el mundo: quería hacer lo mío, y lo mío era ejercer de francotirador: salir al campo de batalla y matar al enemigo. Quería ser el mejor en lo que quería ser.

Sin embargo había quien no quería encajar esta actitud: pensaban que todo el que era bueno en algo tenía que tener un rango altísimo, y yo había visto ya a demasiada gente con alta graduación que no valía un duro.

Demasiado pensar

On the road again...

La voz de Willie Nelson sonaba cascada en los altavoces del Hummer que nos llevó a la base al día siguiente. Se podía decir que la música era la única diversión que teníamos, además de las paradas que hacíamos al llegar a algunos pueblos para hablar con los nativos. Además del *country* clásico

que le gustaba al compi que llevaba el volante, yo escuchaba a Toby Keith y a Slipknot: *country* y *heavy metal* compitiendo por nuestra atención.

Yo creo firmemente en el impacto psicológico de la música: lo he visto en el campo de batalla: cuando vas a combatir, quieres estar animado; no hasta extremos imprudentes, pero sí lo bastante para estar concentrado y seguro de ti mismo. La música puede ayudarte a mantener el miedo a raya, y por eso escuchábamos a Papa Roach, Dope, Drowning Pool...: cualquier cosa que pudiera enardecernos (todos estos grupos se alternan con fuerza en las grabaciones con que sigo acompañando mis sesiones de gimnasio).

Sin embargo, aquella vez, de camino a la base, no había nada que pudiera animarme. Fue un viaje largo y tórrido. A pesar de la noticia de mi ascenso, estaba de un humor de perros, aburrido y tenso a partes iguales.

En la base, las cosas iban lentísimas: no había ningún movimiento, y eso empezaba a cabrearme. Mientras me había visto en medio de la acción, había podido apartar de mí sin dificultad la idea de que era vulnerable y mortal: estaban ocurriendo demasiadas cosas a la vez para preocuparse por algo así. O mejor dicho: tenía tantas cosas que hacer, que no podía pararme a darle vueltas.

Si embargo, una vez acabado el combate no podía pensar en otra cosa. Ahora que tenía al fin tiempo para relajarme, no lo conseguía. En vez de eso, me tendía en la cama y pensaba en todo lo que había vivido, y sobre todo en los dos disparos que había recibido. Revivía el tiroteo cada vez que me echaba a descansar. El corazón se ponía a latirme con fuerza, probablemente mucho más que aquella noche en Ciudad as-Sadr.

Las cosas fueron de mal en peor los días siguientes a nuestro regreso de la patrulla fronteriza. No conseguía dormir, y estaba nervioso. Muy nervioso. La tensión se me volvió a poner por las nubes, más aún que antes. Tenía la sensación de ir a explotar de un momento a otro.

Físicamente estaba como si me hubiesen dado una paliza: las cuatro misiones a zonas de combate habían hecho mella en mí. Tenía mejor las rodillas, pero me dolían la espalda y el tobillo, y tenía jodida la capacidad auditiva. Me pitaban los oídos, me había dañado el cuello y me crujían

todas las costillas. Me había roto los dedos y los nudillos; veía moscas volantes y había perdido visión en el ojo derecho. Y por si esto fuera poco, tenía docenas de moratones y todo un surtido de dolores. Cualquier médico habría mojado las sábanas conmigo.

De todo esto, sin embargo, lo que más me fastidiaba era la tensión: sudaba a mares y hasta me temblaban las manos; si ya tenía la piel clara, la cara se me quedó blanca como la pared.

Cuanto más me esforzaba por relajarme, peor se ponían las cosas. Era como si mi cuerpo hubiera empezado a vibrar, y pensar en ello no sirviera más que para acelerarlo aún más.

Imagine el lector que se sube a una escalera alta puesta encima de un río, a miles de kilómetros de altura, y de pronto le cae un rayo. Todo tu cuerpo se electrifica, y, sin embargo, sigues vivo. En realidad, eres consciente de todo lo que te ocurre, y, de hecho, sabes que puedes tomar las riendas de la situación: tienes claro qué es lo que tienes que hacer para bajar.

Y lo haces: desciendes la escalera, pero cuando llegas al suelo, la electricidad no te abandona. Intentas encontrar un modo de descargarte, una toma de tierra; pero no consigues dar con el condenado pararrayos capaz de liberarte.

No comía ni dormía, y al final fui a ver al médico y le pedí que me mirasen. Después de examinarme, me preguntaron si quería medicarme. Les dije que, en realidad, no; pero me tomé lo que me dieron. También me hicieron ver que, ya que la misión estaba casi muerta y apenas quedaban unas semanas para volver a casa, no era ninguna insensatez adelantar la fecha.

Como no se me ocurría ninguna otra solución, acepté.

14
Evacuado y licenciado

La escapada

Estaba acabando el mes de agosto cuando me fui. Como de costumbre, la situación fue casi surrealista: un día estaba en la guerra y, al día siguiente, en casa. Me sentía mal por irme de allí: no quise contarle a nadie lo de la tensión arterial ni nada más. Me lo callé tanto como me fue posible.

Para ser sincero, tenía la sensación de estar dejando tirados a mis chavales, escaqueándome porque el corazón me estaba haciendo el indio o por lo que sea que le estuviera pasando. Ninguno de mis logros anteriores podía hacer nada por aliviar la impresión que tenía de estar dejándolos en la estacada.

Sé que no tiene sentido; sé que había conseguido muchas cosas. Necesitaba descansar, y sin embargo, estaba convencido de que no podía permitírmelo: tenía que ser fuerte hasta extremos imposibles.

Para colmo de males, se ve que parte de la medicación que me daban no me estaba sentando bien. Los somníferos que me había prescrito un médico de San Diego para hacerme dormir me dejaron tan atontado que, cuando me desperté de veras, estaba ya en la base y sin recordar nada del rato que había estado haciendo ejercicio en casa ni de haber conducido hasta allí. Lo primero lo sabía por Taya, y lo segundo, porque tenía el coche allí aparcado.

Nunca más volví a tomarlo: la sensación fue muy desagradable.

Taya:

He necesitado varios años para hacerme a la idea de parte de todo esto. Chris da la impresión de no querer otra cosa que pasárselo bien, y sin embargo, cuando la gente lo necesita de veras (cuando lo que hay en peligro son vidas), es la persona más formal del mundo. Tiene un sentido selectivo de la responsabilidad y del cariño.

De esto me di cuenta sobre todo en lo que tenía que ver con su ascensión en el escalafón militar: le daba exactamente igual. No quería tener la responsabilidad de los de más graduación, aunque eso supusiera un mayor desahogo económico para su familia. Y sin embargo, si había que hacer algún trabajo, allí estaba él. Siempre aceptaba el desafío. Y puedes tener por seguro que está preparado, porque ha estado pensando en ello.

Era una postura muy contradictoria, y no todo el mundo la entendía. De hecho, a mí me costaba a veces.

Proteger a los otros

En casa, participé en un programa científico muy interesante relacionado con la tensión nerviosa en situaciones de combate.

Usaban la realidad virtual para examinar los efectos que tenía en tu cuerpo el enfrentamiento bélico. En mi caso estudiaron concretamente la presión arterial, o por lo menos ese era el único dato que me interesaba a mí. Me colocaban unos auriculares y unos guantes especiales y me hacían ver una simulación. Era básicamente como un videojuego chulísimo.

Pues bien: en las simulaciones, la tensión arterial y el pulso presentaban parámetros normales al principio, y cuando estallaba un tiroteo, caían en picado. Yo estaba allí sentado, haciendo lo que tenía que hacer. Estaba comodísimo. Entonces, cuando terminaba el combate y volvía la calma, se me aceleraba el corazón. Interesante.

Los científicos y los médicos que dirigían el experimento creen que, durante el acaloramiento del combate, se imponía el adiestramiento que había recibido para relajarme de un modo u otro. Estaban muy intrigados, porque parece ser que nunca habían visto nada parecido.

Yo, claro, lo había vivido a diario en Irak.

Una de las simulaciones me produjo una impresión muy profunda. En ella herían a un marine, que caía al suelo gritando. Le habían dado en los intestinos y, mientras yo contemplaba la escena, la presión arterial se me disparó más aún.

No hacía falta que ningún experto me explicase lo que estaba ocurriendo: estaba reviviendo los últimos momentos de aquel chaval que había muerto en mis brazos en Faluya.

La gente dice que he salvado cientos y cientos de vidas; pero créame el lector cuando digo que lo que recuerdas no es a los que has salvado, sino a los que no pudiste salvar. Esos son de los que hablas; esas son las caras y las situaciones que te acompañan toda la vida.

¿Estás o no estás?

Mi período de servicio se estaba agotando. La Armada seguía intentando convencerme con distintas ofertas para que me quedara: adiestrar a los soldados, trabajar en Inglaterra...; cualquier cosa que pudiera pedir con tal de que no dejase sus filas.

Y yo, aunque le había dicho a Taya que no iba a volver a aceptar una misión en ultramar, no me veía dispuesto a retirarme. Quería volver a la guerra. Tenía la impresión de que no habían jugado limpio conmigo en aquella última misión. Intentaba decidir qué hacer, pero no me aclaraba.

Había días que quería mandar a la Armada a hacer puñetas, y otros que habría pasado de lo que había acordado con mi mujer y me habría vuelto a enganchar.

Hablamos mucho de todo esto.

Taya:

Yo le dejé claro que los niños lo necesitaban, y, sobre todo, en aquel momento, el mayor. Si no iba a estar con nosotros, tenía intención de mudarme más cerca de mi padre para que, al menos, creciese con un abuelo siempre presente a su lado.

La idea no me hacía ninguna gracia. Además, Chris nos quería de veras. Quería tener una familia fuerte y alimentar los lazos que nos unían. Parte del problema se resumía en el conflicto que siempre habíamos tenido: ¿cuáles eran nuestras prioridades: Dios, hogar y patria (como en mi caso), o Dios, patria y hogar (como pensaba Chris)?

En mi opinión, él le había dado ya mucho al país. Muchísimo. Llevaba diez años de guerra constante, de misiones de combates violentos combinados con períodos de intensa instrucción que también lo alejaban de nosotros. No conocía ningún otro SEAL que hubiese conocido tanta acción ni se hubiera ausentado tanto. Ya era hora de que se diera a su familia.

Sin embargo, como siempre, yo no podía tomar la decisión por él.

La Armada me propuso enviarme a Texas en calidad de reclutador. La idea me gustó mucho, ya que este trabajo me permitiría tener un horario y volver a casa por la noche. Me pareció una solución intermedia admisible.

—Pero me vas a tener que dar tiempo para averiguarlo —me dijo el subteniente con el que estaba tratando—: esta no es la clase de cosas que pueden hacerse de la noche al día.

Estuve de acuerdo en alargar un mes más mi período de servicio mientras lo solucionaba. Y esperé y esperé, sin que llegase ninguna orden.

—Tiene que estar al caer —me repetía él—. Vuelve a ampliar tu enganche.

Eso hice.

Pasaron algunas semanas más —estábamos ya a finales del mes de octubre—, y yo seguía sin recibir las órdenes. Así que me puse en contacto con él y le pregunté qué coño estaba pasando.

—Es un círculo vicioso —me explicó—. Quieren dártelo, pero es una misión de tres años, y ya no te queda tiempo.

Dicho de otro modo: querían que me alistase primero para darme el trabajo a continuación, pero sin garantías ni contrato. Yo ya me había visto antes en una similar, así que les dije que no:

—Me voy.

Taya:

Él siempre dice que tiene la sensación de haberse rajado, aunque yo creo que ha hecho su trabajo. De todos modos, sé que lo dice de corazón: está convencido de que, si hay alguien combatiendo ahí fuera, debería ser él. Hay muchos SEAL que piensan igual de sí mismos. Y de todos modos, nadie puede echarle en cara que dejase la Armada.

Se casa Ryan

Ryan y yo seguimos estando muy en contacto después de que lo evacuaran a Estados Unidos. De hecho, nuestra amistad se hizo aún más fuerte, cosa que yo nunca habría creído posible. Me maravillaba su colosal espíritu. Si en el campo de batalla había sido un combatiente de primera, fuera de él estaba demostrando ser un luchador aún más impresionante. Aunque nunca olvidabas del todo que estaba ciego, tampoco te daba nunca, jamás, la impresión de poder definirlo por su discapacidad.

Tuvieron que hacerle un ojo de cristal por las heridas que tenía. Según TT, que fue con él a elegirlo, tenía dos en realidad: uno «normal» y otro con

un Tridente dorado en lugar de iris. El que ha sido SEAL, será SEAL para siempre.

Pasé mucho tiempo con Ryan antes de que lo hirieran. En el equipo había muchos capaces de hacerte reír, pero él era único en su especie: te provocaba agujetas. Después del disparo no cambió apenas, aunque su sentido del humor se volvió más cortante. Un día se le acercó una niña que, después de quedarse mirando, le preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Él se agachó muy serio y le dijo:

—No corras nunca con unas tijeras en la mano.

Cortante, divertido y con un corazón que no le cabía en el pecho. Era imposible no quererlo.

Todos estábamos dispuestos a repudiar a su novia, porque pensábamos que lo dejaría después de verlo desfigurado. Sin embargo, estuvo a su lado en todo momento, y, cuando al fin él se decidió a pedirle la mano, nos alegramos todos. Es una mujer formidable.

Si existe un ejemplo de superación de una discapacidad, ese es Ryan. Después del disparo, fue a la universidad y la acabó con matrícula de honor. Lo esperaba un trabajo excelente. Escaló el monte Hood, el monte Rainer y unos cuantos más; salía a cazar, y llegó a abatir un alce que le valió un récord con la ayuda de un observador y un fusil dotado de no sé qué adelanto tecnológico de la leche; compitió en un triatlón... Recuerdo una noche que dijo que se alegraba de que la bala le hubiera dado a él y no a cualquiera de los otros. Aunque al principio se cabreó seguramente, sentía que estaba en paz y viviendo plenamente, que podía tomar las riendas y ser feliz pasara lo que pasase. Y tenía razón.

Cuando pienso en el patriotismo que impulsa a los SEAL, me acuerdo de la recuperación de Ryan en un hospital de Bethesda (Maryland). Allí estaba él, recién herido casi de muerte y ciego de por vida. Aún tenía por delante un montón de operaciones de cirugía reconstructiva, y ¿qué pidió

él? Que lo llevasen ante una bandera y lo dejasen un tiempo allí. Sentado en la silla de ruedas, estuvo casi media hora saludando mientras el aire la hacía restallar. Ese era mi Ryan: un patriota de los de verdad. Un combatiente de los buenos con un corazón enorme.

Nosotros, claro, lo pusimos a parir. Le dijimos que lo más seguro es que el que le empujó la sillita lo había puesto delante de un contenedor de basura y le había dicho que era una bandera. Siendo Ryan como era, se inventó mil chistes de ciegos y nos tuvo a todos revolcados por el suelo cada vez que abría la boca.

Cuando se mudó, seguimos charlando por teléfono y quedando cada vez que podíamos, y en 2010 me enteré de que su mujer y él iban a tener su primer hijo.

Mientras, las lesiones sufridas en Irak requirieron más operaciones. Entró en el hospital una mañana, y aquella misma tarde me llamó Marcus Luttrell para preguntarme si sabía algo de Ryan.

—Sí, hablé con él ayer —le respondí—. Van a tener un hijo. Mola, ¿no?

—Ha muerto hace un rato —dijo Marcus con voz calmada.

Algo había salido mal en el hospital. Un final trágico para una vida heroica. Dudo que ninguno de los que lo conocieron lo haya superado, ni creo que yo vaya a superarlo nunca.

Tuvieron una niña preciosa, y estoy convencido de que el espíritu de su padre vivirá siempre dentro de ella.

Mighty Warriors

Cuando murió su hijo, Debbie, la madre de Marc Lee, se convirtió casi en la madre de los demás de nuestra sección. Esta mujer valerosa se ha consagrado a ayudar a otros combatientes a hacer la transición del campo de batalla a la vida civil. Hoy es presidenta de America’s Mighty Warriors (www.americasmightywarriors.com), y ha hecho una aportación personal grandísima a los veteranos a través de lo que ella llama «actos de bondad

aleatorios», inspirada por la vida de su hijo y por la carta que le escribió él antes de morir.

En realidad, nada que tenga que ver con Debbie es aleatorio. Esta mujer entregada y trabajadora está tan consagrada a su causa como Marc lo estaba a la suya. Antes de morir escribió una carta increíble que puede consultar el lector en la página citada y en la que hablaba de forma conmovedora de algunas de las cosas que había visto en Irak: un hospital terrible, gente ignorante y despreciable... No obstante, el texto es positivo en extremo, está cargado de esperanza y nos anima a todos a hacer lo que podamos por los demás.

Sin embargo, en mi opinión, nada de lo que pudo enviar a su familia describe de forma adecuada al Marc que nosotros conocimos. Él era muchísimo más: un tío duro de los buenos con un gran sentido del humor; un combatiente entusiasta y un gran amigo. Tenía una fe inquebrantable en Dios y amaba con pasión a su mujer. Seguro que el cielo es un lugar mejor desde que él está allí; pero la tierra ha perdido a uno de los mejores.

La Craft

Por si la decisión de dejar la Armada no fuese lo bastante dura, después de tomarla me encontré con que no tenía trabajo. Había llegado el momento de buscar una ocupación para el resto de mi vida.

Se me presentaban cierto número de opciones y posibilidades. Había estado hablando con un amigo llamado Mark Spicer sobre la idea de montar en Estados Unidos un curso de francotiradores. Él se había retirado siendo sargento mayor después de veinticinco años de servicio en el ejército británico, y era uno de los principales tiradores de sus fuerzas armadas. De hecho, había servido más de veinte años de francotirador y de comandante de una sección de francotiradores. Había escrito tres libros sobre el tema, y era uno de los mayores expertos del planeta.

Los dos nos dimos cuenta de la necesidad de cierta clase de instrucción muy concreta destinada a cuerpos militares y de policía. No había nadie que proporcionase el tipo de formación práctica capaz de preparar al personal de estos para las distintas situaciones que se iban a encontrar. Sabíamos que podíamos usar nuestra experiencia para crear cursos y proporcionar el tiempo que fuera necesario en el campo de tiro para marcar la diferencia.

Lo difícil era reunir todo lo que nos hacía falta. El dinero, claro, era uno de los factores más importantes. Sin embargo, más o menos por casualidad, en aquel momento conocía a alguien que reparó en que podía ser buena idea invertir en nuestra empresa, y que además tenía fe en mí: J. Kyle Bass.

Kyle había ganado mucho dinero invirtiendo, y cuando nos conocimos estaba buscando un guardaespaldas. Supongo que pensaría: «¿Y quién mejor que un SEAL?». Sin embargo, cuando nos pusimos a hablar y me preguntó dónde me veía a la vuelta de unos años, le hablé de la escuela. Le llamó mucho la atención, y, en vez de contratarme de guardaespaldas, me ayudó a financiarla. Y así, sin más, fue como nació la Craft International.

En realidad, sobra lo de «sin más»: nos partimos los cuernos para ponerla en marcha, echando horas y más horas y sudando la gota gorda mientras ajustábamos todos los detalles como cualquier otro empresario. Se nos unieron otros dos en calidad de copropietarios: Bo French y Steven Young. Aunque son expertos en la vertiente empresarial del asunto, los dos son grandes conocedores de las armas y las tácticas que enseñamos.

Hoy, la Craft International tiene la sede corporativa en Texas, y escuelas en Texas y Arizona. Además, trabaja en todo el planeta en lo relacionado con medidas de seguridad y otros proyectos especiales. A Mark es fácil verlo de vez en cuanto en el History Channel. Él se siente como pez en el agua delante de una cámara, y por eso a veces se relaja tanto que se pone a hablar con un acento británico que no hay quien entienda. Los productores tienen el detalle de traducirlo en los subtítulos a un inglés americano

inteligible. (En los cursos de la Craft todavía no hemos necesitado este recurso, aunque tampoco descartamos la posibilidad.)

Creemos que, en lo que a instructores se refiere, hemos reunido a lo mejor de lo mejor de cada uno de los ámbitos de adiestramiento que ofrecemos (puede el lector encontrar más información en www.craftintl.com).

La creación de una compañía requiere un montón de habilidades diferentes que yo ni sospechaba que pudiera tener. También exige una burrada de trabajo administrativo (¡maldita sea!). No me importa trabajar duro, aunque sea delante de una pantalla. Uno de los inconvenientes de este negocio es que, al final, de tanto escribir en el ordenador voy a acabar por sufrir «codo de teclista». Además, de vez en cuanto me toca vestir de traje y corbata. Sin embargo, por lo demás es el trabajo perfecto para mí. No seré rico, pero disfruto con lo que hago.

El logo de la Craft está basado en la calavera de «el Castigador» y lleva un cruce de cruz y punto de mira en honor a Ryan Job, quien también nos ha inspirado el lema de la compañía.

En abril de 2009, los francotiradores de los SEAL mataron desde un destructor a unos piratas somalíes que habían tomado un barco y amenazaban de muerte a su capitán. Un periodista local preguntó a Ryan qué pensaba al respecto, y él, siempre ocurrente, le respondió:

—Tu madre dirá lo que quiera, pero a veces hay que usar la violencia.

Nos pareció un lema muy apropiado para los francotiradores, y por lo tanto, lo hicimos nuestro.

De nuevo en Texas

Aunque todavía me dolía dejar la Armada, saber que iba a crear la Craft me ofrecía un incentivo adicional, y de hecho, cuando llegó el momento estaba

impaciente.

Al fin y al cabo, volvía a casa. ¿Tenía prisa? Pues bien: si me licencié un 4 de noviembre, el 6 estaba ya pisando tierras texanas. Mientras yo trabajaba en la Craft, mi familia se quedó en San Diego: los pequeños, para acabar el curso, y Taya, para dejar la casa lista para su venta. Quería tenerlo todo empaquetado en enero para reunirse conmigo en Texas.

Vinieron a verme en Navidad. Yo los había echado de menos muchísimo. La llevé a la habitación en que nos tenían alojados mis padres y le pregunté:

—¿Y si te vuelves sola y me dejas a los niños?

Le encantó la idea: tenía un montón de cosas que hacer, y aunque los quería mucho, cuidar de ellos a la vez que dejaba la casa lista para la venta resultaba agotador.

A mí también me entusiasmaba tener conmigo a los dos pequeños. Mis padres me ayudaron muchísimo cuidándolos entre semana, y el viernes por la tarde me los llevaba de vacaciones con papá durante tres, y a veces hasta cuatro, días seguidos.

La gente piensa que los padres varones son incapaces de estar a gusto mucho tiempo con sus hijos cuando son pequeños. Yo creo que se equivocan. ¡Qué diablos! ¡Si yo me lo pasaba tan bien como ellos! Nos pasábamos horas en la cama elástica o jugando a la pelota. Íbamos al zoo, al parque o a ver una película; me echaban una mano con la barbacoa... Nos lo pasamos en grande.

Siendo bebé, a mi hija le costó un tiempo hacerse a mí. Sin embargo, poco a poco fue tomando confianza, y se acostumbró a verme a su alrededor. Ahora está loquita conmigo. Y por supuesto, hace conmigo lo que le da la gana desde el primer día.

Empecé a enseñarle a disparar a mi hijo cuando tenía dos años. Lo primero que aprendimos fue el manejo básico de un Daisy BB. Estoy convencido de que los niños se meten en líos por culpa de su curiosidad, y pienso que si no la satisfaces estás buscándote líos muy gordos. Si los tienes bien informados desde pequeños y les dejas claras las normas de seguridad, te evitas un montón de problemas.

Mi hijo ha aprendido a respetar las armas. Yo siempre le he dicho: «Cuando quieras usar una, dímelo». A mí no hay nada que me guste más que disparar. Él ya tiene su propia escopeta, una de palanca con munición de 5,6 milímetros, y la usa bastante bien. También es un hacha con la pistola.

Mi hija todavía es muy pequeña, y tampoco ha demostrado aún mucho interés. Sospecho que no va a tardar, aunque, de todos modos, tendrá que adiestrarse a fondo en el manejo de las armas si quiere que en algún momento la deje salir con chicos. Cosa para la que, por supuesto, va a tener que esperar a cumplir los treinta.

Los dos han salido ya a cazar conmigo. Todavía son muy pequeños para estar mucho tiempo concentrados, aunque sé que le van a pillar el tranquillo ya mismo.

Taya:

Chris y yo hemos hablado muchas veces sobre cómo nos sentaría que nuestros hijos se alistaran en las fuerzas armadas. Por supuesto, no queremos que les pase nunca nada, aunque hay que reconocer que el servicio militar tiene muchas cosas positivas. Los dos vamos a estar orgullosos de ellos hagan lo que hagan.

Si mi hijo se planteara entrar en los SEAL, le diría que se lo pensase bien, que tiene que estar muy preparado. Creo que es una actividad pésima para la vida de familia: la experiencia de ir a la guerra te cambia, y para eso también necesitas una preparación. Le diría que se sentara a hablar con su padre de lo que comporta en general.

A veces me entran ganas de llorar con solo imaginármelo en medio de un tiroteo. Creo que Chris ha hecho por el país lo bastante para que salte una generación, y, sin embargo, los dos vamos a estar orgullosos de nuestros hijos pase lo que pase.

El hecho de vivir en Texas me permitió estar siempre más cerca de mis padres. Dicen que desde que estoy con ellos ha desaparecido parte del caparazón que me fui creando alrededor durante la guerra. Mi padre dice que en aquel tiempo bloqueé partes de mi personalidad que, de un modo u otros, van a volver a manifestarse.

—No puedes formarte durante años para matar —reconoce— y esperar que todo eso desaparezca de la noche a la mañana.

Al borde del abismo

Con tantas cosas positivas, quizá piense el lector que tenía que estar viviendo una vida de ensueño. Y la verdad es que a lo mejor tendría que haber sido así.

Sin embargo, la vida real no describe una línea recta perfecta: no tiene por qué acabar siempre con almuerzo de perdices, y depende mucho del lugar al que quieras llegar. El hecho de tener una familia estupenda y un trabajo interesante no significa que todo sea perfecto. Todavía no había superado el mal sabor de boca de haber dejado los SEAL, y seguía enfadado con mi mujer por ponerme ante lo que yo entendía como un ultimátum.

Así que, aunque mi vida tendría que haber sido de color de rosa, durante los meses posteriores a mi renuncia tuve la sensación de estar cayendo a un pozo sin fondo. Empecé a empinar el codo; a beberme las cervezas dobladas. Yo diría que caí en la depresión. Me compadecía de mí mismo, y no tardé mucho en no hacer otra cosa que beber. De la cerveza pasé al licor, a cualquier hora del día.

No quiero que suene más dramático de lo que fue en realidad: hay quien ha pasado por más dificultades. De todos modos, yo había tomado la dirección equivocada. Me estaba derrumbando a una velocidad de vértigo.

Entonces, una noche me pasé con la velocidad al doblar una curva con el todoterreno. Puede que fuese lo extenuante de las circunstancias; tal vez la carretera estaba mojada, o había cualquier otro factor de por medio. O quizá decidió intervenir el ángel de la guarda que me había salvado el pellejo en Ramadi.

Sea como sea, lo único que sé es que el vehículo quedó para el arrastre y yo salí del accidente sin un rasguño en el cuerpo. Mi ego era harina de otro costal.

El accidente hizo que me despabilara: siento decir que necesitaba algo así para volver a centrarme. Sigo bebiendo cerveza, aunque ya no me excedo. Creo que soy consciente de lo que tengo, y de todo lo que podría perder. Y también entiendo no solo cuáles son mis responsabilidades, sino cómo debo cumplir con ellas.

Ofrecer

Empiezo a entender lo que puedo aportar a los demás. Me doy cuenta de que puedo ser un hombre completo: cuidar a mi familia y poner mi granito de arena para cuidar a otros.

Marcus Luttrell ha creado la fundación Lone Survivor, dedicada a sacar del hospital a algunos de nuestros combatientes heridos y ponerlos en situaciones más favorables para su bienestar. Está convencido de que, después de que lo hiriesen en Afganistán, se curó el doble de rápido en el rancho de su madre que en el centro sanitario: el hecho de no verse encerrado y la posibilidad de ir de un lado a otro de forma natural le ayudaron muchísimo. Este fue uno de los factores que lo llevaron a fundar la organización, y se ha convertido en uno de mis principios fundamentales a la hora de hacer mi aportación.

Me he reunido con conocidos de todo Texas que tienen ranchos para pedirles que donen sus tierras durante unos días cuando les toque. Todos han sido muy generosos. Así hemos podido congregar a grupos poco numerosos de soldados discapacitados en servicio para que pasen el tiempo cazando, disparando en un campo de tiro o pasando el rato sin más. Lo importante es que disfruten.

Debería decir que mi amigo Kyle —el mismo al que debemos que se haya hecho realidad la Craft— también es un hombre patriota en extremo y muy amigo de apoyar a los combatientes. Nos deja usar su hermoso rancho Barefoot para los retiros que organizamos para los heridos sin recibir contraprestación alguna. Troops First, la organización de Rick Kell y David Feherty, también colabora con la Craft en prestar ayuda al mayor número posible de heridos.

La verdad es que te lo pasas en grande. Salimos a cazar un par de veces al día, disparamos en el campo de tiro y por la noche compartimos batallitas y cervezas. En realidad, las historias que mejor recuerdas no son tanto las bélicas como las divertidas. Esas son las que te afectan, porque ponen de relieve la resistencia de estos chavales, que afrontan sus discapacidades con el mismo espíritu combativo que desplegaban en el campo de batalla.

Como podrá esperarse, ya que participo como el que más, nos damos mucha caña unos a otros. Y aunque no siempre soy yo el que ríe el último, me defiendo. La primera vez que llevé a un grupo a uno de los ranchos, los reuní a todos en el porche trasero antes de empezar a pegar tiros y les di algunas instrucciones.

—Vamos a ver —les dije mientras levantaba el fusil—; ya que ninguno de vosotros ha estado en los SEAL, va a ser mejor que os ponga al corriente de algunos detalles. Esto de aquí es el gatillo.

—¡Vete a hacer puñetas, «Popeye»! —gritaron.

En adelante fue todo pasárnoslo bien y meternos unos con otros.

Lo último que quieren los veteranos heridos es que les tengan lástima: necesitan que los traten como hombres, que es lo que son; como iguales, como héroes y como gente que tiene todavía un valor enorme para la sociedad.

Quien quiera ayudarlos tiene que partir de esta base. Por curioso que resulte, en cierto sentido, el juego de lanzarse pullas puede ser una muestra de respeto mayor que preguntar: «¿Te encuentras bien?», con voz ñoña.

Acabamos de empezar, y, sin embargo, han sido tantas las victorias que los hospitales están empezando a entusiasmarse y a colaborar. Hemos conseguido ampliar el programa para incluir a las parejas, y queremos celebrar tal vez dos retiros al mes.

Nuestra labor me empuja a pensar de un modo cada vez más ambicioso. No me importaría hacer un *reality show* cinegético con estos chavales: a lo mejor convencemos a muchos americanos de la necesidad de corresponder a sus veteranos y a sus hermanos combatientes. Eso es América: ayudarse los unos a los otros.

Yo creo que América hace mucho por apoyar a la gente, y eso está genial para los que de veras lo necesitan; pero también estoy convencido de que creamos dependencia al dar dinero a los que no quieren trabajar, sean extranjeros o conciudadanos nuestros. Ayudar a todo el mundo a ayudarse: eso es lo que deberíamos hacer.

Me gustaría que recordásemos el sufrimiento de aquellos estadounidenses heridos en servicio de su país antes de repartir millones de dólares entre vagos y parásitos. Solo hay que mirar a los sin techo: muchos de ellos son veteranos, y creo que les debemos algo más que nuestra gratitud. Ninguno de ellos dudó en firmar un cheque en blanco a América, avalándolo con su propia vida si hacía falta. Si estaban dispuestos a algo así, ¿no deberíamos nosotros cuidar de ellos ahora como mínimo?

No estoy hablando de dar limosna a los veteranos: lo que necesitan es ayuda, oportunidades y cierta orientación estratégica. Uno de los combatientes heridos que conocí en los retiros que celebramos en los ranchos ha pensado en socorrer a los veteranos sin hogar ayudándolos a

construir o reformar viviendas. Creo que es una idea buenísima: aunque quizá no vaya a ser su domicilio definitivo, los ayudará a ir tirando.

Puestos de trabajo, formación...: hay un montón de cosas que podemos ir averiguando. Sé que algunos dirán que van a ser muchos los que se limiten a aprovecharse; pero eso es algo con lo que hay que contar, y que no puede servir para arruinar la situación a los demás.

No tiene ningún sentido que la gente que ha luchado por su país esté sin casa o sin trabajo.

Quién soy

Me ha costado un tiempo, pero he llegado a un punto en el que he dejado de definirme por mi condición de SEAL: ahora me toca ser padre y marido. Esta es, en este momento, mi vocación principal.

La de SEAL ha sido una faceta importantísima de mi vida, y todavía siento la llamada. Sin lugar a dudas, habría preferido quedarme con lo mejor de ambos mundos: el trabajo y la familia. Sin embargo, al menos en mi caso, el primero no lo habría permitido. Y estoy seguro de que yo tampoco. En cierto sentido, tenía que apartarme de él si quería ser el hombre completo que necesitaba mi familia.

No sé cuándo ni dónde llegó el cambio; pero no se dio hasta que me salí. Al principio tuve que superar cierto resentimiento. Tuve que vivir lo bueno y lo malo hasta llegar a un punto en que poder avanzar de veras. Ahora quiero dedicarme a ser buen padre y buen marido. Ahora he vuelto a descubrir un amor verdadero por mi mujer. La echo de menos de veras cuando estoy de viaje de negocios: quiero poder abrazarla y dormir a su lado.

Taya:

Lo que me encantaba de Chris al principio era su franqueza inquebrantable. No jugaba con mis emociones ni con mis convicciones.

Iba de frente, y daba la impresión de respaldar con hechos lo que pensaba. Por eso era capaz de pasar una hora y media tras el volante para ir a verme, y luego despedirse de mí para llegar a tiempo de entrar a trabajar a las cinco de la mañana; comunicarse conmigo; aceptar mi estado de ánimo...

Su sentido de la diversión servía de contrapunto a mi lado serio y sacaba a relucir mi vertiente juvenil. Siempre estaba dispuesto a todo y apoyaba por completo todos mis deseos y mis sueños, fueran cuales fuesen. Se llevaba divinamente con mi familia, igual que yo con la suya.

Durante nuestra crisis matrimonial, dije que no iba a poder amarlo del mismo modo si volvía a enrolarse. No es que no lo quisiera, sino que tenía la impresión de que su decisión iba a confirmar que lo que yo pensaba se estaba volviendo cada vez más evidente. Al principio estaba convencida de que me amaba sobre todas las cosas; pero poco a poco los equipos de los SEAL fueron ocupando mi lugar. Él seguía diciéndome lo que yo necesitaba oír en su opinión, y lo que decía en otro tiempo para expresar su amor. Sin embargo, las palabras y los hechos habían dejado de ir de la mano. Aunque todavía me quería, la situación había cambiado: ya solo pensaba en los equipos.

Cuando se iba al extranjero, me decía cosas como: «Haría lo que fuese por estar en casa contigo», «Te echo de menos» o «Para mí eres lo más importante de este mundo». Yo sabía que, si volvía a marcharse, todo lo que me había estado diciendo aquellos años quedaría en poco más que palabras o sentimientos teóricos sin apoyo ninguno en sus actos.

¿Cómo iba a poder quererlo con el mismo abandono insensato si sabía que yo ya no era lo que él decía? Como mucho, estaba interpretando un papel secundario. Mientras que él se mostraba dispuesto a morir por los extranjeros y por el país, mi dolor y mis problemas quedaban para mí. Quería vivir su vida y tener a una mujer feliz esperándolo en casa.

Al mismo tiempo, todo eso quería decir que lo que me había enamorado en un primer momento estaba cambiando y que, por lo tanto, iba a tener que quererlo de otra manera. Pensaba que quizá lo quería menos, pero resultó que lo quería de un modo diferente.

Como en cualquier relación, las cosas fueron cambiando. Los dos cambiamos; cometimos errores y aprendimos mucho. Tal vez nos amásemos de forma diferente, pero quizá eso sea bueno. A lo mejor nuestra relación es ahora más flexible y más madura, o puede que sea distinta sin más.

En cualquier caso, sigue siendo buena de verdad. Seguimos apoyándonos el uno al otro, y hemos aprendido que ni siquiera en los peores momentos estamos dispuestos a perdernos ni a perder la familia que hemos creado.

Cuanto más tiempo pasa, más fácil nos resulta demostrar que nos queremos de un modo que pueda entender y sentir el otro.

Tengo la impresión de que el amor que siento por mi mujer se ha hecho más profundo con los años. Taya me regaló una alianza nueva hecha de acero de tungsteno, y no creo que sea una coincidencia que se trate del metal más duro que pueda encontrar.

También tiene grabadas cruces con forma de punto de mira, y le gusta explicar en broma que la encargó así para simbolizar que el matrimonio es una cruz que hay que llevar. En nuestro caso, desde luego, hemos superado el calvario.

Taya:

Ahora me parece recibir de él algo que hasta ahora no había sentido. Está claro que ya no es el mismo que antes de la guerra, pero muchas de sus cualidades siguen siendo las mismas: su sentido del humor, su amabilidad, su cordialidad, su valor y su sentido de la responsabilidad. Su confianza callada me inspira.

Igual que cualquier otra pareja, seguimos teniendo cuestiones cotidianas que resolver; pero por encima de todo, me siento querida, y siento que los niños y yo somos importantes.

La guerra

No soy el mismo que era cuando fui a la guerra por primera vez.

No lo es nadie: antes de entrar en combate tienes mucho de inocente. Entonces, de repente, chocas con una cara totalmente distinta de la vida. No me arrepiento de nada: lo volvería a hacer; pero tampoco deja de ser cierto que la guerra te cambia de manera definitiva. Te abrazas a la muerte. Como SEAL, conoces el lado oscuro; te metes en él de lleno. Al ir una y otra vez a la guerra, te ves atraído por la vertiente más sombría de la existencia. Tu mente crea sus propias defensas: por eso te ríes de cosas tan espantosas como una cabeza reventada o de otras peores.

De pequeño quería ser militar, pero me preguntaba cómo me sentiría al matar a alguien. Ahora lo sé, y puedo decir que no es gran cosa. He logrado mucho más de lo que pensaba que sería capaz de hacer; en realidad, más de lo que ha hecho nunca ningún otro francotirador americano. Sin embargo, también he sido testigo del mal que han cometido mis blancos y del que querían cometer, y sé que al matarlos estaba protegiendo las vidas de muchos de mis camaradas.

No dedico mucho tiempo a reflexionar sobre el acto de matar gente, ni tengo problemas de conciencia sobre la función que desempeñé en la guerra.

Soy cristiano convencido. Ni lo soy en grado de perfección, ni me acerco siquiera a ese punto; pero creo firmemente en Dios, en Jesús y en la Biblia. Cuando muera, el Señor me va a juzgar por todo lo que he hecho en

la tierra, y puede ser que me retenga hasta que hayan pasado todos los demás mientras estudian mis pecados.

—Señor Kyle, vamos a tener una charla en privado...

Sinceramente, no sé qué va a pasar el día del Juicio Final, pero me inclino a pensar que cada uno conoce bien sus pecados, y Dios lleva la cuenta de todos. Y la vergüenza procede del hecho de saber que los conoce. Creo que el haber aceptado a Jesús como salvador será mi salvación.

Sin embargo, en el despacho de Dios, o dondequiera que vaya a tener conmigo esa charla y exponerme uno a uno mis pecados, dudo que figure entre ellos ninguna de las muertes que hice en la guerra. No he abatido a nadie que no fuera perverso: tenía motivos de sobra para apretar el gatillo en cada uno de los casos. Todos ellos merecían morir.

Lo que sí me remuerde es la gente a la que no he podido salvar: marines, soldados, colegas...

Todavía siento su pérdida. Todavía me duele el no haber sido capaz de protegerlos. No soy ningún ingenuo, ni tengo una visión romántica de la guerra y de lo que fui a hacer allí. Los peores momentos de mi vida los he conocido siendo SEAL: perder a mis colegas, ver morir a un chaval en mis brazos...

Estoy convencido de que algunas de mis vivencias se vuelven insignificantes en comparación con las que conocieron algunos de los combatientes de la segunda guerra mundial y otros conflictos. Después de toda la mierda que vivieron, los que combatieron en Vietnam tuvieron que volver a un país que les escupía a la cara.

Cuando me preguntan cómo me ha cambiado la guerra, les digo que lo más importante tiene que ver con mi forma de ver las cosas. Las cosas cotidianas que te estresan en la vida civil me resbalan por completo: pueden pasar cosas más grandes y peores que un problema insignificante capaz de arruinarte la vida o hasta el día. Yo las he visto.

Es más: las he vivido.

Agradecimientos

Este libro habría sido imposible sin mis hermanos de los SEAL, que me apoyaron en el campo de batalla y durante toda mi vida profesional en la Armada. De hecho, yo no estaría aquí sin la ayuda de los SEAL, los marinos, los marines, los aviadores y los soldados de tierra que me cubrieron las espaldas durante la guerra.

También quiero dar las gracias a mi mujer, Taya, por ayudarme a escribir estas páginas y aportar sus propias líneas. Mi hermano y mis padres me han brindado sus recuerdos y su apoyo, y algunos amigos me han ofrecido también información de gran valor. Entre los que han sido de más ayuda se cuentan además uno de mis tenientes y otro francotirador de los SEAL que figuran aquí como TT y como Dauber, respectivamente. La madre de Marc Lee también ha colaborado con ideas clave.

Quiero expresar mi agradecimiento y reconocimiento a Jim DeFelice por su paciencia, su buen juicio, su comprensión y sus dotes de escritor. Sin su ayuda, este libro no sería lo que es. Que quede claro también el reconocimiento a su mujer y a su hijo por abrirnos su hogar, a Taya y a mí, mientras se desarrollaban estas páginas. Hemos trabajado en este libro desde diversos lugares, pero ninguno es comparable a la comodidad que nos ha ofrecido el rancho que con tanta generosidad puso a nuestra disposición Marc Myer.

Scott McEwen supo reconocer antes que yo mismo el valor de mi historia y representó un papel fundamental a la hora de darla a la imprenta.

Me gustaría dar las gracias a mi editor, Peter Hubbard, que me abordó directamente con la propuesta de estas páginas y me puso en contacto con Jim DeFelice. Gracias también a todo el personal de William Morrow/Harper-Collins.

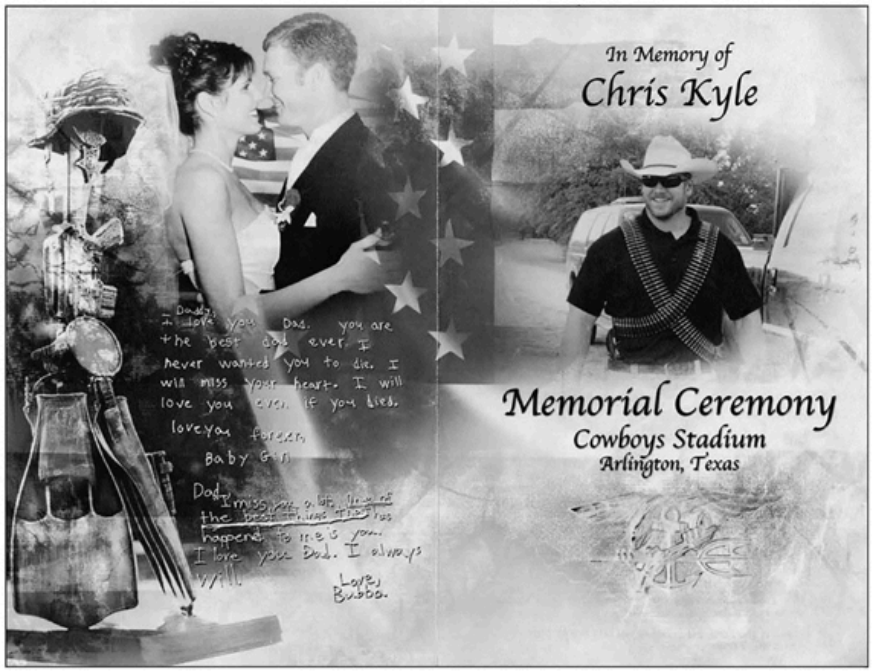
P. S.

Opiniones, entrevistas & más

Sobre el autor

La vida de Chris Kyle

Chris Kyle (1974-2013), jefe del Equipo SEAL Tres, completó cuatro períodos de servicio durante la Operación Libertad Iraquí y en otras misiones. El coraje demostrado en el campo de batalla le valió dos estrellas de plata, cinco estrellas de bronce al valor, dos medallas por logros de la Armada y del cuerpo de marines, y una medalla con encomienda de la marina y el cuerpo de marines. Además, el premio Nación Agradecida, otorgado por el Instituto Judío para Asuntos de Seguridad Nacional, por su colaboración en la guerra contra el terrorismo. Tras culminar su servicio en ultramar, se hizo instructor jefe de los equipos de francotiradores y contrafrancotiradores de la Armada. Es autor del primer manual para francotiradores de los SEAL de la Armada estadounidense. Tras retirarse de las fuerzas armadas se mudó con su familia a Texas, el estado que lo había visto crecer.



Programa de las honras fúnebres celebradas en el estadio de los Cowboys de Arlington (Texas) el 11 de febrero de 2013.

*El francotir*ador (*American Sniper*), la historia de su vida y su carrera militar, escrita con la ayuda de Jim DeFelice, vio la luz en inglés en enero de 2012 y adquirió un gran éxito de ventas en todo el mundo, que se tradujo en numerosas apariciones de su autor en televisión y en demás actos públicos. Asimismo, permitió a Kyle ampliar sus actividades de ayuda a los veteranos de las fuerzas armadas. Así, participó de forma activa en grupos y fundaciones como el Heroes Project, que creó con la ayuda de FITCO Fitness a fin de poner equipos de gimnasia a disposición de los veteranos de guerra en rehabilitación tras haber sufrido heridas o estrés de combate.

Su segundo libro, *American Gun: A History of the US in Ten Firearms*, vio la luz en 2013 y no tardó en figurar también entre los superventas de *The New York Times*. Estaba culminando su redacción cuando murió de forma trágica en febrero de 2013, a solo dos meses de cumplir treinta y nueve años, mientras ayudaba con un amigo a un veterano con problemas. A las honras fúnebres celebradas en el estadio de los Cowboys de Arlington (Texas) acudieron miles de personas, y también fueron miles las que

hicieron cola y ocuparon kilómetros de acera para darle el último adiós cuando se trasladó su cuerpo al lugar de honor que ocupa en el cementerio estatal de Austin.

Su viuda, Taya, se ha afanado desde entonces en perpetuar sus iniciativas benéficas destinadas a prestar ayuda a los veteranos, sus esposas y sus familias. En el sitio chriskylefrog.com puede hallarse más información sobre Chris y sobre alguno de los proyectos que han seguido adelante en su nombre.

Mucho más que trabajo: llevar la historia de Chris a la gran pantalla

por Taya Kyle

Todo el mundo me pregunta desde el principio si no me emociona que vayan a hacer una película de *El francotirador*. Y la respuesta es que no: más que emocionarme, me aterra.

Quiero que presenten a Chris como la persona que era, dotada de muchas facetas diferentes. Tenía más dulzura y bondad que muchos hombres, y, sin embargo, cuando tenía que abatir al enemigo para salvar a otros, no lo dudaba. Tenía que hacer cosas que muchos otros no podrían hacer. Tenía que ser valiente, situarse en la línea de fuego y matar al enemigo. Tenía que salvar a otros, a otros muchos. Y luego tenía que volver a casa y convivir con nosotros, convertido en marido y padre cuya bondad debía situarse entonces en un punto diferente de su corazón.

Quiero que todo eso esté presente en la película, y quiero que el público entienda todo lo que era; la forma en que ayudó a tanta gente, desde los veteranos que habían regresado de la guerra hasta los vecinos de nuestra misma calle. Él no va a estar aquí para poner las cosas en su sitio si se malinterpreta su vida en el cine. Por eso creo que nuestra labor consiste en hacerlo lo bastante bien para que los espectadores que no lo conocieron o

no han vivido una batalla lo entiendan todo sin estar él presente para aclararlo.

¿Cómo resumes una vida entera en un par de horas? ¿De veras puede hacerse? Por eso me ha dado tanto miedo desde el primer momento, y más aún desde la muerte de Chris.

A los dos nos halagó mucho que alguien del talento de Bradley Cooper estuviera interesado en hacer la película, y no solo por ser él toda una estrella: a Chris le impresionaron las pequeñas cosas que hacen de Bradley lo que es: su sentido del humor, su humildad... Puede parecer extraño usar esta palabra en relación con una estrella de cine, y, sin embargo, basta pasar un rato con él para ver que le va como anillo al dedo.

Recuerdo una de las primeras conversaciones telefónicas que tuvieron los dos, poco después de que anunciaran la película. Aunque había muchas cosas que Chris valoraba de él, como su preocupación por los combatientes veteranos, lo que se lo ganó de veras fue su sentido del humor.

—Igual tengo que amarrarte con una soga y arrastrarte con mi todoterreno para quitarte algo de lo que tienes de niño bonito —le dijo Chris durante aquella conversación.

Bradley se rio, y aquello consolidó su relación.

Sin embargo, las películas no salen de la noche a la mañana: necesitan muchas cosas, como, por ejemplo, un director. Aunque no había mucho que pudiéramos hacer nosotros en este sentido, eso no nos impidió hablar del tema. Un día, estando con él en la cocina, le pregunté a Chris quién le gustaría que la dirigiese.

—¿No sería genial que fuese Clint Eastwood? —me dio por decir.

—¡Vaya!

Los dos pensábamos que sería fantástico. Y también imposible, por mucho que lo intentásemos.

Después de morir Chris, se ofreció para dirigirla Steven Spielberg, y la idea nos encantó. Spielberg se deslomó con el proyecto y pasó horas hablando con el guionista Jason Hall para tratar de llegar al meollo de la personalidad de Chris. Y lo consiguió de veras; así que me llevé una gran

desilusión cuando, como pasa muchas veces en Hollywood, tuvo que abandonar cuando quedó claro que los actores y él no acababan de entenderse.

Sin embargo, lo siguiente que supe era que habían fichado a Clint Eastwood. «Esto es obra de tu varita mágica, Chris —pensé—: habíamos hablado de él, y ahí lo tienes.»

La muerte de Chris obligó a cambiar el guión. Eso supuso mucho trabajo para Jason Hall... y también para mí, que tuve que ponerlo al día de la vida que llevamos durante la guerra y después de su regreso. El libro hablaba de eso, claro; pero para la película hacían falta otros detalles. Había que explicar más en profundidad sentimientos y situaciones para conseguir que impactasen al llegar a la pantalla.

Desde el principio fue mucho más que trabajo. Nos pasábamos al teléfono hasta la una o las dos de la madrugada, una noche tras otra. No sé cuántos cientos de horas estaríamos hablando en total. Eran conversaciones muy emotivas: Jason lo hacía porque quería entenderlo todo bien, y también porque yo estaba de duelo.

Así fue como pasó de escritor a amigo, y luego a filósofo en mitad de nuestras conversaciones. Yo no iba a ningún terapeuta; tenía algo mejor: un amigo guionista. Recuerdo haberle hablado de una vez que estaba en la iglesia y sentí que se me saltaban las lágrimas. Me esforcé en reprimirlas, porque sabía que, si las dejaba, no solo iba a llorar, sino que iba a acabar vomitando. Sabía por experiencia que era muy capaz de desbocarme de ese modo.

—¿Y qué es lo peor que puede ocurrir en caso de que te dejes llevar? —me preguntó él.

—¡Menudo lío! Montaría toda una escena, y no quiero que me vea nadie así.

—No es una escena: es real; es la vida misma, y nadie te va a juzgar por eso —me aseguró—. Tienes que soltarlo. No querrás volverte una vieja

amargada, ¿no? Tú habrás visto, igual que yo, a esas mujeres con el gesto tieso que ven la vida con ojos amargados y mezquinos. Tienes que soltarlo.

Todavía pienso a veces en aquel consejo: no pienso acabar como esas mujeres.

Cuando se acercaba el principio del rodaje, Clint y Bradley me preguntaron si podíamos hacer algo juntos para conocernos a los niños y a mí, y poder hacerse así una idea de primera mano de la vida en familia de Chris. Los encargados de organizarlo me preguntaron en qué hotel podían alojarse, y yo, sin saber bien qué decir, les contesté:

—En Dallas y Fort Worth hay hoteles muy buenos, y no están lejos.

—No, no —me dijeron ellos—: lo que quieren es estar lo más cerca posible. Les dan igual las comodidades.

—El hotel más cercano es un Holiday Inn.

—Perfecto: con eso se conforman.

Llegaron en avión y los recogí en un aeropuerto privado de la ciudad para llevarlos a casa. Se mostraron muy respetuosos y cariñosos. No me presionaron en ningún momento: solo querían empaparse de la esencia de Chris. Les enseñé toda su ropa y sus gorras de béisbol, y les dejé claro que somos gente sencilla y que nunca nos hemos dado aires. Charlamos y charlamos. Cuando quisimos descansar, Bradley salió a jugar al fútbol como un loco con mis hijos y con mi amiga Karen, que había venido a pasar el fin de semana y echarme una mano con los niños. Poco después vino mi amigo Matt para guisarnos parte de un órix que había cazado Chris antes de morir. La carne de este antílope es magra y muy sana, y Matt, además de ser un gran cocinero, tiene mucha mano con la carne de caza, que prepara de tal manera que parece digna de un *gourmet*.

Después de la cena, a Bradley le apeteció helado de postre.

—¿Hay algún sitio por aquí? —preguntó.

—Hay un Dairy Queen —le dije, pensando que quizá prefiriese algo más refinado.

—¿Tenéis Dairy Queen aquí?

Parecía un niño que acabase de descubrir que Papá Noel también pasa por Texas. Tan adorable...

Se llevó con él a Colton mientras los demás nos quedábamos charlando con Clint. No llevaban mucho rato fuera cuando empecé a recibir mensajes de amigos que hablaban de fotos y rumores que estaban apareciendo en Facebook: «¡Bradley Cooper! ¡Aquí, en la ciudad!».

¡Bradley Cooper!

Aquella noche nos pasamos horas charlando, y era ya tarde cuando los llevamos al hotel. Fue entonces, cuando entraron en el edificio, cuando me hice de veras a la idea. ¡Son Bradley Cooper y Clint Eastwood!

Habría dado cualquier cosa por estar presente sin que me viera nadie cuando se registraron. Usaron nombres falsos, y es posible que la joven de recepción no los reconociera en ese momento, porque Bradley me dijo más tarde que ni siquiera se inmutó. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando dejaron el hotel, tenía preparado un DVD para que se lo firmasen.

Aquella mañana fui a recogerlos al hotel. Bradley fue el primero en bajar. Cuando entró en el coche, estalló toda la ansiedad que llevaba acumulada por la película y me puse a llorar sin poder contenerme.

—No sé qué contarte de Chris —le dije entre sollozos—. Tenemos tan poco tiempo... No puedo.

Tenía la sensación de que no era capaz de hacer todo lo que necesitaba hacer por Chris; pero Bradley me tranquilizó y me dio seguridad.

—No, no, no; tranquila —me dijo—. Si lo único que necesitamos es estar aquí.

Me explicó su oficio por encima.

—Yo no hago imitaciones —me recordó—: simplemente me tengo que meter en el papel. Lo único que necesito es sentir que Chris está conmigo, y eso ya lo estoy haciendo.

Aquello fue todo un alivio. Antes de aquel ataque me había sentido muy bien con ellos. Sabía que se estaban esforzando por hacerse una idea precisa del aspecto externo de las cosas, pero después de aquello me convencí de que habían ido más allá: habían captado también la textura.

Volvimos a la casa, hablamos un rato más y nos dispusimos a desayunar. Se había hecho muy tarde. Karen estaba preparando maravillas, y, sin embargo, todos estaban alrededor de la comida, esperando y sin atreverse a tomar el primer bocado.

Clint debía de tener hambre, pero era demasiado educado para servirse primero. Por supuesto, nadie iba a probar nada hasta que lo hiciese él; así que parecía que estuviésemos metidos en un callejón sin salida. Le pedí que hiciera los honores.

—No, no —dijo él, tan cortés como siempre—. Ahora, cuando se hayan servido los demás.

—Adelante, por favor —insistí—: los invitados sois vosotros.

Muy lentamente y con voz suave, me respondió:

—La verdad es que si no rompemos el hielo voy a tener que empezar a morderme un brazo.

Esa fue una de las muchas veces que me hizo reír. Así es Clint: humilde, divertido, callado y muy tranquilo. Me recordó a mi abuelo: igual de ocurrente y observador. Toma las cosas más sencillas con un sentido del disfrute que resulta contagioso. Salta a la vista que ha tenido una vida larga y placentera de la que ha obtenido una sabiduría muy generosa.

Aquel mismo día fuimos a que conociesen a los padres, al hermano y a la cuñada de Chris. Para Bradley era muy importante contar con su apoyo, y se mostró encantado ante su respuesta positiva. Se percibía una cordialidad muy sincera en unos y en otros, como si Chris estuviese entre ellos en aquel momento.

De pronto, llegó el momento de llevarlos al aeropuerto. No estábamos muy lejos cuando uno de los coches de al lado giró de forma brusca y empezó a pitar. Me pregunté cuál sería su reacción si me hacía a un lado y salía del coche Harry «el Sucio». Y ahora, ¿qué? ¿Nos vamos a poner

chulitos al volante? En aquel momento no pude evitar reírme mientras pensaba cómo le habríamos bajado los humos al del claxon. Luego me enteré de que a Clint no le había gustado tanto mi forma de conducir... De hecho, se había mostrado feliz por haber sobrevivido a aquel viaje al aeropuerto. Puede ser que las mujeres tengamos cierta fama estereotipada al volante, pero si encima se unen a la combinación una viuda doliente y un conductor cabreado, y en una ciudad pequeña, supongo que no es de extrañar que Clint se alegrara de salvar el pellejo.

Hablar con Sienna Miller, la actriz que me interpreta en la película, fue como hablar con una amiga. Es una mujer muy sensible, y cuando le conté detalles de mi matrimonio y de Chris —lo que sentí la primera vez que nos besamos, por ejemplo— los entendió enseguida.

Como mi personaje no aparece mucho en la película, Sienna tiene que expresar muchas cosas en un tiempo increíblemente breve. Cuando estaban estudiando el reparto, me preguntaron si quería proponer a alguien para que hiciera mi papel, y dije que no quería que fuese nadie que no hubiera tenido hijos ni vivido ninguna experiencia desgarradora. Sé que a los actores les pagan por actuar, pero hay una gran diferencia entre expresar algo sobre lo que solo has leído y transmitir algo que has sentido en tus carnes. Clint y los productores dieron en el clavo al elegir a Sienna. Ha vivido muchas emociones, positivas y negativas, y ha sabido captarlo todo.

Además, es una persona encantadora. Si estamos hablando por Skype y llegan los niños del colegio, habla con ellos como lo haría cualquier madre.

Las estrellas no han sido las únicas que han trabajado con ahínco en la película: todos han puesto el alma en el empeño.

Hasta los de atrezo se lo han tomado a pecho. Un día me llamaron para preguntarme detalles sobre algunas de nuestras posesiones, como los todoterrenos, los muebles...

—No tengo por qué reproducirlo todo con exactitud —me dijo la persona encargada, cuyo nombre tengo que confesar que he olvidado—, pero quiero hacerlo bien. Quiero conseguir que cuando recuerdes la película la veas como una parte real de tu vida.

Y lo lograron, hasta el punto de clavar el viejo Yukon verde de Chris. Esos detalles en apariencia insignificantes van a añadir a la película un número de matices considerable.

Mi confianza aumentaba a medida que iban repitiéndose experiencias como estas. Los responsables de la película no solo eran gente de talento, sino que estaban poniendo todo su ser en el proyecto.

Mucha gente me sigue preguntando si el libro *El francotirador* tuvo efectos terapéuticos para nosotros, y la verdad es que no: mientras lo elaborábamos revivimos mucho dolor y muchos conflictos. Sin embargo, cuando se publicó y se pasó la vorágine inicial, nos dimos cuenta de que nos había marcado. Pese a nuestra juventud, Chris y yo vivimos muchas cosas juntos: cosas buenas y cosas malas, la guerra, embarazos, el matrimonio, triunfos, desastres, la muerte de varios amigos, la llegada de nuevas amistades... Hubo de todo, y, sin embargo, seguíamos estando enamorados hasta el tuétano. El último mes de su vida fue el mejor de nuestro matrimonio y, el último año, el más increíble de cuantos compartimos.

Nadie sabrá nunca nuestra historia completa, y, sin embargo, la esencia quedará al alcance de todos gracias a la película, y a Jason, Bradley, Clint, Sienna y todos los que han colaborado en ella. Sé que todos pusieron en ella toda su alma y que se esforzaron al máximo. No podíamos haber elegido a nadie con más talento, ni a nadie que lo intentase con más ahínco.

Puedo decir que ya no me asusta, y, de hecho, estoy deseando que se estrene.

De los abismos del dolor, una leyenda:
cómo dio forma la tragedia al guión de *El francotirador*
por Jason Hall, guionista y productor, autor del guión de El francotirador

El viernes 1 de febrero, había acabado el primer borrador del guión y se lo había dado ya a los productores con la impresión de haber hecho una buena redacción preliminar. La noche del sábado tenía la intención de salir a cenar cuando recibí una llamada de Dauber, uno de los antiguos compañeros de equipo de Chris. Me había ayudado con parte del material técnico del guión y habíamos hecho amistad. Me llamaba para decirme que habían matado a Chris.

No di crédito a lo que me decía. Poco antes habíamos estado mandándonos mensajes de texto. No es que fuéramos amigos íntimos, pero tenía la sensación de haber llegado a conocerlo bien, y acababa de pasarme varios meses tratando de meterme en su cabeza para escribir el guión.

Me vine abajo por completo. Llamé a Bradley Cooper y a los productores, y todos nos hartamos de llorar, anonadados e incapaces de hacernos a la idea.

Dos semanas más tarde, me dirigía al funeral cuando me detuve en casa de Chris. Se hacía extraño estar allí sin él. Yo era la única persona ajena a los SEAL que estuvo presente en la ceremonia informal que celebraron en su memoria, y que culminó con la suelta de globos en la calle. Nadie quiso dirigirme la palabra: tenían la sensación, correcta por entero, de que no encajaba allí. Todos lo conocían mejor que yo, que no era más que un escritor de Hollywood que asomaba la cabeza donde no lo habían llamado. Sin embargo, a altas horas de la noche acabé por pelearme con uno de ellos, y supongo que así demostré mi pasión. Aquello mereció su respeto, me ayudó a tender lazos con sus amigos y me valió cierta confianza entre los de su comunidad. Los que antes se habían negado a hablarme empezaron a darme sus números de teléfono y resultaron al final de gran utilidad.

El cortejo fúnebre de Dallas a San Antonio fue un acontecimiento mágico, una experiencia de veras profunda. Nunca había vivido nada

semejante: tan trágico y tan hermoso a la vez. Los asistentes se habían alineado a un lado y otro de la calzada pese a la lluvia. No cabía dudar que había caído alguien especial.

Un par de días después del funeral me puse en contacto con Taya para preguntarle si podíamos hablar. Fue muy amable conmigo, y durante los meses siguientes pasamos mucho tiempo conversando por teléfono. Demostró ser una mujer muy valiente y franca al hablar de Chris en un momento en que debía de ser difícil en extremo para ella. Gracias a aquellas conversaciones, entendí una faceta de Chris que no había comprendido antes, y supe cómo tenía que reescribir el guión.

Ella me ofreció una visión de las cosas que nunca habría sido capaz de obtener de él. Nadie puede verse como lo ven los demás, y al amor que le profesaba Taya había que sumar su punto de vista único. Me ayudó a llenar muchos vacíos.

Si mi guión original acababa tras su segundo regreso de Irak, ella me permitió contemplar la lucha que mantuvieron él y el resto de la familia para volver a adaptarse a la vida civil. La película dejó de ser la historia del desajuste que supusieron Irak y la guerra para Chris y para los suyos y se convirtió en la narración del precio espiritual que tuvo que pagar por volver a casa. Se hizo más completo: su viaje, la historia de Irak, su leyenda y el camino de regreso; cómo tras derrotar a sus demonios se vuelca en prestar ayuda a otros veteranos con sus actividades sin ánimo de lucro y con sus demás compromisos. Tuvo que soportar un proceso durísimo, pero el suyo fue un triunfo fenomenal.

Taya me contó que había tenido una conversación con Chris un mes antes de su muerte, y que en ella fueron capaces de reconocer todo lo que habían tenido que vivir. No dudé en convertirla en una escena de la película. Hablaron de todo lo importante, y de un modo que resumía sus vidas, su lucha, sus esperanzas y sus sueños. Ella había aprovechado la oportunidad para dejar claro a Chris lo que lo apreciaba y lo feliz que era de haberlo recuperado como amante, como padre y como marido. Resultó emocionante oírlo y poder ponerlo en el guión.

Me resulta imposible ponderar lo que significó para mí la franqueza de Taya, y no solo como guionista. Un grado así de confianza exige un valor muy poco frecuente. Me ofreció una ventana colosal a tan hermoso matrimonio, una relación muy bonita que, sin embargo, no siempre fue sencilla y en la que hubo mucho dolor y mucha humanidad. Me hizo apreciar a mi propia esposa y nuestro matrimonio.

Si el de sentarme a escribir todo esto fue un proceso intimidatorio, no quiero imaginar cómo tuvo que ser para el actor. Creo que el público se va a sentir impresionado de veras por la actuación de Bradley. Ha puesto en ella un trozo de sí mismo que no habíamos visto antes. Su transformación física ha sido fascinante, y sin embargo, creo que impresiona más aún el que haya sido capaz de encarnar a Chris de un modo que no imaginaba posible en ningún actor. La de verlo en el monitor fue una experiencia inigualable: no es que transmitiera la impresión de estar viviendo la historia de Chris, sino que me hizo pensar que estaba habitando su alma.

Espero que la leyenda de Chris Kyle siga creciendo y conmoviendo a un número cada vez mayor de personas. También confío en que la película lleve al público a entender la descomunal renuncia que acometen estos muchachos al ir a la guerra. No es fácil comprender la odisea y las penalidades que deben soportar los soldados y sus familias. Más allá del tremendo patriotismo que tal cosa comporta, hay que mencionar el notable sacrificio de los SEAL y del resto de nuestras fuerzas armadas. Si esta película logra ofrecer siquiera una vislumbre de dicho mundo, me daré por satisfecho.

Notas

[1] Se consignan aquí las graduaciones de suboficiales y clases de tropa según la nomenclatura estadounidense, que va del E-1 al E-9. Para su equivalencia en el ámbito de la OTAN, basta sustituir la «E» antepuesta (inicial de *enlisted*) por «OR» (*other ranks*). (*N. del t.*)

[2] Tanto esta cita como la que se recoge a continuación forman parte de la primera estrofa del himno nacional de Estados Unidos. (*N. del t.*)

[3] Nombre que recibe de forma no oficial la construcción en la que colgaron en 2004 a cuatro contratistas de la compañía de servicios militares Blackwater muertos en una emboscada. (*N. del t.*)

[4] El *lead* (o *leading*) *petty officer* es el cabo primero (E-4 o *petty officer third class*), cabo mayor (E-5 o *petty officer second class*) o sargento (E-6 o *petty officer first class*) que ejerce de subordinado inmediato del sargento primero. (*N. del t.*)

Primera edición: enero de 2015

El francotirador
Chris Kyle

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *American Sniper*

© 2012, 2013 by CT Legacy, LLC (Memorial Edition)

© de la traducción, David León, 2015

Mapa de Irak, por cortesía de UN Cartographic Section

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

© del diseño de la portada: adaptación del cartel de la película de Warner Bros. Pictures por juliafont.com
© de la imagen de la portada, Warner Bros. Pictures

www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2015

ISBN: 978-84-9892-800-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual. S. L.
www.victorigual.com

This file was downloaded from Z-Library project

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library